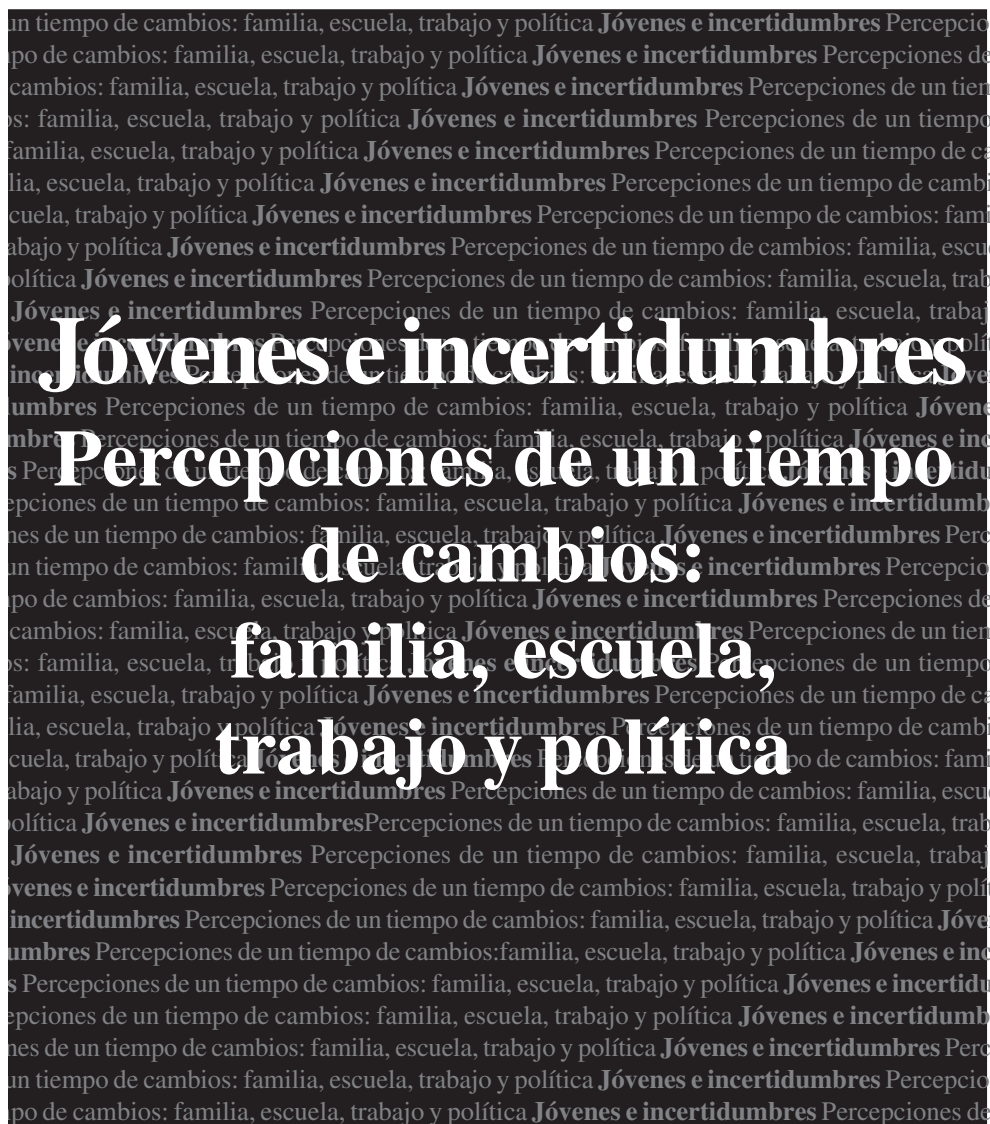


Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Sede Académica Argentina

Programa de Doctorado en Ciencias Sociales



abril de 2007

Autor: Florencia Saintout
Director: Dr. Pablo Forni

RESUMEN

La pregunta central de esta tesis tiene que ver con los modos que tienen distintos jóvenes de percibir las instituciones que tradicionalmente cohesionaron la vida social -que han estado en juego en el pasaje a la vida adulta- y que hoy están en crisis. Preguntarse por ello es preguntarse a la vez por las formas de percibir el futuro, por lo tanto el presente de estos jóvenes.

La hipótesis que guía el trabajo de investigación es que las prácticas y representaciones de los jóvenes para acceder al mundo adulto y darle sentido a sus futuros no reproducen absolutamente las estructuras y las instituciones que organizaron la vida durante la modernidad, no «vuelven a ellas sin discusión», sino que en todo caso están recreando nuevos principios estructurales.

En esta investigación se indaga entonces cómo es que en el marco de la incertidumbre, de la crisis de las instituciones tradicionales, los jóvenes están imaginando, percibiendo, construyendo futuros en relación a sus presentes, pero no desde una marca de continuidad lineal con lo anterior.

Además, teniendo en cuenta que existen múltiples formas de ser joven, se parte del supuesto de que los diferentes jóvenes construirán diferencial y pluridimensionalmente sus percepciones del mundo, significando el contexto de incertidumbre cuestiones distintas de acuerdo al lugar que ocupen en el espacio social. Se señala así el interés por lo que resultará del análisis de las yuxtaposiciones, como de la diversidad y los antagonismos en los puntos de vista.

Se trabaja la justificación a partir de tres cuestiones: la importancia del aporte a las ciencias sociales de una información y un análisis sobre los modos de percibir las instituciones tradicionales, que permitirá vislumbrar elementos de cambio y continuidad de las mismas, en un contexto de transformaciones sociales; la importancia del aporte de una información sobre los modos de ver el mundo social de los jóvenes para el diseño de políticas de juventud en una región donde la población juvenil es absolutamente mayoritaria; la necesidad científico política de trabajar la dimensión de la diferencia entre los jóvenes como constitutiva de la identidad, asumiendo que la diferencia es producida socialmente, es portadora de sentido simbólico y de sentido histórico.

SUMMARY

The main question of this thesis is related to the way different young people have to perceive the institutions which traditionally influenced social life- that have been discussed in the transition to adult life- and that are in crisis at present.

Asking about this means asking, at the same time about the way of perceiving the future; therefore the present for the youth.

The hypothesis that guides this work of investigation is that young people practices and representations to reach the adult world and to give sense to their future do not reproduce the structures and the institutions that organized life during modernity, do not «go back to them without argument», but in any case, they are recreating new structural principles.

In this investigation, we ask about how it is that in the structure of uncertainty, of the crisis of the traditional institutions, young people are imagining, perceiving, building a future in relation to their present, but not from a mark of a fixed continuity.

Furthermore, if we take into consideration the existence of several ways of being young, we start from the supposition that different young people will build their perceptions in a different way and pluridimensionally.

We point out the interest through which the analysis of the juxtapositions will result, as well as that of diversity and the antagonisms in the points of view.

Justification is discussed through three matters: the importance of the contribution of information and analysis to social sciences on the way of perceiving traditional institutions, that will allow to see the elements of change and their continuity, in a context of social transformation; the importance of information contribution on the way of observing the youth social world for the design of youth politics in a region where young population is absolutely a majority; the political- scientific necessity of working the dimension of the difference among young people as constitutive of the identity, assuming that the difference is caused socially, it has symbolic and historical sense.

ÍNDICE

Sumario de capítulos pág. 1

Presentación pág. 7

Primera Parte: Escenarios pág. 16

Capítulo I: pág. 19

Los jóvenes: una construcción histórica

- 1. La juventud como construcción histórico cultural*
- 2. La emergencia de la juventud en el siglo XX*

Capítulo II: pág. 28

Crisis: la juventud en tiempos de ruptura y desconcierto

- 1. De la sociedad industrial a la sociedad de los flujos*
- 2. La navegación por una modernidad líquida*
- 3. La libertad, el riesgo y el miedo*
- 4. Contexto argentino*

Capítulo III: pág. 42

Relatos de la juventud

- 1. Discursos actuales sobre la juventud*
- 2. Los jóvenes del éxito*
- 3. Los jóvenes desinteresados*
- 4. Los jóvenes peligrosos*

ÍNDICE

Segunda Parte: Los jóvenes hablan pág. 54

Capítulo IV: pág. 57

Las percepciones del nuevo mundo

- 1. Las representaciones sociales*
- 2. El aporte de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu para pensar los modos de conocimiento del mundo social*

Capítulo V: pág. 67

Enfoque Metodológico

- 1. Estrategia de recolección de datos*
- 2. La técnica de la entrevista y el grupo de discusión*
- 3. El grupo*
- 4. Estrategia de análisis*

Capítulo VI: pág. 78

Familia: ¿un nuevo nido?

- 1. El escenario actual*
- 2. El matrimonio y los hijos*
- 3. El embarazo adolescente*
- 4. El amor, la sexualidad: varones y mujeres*
- 5. Las familias ensambladas o reconstituidas*
- 6. Familia y poder*
- 7. La protección frente al mundo: el refugio ante el desamparo*
- 8. La familia no ha desaparecido, está cambiando*
- 9. Breve síntesis*

ÍNDICE

Capítulo VII: pág. 102

**Trabajo: del sacrificio para el mañana a la
incertidumbre y la vulnerabilidad hoy**

1. *Vivir la incertidumbre*
2. *Identidades e instrumentos*
3. *Ciudadanía*
4. *El género y el trabajo*
5. *Los unos y los otros*
6. *Entre la libertad y la angustia*
7. *Síntesis*

Capítulo VIII: pág. 124

Política: descreídos, indiferentes y comprometidos

1. *La subjetividad en el espacio público*
2. *Nadie me representa*
3. *El poder*
4. *La temporalidad*
5. *La cultura como arena de disputas*
6. *Nuevos territorios: el espacio público ampliado*
7. *Otras formas de decir*
8. *Síntesis*

Capítulo IX: pág. 147

Escuela: ¿una educación para qué?

1. *Desacralización del conocimiento y sus credenciales*
2. *Educación para el trabajo*
3. *Lo que queda: al rescate*
4. *Otros conocimientos: los medios*
5. *Violencia y escuela*
6. *Universidad*
7. *Una escuela para nosotros y otra para ellos*
8. *Síntesis*

ÍNDICE

Tercera Parte: A modo de conclusiones	pág. 178
Capítulo X:	pág. 181
En La Plata	
1. <i>Desde el progreso</i>	
2. <i>La universidad</i>	
3. <i>Venir de lejos: la diversidad y la autonomía</i>	
4. <i>La ciudad metáfora</i>	
Capítulo XI:	pág. 190
Los lugares del decir: el futuro llegó hace rato	
1. <i>Una síntesis</i>	
1.1. <i>Las instituciones</i>	
1.2. <i>La familia</i>	
1.3. <i>La escuela</i>	
1.4. <i>La política</i>	
1.5. <i>El trabajo</i>	
Capítulo XII:	pág. 207
La incertidumbre no es la misma: entre la celebración y el miedo al destino	
1. <i>La incertidumbre como celebración</i>	
2. <i>El dejarse llevar (con un ojo bien abierto)</i>	
3. <i>La incertidumbre como adversidad: ser vulnerable. El destino y el miedo</i>	
Capítulo XIII:	pág. 216
Nosotros y los otros: miradas sobre la segregación	
1. <i>En la escuela</i>	
2. <i>En el trabajo</i>	
3. <i>Los jóvenes que son peligrosos a los ojos de otros jóvenes</i>	

ÍNDICE

Epílogo

pág. 230

Bibliografía

Anexos I / estado actual de la Investigación sobre juventud. Condiciones de emergencia sobre los estudios de juventud. Perspectaivas e Investigaciones.

Anexo II / Protocolo de entrevistas

Anexo III/ Muestra

SUMARIO DE CAPÍTULOS

Presentación

Aquí se presenta el problema de investigación trabajado en el proyecto: ¿Cuáles son -en un contexto de crisis y cambio, de incertidumbre- los modos en que los jóvenes perciben las instituciones que durante años estuvieron en juego en el pasaje a la vida adulta? ¿Cómo interviene en la construcción de estas percepciones la pluralidad de formas de ser joven?

Se trabaja la justificación a partir de tres cuestiones: la importancia del aporte a las ciencias sociales de una información y un análisis sobre los modos de percibir las instituciones tradicionales; la importancia del aporte de una información sobre los modos de ver el mundo social de los jóvenes; la necesidad científico política de trabajar la dimensión de la diferencia entre los jóvenes como constitutiva de la identidad, asumiendo que la diferencia es producida socialmente.

Primera Parte: Escenarios

Importa en la tesis una caracterización del escenario de la problemática ya que aporta elementos para ubicar el lugar desde el cual los jóvenes entrevistados están hablando.

Más allá de las diferentes formas de ser joven, de la juventud en plural, se puede hablar de una generación, por lo tanto en esta primera parte se caracterizará la marca epocal a la que están expuestos los jóvenes entrevistados.

Capítulo 1. Los jóvenes: una construcción histórica

Se presenta la construcción teórica de la categoría juventud desde la sociología de la cultura. Se trabaja la idea de las diferencia en las maneras de ser joven. También se presenta la idea de generación: existen diferentes jóvenes de acuerdo al lugar que ocupan en el espacio social, pero estos jóvenes diferentes a su vez están expuestos

a una misma marca epocal, lo que permite hablar de generación. Finalmente, se desarrolla la emergencia de diferentes generaciones a lo largo de la historia

Capítulo 2. Crisis: la juventud en tiempos de ruptura y desconcierto

Interesa entonces en este capítulo retomar el diagnóstico de la sociedad actual elaborado por el pensamiento social en los países centrales y que se centra en la idea de incertidumbre, para luego yuxtaponerlo y problematizarlo con el diagnóstico de la crisis en Argentina. El objetivo de este capítulo tiene que ver con la necesidad de elaborar una caracterización del escenario histórico de incertidumbre desde el cual los jóvenes entrevistados en esta tesis dan sentido al mundo que viven, ya que los sujetos hablan desde sus experiencias a la vez que son hablados por su tiempo.

Se desarrolla una selección de bibliografía producida en torno a la crisis de las instituciones modernas y la emergencia de una sociedad del riesgo y la incertidumbre. En esta bibliografía se describe y analiza la condición de las culturas contemporáneas a partir de la caracterización de un momento histórico definido por la dificultad de las instituciones tradicionales de la modernidad de dar respuesta a una serie de cambios sociales que cuestionan su existencia. Esto se complementa con una focalización del escenario argentino, donde se señala la idea de vulnerabilidad y fragmentación social como consecuencias de las políticas neoliberales implementadas en la región.

Capítulo 3. Relatos de la juventud

Aquí se reconstruyen los relatos hegemónicos sobre la juventud en la actualidad desde el análisis de los discursos mediáticos, atendiendo a la idea de que los medios no son sólo técnicas, instrumentos neutros, sino que adquieren sentido desde un espesor sociocultural e histórico. Que no reflejan la realidad sino que contribuyen junto a otros actores a construirla pero si bien aportan un discurso propio, para poder hacerlo ese discurso tiene que ser al menos aceptable. Es decir, posible de ser dicho en determinado momento histórico. Los discursos sobre el estatuto actual

de la juventud son tomados como parte del escenario, de la marca epocal, en que se constituye la condición de ser joven contemporánea y que la relegan a tres lugares: los jóvenes exitosos, los jóvenes desinteresados y los jóvenes peligrosos.

Segunda Parte: Los jóvenes hablan

Capítulo 4. Las percepciones del nuevo mundo

En este capítulo se trabaja el punto de vista teórico desde el cual se asume la idea de representaciones o percepciones de los sujetos investigados: como esquemas de interpretación, valoración y clasificación. Como esquemas de conocimiento del mundo: mediaciones entre formas interiorizadas y formas objetivadas. Es así que esta tesis se ubica en una mirada que contempla tanto la dimensión subjetiva como social del proceso de construcción de sentido del mundo, de “conocimiento” del mundo de los actores. Teniendo en cuenta esta opción, es que aparece como enriquecedora la posibilidad de incorporar la noción de representaciones sociales de la psicología social a modo de lectura paralela, posible de ser complementaria de la propuesta bourdiana del habitus.

Capítulo 5. Enfoque Metodológico

Este capítulo se centra en la presentación y desarrollo del enfoque metodológico por el cual se ha optado.

Descripción y desarrollo de muestra: sectores medios y sectores populares. Principios de construcción del muestreo. Descripción de técnicas: entrevista en profundidad; grupo de discusión. Descripción trabajo de campo.

Capítulo 6. Familia: ¿un nuevo nido?

Aquí se trabajan las percepciones de los jóvenes con respecto a la familia, describiendo y analizando las diferencias y similitudes entre los diferentes jóvenes, como así también las rupturas y continuidades que existen entre las formas

de vivir la familia en estos tiempos, y las formas que definieron las generaciones anteriores.

Se presenta una breve introducción sobre la familia tradicional para luego ver sus transformaciones. Se desarrollan los siguientes apartados: el matrimonio y los hijos; el embarazo adolescente; el amor, la sexualidad: varones y mujeres; las familias ensambladas o reconstituídas; familia y poder; la familia no ha desaparecido, está cambiando.

Capítulo 7. Trabajo: del sacrificio para el mañana a la incertidumbre y vulnerabilidad de hoy

De la misma forma que en el capítulo anterior, aquí se trabajan las percepciones de los jóvenes pero con respecto al trabajo, atendiendo a las continuidades y rupturas con las generaciones anteriores. Se desarrollan los siguientes apartados: vivir la incertidumbre; identidad y trabajo; ciudadanía; género y trabajo; los unos y los otros; el trabajo hoy.

Capítulo 8. Política: descreídos, indiferentes y comprometidos

Aquí se exponen las percepciones de los jóvenes con respecto a la política, atendiendo también a las continuidades y rupturas con las generaciones anteriores. Se desarrollan los siguientes apartados: la subjetividad en el espacio público; nadie me representa; el poder; la temporalidad; la cultura como arena de disputas; nuevos territorios: el espacio público ampliado.

Capítulo 9. La escuela: ¿una educación para qué?

Haciendo un recorrido similar al de los capítulos anteriores, se presentan en este capítulo las representaciones de los jóvenes pero con respecto a la escuela. Se desarrollan los siguientes apartados: desacralización del conocimiento y sus credenciales; educación para el trabajo; lo que queda: al rescate; otros conocimientos: los medios; violencia y escuela; universidad; una escuela para nosotros y otra para ellos.

Conclusiones:

Las conclusiones de esta tesis se presentan a manera de “rompecabezas”, donde en cada uno de los cinco capítulos que las constituyen va adquiriendo sentido el cierre de la investigación.

Capítulo 10. En La Plata

Este capítulo, que introduce las conclusiones del trabajo de investigación, se detiene en la particularidad de la ciudad de La Plata, que es escenario y “continente” de las entrevistas, pero que además fue utilizada como metáfora de la existencia y la crisis de unas instituciones ancladas en el proyecto de la modernidad.

Como se anticipa desde la introducción, La Plata es el lugar donde se realiza el trabajo de campo, y aunque es contundente que las conclusiones a las que se fue arribando pueden extenderse a otros jóvenes, la ciudad presenta ciertas particularidades que tal vez estén presentes en los modos de mirar el mundo de los sujetos entrevistados: ciertas modelaciones, “pinceladas”, rastros residuales que se señalan casi como un ejercicio de ensayo en este capítulo.

Capítulo 11. Los lugares del decir: el futuro llegó hace rato

Este apartado se concentra en la elaboración de una síntesis del análisis realizado a lo largo de todo el proceso de investigación sobre las representaciones que los diferentes jóvenes han ido construyendo sobre las instituciones sociales trabajadas y que los capítulos previos fueron dando cuenta de manera parcial.

Capítulo 12. La incertidumbre no es la misma: entre la celebración y el miedo al destino

Si bien los jóvenes hablan desde un marco de incertidumbre como marca de época, a través de las entrevistas fue posible ver cómo ésta no representa lo mismo para todos: de acuerdo al sector social al que pertenecen, al género, a la edad, los

jóvenes le dan sentidos distintos. Este capítulo consiste en la presentación de una “tipología” de las incertidumbres: la incertidumbre como celebración; la incertidumbre como “el dejarse llevar”; y finalmente la incertidumbre como adversidad.

Capítulo 13. Nosotros y los otros

Finalmente, en este capítulo se hace foco en las representaciones de los jóvenes sobre un mundo social fragmentado, desigual, donde las instituciones estudiadas reproducen la segregación. Las percepciones sobre un espacio desintegrado que se presenta de manera discriminatoria y excluyente para los jóvenes -sobre todo para ciertos jóvenes- lo que a veces es nombrado por ellos de manera naturalizada y otras bajo la vía de la impugnación.

PRESENTACIÓN



« presentaremos entonces cómo es
que en el marco de la
incertidumbre, los jóvenes están
imaginando, construyendo,
representaciones con respecto a
las instituciones tradicionales,
aunque no desde una marca de
continuidad lineal »

Vivimos actualmente en medio de profundos cambios e incertidumbres, donde la deriva (Bauman, 1999) pareciera ser una de las marcas fundamentales de época. La crisis de los pactos tradicionales se extiende al menos a todo el occidente moderno, pero en nuestra región adquiere especial carácter ya que además, se suma un contexto de vulnerabilidad y precariedad socioeconómica con efectos de acelerada desintegración social. Y son los jóvenes los que, con un pie en el pasado, en el mundo de sus abuelos y padres, y con otro en el presente, comienzan a hablarnos del futuro, de las posibilidades de la vida social que vienen.

Durante años las sociedades modernas estuvieron cohesionadas, integradas por unas instituciones que al mismo tiempo que reproducían un orden, marcaban claramente el pasaje de los jóvenes hacia la adultez: «enseñaban» el futuro. Hoy, en un contexto de cambios estas mismas instituciones están en crisis. Pero además, las transformaciones se han registrado casi simultáneamente dentro del ciclo vital de unas generaciones que todavía comparten la época: generaciones con muy distintas tradiciones y saberes sobre el mundo están compartiendo el mismo presente.

En esta tesis nos preguntamos entonces cómo es que los jóvenes están percibiendo los cambios, cómo es que les están dando sentido. Cómo es que frente a una realidad de crisis del proyecto moderno y sus instituciones -lo que no implica desaparición-, frente a la caída de la previsibilidad en las trayectorias de entrada al mundo adulto, los diferentes jóvenes están construyendo un imaginario del mundo que les toca vivir: de aquello que ya no puede ser encarado como lo hicieron sus adultos, pero también de lo que continúa y pervive de las generaciones anteriores. Así vemos cómo es que desde sus propias perspectivas están representando las dimensiones novedosas de la vida social, aquello que cambia, como aquello que permanece y que tal vez hoy estén reforzando o resistiendo.

Cabe aclarar también en esta introducción que estamos ante un trabajo de investigación enfocado desde los estudios socioculturales en el campo de la comunicación. Es decir, que es este un trabajo realizado en los márgenes de diversos saberes disciplinarios, pero anclado en una trayectoria específica que es la de los estudios

en comunicación/cultura y que permite a la comunicación «salirse» de la pregunta por lo que había sido su objeto prioritario -los medios masivos con sus efectos- para concentrarse en los modos de darle sentido a la vida de los actores sociales. Que se sitúa sobre una mirada específica que es aquella que la liga a los procesos sociohistóricos de construcción de sentido, articulando comunicación, cultura y sociedad: la comunicación tiene que ver así con modos de estar juntos que implican unos sentidos específicos del mundo pero sobre plataformas materiales e históricas determinadas. Se constituye en escenario de transformación de la sensibilidad, de la percepción social, de la subjetividad. Deja de estar dominada por la obsesión de pensar sólo en instrumentos, para reubicarse en las transformaciones de la vida cotidiana, de los modos de sentir, de ver, de conocer, de congregarse.

En este enfoque la cultura no es sólo reflejo de relaciones materiales -comunicación/ sociedad- o dimensión simbólica aislada de la conflictividad histórica. La cultura está entendida como dimensión significativa de lo social, como arena de lucha por los sentidos legítimos que una comunidad da al mundo en que vive. Tiene entonces una doble dimensión: por un lado, como creación e innovación en las prácticas sociales; por otro, como terreno de dominación y reproducción.

Es desde allí que se construye la pregunta por los jóvenes y sus representaciones.

No alcanzan los senderos anteriormente trazados

La emergencia de la juventud tal cual hoy la conocemos hoy estuvo carnalmente asociada a la idea de moratoria y por lo tanto de futuro: los jóvenes eran aquellos que debían aplazar su llegada al mundo del trabajo, al mundo adulto, y finalmente entrar en él a través de determinadas trayectorias. Estas trayectorias tenían que ver con la reproducción de las instituciones modernas en la vida cotidiana: la formación de una familia, el pasaje escolar y la entrada al trabajo, la adquisición de ciertos derechos y obligaciones civiles, etc. Eran trayectorias diferenciales pero claras, prefijables, donde las nuevas generaciones sabían qué camino tomar ya que sus padres y abuelos los habían diseñado también para ellos.

Pero hoy, como decíamos, en un contexto de gran vulnerabilidad y precariedad, de incertidumbre, estas trayectorias se rompen o al menos pierden su certeza. Los

distintos jóvenes se ven colocados frente a una situación local y global de nuevos problemas, a los cuales ni los adultos ni las instituciones dirigidas por ellos pueden aportar una respuesta certera.

Asumimos que la constitución de actores y estructuras no son dos conjuntos de fenómenos dados independientemente, no forman un dualismo sino que representan una dualidad (Giddens, 1998), es decir, que las instituciones y propiedades estructurales de sistemas sociales son tanto un medio como un resultado de las prácticas sociales que ellas organizan de manera recursiva. Los sujetos hacen a las estructuras y a la vez estas son hechas por ellos, en movimientos de reproducción y recreación. Hoy pareciera ser que los jóvenes están frente a la necesidad de invención de nuevas prácticas y sistemas de clasificación, ya que se enfrentan a un mundo social que los reta a transformarlo. Pareciera que las prácticas y percepciones de los jóvenes para acceder al mundo adulto y darle sentido a la vida social no alimentan sólo las estructuras y las instituciones tradicionales, no vuelven a ellas, sino que en todo caso están recreando nuevos principios estructurales. «Desdibujados los referentes que le dan orden y sentido a la vida, ésta ya no se presenta más como continuidad espacio temporal.

La diversificación, complejización y, especialmente, el deterioro de los mecanismos de integración a la sociedad actual, han significado que la vida para todos los actores sociales, pero especialmente para los jóvenes, se aparezca como incertidumbre» (Reguillo, 2001, p.60).

En esta tesis presentaremos entonces cómo es que en el marco de la incertidumbre, los jóvenes están imaginando, construyendo, representaciones con respecto a la instituciones tradicionales, aunque no desde una marca de continuidad lineal. Cómo es que viven la incertidumbre, de qué forma ésta atravieza sus presentes y entonces las formas de imaginar lo que vendrá.

Pero además, teniendo en cuenta que existen múltiples formas de ser joven, asumimos el supuesto de que los jóvenes construirán diferencial y pluridimensionalmente estas percepciones. Partimos de que las representaciones sociales no se construyen en el vacío sino en un territorio amplio de interacciones, por lo tanto su prevalencia

se inscribe en un marco de luchas y alianzas y nos interesa especialmente lo que resulta del análisis de las yuxtaposiciones, como de la diversidad y los antagonismos en los puntos de vista.

Es tal sentido, hemos optado en la investigación por trabajar con la comparación de las representaciones elaboradas por jóvenes diferenciados a partir de la posesión de capitales materiales y culturales distintos, en relación tanto al volumen como a la estructura. Pensamos que el estar dotados de cantidad y tipos de capitales diferenciales, marcará la heterogeneidad de percepciones.

Así, hemos construido dos grandes grupos de jóvenes, que los ubicamos como jóvenes de sectores medios y jóvenes de sectores populares. Estos dos grandes sectores fueron construidos teniendo en cuenta condiciones socioeconómicas como también cuestiones culturales «capitales culturales incorporados y objetivados», diferenciación de género- lo que nos llevó a tomar en cuenta también la gran diversidad que al interior de cada grupo existía. La denominación de sectores populares nos permite a la vez pensar la condición de subalternidad y dominación de lo popular, pero también su existencia no restringida a la reproducción de la dominación.

Por último, es necesario aclarar que hemos diseñado el trabajo de campo con jóvenes de la ciudad de La Plata, aunque estamos en condiciones de afirmar que las conclusiones no se restringen a los jóvenes de esta localidad. La decisión de trabajar con jóvenes en la ciudad de La Plata se sostiene en dos cuestiones: por un lado, la ciudad de La Plata está fundacionalmente marcada por el proyecto del Progreso hoy en crisis, donde el futuro y las trayectorias para acceder a él ocupaban un lugar de certeza: la ciudad de La Plata fue pensada, diseñada y ocupada como la ciudad/progreso. Por otro lado, la relación de los jóvenes platenses con las instituciones tradicionales no ha sido trabajada desde la investigación social, y si bien se prevé que esta relación no se restringe a una dimensión local, se supone que las particularidades del proyecto La Plata/progreso podrían haberla marcado.

Para qué esta tesis

A manera de justificación debemos decir que esta tesis ha sido pensada como un trabajo que aporte al estudio de la juventud y de la sociedad en la cual construyen su identidad desde las ciencias sociales: como un material predispuesto a ser discutido entre la comunidad de investigadores, alumnos y docentes.

Pero además, la información que de aquí se desprende puede resultar significativa para la intervención sobre la vida social. La tesis aporta información sobre los diferentes modos en que los jóvenes están hoy construyendo sus percepciones del mundo en relación a la crisis de las instituciones tradicionales, tanto desde una dimensión individual como colectiva. El análisis y la interpretación de esta información permitirá pensar, desde el presente, el posible futuro de nuestras sociedades y así imaginar una incidencia sobre él. Lo cual para las ciencias sociales resulta clave en un contexto de reformulación de los pactos colectivos asumidos por mucho tiempo como legítimos. Es posible esperar que una investigación como la aquí planteamos pueda proveer de información sobre los modos de construcción social de sentido de los jóvenes, complementaria de aquella construida cuantitativamente y así enriquecer las políticas sociales y culturales destinadas a éstos, tanto desde organismos públicos como privados.

Por otro lado, trabajar con jóvenes para pensar las crisis y las posibilidades del futuro se justifica por varias razones.

En primer lugar, vivimos en un continente mayoritariamente juvenil, donde los niveles más altos de exclusión social están siendo detentados por los jóvenes, que a la vez son los que se tendrán que hacer cargo en los años venideros de las posibilidades de integración social.

Y junto a esto asistimos a unos discursos de la sociedad toda que demanda mayor control sobre ellos sustentándose en la aceptación colectiva de una identidad deteriorada de la juventud: en la idea de que los jóvenes están desorientados, perdidos, no pueden comprometerse con nada, que nada les interesa y entonces hay que marcarles el camino.

Pero sospechamos que en este aparente desinterés de los jóvenes hay unas posibilidades de intuir los nuevos intereses que nacen del mundo que se transforma: «La juventud está en el centro del lugar donde nace lo nuevo» (Passerini, 1996).

Es que justamente en momentos como el que estamos viviendo los senderos se han desdibujados para todas las generaciones contemporáneas. No son sólo los jóvenes los que están desorientados: «todos los hombres son igualmente migrantes que llegan a una nueva era, algunos como refugiados y otros como proscriptos. Se parecen a los migrantes que arribaban como pioneros a una nueva comarca, sin conocimientos acerca de lo que exigirían las nuevas condiciones de vida. Los últimos en llegar podían tomar como modelos a sus grupos de pares. Pero entre los que inauguraban la corriente, los adultos jóvenes tenían como único modelo sus propias adaptaciones e innovaciones experimentales. Su pasado, la cultura que había plasmado su comprensión- sus pensamientos, sus sentimientos, sus concepciones del mundo- no eran una guía para el presente. Y los ancianos que los acompañaban, atados al pasado, no podían proporcionar modelos para el futuro» (Mead, 2002). Hoy todas las personas son inmigrantes en un nuevo tiempo, un tiempo de cambios, y podrían estar siendo los jóvenes los que con mayor nitidez nos hablan del mundo que viene, a la vez que también nos hablan claramente del presente. Los que están al frente, en el frente de lo nuevo, al tiempo que se sostienen débil y creativamente sobre un pasado que alcanza poco. En este sentido, podríamos pensar que los jóvenes aparecen como uno de los actores sociales que con mayor fuerza, al hablar, visibilizan un tiempo cultural donde pasado y presente se reconfiguran a partir de un futuro incierto.

Finalmente, la elección de trabajar con distintos jóvenes parte del supuesto teórico de que no existe un único modo de ser joven, que no existe la juventud como un todo homogéneo, sino que es posible hablar de diferentes jóvenes de acuerdo a la «carga» socio cultural de la categoría etaria. Pero también se justifica esta opción en el reconocimiento de la necesidad científico política de trabajar la dimensión de la diferencia como constitutiva de la identidad, asu-

miendo que la diferencia es producida socialmente, es portadora de sentido simbólico y de sentido histórico. Entendiendo la diversidad cultural no sólo desde una perspectiva culturalista, sino sumergiéndola en la materialidad de los intereses y conflictos históricos. Desde este lugar, adscribimos a la propuesta de Renato Ortiz del «documento de diferencias» por oposición a los documentos de identidad, que sería «rico, complejo, indefinido, capaz de revelar la diversidad de nuestros itinerarios a lo largo de la vida, y que sólo se cierra con la propia muerte» (Ortiz, 2001, p.36).

PRIMERA PARTE

ESCENARIOS



« para hablar de los jóvenes es necesario saltar de una mirada que se basa únicamente en la cuestión etaria hacia cómo es que el dato biológico se encuentra cargado social y culturalmente, lo que permite pensar en la existencia de distintos jóvenes »»

En esta parte presentamos una descripción y análisis de aquellas dimensiones históricas que configuran el estatuto de la juventud en la actualidad. Para ello, no sólo situamos este estatuto en un contexto histórico determinado, las marcas de época actuales, sino que realizamos un breve recorrido por las diferentes modos de definir la juventud que están operando como huellas residuales en el presente.

LOS JÓVENES: UNA CONSTRUCCIÓN HISTORICA



« la aparición de la juventud como sujeto social está asociada al desarrollo de las sociedades de consumo; a la extensión de los ciclos vitales debido a los resultados de la revolución científico técnica y al proceso de creación de las instituciones de protección de la paz y los derechos humanos »»

¿De qué hablamos cuando decimos los jóvenes, la juventud? ¿Hablamos de una edad, de una generación, de una forma de concebir la vida? ¿Estamos pensando en unas marcas del cuerpo, en unas formas de ubicar los cuerpos? ¿Ser joven es sólo un dato biológico?

Desde la sociología de la cultura, podemos pensar la juventud como categoría que nos habla de una construcción sociohistórica particular sobre un rasgo etario. Así, cuando Bourdieu (Bourdieu, 1990) afirma que la juventud no es más que una palabra está haciendo referencia al carácter simbólico, de constructo sociocultural de la condición de la juventud. Pero el carácter simbólico de los jóvenes no es mero signo, construcción cultural separada de las condiciones materiales e históricas que condicionan su significancia: la juventud, también, es más que una palabra (Margulis, 1996).

Entonces, para hablar de los jóvenes es necesario saltar de una mirada que se basa únicamente en la cuestión etaria hacia cómo es que el dato biológico se encuentra cargado social y culturalmente, lo que permite pensar en la existencia de distintos jóvenes. La condición de juventud no se ofrece de igual forma al conjunto de los integrantes de la categoría estadística joven. Por el contrario, existen diferentes y desiguales modos de ser joven, que marcarán también distintos modos de percibir el mundo.

La juventud se construye históricamente en relación a una liminalidad que varía de una cultura a otra y en las diferencias de clase y de género. Los límites de la juventud no son naturales sino que son socialmente contruidos y culturalmente compartidos, reforzados a través de ritos que marcan la entrada al mundo adulto -la juventud está marcada por un sucesión de ritos de salida y entradas- de acuerdo a las culturas.

Asumimos que al no existir una sola manera de ser joven tampoco existirá un único camino para concebir e imaginar la vida, sino que las visiones y divisiones del mundo estarán diseñados desde un particular lugar dentro del espacio social. Pero aunque pensemos en la juventud desde el plural, es decir, desde sus múltiples modos de ser, existe a la vez la generación como un dispositivo de unificación de los distintos jóvenes que no anula la diversidad sino que la marca transversalmente. Los diferentes jóvenes comparten una misma marca epocal, están expuestos a unos mismos hechos históricos que aunque vividos de maneras diferenciales nos permiten hablar de una generación (Urresti, 2002). Explica Mario Margulis (Margulis, 1996, p.80) que con el concepto de generación se trata de incluir activamente en el análisis los procesos históricos y el ritmo de los cambios sociales y culturales. Generación alude a las condiciones históricas, políticas, sociales, tecnológicas y culturales de la época en que una nueva cohorte se incorpora a la sociedad.

En esta investigación entendemos que los hechos históricos a los cuales están hoy expuestos los jóvenes, la marca epocal, tiene que ver fundamentalmente con una crisis profunda de las instituciones que organizaron y dieron cohesión a la vida social durante la modernidad. Esto podría implicar que las prácticas de los jóvenes no están reforzando las estructuras del mundo moderno sino que la relación estructura / práctica/ reproducción no se está dando así, o al menos se da de un modo absolutamente complejo, no lineal, donde frente a situaciones nuevas pueden haber modos novedosos de recreación de las dimensiones estructurales. Así podríamos pensar que los ritos de pasaje de la juventud a la adultez, tal cual se vivieron en el último siglo al menos, están también siendo modificados, redefiniendo entonces la existencia misma de la juventud.

1. La juventud como construcción histórico cultural

Según Feixa (Feixa, 1999, p.88). Las culturas juveniles más visibles tienen una clara identidad generacional que sintetiza de manera espectacular el contexto histórico que las vio nacer. Aunque en cada momento conviven diversos estilos juveniles,

normalmente hay uno que se hace hegemónico, sellando el perfil de toda una generación. Algunos aparecen súbitamente en la escena pública, se difunden y al cabo de un tiempo se apagan, se fosilizan o son apropiados comercialmente. Otros persisten, e incluso son reinventados por generaciones posteriores.

Si partimos de la idea de que ser joven tiene que ver no sólo con un dato biológico sino con un sentido socialmente creado y asignado, es que podemos pensar que no se ha sido joven de la misma manera en todas las épocas, incluso que no en todas las épocas han existido jóvenes. Que para conocer el estatuto actual de la juventud(s) es necesario desnaturalizar su existencia a partir de la historización de los procesos de nominación.

Un trabajo como el de Givanni Levi y Schmitt (Levi y Schmitt, 1996) nos muestra cómo a lo largo de los años en la Europa occidental han existido varios modos de ser joven, contruidos desde miradas marcadas por la diferenciación social, por las épocas y el género, donde se cruzaron complejamente la atracción y el espanto. En la actualidad estos modos de ser joven, que por supuesto no han sido los únicos, han quedado en el olvido, pero podrían estar actuando como residuo en las maneras en que en nuestras culturas contemporáneas no europeas se crea un lugar para la juventud. Así, el trabajo cuenta cómo en la Grecia clásica los jóvenes, ciertos jóvenes, (1) ocupan el espacio público desde una relación profundamente asimétrica con los adultos y a partir de ser cuerpos masculinos deseados, dispuestos al goce adulto. Los jóvenes son lo moldeable, la creación adulta, donde la educación no es posible de ser vista por fuera de la seducción. La juventud era el tiempo de los aprendizajes, de la emulación, de los concursos: en ese contexto, la relación del erasta hombre ya hecho- con el joven constituía una de las dimensiones fundamentales. (Levi y Scmitt, 1996, p.53). La juventud como un tiempo que culmina cuando culmina esta relación de educación.

De manera distinta, los jóvenes de la Roma Antigua son reconstruidos a partir de la figura de los gemelos Rómulo y Remo, y de su juventud salvaje en selvas y bosques, luego contenida a partir de la entrada al mundo adulto en la fundación de la ciudad. Los jóvenes hombres están pensados para la guerra, supeditados a la autoridad

absoluta de los padres -Roma fue definida como la ciudad de los padres, en la cual ellos tenían derecho -la patria potestad- sobre la vida y la muerte de los hijos- que sólo pasarán a la adultez cuando puedan emanciparse de ese poder. Puede pensarse que no hay necesidad de definir la juventud de la mujer, porque nunca se emancipa del poder del padre, de los hermanos o del marido, por lo tanto no existe un estadio que se distinga de otro en su vida. Lo mismo podría decirse de los esclavos: son esclavos siempre, no jóvenes que es una condición transitoria.

Por otro lado, en la Edad Media, de los únicos jóvenes que se habla es de los nobles y, nuevamente, de los jóvenes hombres. Christiane Marchello-Niza revisa la literatura medieval de la caballería y la corte. El joven aparece aquí ligado a la belleza, al valor, a la guerra, a una etapa transitoria que terminaría en un futuro señor. Y para esto el joven debía tener las virtudes que lo transformarían en señor: estar dispuesto a la muerte. La función de los jóvenes es clara y es la de conservar los poderes vigentes yendo a la guerra. Juventud: belleza y muerte. La muerte como culminación de la vida de un hombre joven no era cosa difícil de lograr que se aceptara, e incluso que se anhelara, con la única condición de que fuera grandiosa y bella (Levi y Scmitt, 1996, p.189) El destino del joven era el sacrificio en beneficio de la supervivencia del grupo.

Ya en la modernidad, con el desarrollo de la sociedad de clases industrial y en el marco de progreso como proyecto unificador de la vida, es que la juventud se comienza a pensar como moratoria, como momento de espera. Precisamente con la imposición de la instrucción obligatoria general que se da a comienzo de siglo reforzada en lo religioso por el rito de iniciación que supone la confirmación- se constituye un corte más claro que nunca entre la infancia, la juventud y la adultez. El imperativo de la instrucción y el servicio militar obligatorios señalan el comienzo de una fase juvenil que será vista con esperanza de futuro y con desconfianza de amenaza: la amenaza de los que llegarán y ocuparán los lugares ya asignados.

Todas estas formas de pensar la juventud, más allá de sus diferencias, tienen en común tres cuestiones:

La primera, que la juventud siempre es tenida en cuenta como un estadio transitorio, y lo que cambia son los modos de definición de ese estadio y sus rituales de pasaje hacia otro. Cabe remarcar, además, que estos rituales están claramente definidos.

La segunda, que cada época ha tenido su «juventud dorada», es decir, un relato hegemónico sobre la juventud que se refiere siempre a un solo grupo o colectivo, aunque su presencia y la fuerza de su modelo sea situada como única por ser dominante. Pero obviamente la «juventud dorada» no incluye a todos los miembros de la sociedad con la misma edad.

La tercera cuestión a señalar es que más allá de los diferentes lugares ocupados en la cultura por los jóvenes, éstos siempre son subordinados con respecto al poder adulto o a la adultocracia.

2. La emergencia de la juventud en el siglo XX

En el siglo XX en occidente, la emergencia de los jóvenes tal cuál hoy la conocemos rompe con los posicionamientos brevemente descritos en los párrafos previos pero también señala más de una continuidad.

Si durante los diferentes períodos y culturas la caracterización de la juventud estuvo ligada a una mirada bifronte, entre la alusión positiva a la vida y su control, entre la esperanza y la latente amenaza social, esto va a ser constitutivo también de esta época.

Podríamos decir que durante el siglo XX la construcción de la juventud ligada a la necesidad del control se da tanto desde perspectivas conservadoras como progresistas. En las primeras, ser joven aparece como patología social a corregir, como un estado temporal que en el mejor de los casos madurará, o que en el peor será necesario actuar desde prácticas de sanción. Desde las posturas progresistas, generalmente retomadas en la política social estatal, las organizaciones intermedias y ciertas líneas de la Iglesia que trabajan con sectores empobrecidos, no se habla de patología pero se asume una impronta de rescate de la condición juvenil, de vuelta a los senderos perdidos ya sea por decisiones personales como sociales.

A medida que avanza el siglo, la existencia de unas generaciones que divergen cada vez más de las normas del pasado, que no encuentran en la tradición el modo de enfrentar el presente, que se mueven entre lo que algunos llamarán el idealismo y la rebelión, aterroriza a unos tanto como fascina a otros.

En este contexto es que en 1928 la joven antropóloga Margared Mead, sorprendida por el desconcierto de su época con respecto a los jóvenes, se interna en las tribus samoanas primitivas, aquellas que se piensa con poco contacto con la llamada civilización occidental, para realizar uno de los primeros aportes de las ciencias sociales sobre la juventud. Allí, lleva adelante un trabajo etnográfico que presta especial atención a los modos de vida y de integración de los jóvenes con su cultura. En la introducción a su libro *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* ella dice: He descrito la vida de estas jóvenes y con esta descripción he tratado de responder al interrogante que me llevó a Samoa: las perturbaciones que afligen a nuestros adolescentes ¿se deben a la naturaleza de la adolescencia misma o a los efectos de la civilización? Bajo diferentes condiciones, ¿la adolescencia presenta un cuadro distinto? (Mead, 1979, p. 24). En su investigación, dejará clara constancia de la no existencia de una naturaleza del ser joven, sino por lo contrario de la dimensión cultural e histórica de la categoría.

En el siglo XX la aparición de la juventud como sujeto social está asociada al desarrollo de las sociedades de consumo; a la extensión de los ciclos vitales debido a los resultados de la revolución científico técnica y al proceso de creación de las instituciones de protección de la paz y los derechos humanos que se consolidan luego de la posguerra.

Rossan Reguillo (Reguillo, 2001) señala tres movimientos complementarios entre sí que permiten hablar de la invención de la juventud como la conocemos en la actualidad.

El primero, dice, tuvo que ver con el crecimiento de la población económicamente activa y la necesidad entonces de restablecer el equilibrio de la balanza de empleo y producción. Para esto, fue necesario que un sector de la población, los «nuevos»,

encontraran una playa de estacionamiento más extensa antes de entrar al mundo del trabajo. Esa extensión del período de espera encontró en la escuela una de las instituciones más importantes para su desarrollo. La etapa de instrucción de conocimientos se fue extendiendo cada vez en cantidad de años y en el alcance a diferentes sectores sociales hasta llegar a la actualidad donde la formación escolar, particularmente en sectores medios y altos, no se termina con la carreras de grado universitarias sino que se amplía a un posgrado que pareciera no tener ya más límite. En segundo lugar, la universalización de los derechos humanos, de la mano de la creación de organismos internacionales que tuvieran como misión impedir que se repitieran los horrores a los que había estado expuesta la humanidad durante la llamada Segunda Guerra, implicará la legitimación de los derechos de los jóvenes. Así, se creará la figura del menor, que habla de los jóvenes como sujetos de derecho, amparados por el estado. El menor, que se diferencia del adulto, tiene de esta manera derecho a la protección del estado a través de una jurisprudencia particular. El aparato punitivo del estado se transforma en pos del control tutelar que permitirá la rehabilitación y el rescate de los jóvenes infractores.

En tercer lugar, señala Reguillo, la emergencia de la juventud se da junto al surgimiento también en la posguerra de una poderosa industria cultural que, consciente de la nueva relación jóvenes/ocio, interpela a los jóvenes como sujeto de consumo a partir de una propuesta de diálogo. Es decir, llama a los jóvenes no desde un poder vertical -como lo hace la jurisprudencia o la escuela- sino desde la complicidad, planteando una relación de aparente diálogo que se continuará hasta nuestros días. Hoy, reflexiona Reguillo, (Reguillo, 2000, p.20) no deja de resultar paradójico el deterioro en el ámbito laboral y económico, y una crisis generalizada en los territorios políticos y jurídicos, mientras que se fortalecen los ámbitos de las industrias culturales para la construcción y reconfiguración constantes del sujeto juvenil. Pareciera ser que son las industrias culturales las que con mayor éxito interpelan la configuración de las identidades juveniles.

Teniendo en cuenta la investigación que presentamos, cabe mencionar cómo es que la interpelación desde las industrias culturales no sólo es desde una idea de diálogo,

de horizontalidad sino, y fundamentalmente, desde un absoluto presente. Mientras que para otros actores sociales hablar de la juventud es hablar desde una dimensión de lo transitorio ligada al futuro, a lo que será, las industrias culturales se sitúan en el absoluto presente, donde lo que importa es el tiempo del ahora. En momentos como el actual, donde pareciera ser que no se sabe ciertamente qué hacer con el pasado, y mucho menos que depara el futuro, este no es un dato irrelevante.

CÁPITULO II

CRISIS: LA JUVENTUD EN TIEMPOS DE RUPTURA Y DESCONCIERTO



«nos interesará particularmente en esta tesis explorar y analizar cómo es que la experiencia de la vulnerabilidad y fragilidad como marca de época está actuando en las percepciones que tienen los jóvenes de la vida»»

Los diferentes jóvenes están nombrando el mundo en un momento de profundos cambios y redefiniciones, que conlleva a que una de las señas de identidad epocal sea la incertidumbre, e incluso la vulnerabilidad. Poco sabemos hoy por donde es que pasan las verdades; poco, también, sabemos por donde pasarán mañana. La idea misma del mañana tal cual había sido concebida en los últimos siglos, ligada a la noción de futuro, ha caído en el abismo. Las instituciones que anclaron los sentidos de la vida durante la modernidad -la familia, la escuela, el trabajo, la política, etcétera- están atravesando una crisis de tal envergadura que se llega incluso a plantear la desaparición si no es que alcanza con la definición de un lugar nuevo para ellas. Esta condición de incertidumbre y crisis ha sido caracterizada al infinito por las ciencias sociales y las humanidades en los últimos tiempos. Se piensa la incertidumbre, los movimientos y se acepta la ruptura de los marcos de regulación colectivos creados en la «temprana modernidad» como escenario desde el cual construimos la socialidad.

Es inmensa la bibliografía producida en torno a la crisis y a la emergencia de una sociedad del riesgo y la ruptura. En esta bibliografía se describe y analiza la condición de nuestras sociedades contemporáneas a partir de la caracterización de un momento histórico definido por la dificultad de las instituciones tradicionales de la modernidad de dar respuesta a una serie de cambios sociales que cuestionan su existencia. El momento actual es definido principalmente por el abismo profundo que se abre entre los marcos regulatorios, las instituciones tradicionales y la subjetividad de los actores sociales. Pese a la diversidad de planteamientos para la comprensión de los procesos sociales contemporáneos, la tónica común es la de ubicar como una de las problemáticas centrales del cambio de siglo a la incapacidad institucional para dar juego y respuesta a las transformaciones societales.

A su vez, estas transformaciones en un orden macro han sido inmensas y complejas, y van desde el fin de la alternativa socialista tras la caída del muro de Berlín y el triunfo del ideario capitalista hasta la redefinición de lo nacional en un mundo globalizado; desde el cada vez más visible cambio de una economía productora de mercancía a otra productora de servicios hasta la caída del paradigma del trabajo como eje organizador de la vida cotidiana y la revisión del papel que los estados-nación «habían adquirido la costumbre de interpretar a partir de los años 30, y que era de protección y condición, e incluso de planificación de las inversiones» (Lyotard, 1993); desde la primacía del mercado como mecanismo de inclusión en detrimento del modelo de ciudadanía social anclado en el Estado de Bienestar hasta el desarrollo como nunca antes de las redes de comunicación e información en todo el mundo; finalmente, desde la ruptura del modelo de regulación social ligado al régimen fordista y la reformulación del rol del individuo en la sociedad ligado a la posibilidad de la autorregulación hasta la emergencia de procesos de terrorismo global con sus consecuencias políticas y culturales de gestión del miedo.

En América Latina, además, debe sumarse la pauperización y desigualdad crecientes producto de la implantación de modelos neoliberales, desmantelamiento de los estados y la crisis del proyecto denominado como nacional popular.

Nos interesa entonces en este capítulo retomar el diagnóstico de la sociedad actual elaborado en los países centrales, para luego yuxtaponerlo y problematizarlo con el diagnóstico de la crisis en Argentina. El objetivo tiene que ver con la necesidad de elaborar una caracterización del escenario histórico desde el cual los jóvenes entrevistados en esta tesis dan sentido al mundo que viven, ya que los sujetos hablan desde sus experiencias a la vez que son hablados por su tiempo.

1. De la sociedad industrial a la sociedad de los flujos

Uno de los cambios estructurales más enunciado en los últimos años es aquel que tiene que ver con el desplazamiento de un modo de sociedad que basa su sistema de producción en la industria hacia otro donde la información ocupa un

lugar central, como insumo y como fuerza motriz en la reestructuración de los procesos productivos. Manuel Castells (Castells, 1997), asumiendo la idea de que estamos frente a nuevos procesos societarios, describe la sociedad actual como una sociedad de la información con las siguientes características. En primer lugar, señala, estamos frente a la formación de una economía global como unidad económica operativa, en la cual las actividades estratégicamente dominantes funcionan como unidad a nivel global en tiempo real. En segundo lugar, esta economía es una economía básicamente informacional, en la que el incremento de la productividad no depende de factores de producción sino de la aplicación de conocimiento e información a la gestión, producción y distribución, tanto en procesos como en productos.

Como tercer punto, Castells señala, que este modelo se caracteriza por un modo de producción flexible, que marca tanto los procesos de producción, como de organización y gestión, posible gracias a las tecnologías de información y comunicación. Esto a la vez repercute en importantes transformaciones en el mundo del trabajo. El cuarto punto, entonces, tiene que ver con la descripción de una época donde se modifican profundamente las condiciones de trabajo que tradicionalmente habían organizado la vida social y que son reemplazadas por modelos mucho más flexibles e individualizantes. Estos cambios provocan un proceso extraordinariamente flexible y dinámico, pero «al mismo tiempo, sin embargo, este modelo flexible de relaciones laborales provoca precariedad en el empleo, socava el Estado de Bienestar, pone en cuestión el papel de los sindicatos, y por consiguiente, induce una crisis estructural de las instituciones en que está basada, hoy por hoy, la convivencia social en la empresa y la sociedad» (Castells, Borja, 1997 p.28).

Finalmente, dice Castells, estas transformaciones históricas en curso no se limitan a los ámbitos tecnológicos y económicos sino que afectan también a la cultura, a las comunicaciones y a las relaciones políticas. Frente a una sociedad de los flujos, de la información, se dan procesos de reafirmación de las identidades: territoriales, nacionales, religiosas, étnicas, de género, identidades perso-

nales sostenidas sobre la reafirmación del yo y que cuestionan la idea de una totalidad que los subsuma.

2. La navegación por una modernidad líquida

Esta condición de cambio y desarticulación de lo que aparecía como consolidado durante siglos, es lo que Zygmund Bauman (Bauman, 2002) designará como la modernidad líquida por oposición a la modernidad sólida, la de las sólidas verdades. Partiendo de la aceptación de que el proyecto de la modernidad siempre ha consistido justamente en poner en crisis lo establecido, que esos fueron los signos de su nacimiento, Bauman cree que la ruptura con lo sólido premoderno -las verdades establecidas dogmáticamente- fue hecha con el propósito de reemplazarlo con otra clase de sólidos: un nuevo orden que permitiera que no se obstaculizaran los movimientos de nuevos actores y de la nueva racionalidad instrumental. Una condición sólida de la modernidad, que conservó su forma y perduró durante largas décadas pero que hoy está en su ocaso, lo que lo lleva a hablar de crisis de la modernidad, e incluso de fin de la modernidad. Ahora, piensa, no existe una fe en un destino colectivo que de sentido a lo social, sino que son los individuos, cada uno por su cuenta, quienes deben dar sentido en un marco profundo de incertidumbre a los propósitos vitales. Los códigos y conductas que aparecían como puntos de orientación escasean cada vez más en la actualidad. Dice (Bauman, 2002, p.13): «En la actualidad las pautas y configuraciones ya no están determinadas, y no resultan autoevidentes de ningún modo; hay demasiadas, chocan entre sí y sus mandatos se contradicen, de manera que cada una de esas pautas ha sido despojada de su poder coercitivo o estimulante. Y además, su naturaleza ha cambiado, por lo cual han sido recalificadas en consecuencia: como ítem del inventario de tareas individuales». En este contexto, emerge el individuo, como resultado de la crisis de las dimensiones macro de la vida social, desvinculado de las grandes totalidades de las que formaban parte y que están desintegrándose (1). Lo público ha sido vaciado de sus contenidos tradicionales y se parece cada vez más a un conglomerado de preocupaciones y problemas privados (Bauman, 2001).

Varias son para Bauman las condiciones del cambio. Pero tal vez la más importante tenga que ver con que los esfuerzos humanos por vencer al espacio por medio del tiempo han llegado a un límite: el poder se ha vuelto extraterritorial, lo que augura el fin del compromiso mutuo. La principal técnica de poder es ahora la huida y es así entonces como el nomadismo se transforma en una de las marcas de la vida social. «La desintegración social es tanto una afección como un resultado de la nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huída. Para que el poder fluya, el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras, fortificaciones, controles. Cualquier trama densa de nexos sociales, y particularmente una red estrecha con base territorial, implica un obstáculo que debe ser eliminado. Y el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos permiten que esos poderes puedan actuar» (Bauman, 2002, p.19)

Nos interesará particularmente en esta tesis explorar y analizar cómo es que la experiencia de la vulnerabilidad y fragilidad como marca de época está actuando en las percepciones que tienen los jóvenes de la vida.

3. La libertad , el riesgo y el miedo

Por su parte, el intelectual Ulrich Beck (Beck, 1998) habla del momento actual como el de la Segunda Modernidad, donde se fragmentan y diluyen los actores colectivos y al mismo tiempo se favorecen los procesos de reflexividad social que pueden dar lugar a la gestación de formas de acción social distintas a las que durante la modernidad se habían consolidado.

Para Beck estamos en una época de una acelerada individualización de las sociedades, donde se gana en desconcierto pero fundamentalmente en libertad. Si para el sistema de valores que llama antiguo el yo debía ser siempre subordinado a las reglas del nosotros, de la totalidad, para esta época es posible pensar en un individualismo altruista, donde a partir de sí mismo se puede vivir socialmente. La segunda modernidad se caracteriza entonces por la experiencia

de la libertad: los hombres y mujeres de hoy transforman la libertad elogiada verbalmente en la temprana modernidad en hechos y vida cotidiana. La catástrofe dice en alusión a aquellos que satanizan el derrumbe de los valores- consiste en que tenemos que entender, reconocer y consolidar más distintos tipos de libertades que los que habían sido previstos en el libro ilustrado de la mentada y prometida pero nunca vivida democracia. Eso quiere decir: hijos de la libertad, vivimos bajo las condiciones de una democracia internalizada, para la cual muchos de los conceptos y recetas de la primera modernidad se han vuelto insuficientes (Beck, 1999, p.10). Es así como nadie sabe, según él, cómo conciliar las estructuras tradicionales -de autoridad familiar, del trabajo, de organizaciones políticas- con las demandas y nuevas reivindicaciones de libertad y realización personal. En este sentido, el discurso de la caída de valores y de la decadencia, generalmente atribuido a los jóvenes, no es más que la expresión del miedo a una época nueva: el miedo a hacer frente a nuevos tipos de problemas que plantea la individuación de la sociedad. Entonces, no estamos en esta Segunda Modernidad frente a una ausencia de valores, sino frente a un conflicto de valores: los de la tradición y los de la libertad internalizada.

Para Beck, los hijos de la libertad, los jóvenes de hoy, son los que están planteando alternativas a la tensión generada entre las viejas estructuras y los nuevos procesos de individuación. Son los que hacen frente a esta tensión que provoca tanto temor. Explica (Beck, 1999, p.16): Muchos de los jóvenes se ven colocados frente a una situación mundial y una coyuntura de problemas completamente diferentes tanto en pequeña como en gran escala, en su propio entorno como en la sociedad internalizada- a las cuales los adultos y las instituciones dirigidas por ellos tampoco pueden aportar una respuesta, porque no las han vivido ni las toman en serio. Y agrega que ya el mundo no se divide en dos campos, sino que ostenta una cantidad inabarcable de líneas de ruptura, de saltos, de abismos, en los cuales ya nadie sabe muy bien cómo orientarse: el futuro es pluridimensional y los modelos explicativos de las generaciones anteriores no alcanzan como guía.

A este contexto de movimiento, de mayor individuación y libertad planteado en la inmensa bibliografía de los últimos años debemos completarlo también con los datos que nos hablan de las nuevas dimensiones que hoy adquieren los procesos de exclusión social de los cuales los jóvenes son uno de sus protagonistas centrales. Es que los nuevos escenarios de mayor fragilidad no están hechos ni en los países centrales sólo de más libertad: las dificultades de inclusión y contención en las instituciones tradicionales -la escuela, la política, el trabajo- son una realidad de parte importante de los jóvenes de estos países.

Loic Wacquant resalta en su libro *Parias Urbanos* que hay dos tendencias interconectadas que en los últimos años han configurado el rostro de las ciudades europeas. Una, es aquella que nos habla de un pronunciado ascenso de la desigualdad entendida esta en varias dimensiones, o como varias desigualdades, junto con la cristalización de nuevas formas de marginalidad socioeconómica, algunas de las cuales parecen tener un componente étnico distintivo y alimentar y alimentarse de procesos de segregación espacial y agitación pública (Wacquant, 2001, p.123). La segunda dimensión es la profundización de ideologías xenófobas como consecuencia del aumento del desempleo y el asentamiento de poblaciones migrantes antes consideradas como de residencia temporaria.

Los acontecimientos de París ocurridos hacia fines del 2005 fueron una de las manifestaciones más claras de que el mundo de la modernidad líquida está hecho también de una angustia y un malestar profundo. Miles de jóvenes franceses hijos de inmigrantes africanos y musulmanes comenzaron a incendiar vehículos y algunas instituciones públicas como un modo de manifestar el descontento con el lugar social que les han asignado. El fenómeno se extendió a otras ciudades de Europa y la consigna fue contundente: Aquí estamos, los que quedamos afuera, los que reclamamos el derecho a incluirnos, los que somos discriminados.

Miles de jóvenes franceses, de «parias urbanos», reclamaron en Francia ciudadanía a un mundo que los ha dejado afuera. No reclamaron otro mundo, sino entrar a este, lo que de alguna manera es otro mundo. Y no lo hicieron desfilando con pancartas desde La Place de la Republique a La Bastilla, con argumentos de ruptu-

ra, sino que quemaron autos en las calles. Se hicieron visibles en el espacio público a través de los incendios, provocando terror en aquellos que no querían verlos, construyendo una manera de hacerse de lo político traumáticamente. El sociólogo francés Michell Kokoreff (Kokoreff, 2006) opinó que además de las lecturas que pueden hacerse de lo ocurrido es necesaria una lectura de carácter político que subraya que las revueltas parten de un sentimiento de injusticia, de reacción frente a la discriminación, aunque no se trate ahora de cuestiones de integración como se banaliza en los medios internacionales. Es mucho más que integración, porque está en juego la cuestión del mercado de trabajo. Es mucho menos que integración porque estos jóvenes son franceses, y en muchos aspectos están perfectamente integrados, desde un punto de vista cultural. Es necesaria una lectura en clave política, dice, porque este sentimiento de injusticia se transformó en acción colectiva, las protestas tuvieron carácter claramente político aunque no hayan estado formuladas en el lenguaje que estamos acostumbrados a oír en Francia. Las tensiones con la policía, la discriminación en la escuela, en el mercado laboral, o en el acceso a la vivienda son cosas de todos los días, lo importante es que la sensación de injusticia no se tradujo solamente en resentimiento o en el repliegue sobre uno mismo, sino que tomó forma de protesta colectiva y adquirió visibilidad.

Libertad y exclusión, fragilidad y fractura, subjetividad y desigualdad, son marcas paradójicas del tiempo en que les toca encontrarse a los jóvenes en el mundo actual, agregándose un elemento que es insoslayable a la hora de caracterizar la época y que tiene que ver con el miedo como aquello que atraviesa la constitución del lazo social.

Si como decíamos los procesos de desintegración y ruptura de las instituciones y verdades tradicionales tuvieron un efecto fuerte de libertad, no menos fuerte fueron los efectos de temor y violencia que generó el desconcierto sobre los modos de encarar el mundo que se abría. La ruptura entonces trajo temor, y el temor construyó sus propias figuras de la amenaza con fines de control social. Los 11 de septiembre, de marzo, en fin, los últimos acontecimientos de terrorismo global, no hicieron otra cosa que profundizar esta situación donde la otredad es vista a partir de la

demanda de su exclusión, como alteridad peligrosa, estigmatizada. Porque en momentos históricos como el que estamos viviendo, de cambio, donde todo lo que era sólido se evaporó hace tiempo, el lugar propio desde el cuál se pensaba históricamente el afuera se vuelve más incierto y por lo tanto más necesitado de su reafirmación, en tanto que el afuera más afuera y más extraño, más peligroso. A la incertidumbre vivida como caos y desconfianza, como indefensión y miedo profundo, se responde con autoritarismo, como tan brillantemente ha venido señalando Rossana Reguillo (Reguillo, 2005) en sus últimos trabajos. La diferencia se vuelve objeto del temor y se reclama su silencio. El otro es construido como amenaza radical que es necesario hacer desaparecer. Y los jóvenes, ciertos jóvenes, se erigen en este marco como sujetos portadores de todas las insignias del terror. Como aquellos donde radican las posibilidades del peligro y hacia donde entonces estarán dirigidos los conjuros que protegen del caos: las apelaciones a la restauración de un orden si es necesario con intervención policial.

4. Contexto argentino

En este marco, queremos focalizar el contexto de la crisis argentina atendiendo a las particularidades que presenta. No planteamos de ningún modo que la experiencia de la crisis tal cual la describimos, y que ha sido pensada desde las ciencias sociales de los países clásicamente modernos, sea la misma en la Argentina, o que pueda sumarse linealmente la experiencia argentina a esa realidad: en la periferia globalizada los mecanismos de regulación y control público son muchísimo más débiles, e incluso en ocasiones inexistentes con respecto a los países centrales. Más bien se trata de pensar la crisis institucional argentina, sus particularidades, y ponerlas en relación, en tensión con un contexto más amplio. Ni la llamada crisis de la Argentina es la copia de un proceso externo -un proceso claramente homologable al de los países centrales- ni es una experiencia que pueda confinarse a los límites nacionales, tan excepcional que pueda explicarse en sí misma.

Tal vez una de las cuestiones fundamentales a señalar cuando se hable de la crisis argentina tenga que ver con que los procesos de autorregulación o individualización

y fragmentación en la región se hayan dado a diferencia con los países centrales de la mano del desmantelamiento del estado de bienestar como garante de la ciudadanía. Entonces podríamos decir que en un contexto de mutaciones profundas en todo occidente, que marcan la existencia de una crisis estructural, esta contiene en nuestro país la destrucción sino total al menos de una enorme magnitud del modelo de estado que al menos desde la década del 40 había operado como marco de cohesión social. Como muy bien lo analiza Maristella Svampa (Svampa, 2005) en su libro *La sociedad excluyente*, en los países centrales los procesos de transformaciones estructurales acaecidos en los últimos años no significaron necesariamente el desmantelamiento del Estado Social, como prácticamente ocurrió en la Argentina. Por lo tanto, no es lo mismo hablar de individualización o autorregulación de los individuos en sociedades europeas en un marco de Estados de Bienestar, a pesar de la fragmentación, que hacerlo en sociedades que vertiginosamente han sufrido procesos de destrucción de ese estado. Además, dice Svampa (Svampa, 2005, p.78) a diferencia de los países altamente desarrollados en donde los dispositivos de control público y los mecanismos de regulación social suelen ser más sólidos y los márgenes de acción política más amplios en las sociedades del capitalismo periférico tradicional las dificultades del devenir individuo han sido mayores, con lo cual la implantación de un nuevo orden liberal profundizó los procesos de marginalidad y desintegración social preexistentes multiplicando la desigualdad y las formas de la pobreza.

Los últimos años vienen dando cuenta de un proceso de desintegración social y política que se refleja entre otras cuestiones en la pérdida de las capacidades estatales y de representación para mantener la confianza de los miembros de su sociedad y asegurar la legitimidad de las instituciones. Transformaciones estructurales se han ido sucediendo como resultado de la implantación de políticas neoliberales, en un marco de corrupción, desde 1976 hasta al menos el comienzo del siglo XXI. A lo largo de treinta años -a través de diferentes etapas, donde la llegada de Menem al gobierno marca un punto de inflexión que se acelera a mediados de los noventa, cuando se profundiza la recesión y el desempleo- se fue produciendo una reforma de achicamiento del aparato del estado que progresivamente aumentó la exclusión

social hasta su estabilización en los últimos años (2). Amplios sectores, integrados mayoritariamente por jóvenes, quedaron fuera de las instituciones que habían hecho de la Argentina un país que, aunque alejado de cierto standard de los países «desarrollados», se podía pensar con una importante integración. Las instituciones que habían contenido en términos de derechos sociales, protección y estabilidad dejaron de hacerlo traumáticamente dando como saldo un alto grado de fragmentación y vulnerabilidad de la sociedad.

Producto de estos procesos, la desconfianza y el malestar emergió como un síntoma imposible de ser invisibilizado en el llamado estallido de 2001 (3). En ese diciembre, diversos segmentos de la clase media básicamente porteña, pero a la que se sumaron manifestaciones en todo el país y distintos colectivos sociales, hacían pública la impugnación al conjunto de los políticos con la consigna ¡Que se vayan todos! Escribió al respecto Sidicaro: La novedad del 2001 residió en la generalizada conciencia del problema. La idolatría que impide a muchas sociedades modernas reflexionar críticamente sobre las diferentes dimensiones de la práctica estatal nunca ha sido una velo ideológico demasiado eficaz en nuestro país y las ideas y actitudes de impugnación se hallaban difundidas en todos los sectores sociales. Pero lo novedoso es la convergencia social que esboza la eventual conformación de sujetos colectivos que unen los pedidos de respeto a las leyes con la demanda de equidad social, designando adversarios en la cúspide del poder.

La crisis institucional, económica y social que se expresa en forma de estallido para 2001 hace visibles los límites de los pactos sociales preexistentes y, junto a la desesperación por la caída, el final, podríamos pensar que también en los actores colectivos como en las ciencias sociales hay una percepción, una intuición de que algo nuevo puede llegar nacer (4). A pocos años de esos sucesos, la celebración del colapso como aurora de una nueva sociedad y una nueva política se ha mostrado incapaz de construir un futuro diferente. Si lo que se habría pudo ser pensado como una transición, el comienzo de un ciclo de renovación política e institucional, hoy es claro que nada ha sido hecho y tienden a dominar los tonos de la decepción y el desengaño. Reducida o socavada esa visión de una sociedad decidida a tomar

en sus manos su propio destino, a la luz de un presente que deja poco lugar a la esperanza, los acontecimientos toman otro significado y la épica de la pueblada tiende a ceder frente a la tesis del complot y las zancadillas políticas (Vezzetti, 2003).

Hoy Argentina es un país con una creciente desigualdad y segregación económica, socioespacial y cultural, donde se han empobrecido sectores tradicionalmente estables y se han dualizado sectores antes integrados. Han aumentado las brechas económicas y sociales abiertas en décadas anteriores y reforzadas en la salida de la convertibilidad y se han profundizado otras formas de precarización laboral con las consecuencias de fragmentación e individualización que lejos de vivirse como libertad y autonomía se erigen como terreno de la atomización y desafiliación social, como angustiante incertidumbre.

Los jóvenes argentinos viven esta incertidumbre desde una dimensión global y local al mismo tiempo. Han nacido en la modernidad tardía de occidente pero su experiencia de vulnerabilidad e incertidumbre tiene que ver también con procesos estructurales de aceleramiento de exclusión y descuidadización desde una dimensión política, con el acceso restringido a la toma de decisiones y desde una dimensión económica-social, referida a la pérdida de derechos sociales y laborales. Se comenzaron a socializar en medio de la redefinición de todo aquello que sus padres habían empezado a discutir y sus abuelos habían vivido como verdadero. Empezaron a participar del espacio público durante el auge de la llamada era menemista, algunos, y otros lo hicieron en plena decadencia o aparente final de la misma. Sus formas de conocer el mundo, de vivirlo, están atravesadas por la experiencia de la crisis.

Los jóvenes se encuentran en una época marcada por la ruptura, y por la sensación colectiva de la dificultad para pensar el futuro no sólo por la ausencia de certezas, sino también por la ausencia de entusiasmo en la posibilidad de la transformación. Frente a los procesos de exclusión social, la ausencia de rumbos y opciones para las mayorías se torna cada día más tensionante. (5)

En un contexto local de desintegración social y desilusión, en el contexto global de individualización y desarticulación de las marcas tradicionales de la modernidad, es que los jóvenes están dándole sentido al mundo en que viven.

(1) Aunque vale aclarar que para el autor, ser un individuo no significa ser libre -al menos en los términos que lo entendió la modernidad, como libertad de la condición humana de emitir juicios racionales y comportarse de acuerdo a los preceptos de la razón- sino que es la libertad, en todo caso, que se explica como la ausencia de restricciones impuestas desde una autoridad política.

(2) En un artículo publicado en diciembre 2006 en la revista Crisis número 0 Maristella Svampa caracteriza la política llevada adelante desde el gobierno a partir de lo que denomina sus fronteras. Ella dice que “sin continuidades lineales, y pese a que el escenario político presenta importantes modificaciones respecto del pasado reciente, tanto en lo que se refiere a la proliferación de nuevas prácticas de resistencia como a la circulación de discursos políticos críticos, el modelo neoliberal -y el régimen político que acompañó su instalación- siguen gozando de buena salud. En fin, ambigüedades, tensiones, y dobles discursos constituyen entonces el hilo articulador de la política de gobierno de Kirchner, en un escenario en el que se entrecruzan y yuxtaponen la consolidación de lo viejo con las aspiraciones de lo nuevo”. Según la autora tres son los lugares en los que en la actualidad se puede seguir pensando en la permanencia, más allá de lo nuevo, de las políticas neoliberales y sus efectos. Ella los define en términos de fronteras. Primero, la frontera de la exclusión, que habla de la continuidad de un modelo excluyente consolidado con la ausencia de programas efectivamente incluyentes de los excluidos en décadas anteriores; en segundo lugar, la frontera de la precariedad; y en tercer lugar, la frontera de la política institucional, “marcadas hacia adentro por la consolidación de un modelo decisionista; hacia fuera, con relación a la política no institucional por la absorción y pérdida de la autonomía en las organizaciones sociales oficialistas o, en su defecto, por la exterioridad estigmatizante de las organizaciones opositoras”. Maristella Svampa, 2006, Las fronteras del gobierno de Kirchner, Revista Crisis número 0, diciembre de 2006, disponible en www.revistacrisis.com.ar

(3) El 2001 no puede ser pensado sin la relación con procesos variados y complejos que tienen que ver con reformas de achicamiento del estado y una relación fraudulenta entre este y los capitales privados; falta de autonomía internacional; quiebre económico; altos niveles de corrupción y una profunda crisis de representación política. Todo esto, a su vez, no puede pensarse al margen de una referencia a la dimensión residual histórica.

(4) Un testimonio de esta «percepción» es el trabajo del periodista Martín Caparrós, Qué país. Informe urgente sobre la Argentina que viene, Buenos Aires, Planeta, 2002, donde el autor entrevistó a diferentes protagonistas y analizadores de los sucesos de diciembre de 2001.

(5) Según datos del informe La juventud en Ibero América. Tendencias y urgencias, elaborado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y la organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ) la pobreza aumentó de forma preocupante en la Argentina, que pasó de ser de 31% en 1999 a ser ahora del 60% en varones y 58% en mujeres.

Según cifras del Indec, para el 2004, además cada día mueren en Argentina 11 jóvenes entre 15 y 24 años en sucesos violentos; el 13,2% de los jóvenes argentinos entre 14 y 22 años no concurren a establecimientos educativos; 45% no tiene obra social; el desempleo en varones menores de 30 años es de 19,8% y en las mujeres de 25%. La situación es igualmente grave en el resto de los países de Latinoamérica.

CÁPITULO III

RELATOS DE LA JUVENTUD



«en la actualidad lo que se in(forma) sobre la juventud es múltiple y variado, aunque claramente podríamos pensar en tres grandes condensaciones de sentido: los jóvenes exitosos, los jóvenes desinteresados y los jóvenes peligrosos»

Con el objeto de aportar una complejización mayor al escenario desde el cual los jóvenes están percibiendo el mundo en prácticas de reproducción y de invención de las dimensiones estructurales, se presentarán en este capítulo los discursos hegemónicos que hoy construyen la condición de juventud. Estos discursos por supuesto no son los únicos, pero producto de relaciones históricas de lucha, son los que tienen el poder de nombrar legítimamente a la juventud. Y justamente por esto aparecen marcando a los jóvenes incluso en aquellos que decididamente los impugnan.

En la actualidad asistimos a unos discursos hegemónicos sobre los jóvenes que oscilan entre su ubicación como la juventud exitosa y dorada del absoluto presente que se transforma en relato de lo juvenil, más que de los jóvenes, y se extiende entonces a otros grupos etarios y la demoledora desconfianza.

Y en esta oscilación, aparece con fuerza la construcción de los jóvenes como identidades amenazantes hundiendo sus raíces en tiempos previos que perviven como sedimentos y marcas residuales.

En Argentina, y en toda la región, la emergencia de la juventud está ligada a los procesos de impugnación de los órdenes dominantes (1) de la década del sesenta, setenta, y también a la implementación de políticas de represión desde el estado. En un contexto mundial de crisis y rebelión, bajo la influencia no sólo de la llamada revolución cultural sino también de la revolución Cubana y sus consecuencias para la región, en Argentina como en muchos países latinoamericanos los jóvenes fueron la vanguardia de los movimientos sociales de liberación: «La generación que se abrió a la vida social sobre el filo de las décadas del sesenta, setenta fue parte de un momento social que impulsó masivamente a la población hacia la participación en todas las esferas y movilizó sectores cada vez más amplios, previamente retraídos o

indiferentes en relación con las cuestiones públicas» (Urresti, 2000, pág. 180). Ser joven significó para el sentido dominante del momento ser contra hegemónico, ser contestatario, ocupar el espacio público para la transformación. No fueron fuertes otras figuras de la juventud, que por supuesto existieron, o más bien, los diferentes jóvenes se midieron en relación a este joven ligado a la política, y ésta entendida en su potencialidad revolucionaria. En la Argentina, la identidad de la «Gloriosa JP» convocó a miles de jóvenes a la acción política: «La juventud se radicalizaba en el mundo entero y también en la Argentina, situación favorecida por horizontes optimistas de ascenso social y mejora de los estándares de vida inscriptos en diversos ámbitos de la vida moderna, como el trabajo, la escuela y el ejercicio de la ciudadanía. Esta tendencia se veía reforzada por cierta situación propensa a la redistribución de recursos sociales -como económicos y culturales- contexto que marcaba una sociedad en procura de una democratización creciente» (Urresti, 2000, pág. 187).

Claramente la contrafigura fue aquella propuesta por las derechas conservadoras: la juventud peligrosa, violenta, subversiva. Es así como la emergencia de lo juvenil en este momento se asoció al compromiso político y a la transformación, pero también de manera indisoluble, como contracara a las prácticas de represión desde el estado. Al constituir mayoritariamente el movimiento de resistencia a la dictadura militar, la juventud fue objeto de la persecución, tortura, encierro que dieron identidad a las prácticas de represión más violenta que se haya conocido en la historia argentina. El terror como política de Estado fue el que durante la década del setenta y en los años siguientes signó la relación de los jóvenes con el espacio público.

En los años ochenta, y con el advenimiento de la democracia para todo el cono sur, unas nuevas generaciones de jóvenes ingresaron en la vida pública, interpelados desde el estado como los protagonistas de una transformación posible desde el autoritarismo hacia la libertad y pluralidad. Por supuesto que el miedo como marca de la socialidad dejó sus huellas pero también fue fuerte la construcción de unos nuevos jóvenes -que incluso a veces parecieran pensarse sin pasado- que adquieren su identidad a partir de ser el futuro. Unos jóvenes que ya rescatados de la masacre, no son los violentos, los subversivos, aquellos a los cuales hay que reprimi-

mir, sino que son los que racionalmente y al amparo las instituciones, construirán la nueva democracia.

Lo que siguió luego fue la experiencia radical de la desilusión: ellos, o gran parte de ellos -al igual que otros sectores de la población- no tenían lugar en el mundo que venía. Los procesos de exclusión social que se habían generado como consecuencia de los modelos económicos implementados desde la década del setenta profundizaron cada vez más la frontera que separaba a los jóvenes para proteger y controlar, de aquellos que quedaban afuera para siempre.

1. Discursos actuales sobre la juventud

Se retomarán aquí los relatos que desde los discursos mediáticos hoy están construyendo unas formas de concebir la juventud, atendiendo a la idea de que los medios no son sólo técnicas, instrumentos neutros, sino que adquieren sentido desde un espesor sociocultural e histórico. No reflejan la realidad sino que contribuyen junto a otros actores a construirla (Verón, XX). Y si bien los medios aportan un discurso propio, para poder hacerlo ese discurso tiene que ser al menos aceptable. Es decir, posible de ser dicho en determinado momento histórico, lo cual descentra de la escena a los medios: cómo se dice, por qué, es una cuestión que ocupa a los medios pero nos lleva más allá de ellos hacia las tramas complejas materiales y simbólicas de una formación social (2).

En la actualidad lo que se in(forma) sobre la juventud es múltiple y variado, aunque claramente podríamos pensar en tres grandes condensaciones de sentido: los jóvenes exitosos, los jóvenes desinteresados y los jóvenes peligrosos.

2. Los jóvenes del éxito

El primer modelo es aquel que habla de la juventud ligada a la idea del joven/consumidor, que adquiere su identidad a partir de una relación exitosa con los bienes ofrecidos por el mercado; que responde a cierto prototipo físico -blancos,

altos, flacos, que trabajan el cuerpo- y que se mueve en el mundo a partir de acciones individuales. Son jóvenes cuyos problemas están ligados a esferas puramente subjetivistas, que giran en torno al amor de pareja, los conflictos intergeneracionales, y el grupo de amigos. Cualquier referencia a preguntas de corte social o político, o que vayan más allá de la individualidad está absolutamente ausente.

Este modo de nombrar la condición juvenil constituye claramente aquel que el modelo político-económico neoliberal necesita para su reproducción y desde los dispositivos infocomunicacionales se refuerza y multiplica en infinito juego de espejos a través de diferentes relatos.

Generalmente, los jóvenes de diferentes sectores se relacionan con estas imágenes a través de productos de las industrias culturales ligados al melodrama, y manifiestan su identificación con ellas. Dicen identificarse fundamentalmente con sus problemáticas, aunque obviamente, y esto es absolutamente claro en los jóvenes de sectores populares, las vidas de los «jóvenes de la tele» tienen muy poco que ver con las suyas. Pero tal vez sea necesario pensar cómo es que, junto al peso insoslayable de un discurso dominante y sus efectos como discurso hegemónico, las industrias culturales han sabido interpelar a los jóvenes desde una fachada de simetría, desde un «de igual a igual», muy distinto a los discursos verticales que tanto desde la escuela, el estado o a veces hasta desde la propia familia se los convoca. Las industrias culturales, además, han sabido comprender claramente la temporalidad definida por el presente de las llamadas culturas juveniles, mientras que la escuela o el estado, siguen pensado a la juventud como una categoría de tránsito y entonces convoca a los jóvenes para el futuro cuando ellos no saben claramente cómo darle nombre.

3. Los jóvenes desinteresados

El segundo modo de informar una identidad joven es la que llamamos la de los jóvenes del desinterés, aquellos que por diferentes razones no tienen un lugar cómodo o, en ocasiones, simplemente no tienen lugar dentro del presente de la sociedad y hacia el futuro. Aquí hay dos vías de construcción: la que ubica a los jóvenes en la apatía y el desinterés y la que los sitúa en la condición de vulnerabilidad.

El relato de que a los jóvenes nada les interesa se viene construyendo desde mediados de los ochenta y hoy es una de las verdades explicitadas de manera más contundente en distintos espacios. Cuando se dice nada, significa: no les interesa la política, no les interesa los valores de sus padres, no les interesa la familia, la escuela, un mundo mejor al actual, etcétera. Los relatos mediáticos de los jóvenes desinteresados, muestran a unos jóvenes que sin diferencia de sector social se entregan al ocio no planificado, eterno, abúlico, que en su abrumadora existencia los encierra en sí mismo y les hace perder el discernimiento entre lo bueno y lo malo. Así, son propensos a «malas compañías», «malos hábitos», dejando de lado en el camino una entrada al mundo público bajo las vías en que lo hicieron sus mayores. El tratamiento de este tipo de hechos se complementa diariamente con las noticias de la relación entre jóvenes y alcohol; jóvenes y violencia; drogas; jóvenes que no saben qué quieren y que nada de lo público les interesa; padres perdidos y maestros desahuciados.

Pero no es sólo desde la construcción de la noticia desde donde se habla del desconcierto y la abulia de la juventud. El llamado nuevo cine argentino, realizado principalmente por directores de corta edad, en muchos de sus trabajos da testimonio de unos jóvenes desinteresados, que no saben hacia donde van, qué querer, que se aburren.

En el llamado nuevo cine argentino se reitera en todos los films en donde aparecen jóvenes una situación que tiene que ver con el aburrimiento, con la falta de proyecto hacia el futuro y la imposibilidad de avanzar como característica generacional. Y si bien es cierto que el obstáculo y la imposibilidad es una característica del relato cinematográfico es de hecho lo que permite que se desarrolle la historia hacia una resolución, en este caso, es tomado como situación contextual y no como núcleo narrativo, debido a que esa imposibilidad generalmente se presenta como estructural y no se resuelve en la historia.

Es así que aunque sea necesario aclarar que cuando estamos hablando del nuevo cine y su representación de los jóvenes no estamos frente a un discurso que llame al control -en éste se da testimonio de la abulia de los jóvenes, y en el mejor de los casos, de la emergencia de otra forma de ser joven que no tiene que ver con la

proyección hacia el futuro a través de grandes proyectos sino más bien con un presente hecho de historias mínimas- el desinterés y el aburrimiento es lo que define la caracterización de ellos. Este nuevo cine deja de hablar de una juventud como el de aquella que, protagonista de lo que vendría, ocupaba un lugar claro en la sociedad. Por lo contrario, muestra la incertidumbre y el malestar actual del lugar colectivamente asignado a los jóvenes.

Recientemente, Juna José Sebreli (Sebreli, 2003) integrante de la intelectualidad porteña, escribía sin generar al respecto ninguna polémica: «Estos nuevos jóvenes no tienen ideas. No leen libros, ni siquiera diarios. La pobreza de su lenguaje los lleva a tener dificultades para el pensamiento abstracto, la comprensión de textos, y la expresión oral y escrita. No les interesa la política y desprecian a los adultos; todo me interesa un pito, según la jerga, expresa sus estados de ánimo». Y a esta descripción agregaba: «El aspecto más sórdido de la cultura juvenil se ve en las calles desiertas invadidas de patotas, amontonados en los umbrales de las casas tomando cerveza o, como sucedáneo de la droga, el tetrabrik, un vino barato donde se disuelven pastillas de Roypnol o Artane. Por la mañana, las veredas amanecen cubiertas de vómitos, orines y botellas vacías». Remata la descripción sentenciando que ni padres ni autoridades saben qué hacer con ellos, pero obviamente, algo hay que hacer.

También es interesante señalar cómo la otra cara de este discurso anclado en los jóvenes aburridos y desinteresados de todo, es la que se presenta con lo que podríamos llamar el relato de los jóvenes modelo. Ocasionalmente en las revistas dominicales, en la nota de color del noticiero, aparecen las imágenes de unos jóvenes (de uno, dos, cinco, no de un movimiento) que son presentados como aquellos que tienen lo que la juventud perdió y debería recuperar: la adhesión a «causas justas», la solidaridad, la voluntad de sacrificio.

En síntesis, los jóvenes se presentan como apáticos, individualistas, distanciados de las problemáticas sociales, perdidos en un ocio eterno, y finalmente entonces como propensos y disponibles al descontrol. Es allí donde radica el temor y la necesidad del rescate.

Con el objeto de problematizar estas construcciones es necesario plantear la existencia de la juventud desde su inscripción en una formación social más amplia que la de su propia generación para no perder de vista la conexión con el conjunto del cual forman par: no se puede hablar de los jóvenes sin remitir a la sociedad que integran (Tenti Fanfani, 1998). Lo cual nos sitúa, entre otras cuestiones, en la necesidad de relacionar el desinterés de los jóvenes con el desinterés que por las cuestiones públicas manifiesta en esta época una sociedad toda, y en ese caso, ver desde allí la particularidad .

Pero además quedará por preguntarnos cuánto de respuesta profundamente política y comprometida con el mundo que estamos viviendo es en sí misma esta aparente apatía y despolitización (Beck, 1999). Porque a contramano de los relatos que toma y revivifica la televisión sobre el desinterés, encontramos que los propios jóvenes sí manifiestan interesarse, apasionarse incluso con cuestiones como la lealtad con sus amigos, lo que llaman sus «códigos», ciertas músicas. A la juventud la conmueve aquello que la política excluye: el amor; el arte; la trascendencia, la diversión. Y aunque rompa con principios de sacrificio, en pos de la subjetivación, el interés personal no es vivido como opuesto la solidaridad.

4. Los jóvenes peligrosos

Pero si los jóvenes del aparatado anterior, principalmente de sectores medios, todavía pueden ser salvados, rescatados, existen otros jóvenes que son construidos simbólicamente y materialmente a partir de la necesidad de su extirpación del cuerpo social. Son los jóvenes de los cuales no sólo ya nada se puede esperar, sino que además hacen peligrar lo que nuestras sociedades han valorado como necesario de ser conservado: la vida, la coexistencia pacífica, el orden, la demarcación de los territorios. Son los que los medios llaman los maras argentinos, los pibes chorros. Sin lugar a dudas estos jóvenes pertenecen a sectores excluidos de la sociedad, que no sólo no han tenido acceso a la ciudadanía sino que en muchos casos son hijos de una o dos generaciones de no/ciudadanos (Kesler, 2004). Jóvenes que hoy ni siquiera son alcanzados por los vestigios de un estado de bienestar en franco retiro desde la década del setenta.

Los medios, a través de mecanismos de simplificación extrema han presentado esta característica absolutamente deshistorizada, casi como un componente aberrante pero natural de la socialidad contemporánea (Islas, 2003). A estos jóvenes para los que no hay una política clara de inclusión y que son los más vulnerables en un contexto de incertidumbre extrema como el que se está viviendo, se les teme justamente porque se asume que están por fuera de toda regulación social: nadie puede poner un límite, controlar lo salvaje. Se los nombra a partir de la idea de que su peligrosidad estriba en que «nada tienen que perder», en que «no tienen futuro y por lo tanto pueden ir por el suyo». La construcción de unos jóvenes violentos ligados al delito, ubicados claramente como los jóvenes excluidos, encubre la complejidad del origen social de la violencia urbana y adjudica la responsabilidad de la misma a ellos. Se narra una perversión casi natural de estos jóvenes que de alguna manera, en un paradójico juego entre el pánico y la tranquilidad -casi se podría pensar que son perversos congénitamente, lo que tranquiliza ya que no son contagiosos-, anticipa el conjuro: una sociedad que parece unificarse sólo a partir de la demanda de más represión (2). «O son ellos, o nosotros», parecen indicar amplios sectores a través de los medios de comunicación. Entonces, hay que actuar.

Según datos de la CORREPI, desde el inicio de la democracia en 1983 hasta diciembre del 2000 se registró una cifra de 833 casos de muertes de chicos pobres en manos de la policía (3). En el 2005, se provocaron la mayor cantidad de muertes desde 1983: 183 personas, de las cuales la mitad eran menores de 18 años. El promedio de una muerte cada 60 horas calculado por la Correpi para 2004 se elevó a una muerte cada 48 horas en 2005. «Casi todas las víctimas responden a una misma definición de clase: jóvenes pobres, desempleados y excluidos» (Informe Correpi 2005).

La mayoría de ellos, además de ser pobres, pertenece a las provincias donde la represión de la dictadura azotó con mayor fuerza. Es la franja de 15 a 24 años. Es el joven adolescente que ha sido más castigado por la pobreza. La socióloga Alejandra Vallespir (Vallespir, 20002, p.133) analizando estos datos, se pregunta: «Si esto no es un genocidio, ¿qué es?» Asistimos además a la multiplicación de las

denuncias de torturas en las cárceles, cuya población es en forma creciente mayoritariamente juvenil.

La criminalización de ciertos jóvenes ha sido estudiada en toda Latinoamérica (Reguillo, Valenzuela Arce, Alonso Salazar) tanto desde la crónica periodística como desde las ciencias sociales. Señalamos aquí tres trabajos que consideramos clave en este aspecto. Uno, el de Cristian Alarcón (Alarcón, 2003), Cuando me muera quiero que me toquen cumbia, un libro de crónica producto de una larga investigación periodística publicada en el diario Página 12 sobre la violencia policial aplicada a jóvenes en una villa del conurbano bonaerense. Creemos que a nuestros fines el valor de Cuando me muera radica justamente no sólo en la descripción y la denuncia de esa violencia sino en el rescate de la vida cotidiana de estos jóvenes que no se agota en su estigmatización. El otro trabajo que nos interesa señalar son los avances de la investigación doctoral de Pedro Nuñez (2005), donde para preguntarse sobre las representaciones sociales de los jóvenes, se detiene especialmente en los modos en que estos jóvenes vulnerabilizados son construidos como otros amenazantes, peligrosos, pero no solamente desde los externos a la villa, sino también desde el interior de la misma, como unos otros amenazantes internos: «En el desplazamiento del otro exterior al otro interior coexisten un sentimiento avergonzante por el afecto que traba el vínculo con jóvenes delictivos que conocen desde siempre, con la indignación provocada por la ruptura de códigos (el robo en el barrio, la violencia y el ataque a los vecinos). En general, el joven sin trabajo y sin estudio que recorre el barrio sin itinerario fijo, carga con el estigma de chorro y drogado» (Nuñez, 2005, p.5). El tercer trabajo, es el llevado adelante por Daniel Miguez sobre las instituciones penales y las trayectorias de jóvenes en conflicto con la ley del cual ha dado cuenta en varias publicaciones (Miguez, 2006; Miguez y Roige 2005, Miguez 2004) y que entre otras cuestiones se sostiene en las preguntas que suscita una realidad donde entre 1990 y 2004 la tasa de menores con causas penales creció en un 145 por ciento y la tasa de jóvenes institucionalizados en el sistema penal un 40 por ciento.

En la misma línea de criminalización de los jóvenes pobres es que también se incorpora la criminalización de la protesta social de los sectores excluidos integrada

esencialmente, también, por jóvenes. Así, desde otro ángulo, éstos aparecen también en las noticias del desborde, como actores privilegiados de los disturbios, denunciados por sus caras tapadas en las que no se lee el temor a la represión sino más bien un rasgo de lo salvaje. Las edades de los muertos por las fuerzas de seguridad estatales en las protestas sociales durante los años de democracia hablan de esta realidad.

Ante estas construcciones nos interesa complejizar la problemática a partir de la pregunta por los modos de relación que con estos relatos tienen los jóvenes. Podríamos decir que en líneas muy generales aquí hay dos grandes vías de lectura de la asociación jóvenes/peligrosidad. Una, es aquella que la asume como verdadera, que los jóvenes tanto de sectores medios y altos como desde los propios jóvenes de sectores excluidos, reproducen como discurso dominante. En una entrevista, una chica proveniente de una familia situada por debajo de la línea de pobreza, lo expresaba de esta forma: «El lugar donde vivo está lleno de pibes que ya no pueden recatarse (3). Yo se que no me tengo que acercar a ellos, me dan miedo».

Pero la otra línea de lectura es la que transforma el estigma, ser peligroso, estar perdido, en emblema de identidad. En los últimos años hemos asistido a la proliferación de un discurso que en un uso táctico, asume la identidad de juventud peligrosa, muchas veces nombrada como delincuente, y resignifica su lugar de carencia situándola como capital: «Ellos son los chetos, nosotros los chorros», sumado al grito de guerra «aguante el pibe chorros!»

Introduciendo elementos de muy diversa índole, donde conviven esquemas de una cultura autoritaria y machista con prácticas de subversión del orden dominante, parte de estos jóvenes que en muchas ocasiones no poseen la ciudadanía ni política, ni social ni cultural, toman la información que sobre ellos circula moldeándolos a partir de la condición de la identidad deteriorada y la transforman en plataforma desde la cual enfrentar un mundo que se les hace cada día más adverso.

Finalmente, podemos pensar que los discursos que hoy circulan sobre la juventud, hablan de ella caracterizándola a partir de una identidad ligada al consumo -lo que restringe su identidad a un espacio demasiado estrecho- o desde su ubicación como

sujetos del caos y el desconcierto. Desorientan y desubican los jóvenes desinteresados tanto como aterrorizan los jóvenes peligrosos. Y aunque se habla de jóvenes diferentes, de alguna manera se está frente a una misma ubicación, la del temor, que posiciona en la necesidad de la corrección o la eliminación. Que posiciona también las respuestas autoritarias, aquellas que coartan las libertades y las potencialidades creativas frente a un mundo cada día más incierto, al que no se le puede enfrentar con viejas recetas.

Pensar un lugar de la juventud desde el miedo y desde unas posturas defensivas llevará seguramente a acciones del todo excluyentes, perversas, lejanas a la realidad vivida y sentida de los jóvenes, que enmascaren la complejidad de un presente multidimensionalmente violento. Si la única respuesta hacia la ausencia de inclusión en un futuro y un presente entusiasmante de los jóvenes se restringe a buscar la forma de «calmar lo salvaje», de controlar las imágenes del malestar -del cuál además se los supone culpables- sin buscar las causas profundas y sin abordar las posibles salidas, entonces podemos estar seguros de que la condición de ser joven será crecientemente más y más penosa para la sociedad toda. Es tarea de las ciencias sociales, entre otros, el desmontaje crítico de este proceso.

(1) Que claramente aprovecharán las industrias culturales para reproducir sus capitales al mismo tiempo que transformarse en parte fundamental de los portavoces del movimiento.

(2) Para este apartado hemos analizado los programas de noticias de dos canales centrales de aire (canal 13 y canal 9), un programa dirigido a público adolescente (Rebelde W) y dos diarios en su edición dominical (Clarín y La Nación) durante un período de tres meses durante el año 2005.

(3) Luego del cacerolazo de diciembre de 2001, la mayor movilización callejera de los últimos años ha sido la movilización de abril de 2004 donde miles y miles de personas reclamaron mayor seguridad a través de la exigencia de medidas como las enunciadas por uno de los líderes de la movilización: «separar de la sociedad a los jóvenes que están matando nuestros hijos».

(4) Cabe recordar que recién en 1998 se sancionó la ley orgánica de la policía que reemplazó a la ley que estaba vigente desde la época de la dictadura, cuando la policía estuvo bajo el mando del General Juan Ramón Camps, uno de los más terroríficos torturadores de la época. Y si es necesario, se recordará también el papel importantísimo que gran parte de la actual policía bonaerense ocupó en la represión de la sociedad civil en la década del 70, siendo responsable de miles de asesinatos, torturas y desapariciones.

SEGUNDA PARTE



« cabe decir que existe un enorme campo de estudios sobre las representaciones sociales que ha sido atravesado por distintas disciplinas, con trayectos metodológicos distintos y creativos »

LOS JÓVENES HABLAN

En esta segunda parte nos abocamos definitivamente a la descripción y análisis de lo que surgió de las entrevistas (*) realizadas en el trabajo de campo.

Para ello, hemos organizado cada uno de los capítulos a partir de una breve introducción sobre los modos de existencia tradicionales de las instituciones estudiadas -la familia, el trabajo, la escuela y la política- para ver luego qué nuevas y viejas representaciones construyen los jóvenes sobre ellas desde el contexto histórico y cultural anteriormente descrito.

(*) En cada uno de los capítulos trabajaremos citando la palabra de los chicos entrevistados utilizando para ello comillas y cursiva con el fin de que el lector pueda distinguirla de otro tipo de citas.

CÁPITULO IV

LAS PERCEPCIONES DEL NUEVO MUNDO



« es posible abordar el modo
en que las percepciones que
tienen los jóvenes del mundo
y sus acciones en él están
marcadas entonces desde sus
estar dotados de
determinados habitus »»

Decíamos que nos interesa en esta investigación indagar cómo es que en el marco de la incertidumbre, de la ruptura de las trayectorias tradicionales, los jóvenes están imaginando, percibiendo, construyendo futuros en relación a sus presentes, pero no desde una marca de continuidad fija. Ahora bien: cómo abordar la idea de percepción o conocimiento del mundo, de sus instituciones. Desde qué punto de vista epistemológico y teórico abordar el modo en que los actores, en este caso los jóvenes, interpretan los sistemas sociales, que a su vez son constitutivos de sus propias clasificaciones de la vida. Cómo pensar la relación entre las formas interiorizadas como estructuras mentales, como sistemas de clasificación por un lado, y las formas objetivadas del mundo social, como prácticas, conductas, rituales, enunciaciones.

Entenderemos a las percepciones o representaciones como esquemas de interpretación, valoración y clasificación. Como esquemas de conocimiento del mundo: mediaciones entre estructuras y prácticas; entre institución y movimiento; entre formas interiorizadas y formas objetivadas: nos estamos situando dentro de los aportes de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. Es así que en esta tesis nos ubicamos en una mirada que contempla tanto la dimensión subjetiva como social del proceso de construcción de sentido del mundo, de «conocimiento» del mundo de los actores. En un posicionamiento que se desplaza desde una mirada dualista, binaria de la construcción de conocimiento -que opone las explicaciones centradas sobre el individuo a aquellas centradas en lo social- hacia otra que toma de cada una de estas tradiciones elementos que permitan hablar de los modos de percibir el mundo como procesos tanto individuales como sociales.

Pero teniendo en cuenta esta opción, se nos aparece como enriquecedora la posibilidad de incorporar la noción de representaciones sociales de la psicología social a modo de lectura paralela, posible de ser complementaria de la propuesta bourdiana del habitus. Siguiendo al psicólogo social José Castorina (Castorina, 2000, p.338), «En última instancia, la comparación entre investigación psicológica y las teorías de la acción social se basa en una temática común: ¿cómo los agentes sociales interpretan los sistemas sociales que, a su vez, son constitutivos de las clasificaciones sociales? Más aún, la cuestión central que plantean los teóricos de las ciencias sociales es también la nuestra: ¿cómo producir una explicación del conocimiento social que supere el antagonismo clásico: individuo o sociedad; determinación o creación intelectual; heteronomía o autonomía cognoscitiva; subjetivismo u objetivismo?».

Así, en este capítulo, desarrollaremos el aporte de dos paradigmas: el de las representaciones sociales elaborado por Serge Moscovici, proveniente de la psicología social y el del habitus de Pierre Bourdieu, proveniente de la sociología de la cultura, tratando de pensar la posible relación entre ellos.

Adscribimos aquí a la propuesta de Gilberto Gimenez, que ve el paradigma de las representaciones homologable al del habitus: «lo que demuestra la necesidad de que el analista de la cultura y la sociedad trabaje en las fronteras de diversas disciplinas sociales, pues los estudios culturales son, y sólo pueden ser por definición, multidisciplinarios» (Giménez, 1995, p. 20). Aunque vale la pena recordar que esta tesis no se ubica dentro del campo de la psicología social, no tiene la intención de utilizar ortodoxamente la noción de representaciones sociales desde allí, sino que lo que hará será transitar algunos de sus miradas para enriquecer y complementar el enfoque de los estudios socioculturales que es en el que sí se inscribe.

1. Las representaciones sociales

Serge Moscovici ha trabajado la teoría de las de representaciones sociales desde un «concepto olvidado» de Durkheim. Es decir, que el concepto de representacio-

nes sociales va a ser esbozado por la sociología pero su teoría finalmente será elaborada por la psicología social, habiendo pasado antes por la psicología del conocimiento piagetina (Piaget, 1926)

Hablar de representaciones sociales implica pensar en las construcciones sociocognitivas propias del pensamiento ingenuo o del sentido común, como conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes a propósito de un objeto determinado.

Escribe Jodelet (Jodelet, 1984, p.275), una de las principales discípulas de Moscovici: «El concepto de representación social designa una forma de conocimiento específico, el saber de sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social.» Y agrega: «Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientadas hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. En tanto que tales, presentan características específicas a nivel de organización de los contenidos, las operaciones mentales y la lógica». La caracterización social de los contenidos o los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen las representaciones, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás.

Por un lado, las representaciones sociales se definen por un contenido, que a su vez se relaciona con un objeto. Por otro lado, son las representaciones de un sujeto - individuo, familia, grupo, clase, etc.- en relación a otro sujeto, estando así en absoluta relación con el lugar que los sujetos ocupan en la sociedad.

Las representaciones no son mero reflejo de la realidad, sino una organización significativa de la realidad, un modo de construir la realidad (1), que a su vez depende del posicionamiento contextual y contingente del sujeto. Las representaciones sociales constituyen sistemas cognitivos contextualizados que responden a la doble lógica cognitiva y social.

Así, las representaciones sociales constituyen sistemas de referencia que permiten a los actores interpretar y dar sentido al mundo; son categorías que les permiten organizar, clasificar información, acontecimientos, fenómenos, sujetos. Son construcciones cognoscitivas que orientan las prácticas de los actores, «por lo que se convierten por un lado en marcos de interpretación de la realidad y por otro, en guías de sus comportamientos y prácticas sociales» (Collington, 2000, p.59).

Según Denise Jodelet las representaciones sociales tienen cinco características fundamentales. Estas son:

- Las representaciones son representaciones de un objeto, pero no son la imagen separada del objeto. La imagen es inseparable de su aspecto significante. En la representación, figura y sentido son dos caras de una misma moneda que no pueden pensarse por separado.

- Las representaciones tienen un carácter de imagen y la propiedad de poder intercambiar lo sensible y la idea, la percepción y el concepto. La idea de imagen, al hablar de representación, es entendida como figura o conjunto figurativo, es decir, constelación de rasgos de carácter concretos o bien en sus acepciones que hacen entrar en juego la intervención específica de lo imaginario, individual o social, o de la imaginación. Además, en sus corrientes más recientes la psicología cognitiva ha tenido que reflexionar sobre las distinciones que existen entre imagen y representación, y considerar a la imagen como una de las especies del género de la representación, junto a las representaciones de lenguaje y de relaciones.

- Las representaciones tienen un carácter simbólico y significante: en la representación los sujetos sociales dan sentido al mundo.

- Las representaciones tienen un carácter constructivo. Siempre hay una actividad de construcción y reconstrucción de la realidad en el acto de representación.

- Las representaciones tienen un carácter autónomo y creativo.

Para indagar las representaciones sociales, Serge Moscovici ha identificado dos mecanismos centrales, el de la objetivación y el anclaje, que se refieren a la elaboración y al funcionamiento de las representaciones mostrando la interdependencia entre la actividad psicológica y las condiciones sociales de su ejercicio. El mecanismo de la objetivación está relacionada con la tendencia a representar de modo figurativo y concreto lo abstracto, como proceso de incorporación del objeto en una imagen estructurante. Dice Moscovici: «Objetivar es reabsorber un exceso de significados materializándolos», en procesos de construcción selectiva, esquematización estructurante y naturalización. El mecanismo del anclaje se refiere a la integración cognitiva del objeto representado, objetivado, dentro del sistema preexistente. Tiene que ver con los procesos de incorporación de lo nuevo dentro de esquemas previamente conocidos.

Desde la indagación de estos mecanismos es posible problematizar los modos en que los actores sociales incorporan nuevas informaciones a lo ya conocido, recreando nuevas representaciones de lo real que guiarán sus conductas. Como mecanismo complejo, el anclaje «situado en una relación dialéctica con la objetivación, articula las tres funciones básicas de la representación: función cognitiva de integración de la novedad, función de interpretación de la realidad y función de orientación de las conductas y las relaciones sociales» (Jodelet, 1984, p. 486).

Por otro lado es importante ver cómo las representaciones están compuestas siempre de un núcleo central consistente y de una periferia, como un modo de hacer, unas prácticas más flexibles, móviles, que constituyen la parte más accesible y concreta de la representación. El núcleo central, que se encuentra ligado a condiciones históricas y sociales profundas, que se caracteriza por la estabilidad y la coherencia, es lo que daría «identidad» al sistema de representaciones periférico, que se define más por los contextos inmediatos y específicos, «permite la adaptación a las experiencias cotidianas modulando en forma personalizada los temas del núcleo común, manifiesta un contenido más heterogéneo y funciona como una especie de parachoques que protege al núcleo central, lo que permite la integración de informaciones nuevas y en ocasiones contradictorias» (Jiménez, 2000, p.86).

Por último, cabe decir que existe un enorme campo de estudios sobre las representaciones sociales que ha sido atravesado por distintas disciplinas, con trayectos metodológicos distintos y creativos, porque como dice Ana Perez Rubio (Perez Rubio, 2001, p. 185). Hay cierto consenso «más allá de los diferentes usos de la idea de representaciones sociales- en considerar que las RS son opiniones compartidas por miembros de colectividades ideológicas o geográficas, que se hallan estructuradas, que comparten elementos emocionales hacia el objeto en cuestión, y finalmente, que ese conjunto de opiniones está unido a prácticas específicas. A partir de esa base teórica mínima se estructuran distintos enfoques».

2. El aporte de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu para pensar los modos de conocimiento del mundo social

No nos vamos a detener demasiado en el desarrollo de la perspectiva bourdiana, ya que ésta ha tenido amplia y conocida difusión en los ámbitos de las ciencias sociales. Pero sí vamos a dejar planteado en este apartado algunas nociones básicas sobre la definición de habitus, para luego ponerla en común con la de representación social.

El trabajo bourdiano se sitúa en la superación de las tradiciones teóricas objetivistas -fundamentalmente el estructuralismo- y subjetivistas -fenomenologías, etnometodologías e interaccionismo-. Las prácticas para la primera tradición son papeles teatrales, sumisión del hombre a los sistemas que lo preceden y constituyen; para la segunda son las operaciones de sentido propio de los sujetos humanos fundadas en la evidencia: la esencia del ser es lo que el ser hace con lo inmediato. Pero Pierre Bourdieu (Bourdieu, 1991, p.91) dirá por otro lado que «en contra del materialismo positivista, los objetos de conocimiento son construidos y no pasivamente registrados y, contra el idealismo intelectualista, que el principio de esta construcción es el sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes constituido en la práctica y orientado hacia funciones prácticas». De esto se deduce que la acción sobre el mundo de los agentes sociales está estructurada, al mismo tiempo que es estructurante.

Ubicando la problemática en un enfoque que procura alcanzar la superación de la contraposición entre teorías de la acción -de orientación subjetivista- y teorías de la estructura -de orientación objetivista- lo que Bourdieu propone es concebir a la realidad social como un proceso dinámico de estructuración formadora de la práctica, y no como mera contingencia de la acción o exclusiva objetividad de la estructura. Las estructuras, así entendidas, no tienen carácter ontológico sino que actúan en tanto condición de la acción pero al mismo tiempo son el resultado de esta acción. Las estructuras no son entonces externas a los individuos: en tanto huellas mnémicas, y en tanto ejemplificadas en prácticas sociales, son en cierto aspecto más internas que externas.

Así Bourdieu entenderá las percepciones del mundo y las prácticas desde la noción de habitus. El habitus, generado por las estructuras objetivas, genera a su vez sistemas de prácticas y representaciones, dando a la conducta esquemas básicos de percepción y de acción, modos de experimentar y clasificar lo real. Se puede concebir al habitus desde su «capacidad infinita de engendrar en total libertad/controlada productos -pensamientos, percepciones, expresiones, acciones- que tienen siempre como límites las condiciones de su producción, histórica y socialmente situadas; la libertad condicionada y condicional que asegura está tan alejada de una creación de imprevisible novedad como de una simple reproducción mecánica de los condicionamientos iniciales» (Bourdieu, 1991, p.96).

Las representaciones que tienen los actores del mundo y sus acciones en él están marcadas entonces desde sus estar dotados de determinados habitus, configurados de acuerdo al lugar histórico que ocupan dentro del espacio social, dado a su vez por un volumen y una estructura de capital particular que permite hablar de trayectorias posibles (2) (Bourdieu, 1988).

Las respuestas del habitus pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin que se haga explícito este fin ni las operaciones necesarias para alcanzarlo, «colectivamente orquestadas sin ser producto de la acción organizada de un director de orquesta». El habitus como especie de hipótesis prácticas fundadas sobre la experiencia pasada, que permiten respuestas inscriptas en el presente en relación a un porvenir probable.

Cabe aclarar que las prácticas y percepciones no son exclusivamente la ejecución del habitus: son producto de la relación dialéctica entre una situación y un habitus. En las prácticas y percepciones del mundo se hacen actos las disposiciones del habitus, y si bien los agentes tienden a reproducir las condiciones que engendraron sus habitus, en circunstancias nuevas, estas disposiciones pueden ser transformadas. Así, las dimensiones estructurales de la vida social se recrean.

La posibilidad de poner en relación la mirada de las representaciones desde la psicología social con la idea de habitus de Bourdieu, permite profundizar la problematización de las relaciones sociales de poder que constituyen lo social y que aparecen estructurando las percepciones y el conocimiento que los actores tienen del mundo. No es que estemos afirmando que la teoría de las representaciones de Serge Moscovici no dimensiona un plano material de los modos de construcción del conocimiento, sino que lo que estamos diciendo es que este es el tópico más fuertemente específico de la propuesta de Bourdieu.

En otro orden, también podríamos pensar que la puesta en común de las ideas de habitus y de representación social se potenciarían, en lo que se refiere a la capacidad de explicar los modos en que los sujetos incorporan lo novedad. Porque aunque la noción de habitus deja claramente expuesto sus posibilidades heurísticas para trabajar los procesos de cambio social, podríamos pensar desde la teoría de las representaciones más claramente cómo es que los actores sociales, luego de objetivar el mundo nuevo, desarrollan mecanismos de anclajes de éste a lo ya conocido, redefiniéndolo.

En esta tesis, desde la perspectiva Bourdiana es posible abordar el modo en que las percepciones que tienen los jóvenes del mundo y sus acciones en él están marcadas entonces desde sus estar dotados de determinados habitus, que permite hablar de trayectorias posibles (Bourdieu, 1988). Pero para los jóvenes, la evolución en el tiempo de estas dos propiedades que suponía una movilización potencial en el espacio social relativamente previsible en relación al pasado, una trayectoria o un haz de trayectorias determinadas para entrar al mundo adulto, se ha quebrado: se ha quebrado su previsibilidad, su continuidad con el pasado.

Así, estamos hoy frente a jóvenes que situados ante circunstancias nuevas no pueden sólo actuar a partir de la reproducción del habitus, sino que deben diseñar modos de conducta y percepciones distintas a los ya conocidas. Y es ahí donde la teoría de las representaciones sociales potenciaría la noción de habitus, ya que permite indagar los modos de construcción de nuevas percepciones sociales.

Finalmente, es necesario destacar que tanto la teoría de las representaciones sociales, como la teoría del habitus bourdiana, son modos posibles de acercamiento a la pregunta por los procesos de construcción del conocimiento del mundo que tienen los actores, desde una mirada atenta a la dimensión subjetiva como social de los mismos. En este sentido, ambas perspectivas se complementan y enriquecen entre sí, lo que ameritaría una apuesta teórica hacia la profundización de sus posibles relaciones, de la cual este apartado es sólo una primera aproximación que acompañará nuestro recorrido.

(1) Berger, Peter y Luckmann, Thomas (Berger y Luckman 1971) han tomado la idea de representación social incorporándola a una sociología del conocimiento que da cuenta de cómo los sujetos, construyen la realidad en movimientos complejos de incorporación y recreación de las constricciones estructurales.

(2) Con la noción de trayectoria podemos pensar en la movilidad a través del tiempo en el espacio social -los individuos no se desplazan al azar en éste, por un lado porque las fuerzas que confieren su estructura a este espacio se imponen a ellos y por otra porque ellos oponen a las fuerzas el campo su propia inercia, es decir, sus propiedades-.
Escribe Bourdieu: «A un volumen determinado de capital heredado corresponde un haz de trayectorias más o menos equiparables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes -es el campo de los posibles objetivamente ofrecido a un agente determinado-; y en el paso de una trayectoria a otra depende a menudo de acontecimientos colectivos -guerras, crisis, etc.- o individuales -ocasiones, amistades, protecciones, etc.- que comunmente son descriptos como casualidades, afortunadas o desafortunadas, aunque ellas mismas dependen estadísticamente de la posición y de las disposiciones de aquellos a quienes afectan -por ejemplo el sentido de las relaciones que permite a los poseedores de un fuerte capital social conservar o aumentar ese capital-, cuando no están expresamente preparadas por determinadas intervenciones institucionalizadas -clubes, reuniones familiares, asociaciones de antiguos alumnos, de profesionales, etc.- o -espontáneas- de los individuos o de los grupos» (Bourdieu, 1988, p.108).

ENFOQUE METODOLÓGICO Y DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO DE CAMPO



«La descripción la trabajamos a partir de dos niveles: por un lado, con las interpretaciones que los propios actores tienen de sus acciones y sus lugares en el mundo social; por otro lado, en un segundo nivel de abstracción, con las interpretaciones que permiten los puntos de vista teóricos del investigador sobre las de los actores »»

Hace ahora varios años Pierre Bourdieu enunció en un texto ya clásico, *El oficio del sociólogo* (Bourdieu, 1977), que la metodología es teoría transformada en acto. Y si bien no podríamos decir que lo metodológico se agota en una aplicación de la teoría, sí es necesario pensar que no está al margen de unas opciones teóricas y epistemológicas. De tal manera que si el enfoque de la problemática enunciada en esta investigación estuvo anclado en una perspectiva socio semiótica de la cultura, la opción metodológica que tomamos tuvo que dar cuenta de los modos de significación del mundo de los actores sociales, y de cómo estas significaciones están comprometidas con una dimensión material e histórica. El centro del enfoque lo constituyó la significación, es decir, los procesos de simbolización mediante los cuales los actores, intersubjetivamente, marcan de sentido lo real. Fue necesario entonces partir del punto de vista del actor, para dotarlo de un nuevo sentido para la investigación social y cultural.

Siguiendo este objetivo, metodológicamente optamos por una mirada que asumió la necesidad de una descripción densa de las representaciones sobre las instituciones tradicionales de la modernidad que construyen los jóvenes platenses. Una descripción que estuvo atenta a las formas en que los sujetos diferencial y colectivamente incorporan el mundo y en movimientos de creación y reproducción lo vuelvan a nombrar. Que consistió en desentrañar las estructuras de significación que hacen a las prácticas de representación, a su campo social y su alcance. Es decir, que estableció la significación que determinadas percepciones tienen para los propios agentes y a partir de ahí enunció lo que esto devela sobre la vida social o lo que se puede conjeturar acerca de ella a la luz de la teoría.

La metodología entonces fue claramente cualitativa: un enfoque que parte de entender la metodología como un proceso de indagación a través de interpretaciones

sucesivas y valiéndose de técnicas e instrumentos que permiten la construcción de datos. «La investigación cualitativa pretende dar cuenta de significados, actividades, acciones e interpretaciones cotidianas de distintos sujetos, situados estos en un contextos específicos o en un ámbito de dicho contexto. Así, la perspectiva cualitativa no está interesada en contar y medir cosas, ni convertir observaciones en números: se interesa por preguntar, interpretar y relacionar lo observado, es decir, por construir sentido sobre la problemática que condujo al campo de investigación» (Obregón, 1999, p.126).

En un texto ampliamente citado en ciencias sociales Taylor y Bogdan (Taylor y Bogdan, 1990) definen a la metodología cualitativa a partir de las siguientes características:

- es inductiva y responde a un diseño de investigación flexible;

- prima una perspectiva holística, donde ni los actores individuales ni los grupos se reducen a variables sino que son considerados como un todo;

- los investigadores cualitativos son sensibles a los efectos que ellos mismos causan sobre los actores que son sus objetos de estudio;

- los investigadores cualitativos tratan de comprender a las personas dentro del marco de referencia de ellas misma;

- el investigador cualitativo suspende sus propias creencias, como si las cosas estuvieran ocurriendo por primera vez;

- todos los actores y perspectivas son interesantes como objeto de estudio;

- los métodos cualitativos son humanistas;

- subrayan la validez distinguiéndola de la confiabilidad.

La descripción la trabajamos a partir de dos niveles: por un lado, con las interpretaciones que los propios actores tienen de sus acciones y sus lugares en el mundo social; por otro lado, en un segundo nivel de abstracción, con las interpretaciones que permiten los puntos de vista teóricos del investigador sobre las de los actores - interpretaciones de primer y segundo orden-.

1. Estrategia de recolección de datos

El carácter de la muestra no estuvo definido por criterios de representatividad cuantitativos sino que por lo contrario ésta se construyó cualitativamente, incorporando aunque no de manera estricta la idea de muestreo teórico. De acuerdo a Glaser y Strauss (Glaser y Strauss XX) el muestreo teórico «es el proceso de recolección de datos para generar teoría mediante el cual el analista conjuntamente selecciona, codifica y analiza su información y decide qué información buscar y dónde encontrarla para desarrollar dicha teoría tal como surge de la información». Este proceso de recolección de la información está controlado por la teoría emergente, que en un inicio puede consistir en una perspectiva sociológica general. Atendiendo a su sensibilidad teórica el analista intentará combinar conceptos e hipótesis existentes previamente con conceptos e hipótesis que surjan de los datos. Es decir, que no estamos frente a procesos de investigación donde lo que se busca es aplicar y verificar una teoría, sino construir teoría a partir de los datos, y esta teoría emergente indica los pasos a seguir «que el sociólogo no conoce hasta que es guiado por brechas emergentes de su teoría y por preguntas de investigación sugeridas por respuestas anteriores».

Si bien nuestro estudio tuvo carácter exploratorio y más que «a encontrar» el trabajo de campo estuvo orientado con un criterio de búsqueda -de categorías, de temas, de propiedades- el recorrido comenzó con la elaboración de un muestreo teórico en nada rígido que orientó las entrevistas. El muestreo teórico se hace para descubrir categorías y propiedades y para sugerir las interrelaciones con respecto a un enfoque teórico.

Para seleccionar el muestreo el criterio fue un criterio teórico. Entonces, la decisión de a qué jóvenes entrevistar estuvo construida desde dos lugares básicos:

La idea de que ser joven tiene que ver con una dimensión biológica, etaria, pero que a la vez esta dimensión está cargada socioculturalmente. Es decir, que la condición de juventud no se presenta a todos homogéneamente sino que existen diferentes formas de ser joven con relación al lugar que se ocupe en el espacio social, diferenciado de acuerdo a la estructura y volumen de capital que se posea.

El interés por analizar las representaciones sobre las instituciones que tradicionalmente cohesionaron el sentido de la vida social de los jóvenes, partiendo de la hipótesis de que jóvenes diferentes tendrán percepciones diferentes y que entonces nos interesaba ver las yuxtaposiciones, alianzas y antagonismos entre las mismas.

Es así que la muestra estuvo compuesta por jóvenes con diferentes volúmenes y estructuras de capital ubicados entonces en distintos lugares del espacio social. Quedaron conformados dos grupos de jóvenes: jóvenes de sectores medios y jóvenes de sectores populares, aunque es necesario aclarar aquí que ninguno de los dos grupos era absolutamente homogéneo al interior sino que por el contrario estaban contruidos también atendiendo a las diferencias que presentaban internamente. Estas diferencias estaban dadas fundamentalmente por el género, la edad -de 13 a 18 años, y de 19 a 29 años-, la historia escolar de ellos y de sus padres.

La construcción de los grupos tuvo un carácter flexible, atento a las diferenciaciones internas, a las múltiples interconexiones entre ambos y a las dificultades para establecer límites tajantes entre uno y otro. Pero también, esta construcción de los grupos tuvo en cuenta lo que la socióloga Maristella Svampa (Svampa, 2001, p. 22), sugiere para pensar los sectores sociales en la actualidad, y es la importancia de no dejar de lado los cambios ocurridos en las últimas décadas que han operado sobre la construcción de las clases sociales: «Entre los factores que se encuentran en el origen de estas grandes transformaciones podemos mencionar, en primer lugar, el notorio declive de vastas formas organizativas que caracterizaron la etapa fordista, como los sindicatos y los partidos políticos; en segundo lugar las mutaciones del mercado laboral, sobre todo a partir del pasaje a una economía centrada en los servicios y de los cambios en la organización del trabajo; en tercer lugar la entrada de la mujer en el mercado laboral y su significación creciente como asalariada formal. En cuarto y último lugar, hay que considerar las dimensiones propiamente simbólicas culturales de estos procesos, a partir de la emergencia de nuevas representaciones acerca de la sociedad, del ambiente, en fin, acerca del sujeto mismo».

Básicamente, podríamos decir que los jóvenes de sectores populares pertenecen a familias pobres, con bajos salarios, cuentapropistas de bajos ingresos y de/

subempleados. Muchos ellos son hijos de una o dos generaciones de desempleados o subempleados. La mayoría de los jóvenes entrevistados viven en la periferia pobre de la ciudad, y han alcanzado niveles básicos de escolaridad y a veces ni siquiera han finalizado estos, por lo tanto no poseen las acreditaciones mínimas. Aunque entendemos que si bien lo popular está determinado a partir de su carácter de subalternidad con respecto a otros sectores que poseen volúmenes de capital más altos y estructuras mejor valorizadas, su existencia no se restringe a la reproducción de los modos de vida legitimados por los sectores dominantes. Es decir, que su cultura no es sólo la reproducción de las carencias, una copia de la cultura hegemónica, sino que ella también posee elementos propios definidos históricamente. Lo popular pensado como cultura nos remite a la necesidad de definirlo a partir de su condición relacional, como uso y no como origen, como posición relacional y no como sustancia (Cirese, 1980).

Por otro lado, los jóvenes de sectores medios entrevistados pertenecen a familias de uno de o dos padres profesionales -incluso algunos son hijos de dos y tres generaciones de profesionales-, o asalariados, con una gran heterogeneidad ocupacional y que han vivido la experiencia de la movilidad social ascendente a través de la escuela durante años.

Viven en el centro o en la periferia más rica de la ciudad, algunos de ellos en barrios cerrados y en zonas residenciales. Sus padres y ellos mismos tienen niveles educativos más altos que los de los sectores populares, y algunos concurren o han concurrido a colegios privados. Las familias son generalmente chicas, con pocos hijos y no viven con ellos los abuelos u otros miembros. Estas familias poseen además niveles de consumo más altos que los de los sectores populares -entre los que se encuentra una preocupación por el consumo de bienes culturales- y se podría decir esquemáticamente que existe en ellas una aspiración a un estilo de vida caracterizado por un modelo-tipo, en el cual se conjugan el acceso a ciertos bienes como la vivienda propia, el automóvil y los electrodomésticos.

La cantidad de jóvenes que componen la muestra fue un número indeterminado al comienzo que fue definiéndose a partir de un criterio de saturación: «La saturación es un fenómeno por el que, superado un cierto número de entrevistas el investigador

tiene la impresión de no aprender nada nuevo, al menos por lo que respecta al objeto sociológico de la investigación» (Bertaux, 1993). Cuando ya no se obtiene ninguna información nueva que permita desarrollar propiedades de las categorías y se alcanza la saturación mediante la recolección y el análisis de los datos. Según Glaser y Strauss «los criterios para determinar la saturación son la combinación de los límites empíricos de los datos, la integración y densidad de la teoría y la sensibilidad teórica del analista».

Finalmente, la muestra (ver en anexo su conformación definitiva) quedó constituida por **32** entrevistados, pertenecientes a colectivos o grupos sociales distintos, o con actividades laborales diversas también de los cuales **20** fueron de sectores medios y **12** de sectores populares.

De los **20** de sectores medios:

10 tenían entre **13** y **18** años y **10** entre **19** y **29** años;

12 eran mujeres y **8** varones;

8 estaban en el nivel educativo secundario; **1** sólo primaria; **11** eran universitarios.

9 eran hijos de padres universitarios.

De los **12** de sectores populares,

8 tenían entre **13** y **18** años y **10** entre **19** y **29**.

9 eran varones; **3** mujeres;

2 estaban en el secundario; **10** tenían sólo primaria o primaria incompleta.

Los **12** tenían padres que no habían terminado el nivel secundario.

2. La técnica de la entrevista y el grupo de discusión

Teniendo en cuenta el enfoque teórico metodológico optado, la definición de las técnicas de construcción de los datos no fue dogmática, sino que por lo contrario atendió a la idea de que no existe una única técnica apropiada. Es decir, que las técnicas deben ser flexibles y responder a las variadas condiciones estructurales en las cuales se desarrollan las preguntas de investigación. Así, se trabajó con la inda-

gación de las categorías de la investigación a través de entrevistas y finalmente con el grupo de discusión.

Las entrevistas fueron semiestructuradas. Aunque claro está, los entrevistados no fueron considerados informantes de una realidad que suceda por fuera de ellos, sino que por el contrario nos interesó sus relatos como evidencias de las perspectivas de los jóvenes mismos sobre la realidad que los atraviesa y constituye. Sus relatos no fueron entendidos como representaciones del mundo externas a ellos, sino como parte del mundo que describen y por lo tanto conformados por el contexto en el que ellos mismos ocurren (Atkinson, 1990).

Por entrevista semiestructurada no entendemos una entrevista semicerrada -con preguntas que inciten a unas alternativas de respuestas más o menos limitadas-, sino más bien una entrevista reflexiva donde el entrevistador acude a ella con una serie de temas que desea conversar con el entrevistado. Temas que a la vez, de acuerdo al entrevistado y a la situación de la entrevistas, serán abordados con preguntas distintas.

Luego de tomar los datos base del entrevistado -edad, escolaridad propia y de los padres, tipo de escuela, actividad laboral propia y de los padres, lugar de residencia- los temas de las entrevistas giraron en torno a los siguientes ejes:

a) La familia: modelos distintos de familia. Relaciones dentro de la familia. El amor, la pareja. El matrimonio. Los hijos. El divorcio. El aborto.

b) El trabajo: Historia familiar del trabajo. Expectativas frente al trabajo. Derechos. El lugar de la escuela en relación al trabajo. Identidad y trabajo. El sacrificio como canal para la movilidad social. Las nuevas temporalidades del trabajo.

c) La política: Los partidos políticos. La representación y los representantes. Nuevas formas de participación del espacio público. Compromiso y temporalidad.

d) La escuela: lugar de la escuela en la vida cotidiana. Las posibilidades de la escuela de ser espacio de movilidad social ascendente. La escuela como espacio de integración/distinción social. Expectativas y críticas.

Estos ejes funcionaron como ejes temáticos de las entrevistas y las preguntas se hicieron de manera directa y de manera indirecta, como cuestiones abiertas que no esperaron del entrevistado una respuesta demasiado escueta. Igualmente las entrevistas estuvieron abiertas a la emergencia de otros temas y problemáticas que fueran surgiendo en el proceso, como por ejemplo, la relación con las industrias culturales o con instituciones como la policía.

3. El grupo

Una vez realizadas las entrevistas, y habiendo reconocido en ellas diferentes representaciones de las instituciones, como también puntos en común y yuxtaposiciones varias, quisimos reforzar la mirada poniéndolas en común a través de los grupos de discusión. Partimos de la hipótesis de que estas diferentes representaciones se encontraban en el espacio social de maneras diversas y entonces la idea de recrear un espacio donde poder ver de qué modo lo hacían nos pareció sumamente rica. En el grupo de discusión «el grupo formula, narra, discute acerca de objetos sociales y despliega en el proceso sus visiones y valoraciones mundo. Como se trata de una situación grupal, los participantes deben negociar los significados atribuidos y/o atribuibles a esos objetos sociales» (Reguillo, 1999). El relato producido por el grupo actúa en dos niveles: uno, como identificación, creando identificaciones, un nosotros, como aquello que une y se comparte; dos, como diferenciación, al plantear a los otros, aquello con lo que no se comulga que se repele o se desconoce. Entonces, estas diferencias y acuerdos se encuentran en un espacio común.

Es así que creamos, producimos, -los grupos de discusión no son grupos «naturales» sino producidos por el investigador- un grupo que contemplara a los diferentes jóvenes entrevistados y recreara sus acuerdos y desacuerdos. El grupo estuvo compuesto por cinco jóvenes de entre 13 y 18 años y otros cinco de entre 19 y 29 años.

De estos diez, cinco fueron mujeres y cinco varones, y cinco eran de sectores populares y cinco de sectores medios. El grupo comenzó a trabajar a partir de una serie de fotos que operaron como estímulos de discusión.

4. Estrategia de análisis

Por una cuestión de orden en la escritura hemos tomado el tema del análisis en el último apartado de este capítulo, pero es necesario señalar que desde un enfoque como el que hemos elegido el análisis no aparece como una última instancia luego que todo el proceso de investigación se ha desarrollado sino que paralelamente a la recolección de la información esta se va analizando y se van construyendo los datos.

Es decir, que ya desde las primeras entrevistas los relatos comienzan a revisarse a la luz de las herramientas teóricas y de las problemáticas planteadas. Explica Ruth Sautu (Sautu, 2003, p.67) que en la investigación cualitativa «los datos se producen a partir de unas pocas ideas y conceptos teóricos básicos generables y sustantivos, apoyados en una consistente argumentación epistemológica, los cuales se van nutriendo a medida que la investigación avanza. El razonamiento inductivo está presente desde el inicio del proyecto, en el cual las observaciones de casos particulares, de instancias o situaciones llevan a enunciar ideas, conceptos o hipótesis que a su vez guían la subsiguiente búsqueda de datos. La mayor parte de las veces toma la forma de ideas generales que requieren ser profundizadas o clarificadas».

Por otro lado, también nos parece oportuno remarcar que cuando estamos frente al análisis tenemos como objetivo desentrañar las significaciones que determinados acontecimientos y discursos enunciados por los actores en un momento histórico, tienen para la vida social. Desentrañar los significados que los discursos de los actores tienen en un determinado marco de relaciones y posiciones objetivas, teniendo en cuenta que estos discursos no son datos objetivos sino categorías previamente construidas.

Como decíamos, el trabajo de campo comenzó cuando elegimos a los entrevistados con los criterios anteriormente descritos y así fuimos ubicando las entrevistas dentro de los dos grandes grupos, el de los jóvenes de sectores populares y el de los de sectores medios, y a su vez dentro de cada uno de los grupos diferenciándolos de acuerdo a las distinciones ya mencionadas, básicamente género y edad. Así fuimos buscando que en los discursos de los entrevistados, organizados a partir de algunos ejes básicos, emergieran las categorías para el análisis.

Buscamos al interior de cada grupo saturar las propiedades de cada una de las categorías analíticas, para luego de saturarlas con respecto al otro grupo.

Comparamos entonces las diferencias entre los dos grupos y a su interior sobre la base de una inmensa gama de similitudes entre ambos, empezando por la idea de que los dos grupos están compuestos por jóvenes que comparten una misma marca epocal, una generación. Es decir, se trabajó buscando diferencias y similitudes entre los grupos, que a la vez nos hablaban de formas de concebir el mundo conciliables, irreconciliables e indiferentes entre sí. Así se fueron produciendo nuevas categorías y propiedades.

La comparación entre los dos grupos a la vez se relacionó con las miradas sobre las instituciones sociales de las generaciones anteriores, que habían sido reconstruidas para el análisis. Así pudimos comenzar a pensar cómo es que los dos grupos construyen diferentes y similares representaciones entre sí y con las generaciones que los precedieron, marcando continuidades y también rupturas con ellas.

Finalmente, los relatos producidos en el grupo de discusión fueron incorporados al análisis tomado lo producido por el grupo como un discurso en sí mismo, aunque es interesante señalar que los datos construidos en el grupo, por la particularidad de la técnica, permitieron ver con mayor claridad las instancias de negociación y conflicto entre las diferentes posiciones.

FAMILIA: ¿UN NUEVO NIDO?



« la familia está transformándose, pero su lugar –junto a otras instituciones- como espacio de la socialidad, de la incorporación de las reglas de juego social no ha desaparecido aún: hoy los jóvenes siguen pensando a la familia como un lugar de intersubjetividad de enorme importancia para sus vidas sociales»

La familia moderna, como formación social, se consolida en las sociedades capitalistas avanzadas a fines del siglo XVIII, durante el siglo XIX, y tiene que ver con los procesos de migración y urbanización que se dan junto al desarrollo del capitalismo industrializador que entre otras cuestiones separa el trabajo del mundo doméstico. Así, ya para principio de siglo la familia moderna aparece afianzada en el nuevo orden social garantizando la reproducción de la fuerza de trabajo y el mantenimiento de un orden establecido.

En Argentina, desde 1870, hasta 1930 aproximadamente, es la necesidad de reproducir la población a la vez que mantener control sobre ella con la menor inversión de recursos posibles por parte del estado, lo que lleva a los sectores liberales gobernantes a una política de fortalecimiento de los lazos interpersonales y de la familia misma como espacio de contención. Esta época se caracteriza por el desembarco de millones de inmigrantes europeos que constituyen sus familias a través del casamiento por ley, con cada vez menos hijos, en acelerados procesos de secularización, a diferencia de la población campesina autóctona que vive en concubinato con numerosos hijos.

Para 1960, en una Argentina industrializada, que ha vivido una migración masiva del campo a la ciudad, los procesos se homogenizan, y los cambios socioculturales son tan profundos que afectan a toda la sociedad.

Este tipo de familia, que crece y se normaliza a través de la acción de un Estado «filantrópico» hasta los años 30, y por el Estado de Bienestar luego, se define por elementos muy claros. Describe Susana Torrado (Torrado, 2003, p.653): «desde el punto de vista de la organización familiar esta se caracterizó por los siguientes rasgos: la formación de la pareja dejó de fundarse en los intereses de linaje o de las alianzas y emergieron dominantes los principios del amor romántico; la vida interna

de la familia estuvo centrada en las relaciones interpersonales de sus miembros; el matrimonio-institución se consideraba la vía regia para lograr relaciones maritales estables, ya que aseguraba la perennidad del vínculo; los hijos eran privilegiados en la atención, realización en inversión de los padres -de ahí su rápida disminución numérica-; en fin, existía una delimitación tajante en la división del trabajo entre el hombre -proveedor de los recursos del sustento grupal- y la mujer -reina del/confinada al- ámbito doméstico y a las tareas de reproducción y socialización de los niños. En esto consistió la emergencia y consolidación de la familia moderna».

Esta familia es entonces una institución social conformada a partir de la alianza matrimonial entre sujetos de diferente sexo, legitimada en el amor romántico, donde los roles son claramente distinguibles y también son distinguibles las relaciones de autoridad, en este orden: padre, madre, hijo mayor, hijas menores. A la vez, la sexualidad, la procreación y la convivencia se erigen como espacio de la intimidad, del mundo privado, y claramente separada del espacio público -aunque claro está el ámbito privado o íntimo nunca dejó de estar atravesado y regulado por las instituciones políticas-. En el modelo clásico, monogámico, existían además expectativas y roles diferenciados para la mujer, responsable de la organización doméstica, y de las tareas reproductivas: gestar y tener hijos, encargarse de la reproducción cotidiana (Jelin, 1997), es decir, de las tareas que permitan el mantenimiento y la subsistencia de los miembros de la familia y de la reproducción social, o sea, de las tareas dirigidas al mantenimiento de un orden social a través de la educación y socialización temprana de los hijos, la transmisión de valores y patrones de conducta.

Por supuesto que la existencia de este modelo de familia no implicó que no hubiera siempre otras formas de la familia, pero estas eran definidas como desviaciones o incluso perversiones, en relación al modelo dominante que se imponía como natural, casi biológico, y patrón desde el cual se medía lo otro.

Pero a mediados de la década del sesenta, en los setenta y aceleradamente con las crisis de crecimiento económico de los ochenta en la región- hasta la actualidad esta naturalización de la familia «normal» comienza a cambiar. Son innumerables y de

diversos ordenes las razones que podríamos situar para pensar este cambio: modificación de los modelos de producción económica; crisis de los Estados de Bienestar; revoluciones y cambios de los ordenes políticos vigentes hasta el momento; cambios en el mundo del trabajo que provocan la incorporación al mismo de las mujeres; cambios en el ámbito de la salud; aumento de la población, etcétera. Y fundamentalmente, para la década del sesenta, la llamada revolución sexual, que rompe, entre otras cosas, con el modelo de sexualidad normal agotado en la reproducción y que, legitimado por la iglesia cristiana durante siglos, había sido apropiado por la familia monogámica. Esta revolución gestada en la posguerra tiene un sustrato económico, social y cultural y entre sus consecuencias más importantes está el cuestionamiento a la regulación de la sexualidad a través de roles fijos entre hombre/mujer, donde ésta queda supeditada al poder del varón que tiene el patrimonio del goce. Lo que se discute es la confinación de la sexualidad a la reproducción, y el patrimonio del goce sexual adjudicado al mundo masculino.

En este sentido, el desarrollo cada vez más vertiginoso de los medios de comunicación, introyectándose en los ámbitos domésticos e íntimos, va a ir aportando hasta la actualidad imágenes y nuevos relatos para el cuestionamiento de esa familia normalizada rígidamente.

1. El escenario actual

Hoy la familia aparece en discusión desde los diferentes sectores sociales y con marcas propias en cada uno de ellos, redefiniéndose aquellas verdades que la constituyeron durante años. Uno de los estudios sociológicos más importantes sobre las transformaciones estructurales de la familia argentina en los últimos años es el realizado por Susana Torrado (Torrado, 2003) y publicado con el nombre de Historia de la Familia en la Argentina Moderna, que toma el período 1870/2000. Como parte de este trabajo, y a partir del análisis de las estadísticas nacionales, Torrado describe las transformaciones en la composición del hogar en las últimas décadas. Dice que entre las tendencias del cambio es posible señalar la cohabitación como forma de entrada y permanencia en la unión; el incremento de los divorcios y de las

separaciones de uniones consensuales; la profundización de la secuencia unión/separación/reincidencia. Dice además que el incremento de estas tendencias incide sobre la composición de las familias: el aumento del volumen de adultos que viven solos, sobre todo hombres; el incremento de las familias monoparentales, sobre todo, encabezadas por mujeres; la emergencia de familias ensambladas, con predominio de hijos anteriores a la unión actual aportados por mujeres; la difusión de las familias consensuales en detrimento de las legales. También habla de un menor tamaño de la familia, con menos hijos, y una disminución de la presencia de la familia extensa en el hogar. A esto sumamos el dato de que por diferentes razones, de orden económico pero también cultural, los jóvenes extienden cada vez más el tiempo de vida dentro del hogar de base.

En este capítulo nos ocuparemos de describir algunas de las claves de percepción y representación que construyen los jóvenes estos cambios en la familia, dando cuenta de las rupturas en los modelos tradicionales, pero también atendiendo a las continuidades o hibridaciones.

2. El matrimonio y los hijos

En primer término, uno de los lugares donde se hace más evidente la ruptura con el modelo de familia moderna, tiene que ver con el sentido que los jóvenes le atribuyen al matrimonio. El matrimonio, como unión monogámica de una pareja heterosexual legitimada por la ley civil y/o religiosa, basada en el amor romántico, donde el vínculo fusiona a las personas en una sola con la consecuente pérdida del peso de la identidad personal, había sido una de las bases de la familia moderna. En este modelo, además, los roles del varón como proveedor del sustento común y garante de la protección, y el de la mujer como madre, responsable del orden doméstico y dadora de goce, estaban claramente definidos.

Hoy, para estos jóvenes entrevistados el matrimonio no es, en principio, un destino, una necesidad excluyente para acceder al mundo adulto: es, en todo caso, una posibilidad más entre otras. Tanto para las mujeres como para los varones, el ma-

rimonio ha dejado de ser la salida inevitable de la familia de base, y la mayoría se plantea la convivencia con el otro sexo «sin papeles» como algo natural, a veces como una instancia previa a un matrimonio y otras como un fin en sí mismo.

En los jóvenes de sectores medios, y específicamente en aquellos que poseen un volumen más alto de capital cultural, el matrimonio como la institución central de la vida social va perdiendo lugar. Incluso algunos jóvenes, en un porcentaje menor, piensan su futuro sin la necesidad de la convivencia con el sujeto -femenino/masculino- de amor. Pero generalmente son las mujeres las que profundizan en una reflexión sobre la posibilidad de «no casarse», o más comúnmente de «esperar todo lo que sea posible» antes de hacerlo, problematizando la idea de que el matrimonio podría ser un espacio de coacción, de limitación de sus desarrollos personales.

En estos sectores el matrimonio está lejos de ser visto sólo en su función reproductora, como lo fue tradicionalmente: es más, varios jóvenes plantean la duda frente a la paternidad/maternidad mucho más fuertemente que con respecto a la convivencia. Esto no quiere decir, sobre todo en las mujeres, que tener hijos haya dejado de ser un camino deseable o, incluso, esperable, pero a diferencia de otras generaciones, aparece problematizado. Para ellas la familia es vista también como un espacio de la maternidad, aunque esta aparece luego de la carrera, la realización profesional, los estudios, el «probar otras cosas», el «ver más del mundo». Las jóvenes de sectores medios piensan en una pareja en la que su rol de mujer no sea únicamente el de esposa y madre, pero que sin descartarlo sume también el ser protagonistas a través del desarrollo de una vida profesional o simplemente laboral de la economía y manutención del hogar, un lugar durante años destinado a los hombres.

Podríamos pensar que estamos frente a un matrimonio que ha dejado, o está dejando de ser la institución social que fundamentalmente reguló y contuvo la procreación para ser además un espacio de desarrollo subjetivo.

El matrimonio, además, tiene para los jóvenes cada vez menos peso normativo, institucional para ser cada vez más un espacio de intimidad y subjetividad mayor,

donde hay lugar para el goce, tanto de hombres como de mujeres: *«nosotros nos fuimos a vivir juntos porque daba, porque teníamos muchas ganas de ver cómo era, de encontrarnos, de independizarnos. A veces es duro pero a veces es tan bueno saber que todo depende de vos, lo malo pero lo bueno también»*(entrevista 15). Casi sin excepciones el matrimonio en los sectores medios no es pensado por las mujeres sin el derecho al goce sexual, al deseo de la pareja, pero también de otros/as. Si antes el matrimonio llevaba implícito en su contrato la idea de la fidelidad, hoy esta aparece reflexionada y tematizada, tanto por las chicas como por los chicos: no sólo no se niega sino que se discute y se problematiza a partir de la apertura a buscar otras respuestas. No queremos decir que los jóvenes del sectores medios no se preocupan por el contrato de la fidelidad, sino que tratan de pensarlo pluridimensionalmente, de manera distinta a como lo hicieron las generaciones anteriores, de las cuales les molesta, según dicen, la hipocresía con respecto al tema: *«Antes pasaba todo, también, pero nadie lo decía. Y si se sabía era el final, el desastre. Ahora yo no se que haría, no te voy a decir que me gusta la idea, pero si mi novio está con otra, no sé, ya lo charlamos y está la posibilidad. También está la posibilidad de que alguna vez a mí también me guste otro chico»* (entrevista 5).

Frente a estas nuevas formas de mirar el matrimonio, también hemos notado cómo en los sectores medios, al menos, hay una aceptación mayor que en las generaciones anteriores de las parejas homosexuales. Una idea de que *«si para ellos está bien, para mí también»*, una capacidad mayor de incorporar la diferencia al paisaje de la vida cotidiana. Esto, cabe señalarlo, aparece entre otras cuestiones como una marca de época de la cual obviamente los jóvenes no están exentos, pero, como en otros temas, son los que con mayor claridad hacen visibles las rupturas: *«Mi vieja dice que a ella no le gustaría que yo fuera gay porque sufriría más. Yo creo que ella sufriría, porque para mí ser gay o no es una cuestión de gustos, no creo que sufran más»* (entrevista 6).

También podemos decir que si bien estamos ante el cuestionamiento de las estigmatización de la homosexualidad que dominó durante siglos, ésta no sólo no ha desaparecido absolutamente en los jóvenes sino que además a veces pareciera que

más que frente a prácticas de inclusión de la diferencia estamos ante ejercicios de la indiferencia y la atomización: «*No se qué pensar, nunca lo pensé, me da lo mismo. Si mi mejor amigo fuera gay? Sí, supongo que no tendría problema*» (entrevista 12).

Para los jóvenes de sectores bajos, el matrimonio «con papeles» tampoco es una meta o preocupación, sino que prima fundamentalmente la unión de hecho que generalmente se da a partir de la llegada de un hijo. Si la crítica negativa al matrimonio en los sectores medios es enunciada como una ganancia en autonomía y libertad con respecto a los mecanismos de regulación y control social, en estos jóvenes la reflexión adquiere otro carácter. El matrimonio, que muchas veces no es producto del desenlace de un noviazgo y una preparación previa, no tiene en los relatos un gran lugar, como rito de pasaje, sino generalmente más bien como consecuencia natural de un embarazo. Como sus condiciones de vida son precarias, la mayoría de las veces la convivencia de la pareja se da pero bajo el techo de otros familiares.

Como también adquiere otro carácter la mirada sobre la postergación de los hijos: se inician en la maternidad/ paternidad muy tempranamente y la mayoría de las veces esto no sucede como resultado de una planificación cuidadosa, sino que los embarazos son producto de relaciones ocasionales. En las chicas el lugar de los hijos, y podríamos pensar de la familia, ocupa un lugar importante, positivo: «*Es -el bebé- lo más lindo que tengo*». «*Los cuido más que a mi vida*». «*Antes no sabía lo importante que era un hijo*» (entrevista 30). En los relatos de los varones, no hemos escuchado esto.

Cuando la maternidad ocurre sin la presencia del varón, esta es vista por las jóvenes como fracaso, consecuencia no deseada de malas elecciones o simplemente del destino negativo, algo que no podía ser evitado. Lo cual no hace que dejen de pensar en la posibilidad de armar una nueva pareja, una nueva familia.

El aborto como opción siempre aparece en el relato a posteriori y el resultado final, la no interrupción del embarazo, se justifica por dos cuestiones. En primer lugar, las

imposibilidades materiales *«haber llegado demasiado tarde; no tener la plata- y en segundo, el destino y la «inocencia» del nuevo bebé frente a la culpa de la madre joven- qué culpa tienen el bebé de lo que yo hice? Ya está» (entrevista 26). (1)*

Sin embargo, si el embarazo llega a término, la llegada de un hijo no es vista linealmente por las chicas como un impedimento, o una traba para la vida sino que a veces es todo lo contrario: *«ahora soy mujer y puedo decidir sobre mi vida», «mi papá no puede meterse en lo que decido, yo ahora tengo un hijo» (entrevista 30).* Esto muestra la permanencia de cierto orden jerárquico de ejercicio del poder de lo masculino a lo femenino, y de los adultos a los más jóvenes que en los sectores medios aparece más desdibujado -y que trabajaremos más adelante- que hace que la maternidad posibilite «subir un escalón más» en la jerarquía.

Pero también, junto a esta ganancia en poder, las chicas manifiestan el perder la libertad de moverse por donde les plazca, de ir a bailar con las amigas, de la libertad sexual: ganan en responsabilidades, pierden en libertad. Relatos llenos de nostalgia por lo perdido son comunes y dan cuenta del poder regulatorio que sobre sus vidas tiene el nuevo estatuto de la maternidad, que las confina al hogar, tenga este las características que tenga, trabaje ella o no trabaje. También habla de una nueva dependencia, ahora, la que las liga al papá de sus hijos cuando este está. Y por supuesto, para las jóvenes madres, el hecho de tener hijos duplica su necesidad de trabajar ya que incluso muchas veces son ellas solas las que se hacen cargo del o los bebés.

Para los jóvenes varones la llegada de los hijos es diferente, aunque también ellos manifiestan un cambio en sus vidas al momento de hacerse padres. Ese cambio generalmente es definido a partir de dejar de ser «vago», haciendo alusión tanto a la responsabilidad con respecto a su rol proveedor, como así también a lo que tiene que ver con el abandono de una vida con mayores libertades sexuales. Pero las chicas, cuando hablan del cambio en la vida de los varones frente a la llegada de los hijos, dicen no verlo como tal, no percibir diferencias entre lo que los varones hacían antes y hacen ahora, vislumbrando un corte más tajante entre el antes y el

después para la mujer. Sin embargo, claramente los jóvenes que entrevistamos con hijos hablaron de su temor a no poder cumplir con las expectativas sobre ellos como proveedores. Y situaron este temor como un temor nuevo, que no conocían. La paternidad en estos jóvenes se juega también en relación a la masculinidad mucho más explícitamente que en otros sectores sociales.

3. El embarazo adolescente

Frente al aumento de las cifras de embarazos adolescentes existe un diagnóstico a partir de la ausencia de educación sexual y de información para la prevención. Se dice que estos embarazos son producto de la falta de políticas de educación e información sexual. Seguramente esto está entre los elementos que provocan que cada día más jóvenes entren abruptamente a la adultez con embarazos tempranos. Sin embargo, desde los relatos de las mismas jóvenes con respecto a la maternidad, es posible analizar algunos elementos más que participan como causales. El primero de ellos es el que mencionábamos anteriormente y que tiene que ver con la necesidad de entrar a la adultez para liberarse de la opresión del mundo adulto: una manera de inscribirse en el mundo adulto cuando se cerraron la gran mayoría de las puertas.

En segundo lugar, la desarticulación de las trayectorias familiares prefijables, donde los ciclos están claramente demarcados -primero se estudia, luego se trabaja, luego se tiene hijos- contribuye a la dificultad para la planificación y postergación del embarazo. La ausencia de caminos claros hacia el futuro, que es una de las condiciones estructurales para la planificación, nuevamente sitúa a los jóvenes en el tiempo del presente. Y si bien la oscuridad para vislumbrar horizontes es común a todos los sectores sociales, en los sectores populares las posibilidades materiales -de una carrera, de un trabajo vocacional, etcétera- son aún más chicas: «Se percibe la desarticulación de una cultura: no hay horizontes claros, ni futuro prometedor, el sentido del cuidado y la proyección en el tiempo pierden su valor en nombre de un inmediatez que busca realizarse exclusivamente en el presente. Y tal vez por eso se registre el crecimiento del descuido y la apertura a las conductas de riesgo».

(Urresti, 2003, p.256) El «cuidarse» -la prevención del embarazo, del sida, de otras enfermedades venéreas- aparece para las chicas como algo alejado del amor, que es puro presente. No hay un sentido de las consecuencias, lo que implicaría pensar en el mañana del cual no se sabe nada, y lo verdadero, lo auténtico es hoy. Finalmente, podríamos preguntarnos si ante la profunda desarticulación y fragmentación social, la dificultad de elaborar proyectos colectivos y horizontes deseables a la cual estos jóvenes están expuestos como marca epocal, el embarazo no constituye una forma de resistir a la dificultad por dar un sentido a la vida. Si no es que el anhelo de tener algo propio, de tomar decisiones propias, no significa una apuesta al anclaje en momentos de gran deriva.

4. El amor, la sexualidad: varones y mujeres

¿Y qué es el amor para estos jóvenes? ¿Qué dicen de la sexualidad? Si históricamente ha habido una asociación directa entre estos temas y la familia, en este apartado nos interesa ver cómo la plantean los jóvenes hoy.

El enamoramiento no es un elemento natural de la condición humana, sino que es producto de relaciones culturales construidas. Es así como el amor como sentimiento individualmente experimentado y culturalmente compartido, debe ser pensado dentro de matrices que involucren a los sujetos pero que vayan más allá de ellos mismos. A mediados del siglo XVIII aparece en Europa, reemplazando las relaciones de pareja establecidas por la conveniencia y el linaje, el amor romántico (2). Este tipo de amor, anclado en un principio en la mujer, si bien le da un lugar que la fija en la maternidad como abnegación y sacrificio, y al matrimonio como meta, significa una ganancia en autonomía con respecto a los matrimonios por conveniencia ya que habla del derecho a la elección basada en el amor que se piensa a su vez como condición subjetiva (3). Luego de la llamada revolución sexual y en franco avance hasta la actualidad este ideal de amor es severamente criticado planteando un nuevo lugar para la mujer y en consecuencia también para el hombre. El nuevo lugar tiene que ver con la libertad de manejar su cuerpo y de optar una sexualidad no restringida a la procreación, lo que le permite pensar el amor en su ligazón al

goce propio y a un cuerpo autónomo. También podemos pensar, que hoy, con la llegada del sida y sus fantasmas, entre los cuales la asociación de la sexualidad a la muerte -como lo fue durante siglos, cuando el embarazo era una amenaza de muerte importante para las mujeres- traerá nuevos cambios para entender el amor.

Pero las transformaciones no se dan linealmente en la vida social, de manera absoluta, sino que lo nuevo y lo viejo negocian, se yuxtaponen. En así que en nuestras entrevistas hemos visto como las formas de entender la afectividad en la pareja se va dando con la convivencia de distintos modelos, donde a veces vemos cómo el ideal de amor romántico se conjuga con la libertad sexual o con las restricciones más profundas. Generalmente, tanto en sectores medios como en sectores populares, son las chicas las que retoman el modelo de amor romántico para justificar la elección de una pareja.

Como se dijo anteriormente, en las mujeres de sectores medios los ideales de autonomía ligados a la postergación de la maternidad con el objeto del desarrollo personal y profesional está presente también. Pero aunque problematizada, la maternidad como consumación de la femineidad se suma, no es antagónica, a este modelo de la autonomía. Por otro lado, además, las chicas manifiestan su decisión de «probar», de elegir, de «no casarse con el primero». Si para la generación de sus abuelos que una chica tuviera antes de casarse muchos noviazgos o relaciones era visto negativamente, para estas generaciones lejos de ser un problema es visto con absoluta naturalidad. Incluso la virginidad de la mujer como condición de pureza generalmente es vista por las chicas de sectores medios como algo poco importante.

Podríamos decir que hay una combinación de un modelo de ser mujer romántico con una visión pragmática de la sexualidad, donde el probar antes, conocer a más de uno, convivir antes de casarse, podría ayudar a no equivocarse después, a no fracasar a la hora de armar la pareja. Hay, finalmente, una aceptación -problematizada, a veces contradictoria- del derecho de la mujer a ser «propietaria» de su goce sexual y su cuerpo : *«No, a mi no me parece mal , es más, me parece que pasa. Creo que es natural que tengamos más de un novio porque somos chicas y*

tenemos toda la vida por delante, y elegimos cosas distintas. Falta tanto para casarte» (entrevista 4).

En las chicas de sectores populares, si bien vemos algún principio de alejamiento de patrones culturales patriarcales que restringen su lugar sólo al de la maternidad, las condiciones materiales de existencia provocan que la salida de estos modelos sea más dificultosa que en los sectores medios, como dijimos en párrafos anteriores. Aunque también, por otro lado, la libertad para elegir parejas, la «movilidad», es vivida ¿sin culpa? ¿con mayor libertad? Es que junto a un modelo que las restringe a la maternidad, esta no implica necesariamente la permanencia con la pareja, o la idea de la mujer inmaculada, lo que seguramente está relacionado a que finalmente las uniones de las parejas tengan precarios condicionamientos materiales.

En los varones, por otro lado, se percibe un cierto movimiento del modelo clásico para pensar su lugar a la hora de formar una pareja, fundamentalmente en los sectores medios. Los varones jóvenes, y más pronunciadamente cuanto más capital cultural poseen, aceptan generalmente la idea de que la mujer pueda trabajar, tener sus proyectos. Es más, en los sectores medios universitarios manifiestan que no elegirían una mujer que sólo fuera ama de casa, que sus novias piensan en una carrera, no solo en el matrimonio, y que eso les gusta. Aquellos varones que ya tienen hijos, comparten el cuidado de los mismos con la mujer y reparten tareas domésticas, reflexionando sobre una ruptura o problematización entre el antes de sus padres y el ahora. Con respecto a las relaciones sexuales previas de las mujeres, si bien es cierto que la gran mayoría de ellos dice ver con naturalidad no «ser los primeros» en la vida de sus parejas- incluso algunos valoran positivamente esta condición de la experiencia previa de la mujer- también una parte importante manifiesta que les hubiera gustado, o que desean que la mujer con la que formen una familia no haya tenido antes ninguna relación de pareja: *«si me das a elegir, claro que me gustaría que nunca en la vida hubiera estado con nadie, pero eso no existe» (entrevista 14).*

En los sectores medios, los y las jóvenes dicen que los padres no tienen problemas con que ellos desarrollen una sexualidad previa al matrimonio, aunque las chicas dicen sentir el control de los padres, las sugerencias de cuidado, etcétera.

En los sectores populares, si bien existe una preeminencia de la dominación masculina, posible de ser vista en los relatos entre varones que se ubican como conquistadores y en los relatos de mujeres que los ubican como centro de sus movimientos, la experiencia histórica de la movilidad de roles tradicionales está al menos permeando los discursos. Es así como en algunas entrevistas escuchamos que los varones valoran el trabajo fuera de la casa de la mujer -generalmente no como desarrollo de autonomía, sino por su aporte a la economía del hogar-, que dicen acompañar la «tarea» de la mujer con los hijos, etcétera. A pesar de esto, es necesario decir que si bien se están dando algunos cambios, estos son mucho menos marcados que en los sectores medios. Concluimos que existe entre los varones, -y pos supuesto entre las mujeres, aunque en menor grado- una permanencia de viejos roles que entran en tensión con los requerimientos y posibilidades del presente.

5. Las familias ensambladas o reconstituidas

En las entrevistas, los jóvenes de sectores medios, dan cuenta de una aceptación muy fuerte, casi natural, a la idea de familia más allá del modelo clásico de «mamá, papá e hijos». Es más bien la pluralidad de modelos, la convivencia de modelos familiares, lo que caracteriza sus visiones de lo que es y lo que es posible que sea una familia. Así, es pensada también a partir de hogares constituidos por los hijos y la madre, donde ella es la que trabaja; por los hijos y el padre; por la esposa del padre y sus hijos; por un abuelo, los primos y el padre; por dos hombres que se plantean la posibilidad de adopción, etcétera. Los jóvenes incluso generalmente ponen límites muy laxos a lo que definen como integrantes de la familia, aunque claramente entran los lazos sanguíneos y todos aquellos con los que se puede contar desde su función de afecto y provisión.

En este esquema, la presencia de la familia extensa -los abuelos, los tíos, los primos- si bien ha disminuido con respecto a otras generaciones, no ha desaparecido.

La disminución de la familia extensa puede ser pensada en relación a la tendencia en aumento de los procesos de individualización de la sociedad, aunque volvemos a remarcar, en los jóvenes entrevistados no ha desaparecido.

En los jóvenes de sectores subalternos que entrevistamos el modelo mononuclear como único casi no está. Más bien lo que prima es la existencia de familias constituidas por hijos de diferentes parejas, al frente de un adulto mujer u hombre solo, familias ensambladas de tíos, primos, etcétera. La presencia de la familia extensa es mayor que en los sectores medios, ya que los lazos de parentesco continúan siendo una necesidad pragmática clara a la hora de resolver las carencias de la vida cotidiana.

Este modo de familias ensambladas o familias «reconstituidas», no es nuevo, aunque va en aumento. Si bien nuestra investigación trabajó con chicos de la ciudad de La Plata, el análisis que arrojó una investigación de la década del noventa para todo el país puede contextualizar lo que decimos. Plantea Rosa Geldstein (Geldstein, 1996) que «Señalada -la familia reconstituida- como un modo de funcionamiento habitual en nuestras clases bajas desde hace mucho tiempo, en la Argentina su incremento viene siendo observado por los terapeutas familiares, cuya experiencia clínica más frecuentemente proviene de sectores medios. En una muestra no probabilística de 363 jóvenes solteros, mujeres y varones entre 15 y 18 años, se encontraron proporciones importantes de jóvenes «de sectores socio económicos bajos como de medios- que vivían en familias que no se ajustaban al modelo esperado de familia nuclear completa» (4).

Estamos entonces frente a una mayor posibilidad de opciones para la definición de la familia, que no se restringe al modelo mononuclear. Esto seguramente se debe en los últimos años a cambios culturales profundos que ya hemos señalado -autonomía, individualización, cambios de roles, etcétera- pero también, a transformaciones de orden estructural en relación a la precarización cada vez mayor de las condiciones materiales de existencia para amplios sectores.

Pero más allá de estas consideraciones macro, lo que nos interesa señalar aquí es la percepción de la pluralidad de modelos que estos jóvenes aceptan y crean, incluso

llegando en los sectores medios a manifestar una apertura hacia la idea de familia formada por gente del mismo sexo, lo cual en generaciones anteriores era visto como desvío. Es decir, que estos jóvenes, en líneas generales, no viven la ruptura con el modelo de familia mononuclear como anormalidad o vergüenza, sino que por lo contrario lo han naturalizado, ejerciendo una mayor libertad para vivir en familia.

En la actualidad existe una enorme constelación de opciones para definir qué es una familia, que hace unas décadas hubiera sido impensable de manera aproblemática. Esto nos permite imaginar que no estamos sólo frente a una mayor cantidad de variaciones posibles, sino también de una probable capacidad de aceptación de la diferencia mayor por parte de los propios jóvenes y de un proceso complejo de democratización de la vida cotidiana que va de la mano, en un doble movimiento y tensión, de otros procesos de individualización creciente en nuestras sociedades.

6. Familia y poder

Explica Jelin (Jelin, 1996, p.31) que «la unidad familiar no es un conjunto indiferenciado de individuos. Es una organización social, un microcosmos de relaciones de producción, reproducción y distribución, con una estructura de poder y con fuertes componentes ideológicos y afectivos que cementan esa organización y ayudan a su persistencia y reproducción, pero donde también hay bases estructurales de lucha y conflicto. Al mismo tiempo que existen tareas e intereses colectivos, los miembros tienen intereses propios, anclados en su propia ubicación dentro de la estructura social». Durante años la organización de la familia se sostuvo sobre una estructura patriarcal, donde el jefe de familia varón tenía poder de control y decisión sobre el resto de los miembros.

Si bien la permanencia del modelo de jerarquía patriarcal sigue estando presente en los sectores populares y también aunque con menos fuerza en los sectores medios, pareciera ser que en el seno de la familia las relaciones de autoridad están siendo discutidas, o al menos, lo que podemos mencionar, es que los jóvenes perciben una circulación de la autoridad que no está solo detenida en la figura masculina paterna.

Estos procesos tienen que ver claramente con los nuevos roles que las mujeres vienen incorporando y que obviamente modifica también este lugar paterno de «jefe del hogar». Debido a demandas de autonomía de la mujer y también a situaciones de aumento de la precarización y rupturas en el mundo del trabajo que obligaron a las mujeres a hacerse cargo de la economía familiar como productoras, la autoridad anclada en la figura paterna está siendo cuestionada. Por otro lado, la visibilización social creciente de los niños y los jóvenes -a través de lógicas tan distintas como las de la protección jurídica de los «menores» o el mercado creando consumidores- van haciendo de ellos actores con palabra y decisión dentro de la familia. Las familias ensambladas o reconstituidas son otro elemento a tener en cuenta en este proceso, ya que en ellas las nuevas estructuras presentan relaciones donde la circulación de autoridad no es clara: los hijos de un cónyuge no siempre aceptan la autoridad del otro; los adultos del nuevo matrimonio no siempre aceptan hacerse cargo del ejercicio de la autoridad sobre los hijos no biológicos, etcétera. Además, la permanencia por más tiempo de los jóvenes en el hogar por razones casi siempre económicas, provoca que vayan incorporándose al mundo del trabajo dificultosa y lentamente, aunque con efectos de autonomía dentro del seno familiar. Finalmente, es importante recordar que el aceleramiento de los procesos de individualización encuentra en los jóvenes a uno de los principales sujetos de demanda, que se erigen frente a sus padres cuestionando la autoridad del control.

Ahora bien, por supuesto que esto no es una realidad absoluta, ni siquiera una tendencia homogénea, y no solamente presenta diferencias entre los sectores sociales que trabajamos sino dentro de cada uno de ellos. Las denuncias por casos de violencia familiar, generalmente ejercida de varón a mujer, de adulto a niño, habla de la persistencia de un modelo patriarcal jerarquizado de ejercicio del poder. Sin embargo, como decíamos, nos interesa también señalar aquí que este modelo está en discusión, y que los jóvenes dan cuenta en sus relatos del movimiento.

Cuando decimos movimiento, no nos referimos sólo a los casos donde la ausencia del varón padre, o la incapacidad de este por ejercer su rol tradicional, se desplaza intacto al de la mujer. Sino que hablamos de la incorporación de otras voces, de

otras demandas a ser escuchadas, negociadas. Los jóvenes de sectores medios hoy participan de la decisión de las vacaciones familiares, de las inversiones, por supuesto de sus elecciones subjetivas, y tienen conciencia de eso. Cuando los jóvenes hablan de los conflictos con sus padres, estos relatos dan cuenta del cuestionamiento de los hijos con respecto a su autoridad, al modo de ejercerla: *«mi viejo es una autoritario, yo le traté de explicar que así no eran las cosas, que yo necesitaba mis tiempos para adaptarme a la universidad y que ahora es imposible conseguir trabajo. Así que nos peleamos todo el día, al final no lo va a entender» (entrevista 19).* *«A mí mamá no le gusta que salga de noche, le da miedo, pero igual se las tiene que bancar, sabe que no puede hacer nada» (entrevista 25).*

Los jóvenes cuestionan la intención de control que sobre sus vida quieren ejercer sus padres -y que su vez son sujetos de un reclamo y una exigencia social de controlarlos- justificándose en un derecho a la autonomía: *«Es mi vida, yo puedo hacer con ella lo que quiera, no quiero que se meten en eso, yo tengo derecho a elegir qué hacer con mis amigos, donde ir, si trabajar o estudiar cuando quiera» (entrevista 16).*

En la ciudad de La Plata, además, se da una característica particular que es la preeminencia de una población juvenil conformada por chicos que llegan a estudiar de diferentes lugares del país, y que alejados de sus hogares viven solos o con amigos. Esto abona seguramente la idea de independencia y autonomía para tomar decisiones, aunque paradójicamente en la mayoría de los casos estos chicos resuelven sus economías a través del aporte exclusivo de la familia paterna/materna.

Con los jóvenes de sectores populares el proceso, como dijimos en varias ocasiones, es distinto, y la autoridad adulta masculina sigue siendo muy fuerte, pero igualmente podemos señalar que el aumento de las jefas de hogar y la incorporación de los jóvenes al mundo del trabajo, junto a los procesos señalados, podría marcar algunos cambios. Sin embargo, sin menospreciar la dimensión de género, creemos que la dimensión de la desigualdad material es todavía mucho más fuerte y que en

ocasiones obtura las transformaciones de género. El poder masculino es generalmente inamovible para las jóvenes que no tienen oportunidades materiales de modificar sus lugares.

Todavía está por verse cómo estas percepciones pueden ser relacionadas con otros datos que permitan profundizar en la cuestión, y que habiliten problematizar, por ejemplo, la pregunta de si estamos frente a la emergencia de múltiples voces que negocian y acuerdan el sentido de la vida en condiciones relativamente simétricas, o es sólo el licuamiento del poder paterno sin un correlato en formas plurales de acción común.

7. La protección frente al mundo: el refugio ante el desamparo

Como uno de los últimos puntos que hemos observado, nos interesa destacar que de la mano de la diversidad de formas de vivir la familia por parte de los jóvenes, nos ha llamado especialmente la atención la centralidad que tiene la familia como institución en sus vidas. Sea ésta lo que sea, esté conformada con estructuras más tradicionales o más novedosas, sea más o menos democrática, sea la real o la ideal, la familia ocupa un lugar de valoración positiva en los jóvenes.

Muchas veces incluso criticando la familia y sus roles rígidos, los jóvenes de diferentes sectores acuerdan en considerarla como una institución central para sus vidas; como un lugar positivo. En términos generales la familia es percibida como importante y necesaria, y cuando no lo es en el presente, para ellos deberá serlo en el futuro, o al menos así lo desean.

Hay una expectativa fuerte en la familia como institución de amparo, de proyección hacia algo mejor. En sectores medios, hay una nostalgia por la familia del pasado el relato de la familia «campagnelli» de sus padres, cuando todos estaban unidos y tenían objetivos comunes y solidarios- y a la que se plantea la necesidad de volver. Pero incluso en los sectores populares, aún cuando muchos de los relatos sobre la familia actual estén hablando de la desarticulación, de abandonos, odios y

rencores, podemos ver una nostalgia por algo que parecía unido en algún momento y que se rompió; algo que deberá armarse otra vez.

Los jóvenes manifiestan encontrar en la familia, o en lo que debería ser la familia, «lo auténtico», «las raíces», parte de lo bueno en un mundo cada vez más difícil. La familia es, como dice una de las entrevistadas, el «*lugar donde sé que está lo verdadero, donde no hay engaño, donde no me puede pasar nada malo*» (*entrevista 13*).

Es posible pensar que la ubicación de la familia como espacio de protección podría deberse a dos cuestiones que corren paralelas. Por un lado, a la permanencia residual de un discurso -la familia como el «nido» de los afectos por oposición al espacio racional, impersonal, de lo público- que durante muchos años ha sido absolutamente hegemónico, y hoy, aunque socavado desde dentro, no ha desaparecido del todo. Pero por otro lado, no debería dejarse de tener en cuenta el contexto histórico de inestabilidad y desamparo social en que hoy están, en distintos grados, las grandes mayorías de jóvenes. Porque al mismo tiempo que se profundizan los procesos de autonomización e individualización de los sujetos, el mundo se les vuelve más efímero y precario. Si bien la desarticulación es más fuerte en los sectores de jóvenes más pobres donde en ocasiones es discutible sus condiciones mismas de ciudadanía, los jóvenes de clase media que en la actualidad tienen garantizado el acceso a algunos de los derechos básicos, no solamente se encuentran recortados en otros, sino que también perciben el mundo del nos/otros como un mundo de la vulnerabilidad. Entonces, pensar que hay algún lugar seguro desde el cual protegerse de la deriva calma la desazón del desconcierto.

8. La familia no ha desaparecido, está cambiando

Desde hace unas décadas circula una pregunta: la familia ¿se transforma o se extingue? (Jelin, 1996). Como vemos, hay cuestiones que se están modificando desde representaciones de los jóvenes, como otras que permanecen más allá de haberse anunciado el final de la familia. Pero la familia no ha desaparecido, está en “desorden” (Roudinesco, 2003).

Y frente a esta transformación están conviviendo dos posturas con su correlato en las propuestas performativas. Por un lado, aquellas que ven en el cambio el deterioro y malestar de lo social. La crisis de los modelos tradicionales de la familia ocuparía el doble lugar de síntoma y causa de los grandes males que acontecen en nuestros días: violencia, inseguridad, pérdida de normatividad y exceso. En este discurso, la demonización de los jóvenes como actores sociales del deterioro cobra un lugar de absoluta relevancia: los jóvenes son peligrosos porque no los contiene la familia.

El otro discurso ante las transformaciones de la familia se sitúa en la celebración de la ruptura de la familia tradicional como ruptura con la normatividad del control y la opresión que representaba. La muerte de la familia es la muerte de los poderes masculinos, autoritarios que durante décadas orientaron la vida privada en acuerdo con el espacio público. Así, se celebra la democratización de los poderes, la circulación de la autoridad que sucede en la familia como metáfora también de lo que podría suceder en la sociedad toda.

Sin dejar de ninguna manera de lado la idea de que la familia está cambiando, y planteando la necesidad de una distancia crítica frente a ambos discursos -en el primero se propone volver hacia los modelos tradicionales; en el segundo, asumir la desaparición de la familia-, tal vez sea necesario colocarse en el borde entre ellos, y pensar que no es posible abordar estas transformaciones si no se lo hace desde asumir no sólo las rupturas sino también las continuidades. La familia está transformándose, pero su lugar -junto a otras instituciones- como espacio de la socialidad, de la incorporación de las reglas de juego social no ha desaparecido aún: hoy los jóvenes siguen pensando a la familia como un lugar de intersubjetividad de enorme importancia para sus vidas sociales. A la vez, no es tan obvio asumir que las transformaciones impliquen necesariamente una democratización de la vida cotidiana, que en todo caso estará por verse en los próximos años. Sin tomar necesariamente el carácter contundente de la afirmación, lo que señala Ulrich Beck (Beck, 1997, p.209) al respecto puede ayudarnos a problematizar el tema: «En un punto central, pues, no puede hablarse precisamente de una democratización de la familia. Es

posible que las viejas estructuras de autoridad estén deterioradas; su barniz en todo caso ha desaparecido; la negociación se convierte en el modelo dominante. Todo tiene que ser producido, improvisado, justificado. Los principios del diálogo, del cambio eventual de roles, del escuchar, del hacerse responsable por el otro siguen incumplidos».

9. Breve síntesis

En este capítulo hemos dado cuenta de la persistencia de la familia como institución social a través de las representaciones que de ella tienen los jóvenes. Pero también, indagando en esas mismas representaciones, hemos hablado de sus profundas transformaciones y rupturas con un molde tradicional que tuvo larga vida y que aunque no ha desaparecido se ha mezclado, yuxtapuesto y en ocasiones perdido en la actualidad.

Pero cuando hablamos de cambios no podemos pensarlos en una sola dirección. No vemos con claridad si estos cambios profundizan el carácter inclusivo y plural de la vida cotidiana, o no. Como vimos, ni siquiera es posible pensar que la representación de estos cambios se de para todos los sectores sociales de la misma manera o bajo el mismo signo. Porque como dice Moscovici, las representaciones sociales son las representaciones de un sujeto -individuo, familia, grupo, clase, etc.- en relación a otro sujeto, estando así en absoluta relación con el lugar que los sujetos ocupan en la sociedad. O como podemos decir con Bourdieu, con los modos de configuración de sus habitus.

Pero además, podemos decir que lo nuevo se «ancla» en lo viejo, transformándolo a veces y otras no, sumándose sin más. La idea de la familia como nido, como lugar de salvataje ante la incertidumbre o la intemperie, es una idea preexistente a este momento histórico, que actúa muchas veces como núcleo central donde se van anclando otras nuevas representaciones ligadas a la exacerbación de la subjetividad. Como dijimos, las representaciones no son sólo pura creación, sino que existen mecanismos, como el mecanismo del anclaje que se refiere a la integración cognitiva del objeto representado, *objetivado*, dentro del sistema preexistente y

que nos permite ver cómo se dan los procesos de incorporación de lo nuevo dentro de esquemas previamente conocidos.

Sintetizando, podemos decir que los jóvenes perciben el cambio en los modos de entender la familia, pero un cambio que se «revuelve» también en formas anteriores y que nos habla de la centralidad que esta institución tiene en sus vidas.

Entre los modos más visibles de estas percepciones mencionamos:

- La puesta en discusión del matrimonio como regulador de la sexualidad y de la vida social acompañada de la apertura hacia otras opciones. Junto a esto la aceptación de los jóvenes de una mayor diversidad de modos de vivir en familia.

- La convivencia, a la hora de elegir parejas, de modelos tradicionales del amor romántico con modelos críticos ligados a la revolución sexual y a sus consecuencias hasta la actualidad. En este punto, como en otros, hemos visto una cierta plasticidad de los jóvenes para «tomar y dejar», para mezclar de alguna manera pragmáticamente, diferentes modelos.

- La redefiniciones de roles de género dentro de la familia, donde las mayores transformaciones son visibilizadas por las mujeres, sobre todo en los sectores medios.

Pero también hemos analizado cómo es que estas redefiniciones o no se dan, o se dan más lentamente en los sectores populares, donde las cuestiones no sólo culturales sino materiales dificultan la ruptura con modelos tradicionales.

- La búsqueda de mayor autonomía por los jóvenes y la defensa de su propia subjetividad en el seno de la familia, rediscutiendo las estructuras de poder tradicionales.

En este sentido, la circulación y redefinición de la autoridad y sus modos de ejercicio patriarcales. Nuevamente, como en el punto anterior, la dificultad de estos cambios para los sectores subalternos, específicamente para los jóvenes.

- Las dificultades entre requerimientos y expectativas actuales y posibilidades materiales. Esto sucede, alrededor de distintas problemáticas, para varones y mujeres, para sectores medios y populares.

- Una postura clara de los jóvenes en la tensión entre la búsqueda de puntos de vista fijos, que permitan anclar la incertidumbre, y el entregarse a la navegar la deriva. En esta tensión, es que los jóvenes le están dando nuevos y viejos sentidos a la familia.

Finalmente, podemos decir que la familia desde su crisis, sigue vigente como institución capaz de integrar a la vida común -cada vez menos común- y reproducir un orden social -cada vez más desordenado-.

TRABAJO: DEL SACRIFICIO PARA MAÑANA A LA INCERTIDUMBRE Y LA VULNERABILIDAD HOY



« la incertidumbre laboral -no saber si el trabajo de hoy estará mañana; no saber si habrá trabajo; la posibilidad o no de la opción vocacional para el futuro- se enuncia como un elemento casi naturalizado de la vida social »

La sociedad argentina ha sido desde la década del cuarenta y durante varias más una sociedad ordenada por medio del trabajo a través de un conjunto de instituciones que incorporaron a amplios sectores con medidas de derechos sociales, protección y estabilidad salarial. Caracterizada por un nivel de salarios relativamente alto y un bajo desempleo, con expansión de la actividad gremial, y con escasas diferenciaciones de ingresos Argentina ocupó un lugar particular en América Latina.

Fue la sociedad del trabajo, lo más parecido a lo que se ha llamado la sociedad del salario (Castel, 1995), uno de los elementos claves que permitió la integración. El trabajo se constituyó en uno de los ejes principales de la construcción de la ciudadanía social y de desarrollo de la socialidad, donde se organizó la vida común y las acciones cotidianas. En este modelo el estado jugó un papel central como mediador de los conflictos colectivos. En un contexto de pleno empleo, el tener un salario estable permitía la planificación hacia el futuro con la expectativa de la movilidad social ascendente. Todo el grupo familiar, de distintas maneras según el sector, se organizaba en torno al trabajo con roles específicos. Así, generalmente, los niños y los ancianos eran protegidos antes y después de la entrada al trabajo; los jóvenes tenían la opción de ser estudiantes; las mujeres se hacían cargo de la reproducción doméstica.

Pero para mediados de la década del setenta en la Argentina, en un contexto mundial de retraimiento del pleno empleo y de crisis del modelo del estado de bienestar nacional popular, esto comienza a cambiar drásticamente con un punto de inflexión en la década del noventa (Beccaria y Lopez, 1997). La implementación desde el estado de modelos neoliberales -que incluyeron medidas de ajuste como reducción del gasto público, devaluaciones y control de salarios- fue deteriorando cada vez más hasta nuestros días el mundo del trabajo tal cual se lo había conocido hasta

entonces. En 1991 se sancionó la primer ley de flexibilización laboral que fue complementándose con otros cambios tendientes a reducir los costos de trabajo en materia de seguridad y protección social.

Los altos índices de desempleo, la merma en la capacidad del estado de generar trabajos estables, el achicamiento de los mecanismos de seguridad social, el deterioro de la calidad de las ocupaciones y de los salarios, en fin, la gran precariedad laboral tuvo como efectos una acelerada desintegración social. Como analizó Luis Beccaria (Berccaria, Lopez, 1997): «La Argentina se encuentra en un proceso de creciente segmentación, lo cual es particularmente significativo por tratarse de una sociedad que tradicionalmente se caracterizó por gozar de un relativo grado de integración». Es que no todos los sectores sociales experimentaron de la misma manera las nuevas condiciones del mercado laboral, siendo aquellos que poseían menores capitales los que con mayor intensidad sufrieron la incertidumbre y los efectos de lo que se señaló como una modernización excluyente. Así se viene produciendo un proceso de heterogenidad creciente en lo que hace a la estructura social, que no se limita sólo a la desigualdad en la cantidad de ingresos sino también a lo que hace al bienestar, a las posibilidades de ascenso social en el futuro.

En este contexto, los jóvenes de nuestra investigación comenzaron a conocer el mundo del trabajo.

1. Vivir la incertidumbre

Las particularidad de abordar el tema de los cambios en el trabajo desde los jóvenes son muchas, aunque evidentemente la más visible tiene que ver con que la mayoría de los jóvenes, por una cuestión etaria, se encuentran en un momento donde conseguir trabajo se les aparece como una necesidad nueva, o relativamente nueva, que podría abrirles una puerta hacia el mundo adulto. Pero estos jóvenes, a diferencia de sus abuelos, se encuentran con un mercado laboral precario e inestable, donde la desigualdad de capitales -de relaciones sociales, de credenciales escolares, etc.- reproduce la asimetría de oportunidades.

La mayoría de los jóvenes que entrevistamos, estén trabajando o no, tienen problematizando el mundo de restricciones con respecto al trabajo. Algunos desde estar efectivamente incorporados al mercado laboral, y otros desde verlo como el camino de cara a un futuro para nada lejano. En todos los casos, con mayor o menor preocupación, los distintos jóvenes señalan la dificultad para conseguir empleo como uno de los problemas centrales de nuestras sociedades (1): *«No hay que saber mucho o leerte el diario todos los días para darte cuenta que conseguir trabajo está difícil, aunque algunos adultos les parezca que no, o no se den cuenta, es re bajón pensar que vas a encontrar cuando quieras y no poder»* (entrevista 28).

Una parte importante de los jóvenes de sectores populares ha entrado prematuramente al mundo del trabajo, en condiciones de absoluta precariedad, totalmente desprotegidos por el estado. Sus trabajos son inestables: en la totalidad de los casos entrevistados sus remuneraciones son bajas y en negro, sin cobertura social, con períodos intercalados de desempleo, subempleo y salida del mundo laboral por ausencia de incentivos. Incluso, en ocasiones, lo que ellos mismos definen como trabajo está en el margen con la mendicidad (2). En general son hijos de padres subempleados o desempleados y paralelamente a la incorporación al trabajo han abandonado la escuela, lo que contribuye a la reproducción de la diferenciación social: *«No me daban más ganas -de ir a la escuela-, no podía, y mi viejo me dejó la esquina, él está en la otra, ahora igual no me hablo, pero me dejó la esquina y no se mete. Alguna vez voy lo voy a encarar, porque aprendía cosas»* (entrevista 32).

En los entrevistados de los sectores medios hay chicos que sólo estudian y que nunca han salido a buscar trabajo; una mayoría que estudia y trabaja, y una minoría que sólo trabaja. Aquellos que sólo estudian tienen una clara conciencia de que en pocos años tendrán que incorporarse a un mercado laboral lleno de dificultades, y los que ya están trabajando lo están haciendo también en condiciones de inestabilidad muy alta. Estos chicos de clase media se han ubicado en mejores puestos que los anteriores: pueden ser trabajos con salarios mensuales, en el área de servicios, y algunas veces, en una dimensión mínima, llegan incluso a tener coberturas y benefi-

cios sociales. Pero aunque las condiciones son en líneas generales mejores que en los sectores populares, muchos de ellos siguen recibiendo su paga en negro y están al margen de los beneficios sociales, con las consecuencias de vulnerabilidad que esto provoca.

Para los jóvenes entrevistados la incertidumbre laboral -no saber si el trabajo de hoy estará mañana; no saber si habrá trabajo; la posibilidad o no de la opción vocacional para el futuro- se enuncia como un elemento casi naturalizado de la vida social. La dificultad para planificar hacia delante es común a ambos sectores sociales: ningún joven puede hoy trazarse un plan laboral sin al menos ponerlo en duda. Pero es posible pensar una diferencia entre los jóvenes de sectores populares y medios. En los primeros, donde los grados de precariedad son más altos, los jóvenes viven el futuro laboral como un absoluto presente lleno de vulnerabilidad. En todo caso, cuando se les pregunta por la percepción de sus propios futuros laborales, lo hacen como continuación lineal del presente: «*Yo me imagino más grande trabajando acá, no me parece mal, ojalá pueda seguir trabajando porque con esto me da un poco, sino no se qué haría*» (entrevista 21). Estos jóvenes no tienen expectativas de una movilidad social ascendente, de una mejoría en sus condiciones laborales. Han asumido que eso no va a suceder, de la misma manera que no sucedió con sus padres que, entrando al mercado laboral en los ochenta, también han tenido y tienen una ubicación muy precaria en el trabajo. Explica Kessler (Kessler, 2004, p.33) refiriéndose a jóvenes pobres del Gran Buenos Aires: «La inestabilidad laboral se naturaliza a medida que el trabajo estable se desdibuja de la experiencia transmitida por sus padres y por los otros adultos de su entorno. Así, ven frente a ellos un horizonte de precariedad duradera en el que es imposible vislumbrar algún atisbo de carrera laboral». El mundo del trabajo les es adverso, pero allí están, sin demasiadas salidas o expectativas de salida.

En los jóvenes de sectores medios, en cambio, la problematización de la precariedad e inestabilidad está presente con fuerza, aunque se imaginan otras opciones. Es que aunque se asume la condición de inestabilidad como parte constitutiva del mundo del trabajo, hay una búsqueda de alternativas, una puesta en duda de que esto

sea así para siempre. Dice Ibáñez Shuda (Shuda, 2004, p.42) con respecto a su propia investigación con las representaciones del trabajo construidas por jóvenes chilenos: «Podría señalarse que el grado de adversidad con que el joven se representa el trabajo es variable y dependerá de las expectativas en torno a sí mismo y su proyecto de inserción social generado a partir de lo que fue su experiencia escolar, además de la situación socioeconómica de la familia de origen».

En muchas de las entrevistas hemos escuchado a los jóvenes decir que van a formar una familia, o que se van a ir de la casa, cuando consigan «un trabajo seguro». Estos son los jóvenes que pueden postergar su inicio en el mundo laboral, que de entrada marca una gran diferencia con otros jóvenes que no tienen esa opción. Por otro lado, en los que sí tienen una experiencia del trabajo existe -más pronunciadamente cuanto más chicos son- la formulación de una expectativa en las opciones vocacionales, o en una «mejor suerte» que les permita atravesar las dificultades que sí ven. Dice una chica que está en primer año de la carrera de psicología: *«A mí me quedan varios años para recibirme y trabajar de lo que estudio. Ojalá pueda hacerlo porque veo que todo es difícil y siempre escucho eso de los profesionales manejando taxis. Pero no se, tal vez no sea tan así, o las cosas sean distintas cuando yo me reciba. Pero también se sabe que el desempleo es un de los mayores problemas ¿Cómo me imagino de adulta? ¿En esto del trabajo? Trabajando como psicóloga ojalá» (entrevista 3).*

Los jóvenes de sectores medios no son ajenos al deterioro de las condiciones del trabajo: también las han vivido con sus padres y muchos las están viviendo ahora. Pero tienen otros capitales para enfrentarlas además de contar con una moratoria, o un aplazamiento mayor en su entrada al mercado laboral. Y pervive en muchos de ellos los sedimentos de una esperanza en las credenciales educativas para la movilidad social: si trabajar duro, trabajar más no es la salida, tal vez la capacitación y la formación profesional ayuden. La universidad aquí ocupa un lugar central. En los hijos de dos o tres generaciones de universitarios la decepción y crítica a las condiciones de precariedad del trabajo son importantes -posiblemente porque han vivido el deterioro de las profesiones de sus padres con respecto a la de sus abuelos-

pero los hijos de padres no universitarios que están en este momento en la universidad, expresan una expectativa de mejora a través del trabajo que más adelante puedan conseguir.

Por otro lado, son también los sectores medios los que más visiblemente manifiestan en sus discursos el miedo a lo que vendrá. El temor a no conseguir trabajo, o a tener un trabajo indeseable. El temor a no poder decidir sobre sus futuros, a no tener opciones. Es que justamente estos jóvenes son los que hoy se perciben con opciones: con posibilidades de elegir una u otra carrera, algunos de trabajar ahora o más adelante, incluso de pensar si cuando se reciban van a volver a sus lugares de origen o se van a quedar en La Plata.

Resumiendo, estos jóvenes de sectores medios expresan claramente las contradicciones de pensar un mundo de la incertidumbre, de vivir en él. La inestabilidad de la vida laboral es algo que no los sorprende aunque pueda asustarlos sus efectos de precariedad. Pero al mismo tiempo no han caído en el desaliento, y todavía se sienten en condiciones de pelear una salida.

2. Identidades e instrumentos

Definir la identidad, o un aspecto crucial de la identidad en relación al mundo del trabajo era hasta hace muy pocos años una construcción tan fuertemente arraigada que se hacía natural. La respuesta a la pregunta de quién soy/quién sos, qué es la pregunta básica para la construcción de la identidad, se respondía entre otras cuestiones haciendo mención a la profesión en los sectores medios y a los oficios en los sectores populares: soy médico, es enfermero, es albañil, es metalúrgico, etcétera.

Específicamente en la Argentina, una parte importante de los sectores medios construyeron una dimensión de su identidad como actores sociales desde ser profesionales: una identidad laboral que les permitía el ascenso social. Por otro lado, en las décadas del cuarenta y cincuenta, desde unas políticas de integración socioeconómica de los sectores populares, se creó la identidad de los trabajadores, de la clase

trabajadora, que se encarnaba en la figura del obrero metalúrgico ligada en adelante a la movilidad social y el progreso. Este era el portador de una identidad social que era definida y definía a su vez una cultura del trabajo, un orgullo por la procedencia social, una práctica sindical y una clara adscripción al peronismo. En todos los casos, la relación identidad/trabajo fue una relación sólida, para nada volátil o cambiante, ligada a la esfera política.

Es así que durante la década del cuarenta y del cincuenta en la Argentina se construyó básicamente desde el peronismo una identidad colectiva fuerte en torno al orgullo por el trabajo y sus derechos, a una cultura del trabajo ligada a la ética y que durante décadas operó como eje de integración y movilidad social.

Pero esto empieza a desarticularse con la implementación de modelos político económicos liberales en la década del setenta que, como decíamos, tienen su punto de inflexión fuerte para los noventa. Es decir, que aquellos patrones del trabajo que habían llevado al éxito y la autoafirmación de una identidad dentro de una dimensión colectiva, comienzan a no alcanzar o simplemente, dejar de existir. Progresivamente las nuevas generaciones ven cómo los procedimientos y afirmaciones con respecto al trabajo de sus padres no se dan, o no tienen los mismos efectos sobre sus vidas, llegando a tener en los jóvenes de hoy la forma de unos planteos en torno al trabajo muy lejanos a los que sus abuelos defendían con vehemencia y sus padres trataban de mantener con tremendas contradicciones ante a los nuevos hechos. Dice un chico de veinte años, estudiante universitario: *«Por suerte mis viejos hablaron con un amigo y me consiguieron en el ministerio una pasantía. No me gusta mucho lo que hago, aunque está bien, pero va a ser por un tiempo. Yo hago la mía, cumplo las horas y me voy a hacer mi vida: la facultad, los amigos, lo que me interesa de verdad. El trabajo me permite ganarme un billete para poder hacer algunas cosas que me dan ganas y que mis viejos no pueden»* (entrevista 19).

Hoy, para los jóvenes entrevistados, el trabajo tiene un carácter puramente instrumental: es el medio para conseguir autonomía, ciertos bienes, ciertas garantías, ciertas posiciones. En líneas muy generales, para todos los jóvenes el trabajo es un

instrumento para el consumo, mientras que para algunos, es altamente valorado como espacio de independencia.

Guillermina Tiramonti (Tiramonti, 2004, p. 38), en un trabajo de investigación relativamente reciente sobre jóvenes de sectores medios, medios altos y altos de Buenos Aires dice que «En cuanto al tipo de trabajo, hay un quiebre que diferencia a aquellos que lo piensan como un medio de satisfacción y crecimiento personal, y los que lo consideran como el único medio posible para vivir una vida digna». Y explica cómo en los sectores más altos de la sociedad cada vez más se desarrolla una idea del trabajo desde una estética del consumo, por oposición a la ética del trabajo, que está relacionada además con cierta idea hedonista del trabajo, en donde el trabajo marca un estilo de vida exitoso. Dice: «Estos jóvenes piensan el futuro desde una estética propia del consumo, donde el deseo y las vivencias placenteras constituyen el eje que da sentido a la existencia. El trabajo es parte de esta ideación que se construye sobre la base de la combinación de objetos que son visualizados como signos de una vida placentera y plena de emociones».

Esto no lo hemos visto en nuestra investigación, en la cual la idea de herramienta o instrumento se restringe a ciertos consumos y a la idea de autonomía o independencia necesaria ante la economía familiar.

Expresiones como las de «*A mí no me gusta mi trabajo, pero tengo que hacerlo porque a mis viejos no les alcanza para darme algo así como una mensualidad, algo para que yo pueda hacer mis gastos sin sentirme que estoy de prestado*» (entrevista 9) o «*Trabajo porque me independiza, a mí nadie me mantiene, tengo que hacerme cargo de mi vida y comprarme lo que necesito*» (entrevista 24), dan cuenta de esta relación con el trabajo.

El trabajo permite una cierta independencia, y esto es valorado positivamente sobre todo en sectores populares, pero es un instrumento para esa independencia y en la mayoría de los casos está muy alejado de lo que realmente les gusta, les interesa o les preocupa, muy alejado a ser el lugar donde construyen una identidad colectiva: «*Tengo amigos en el laburo, algunos buenos, me llevo bien con todo el mundo,*

no tengo problemas. Los más grandes sí tienen historias entre ellos, debe ser que laburan ahí desde hace mucho tiempo, y entonces ya no se bancan tanto. Yo no me meto mucho, es cosa de ellos, y trato de no involucrarme mucho aunque a veces sean una piedra. Pero mis amigos más cercanos, los que son de verdad amigos amigos, son de afuera, de la vida, algunos del barrio, otro que hicimos la escuela juntos. Esos son lo que saben todas mis cosas y hacen la banca»(entrevista 31).

En un artículo que indaga sobre los procesos de erosión identitaria de la cultura del trabajo a partir de las diferentes vivencias generacionales, Maristella Svampa (Svampa, 2000. p.146) describe aspectos de las generaciones actuales de jóvenes a partir de la figura de lo que llama el trabajador tribal. Dice: «El trabajo es percibido desde una óptica individualista y con un rol netamente instrumental: ya no es tampoco el medio privilegiado para alcanzar un lugar en la sociedad sino sólo un medio para obtener dinero y satisfacer determinadas necesidades de consumo -la vestimenta, la salida con los amigos, la música-. Es contra estos que la generación intermedia desliza amargos reclamos en nombre de identidades colectivas -los trabajadores, o los obreros- y de tradiciones sindicales y políticas -la memoria del primer gobierno de Perón, pero sobre todo las luchas obreras de las últimas décadas-».

Los jóvenes no menosprecian el trabajo: en los diferentes sectores la imposibilidad de poder ingresar al mercado laboral, o las pésimas condiciones del ingreso, es algo que les preocupa mucho. Pero el trabajo no es pensado como el eje central desde el cual construir sus lugares en el mundo, como un espacio de pertenencia desde el cual nombrarse y ser nombrados. El trabajo, para los jóvenes, tiene una dimensión relativa: hoy pueden estar haciendo esto, mañana otra cosa -el trabajo no es un lugar donde quedarse- lo cual erosiona esa dimensión de una identidad sólida. Y contundentemente, el trabajo es vivido por fuera de un proyecto político o del campo político. En todo caso, en ocasiones, el trabajo proporciona elementos para unas identificaciones del todo flexibles.

Además, si la identidad del trabajador había sido fundada, entre otras cuestiones, sobre la figura del sacrificio, del trabajar duro para obtener las recompensas en el mañana, los jóvenes de hoy viven el derrumbe de esta posibilidad: las condiciones estructurales del mercado de trabajo les impide creer en esto. A lo cual también se suma la existencia de una cultura del goce, propugnada por el mercado y los medios de comunicación, donde el sacrificio ya no tiene lugar. Por lo tanto, esta marca de la identidad del trabajo queda descartada: no hay nada que justifique el sacrificio porque no hay nada que garantice el mañana. Así lo expresa una de los entrevistados de sectores medios: *«A mí que no vengan con eso de trabajás duro y te llenás de plata. La gente que más plata tiene en el país son los políticos y no hicieron la plata trabajando, eso lo sabe todo el mundo aunque todos son caretas. Son caretas los que te dicen que si trabajás vas a tener plata, si ni siquiera conseguís un buen trabajo, y cuando lo conseguís no te alcanza ni para los gastos mínimos aunque te mates laburando. Todo eso es mentira»*(entrevista 20). O lo que dice una chica que limpia casas por hora: *«Aunque limpie en mil lugares todo el día, no se si algún día me va a dar para tener mi casa. Además no consigo mil lugares tampoco. No, no se si antes era distinto, capaz que sí pero no se»* (entrevista 22).

3. Ciudadanía

En la línea que relaciona la desaparición o ruptura con la identidad ligada a una cultura del trabajo, es que también vemos en los jóvenes la desaparición de la idea del trabajo como un derecho junto con la desaparición de la demanda de los derechos a la protección y seguridad de los trabajadores hacia el estado.

La gran mayoría de los jóvenes, aunque de manera más pronunciada en los sectores populares, no saben o no problematizan el derecho ciudadano a la seguridad social a través del trabajo. No conocen sus derechos, y si tienen alguna noción de ellos, están convencidos que no serán respetados y que entonces no hay ninguna vía para cambiar las cosas. Estos jóvenes han ingresado a un mercado de trabajo donde se han cercenado los derechos laborales y esta condición la viven naturalizándola.

A la pregunta sobre si le parecía justo trabajar en la calle, sin obra social, sin que lo protejan si se enfermaba o le pasaba algo, un chico nos decía: *«Sí...no se, me parece bien...es que es así, si quiero laburar es así, qué le voy a hacer. Yo si un día no vengo puede no pasar nada ese día, pero si dejo de venir me ocupan el lugar. Igual está todo bien, es así»*(entrevista 27). O *«Yo tengo la libertad de elegir; si me gusta me gusta, si no me voy a mi casa y chau. Yo necesito trabajar así que...pero igual me da bronca»* (entrevista 29). *«Me tratan bien, me llevo una platita a casa, y mucho no me importa porque también se que es por un tiempo, que no se cuánto voy a estar trabajando acá y ni siquiera si tengo ganas de estar muchísimo tiempo. Mi viejo dice que son unos negreros, pero para mí está bien, ni en pedo me tratan mal y cómo están las cosas me parece que tengo que estar agradecido que tengo trabajo. La mayoría de los que conozco están peor»* (entrevista 11).

A comienzos de la década del noventa Javier Auyero en *Otra vez en la vía* (Auyero, 1993, p. 84) presentaba los avances de una investigación sobre la crisis de la escuela y el trabajo desde los jóvenes de sectores populares. Allí comentaba cómo los jóvenes hacían evidente unas definiciones de los derechos ligados al mundo del trabajo desplazados del lugar que habían tenido en las generaciones anteriores: *«Los ámbitos desde los cuales hacer valer estos derechos reconocen una modificación con respecto al pasado. De ser el sindicato el lugar privilegiado se ha pasado al requerimiento de manera individual de los abogados. Estos parecen ser las nuevas herramientas con las cuales se puede reclamar la presencia de una legislación que, si bien no aparece cotidianamente, surge en casos especiales, por ejemplo, despidos»*. Auyero ensaya la hipótesis de que este lugar de los abogados tiene que ver con la presencia de una memoria cercana sobre los despidos de sus padres y las indemnizaciones logradas en juicios laborales. Más de diez años después, podemos llamar la atención sobre la ausencia de referencias de este tipo. Las leyes de flexibilización laboral han hecho que los despidos sean parte natural del paisaje, y que ni siquiera las indemnizaciones puedan construirse como logros o derechos.

Muchos de nuestros entrevistados son hijos de padres empleados en los sectores informales, o desempleados y que transmiten a sus hijos, a través de sus prácticas, la resignación a unas reglas de juego que los excluye de los derechos sociales vinculados históricamente al trabajo. En ocasiones, hay jóvenes cuyos padres han logrado transmitirles una memoria de otros tiempos donde se luchaba por los derechos sociales -padres a los que sus abuelos transmitieron la conquista de derechos laborales a partir de la lucha colectiva- pero también les han transmitido la derrota. Dice una entrevistada: *«Yo sé que antes era distinto, que se peleaba más por lo que uno creía que podía ser mejor, que no te exploten, que no te desprecie el jefe, esas cosas. Pero igual ahora lo hacen. Vos lo ves a mi viejo, y es igual. Y fijate los jubilados también muy bien no les va. Así que eso te hace pensar ¿o no?»* (entrevista 6).

Pareciera que la gran mayoría de los jóvenes no están dispuestos a pelear por algo que consideran una causa perdida, o que ni siquiera consideran. En este orden, los sindicatos entran dentro de la condena radical a la política y a los políticos. Nos decía un entrevistado que trabaja en un ministerio: *«Los del sindicato no pinchan ni cortan, porque vos sabés que lo único que les interesa es arreglar mejor sus lugaritos. No los juzgo, que hagan lo que quieran, pero son de terror, ni ahí les creo nada, todo lo que consiguen es para ellos, son todos corruptos, ni ellos se la creen»* (entrevista 31).

En un contexto de fuerte naturalización de la precarización y el deterioro, de ausencia de posibilidades, estos jóvenes aceptan cualquier condición laboral. La situación por supuesto se agudiza en los jóvenes de sectores populares. Así sucede algo que pudimos ver claramente en las entrevistas y es que hay chicos que trabajan doce horas en negro, con pagas que dependen de la voluntad de un jefe, o que limpian parabrisas de autos en la calle, y que dicen estar conformes con tener un trabajo. Es que en el marco de la desprotección tan grande, para algunos sectores no tener trabajo significa tal vez no tener nada. En cambio, en los jóvenes universitarios que como decíamos en párrafos anteriores todavía, aunque con muchas dudas, piensan en la posibilidad de un trabajo mejor cuando obtengan sus títulos, las

condiciones laborales precarias se aceptan como lo que hay hoy, pero que no son buenas, y que ellos las van a dejar en algún momento. Es decir, no plantean que las condiciones de empleo van a cambiar o tienen que cambiar -porque son injustas, ilegales, inhumanas, etcétera- sino que ellos van a moverse y van a poder acceder a otros puestos.

Pero no podemos pensar esta exterioridad de los jóvenes con respecto a los derechos sociales sólo como carencia sino que además pareciera ser que estamos frente a la creación de unos nuevos derechos también en relación a la esfera del trabajo. Generalmente los jóvenes, cuando relatan los conflictos que tienen con sus jefes o empleadores no los centran en la confiscación o avasallamiento de sus derechos sociales, como podríamos pensarlo en otras generaciones, sino a partir de la dificultad con las características personales de ellos, o simplemente a partir de la crítica a la verticalidad del poder que sobre ellos se ejerce: *«El tipo es un tirano, un hijo de puta, y entonces yo pensé que esta no me la voy a soportar, porque tengo mi orgullo y porque en mi libertad no se mete nadie. Entonces me fui, le dije que me iba, y no se si le importó o no, aunque seguro que sí, porque le dio una bronca bárbara que no podía manejarme a su antojo, que yo fuera más libre que él»* (entrevista 22).

Es allí donde salen a relucir demandas sobre unos otros derechos no asociados tradicionalmente al trabajo, y que tienen que ver con la demanda por la subjetividad, por la autonomía, por el derecho a ser uno mismo. Como claramente lo expresa otra entrevistada: *«No me puede tratar de cualquier forma, aunque sea el dueño. Yo tengo otra mirada sobre las cosas, y para mí primero está la persona, no me puede pedir las cosas como yo si fuese una máquina, no un humano»* (entrevista 15). Demanda de reconocimiento del yo, y demanda también de otras formas del poder.

Finalmente, si el trabajo y sus condiciones de seguridad dejan de ser un derecho, el acceso a un puesto laboral más o menos precario queda en manos del azar, de la buena suerte, en algunos casos como responsabilidad del mercado: *«No se cuándo*

voy a conseguir trabajo, aunque estoy buscando. Y no es que me pongo en exquisito, pero ojalá sea un trabajo que me permita estudiar, o no dejar de hacer todo, que me dejen. Ojalá cuando consiga sea así» (entrevista 17). Cuando estos jóvenes reclaman mejores condiciones laborales, ponen como principal interlocutor al mercado a través de lo que ellos perciben como actores individuales más cercanos: el jefe, el gerente, el dueño, etcétera. El estado, en este esquema, desaparece como interlocutor válido al mismo tiempo que desaparece una de las grandes dimensiones de la ciudadanía.

4. El género y el trabajo

En el capítulo sobre la familia ya hemos hablado de los nuevos roles que las mujeres han ido adquiriendo en las últimas décadas en relación al mundo del trabajo, básicamente de un desplazamiento que las confinaba a la vida íntima hacia el espacio público, en el cual su inscripción dentro del mundo del trabajo no era un ítem menor. Así, hemos señalado cómo las mujeres van rompiendo una identidad definida desde un rol reproductor hacia uno productor.

Estos desplazamientos son tan contundentes en los jóvenes entrevistados, que ni siquiera hemos escuchado relatos que hablen del deseo de las mujeres de quedarse en sus casas al cuidado de los hijos y la vida doméstica. La idea de que la mujer debe, quiere o necesita trabajar y desarrollar su vocación está claramente incorporada en los relatos de las jóvenes pero también de los jóvenes varones, sobre todo en los sectores medios. Dice un chico entrevistado: *«A mí me parece que cuando me case, mi mujer tiene que tener los mismos derechos que yo, para todo. Mi vieja siempre pelea por eso con mi papá, dice que él cree que ella es la sirvienta aunque haga de todo. Y yo me doy cuenta que con mis hermanos a veces nos olvidamos que ella no tiene la obligación de servirnos la comida, de estar atenta a todas las cosas aunque también trabaje. Porque ella estudió y tiene derecho a ser una profesional. Eso lo dice siempre pero mi viejo no se hace cargo».* (entrevista 17)

Aunque también en los discursos de los varones y las mujeres mismas, la mujer además de trabajar deberá ocuparse de la vida doméstica, con mayor carga de obligatoriedad de acuerdo al sector social al que pertenece. En los jóvenes de menores capitales la mujer -aunque sea la que mayores recursos provea al hogar- debe ser antes que nada madre y esposa, mientras que en los jóvenes de sectores más altos, esto se desdibuja o si aparece tiene menor contundencia.

En las mujeres jóvenes con hijos que trabajan la situación cambia de acuerdo a la red de relaciones que posea y de la contención que reciba de otros miembros de la familia. Ya que como decíamos antes la mujer no abandona su rol central en relación a la maternidad, sino que a éste suma otros. El tener que ir a trabajar fuera del hogar se le complica en extremo cuando no tiene la contención familiar o del estado para el cuidado de sus hijos. Así hemos visto en casos de vulnerabilidad extrema, como es el de los chicos y chicas entrevistados que limpian vidrios en las calles, que todos desempeñan el mismo trabajo, pero que las mujeres además son las que al mismo tiempo que hacen la tarea están vigilando y cuidando a sus chiquitos.

Por otro lado, son las jóvenes de estos sectores las que mejor parecen haber incorporado su lugar de proveedoras económicas en el hogar junto a otros miembros, básicamente sus propias madres. Ellas han visto muchas veces a sus madres llevar adelante el rol de jefas de hogar en un proceso que en los últimos años en la Argentina se ha ido acentuando debido a los efectos negativos de las políticas de ajuste sobre el empleo y el ingreso de los hombres. Es decir, en un proceso que no se da básicamente por una búsqueda de autonomía de las mujeres sino impuesto por condiciones adversas y no elegidas libremente que a su vez provoca grandes conflictos en el seno familiar y especialmente en la resignificación del lugar del varón: *«A él -señala a su compañero que está trabajando en la misma esquina que ella, y que es el papá de su bebé- no le gusta que venga, pero sabe que casi siempre me dan más plata a mí ¿Si a mí me gusta? Está bien, tengo que hacerlo porque si no quién me da la plata»*(entrevista 26).

Pareciera ser que para estas mujeres es más contundente que para los varones la aceptación de un rol de proveedora femenino, que a ellos todavía les cuesta terminar de admitir aunque no tengan el nivel de resistencia de generaciones anteriores.

Además, estas chicas jóvenes con hijos son las que mejor manifiestan en las entrevistas una idea de compromiso temporal, o más bien de preocupación por la estabilidad del trabajo, sea este del tipo que sea, aún en condiciones de explotación y desamparo. Son las que manifiestan la preocupación en el mañana con relación al trabajo y básicamente focalizada en la preocupación por el sustento de los hijos. Dice una de las chicas que trabaja limpiando en una casa: *«No hace mucho que estoy acá, es la hija de donde trabaja mi madrina. Ojalá siga porque estoy bien, y me da siempre algo para mi nene, lo traigo a veces y no hay problema»* (entrevista 30). O: *«Estoy contenta con el trabajo, te tratan bien y está bien. Yo soy sola, y tengo que hacerme cargo de los dos chicos, aunque mi papá algo me ayude tengo que hacerlo bien. Al principio no me gustaba mucho, pero ahora sí, lo hago también por ellos»* (entrevista 24).

No queremos decir que los varones jóvenes no hablen o expresen una preocupación -incluso a veces una cuestión angustiante con respecto a su lugar como proveedores económicos de la familia- pero en las mujeres jóvenes esta preocupación pareciera estar más explícitamente ligada a los hijos que a su vez inscriben una dimensión importante del mañana en sus vidas. Y es el mañana el que les permite pensar en la continuidad, en el deseo de la estabilidad.

De una manera muy distinta viven el trabajo las mujeres jóvenes de sectores medios. En principio, el trabajo tiene que ver con una tendencia mayor a una preocupación vocacional. Es decir que para ellas aparece prioritariamente la opción vocacional, su desarrollo, antes que la cuestión instrumental del trabajo, la que lo ubica como un modo de conseguir algo. Dice una joven a punto de recibirse de dentista: *«A mi me parece que hoy las mujeres tenemos que*

trabajar y desarrollarnos. A mí me gustan mucho las prácticas, se que elegí lo que quiero, y el día de mañana voy a hacer lo que me gusta aunque tenga hijos y una familia» (entrevista 18). Creemos que esta diferencia con respecto a las mujeres de sectores populares, y también de alguna manera con respecto a los varones -ellas son las que más señalan la cuestión vocacional-, está dada seguramente por la aceptación de una responsabilidad menor del rol de proveedoras económicas, ya que este se percibe al menos compartido. Aunque luego en los hechos la realidad se de otra forma, y en el futuro terminen siendo tan jefas de hogar como en los sectores populares lo son muchas mujeres, existe en ellas un modelo de ordenamiento de la economía doméstica donde sus aportes no serán necesariamente los más importantes y por supuesto tampoco los únicos. Porque cabe señalar que al mismo tiempo que muchas de estas mujeres han roto con el modelo del «varón proveedor único», éste ha sido reemplazado por el de los «dos proveedores» y no por el de la proveedora femenina únicamente. Vemos otra vez una demanda y una percepción de simetría entre las condiciones de mujeres y varones (Ver capítulo sobre familia).

5. Los unos y los otros

El trabajo es también para los jóvenes un lugar más donde se perciben y perpetúan las diferencias y desigualdades sociales. Es en el mercado laboral y sus inciertas oportunidades donde los jóvenes se encuentran distinguiéndose, asumiendo que hay ciertos trabajos para unos y para otros, percibiendo la desigual participación en la estructura productiva y educativa. Es en la capacidad de conseguir un determinado tipo de trabajo donde se les hace visible que no todos tienen las mismas posibilidades y que no todos poseen los mismos capitales. Incluso se podría pensar que es en el mundo del trabajo -junto con el de la escuela, y por supuesto del consumo- donde los jóvenes perciben y pueden reflexionar con mayor fuerza que en ningún otro lugar la diferenciación social.

Un ejemplo claro del trabajo como territorio de percepción de la distinción es el relato que hace un grupo de limpiavidrios que comparte la parada con otro grupo

de jóvenes malabaristas -aquellos que hacen piruetas, malabares y representaciones en la parada de los semáforos para que los automovilistas les den una retribución; muchos de ellos participan de la escuela de circo de la provincia de Buenos Aires-. Los jóvenes que limpian vidrios en líneas generales se llevan muy mal con los malabaristas en toda la ciudad, y este grupo nos explicaba el por qué. Decían: *«Ellos son artistas, nosotros laburantes. Son pibes del centro, que por ahí no necesitan el mango. Quieren ir y venir cuando se les da la gana, y nosotros somos más ordenados, estamos desde todos los días, así que dos por tres si no respetan tenemos problemas»* (entrevista 23). Los limpiavidrios consideran lo suyo como un trabajo que se hace por necesidad, dejando entender contundentemente que los otros no están apremiados por esa necesidad, que son de otro lugar, que son distintos.

La lógica de la diferenciación social se ve también claramente en los jóvenes con capitales más altos, aquellos que incluso pueden manifestar vivir las dificultades materiales de la vida, el que no les alcance, que incluso construyen un discurso alrededor del estudiante que pasa penurias -un perfil de la vida estudiante que se puede rastrear en generaciones anteriores, que habla de un estudiante que momentáneamente pasa penurias económicas y que luego se recuperará- pero para los cuales no existe la posibilidad de limpiar vidrios ya que ese no es un trabajo para ellos.

La percepción de la distinción es también la percepción de un mercado laboral absolutamente fragmentado, con grupos sociales más y menos vulnerables, más y menos excluyentes, entonces con claros costos de mayor inequidad y división social. A lo que deben agregarse las consecuencias de unos vínculos frágiles e inestables con el mundo del trabajo, específicamente aquellas que apuntan a la desintegración social. Es así que el trabajo es cada vez menos un territorio del encuentro entre grupos sociales, para pasar a ser un espacio de la manifestación del deterioro de lo colectivo.

6. Entre la libertad y la angustia

Queremos cerrar el capítulo afirmando que el trabajo se vive de otra manera con respecto a generaciones anteriores, y que esto puede ser ciertamente liberador para los jóvenes: están en crisis esas pesadas estructuras y relatos que confinaba la respuesta sobre la identidad a unas verdades tan pesadas y fijas. Los jóvenes hoy se ven liberados de la necesidad de tener que responder a una “dignidad” de hierro asociada al sacrificio y que los limitaba para siempre a un mismo lugar: hoy sus movimientos pueden ser más flexibles, más móviles. Pero no queremos dejar de decir que nuestra impresión en cada una de las entrevistas es que esta realidad más dinámica -pero inmensamente más precaria- la mayoría de las veces los angustia en extremo, los preocupa, y les plantea un gran horizonte de frustración posible. Porque aunque ellos no puedan sostener a rajatabla las ideas que definían la llamada cultura del trabajo, esta no ha desaparecido como vara con la cual muchas veces se miden, incluso para cuestionarla, y los miden sus mayores. Al mismo tiempo, en las sensaciones de incomodidad ante lo que es, lo que fue, lo que podría ser, están dándole forma a otra cultura del trabajo.

7. Síntesis

La teoría de las representaciones sociales (Emler, Ohana, Dickinson, 2003) supone que el conocimiento se procesa habitualmente en términos de creencias y sentido común, y que éste tiene un origen social. Las Representaciones sociales no son un conocimiento del mundo externo a los sujetos, sino que los sujetos construyen conocimiento, y a la vez esta construcción es una construcción situada, marcada por las condiciones históricas. Es desde aquí que en esta tesis podemos hablar de los modos en que la incertidumbre y vulnerabilidad influyen en la construcción de las representaciones sobre el trabajo de los jóvenes, al tiempo en que también, de acuerdo al lugar que ocupen en el espacio social, estas adquirirán diferentes formas.

Hemos puesto énfasis en este capítulo en las transformaciones de las miradas sobre el trabajo, pero no debemos olvidarnos de cómo es que lo nuevo se yuxtapone

problemáticamente con las formas anteriores, sin que éstas hayan desaparecido absolutamente en todas sus dimensiones.

En las representaciones que construyen los jóvenes hemos visto cómo el trabajo y su asociación a una dimensión valiosa de la vida no ha desaparecido de sus preocupaciones e intereses, pero también que ocupa un lugar distinto al que tenía en las generaciones anteriores. En términos de las teorías de las representaciones sociales, podríamos decir que sigue existiendo un núcleo central consistente basado en la fuerte importancia del trabajo para la vida pero con unas representaciones periféricas, o nuevas, que se “anclan” en este núcleo central, y que nos hablan de otras formas de concebir el trabajo.

Podríamos señalar los siguientes desplazamientos:

- Para todos los jóvenes, pertenezcan al sector que pertenezcan, el mercado de trabajo es endeble, inseguro, incierto.

- Los jóvenes hoy no apuestan ni poseen una cultura del sacrificio en pos de beneficios en el futuro. Las ideas de progreso y ascenso social a través del trabajo no forman parte indiscutible de sus saberes sobre la vida, sino que más bien están marcados por el fracaso de estos mecanismos en las generaciones de sus padres. Nada les garantiza que sacrificar el hoy permita un mañana mejor.

- El trabajo tampoco es pensado como portador de una identidad sostenida en el tiempo desde la cual se construyan relaciones sociales estables. Por el contrario, el trabajo se representa desde la certeza de su inestabilidad, y las identidades no se constituyen en torno al mismo.

- El trabajo para los jóvenes tiene básicamente un sentido instrumental: se trabaja para conseguir algo, no porque “el trabajo dignifique” o “sea necesario para la vida”.

- Los jóvenes hablan de la legitimidad de la ligazón de las mujeres al mundo del trabajo, ya sea como mecanismo de autonomía en los sectores medios o por necesidad en los sectores populares. Las jóvenes mujeres son las que con mayor facilidad pueden tematizar la cuestión.

- Es en el mundo del trabajo donde, producto de los procesos de flexibilización y precarización del empleo, los jóvenes manifiestan como en ningún otro espacio procesos de descuidanización creciente: aceptan de manera natural la ausencia de derechos laborales y la ausencia también del estado en el proceso. El trabajo no es representado como un derecho.

- El trabajo es un territorio más de la distinción social, de la cual los jóvenes tienen clara percepción: trabajos para unos; trabajos para otros.

(1) No hemos interrogado nosotros sobre las representaciones que tienen los jóvenes de las causas de las dificultades, o del fracaso a la hora de conseguir un buen trabajo, sea este lo que sea para cada sector. Pero sí lo ha hecho Ana Perez Rubio (Perez Rubio, 2004), en una investigación sobre jóvenes correntinos de distintas procedencias sociales, y dice que los de sectores más altos creen en un tipo de dificultades ligadas a motivos personales, como falta de capacitación o compromiso, mientras que en sectores más bajos «hacen atribuciones de orden situacional, son las condiciones del mercado de trabajo debido a la escasez de puestos o a la discriminación por falta de experiencia o por apariencia física».

(2) En esta investigación hemos tomado como trabajo todas aquellas actividades que se desarrollan a cambio de una remuneración y que los propios sujetos definen como sus trabajos.

CÁPITULO VIII

POLITICA: DESCREIDOS, INDIFERENTE Y COMPROMETIDOS



«de ese modo, siguen creyendo
en la solidaridad, en la
preocupación por el otro, pero
esta solidaridad hoy pareciera
tener límites más cercanos»»

Fue básicamente durante la década de los sesenta, setenta, cuando los jóvenes argentinos a tono con un contexto internacional irrumpieron en el espacio público como actores sociales principales, a tal punto que ser joven implicó una asociación directa al compromiso con lo político. En ese momento claramente la política se definía desde un campo específico: el de los partidos políticos como instrumentos de conquista de los recursos materiales y simbólicos del estado. Al mismo tiempo las identidades colectivas corrían en paralelo a las identidades partidarias. Los jóvenes desarrollaban sus prácticas políticas en un escenario altamente ideologizado, donde los grandes relatos y utopías daban sentido a cada una de las acciones sustentadas sobre la certeza de un mañana. La Guerra Fría, como horizonte de conflicto, dotaba de unos objetivos totales y morales a las confrontaciones más o menos locales y los nombres de la política eran magnos: la revolución, la nación, el pueblo, el socialismo y la libertad. La patria o la muerte eran opciones posibles.

Hoy los jóvenes conciben la política de manera radicalmente distinta, llegando incluso a declararse apolíticos y declamar la antipolítica como pronunciamiento público, ético y estético a la vez. Las vías que tradicionalmente permitían la participación política se les aparecen como vías muertas, sin salida, contundentemente externas a sus vidas, al mismo tiempo en que otras se abren y recrean. Los jóvenes de hoy son los hijos una experiencia política frustrada, derrotada, hijos de los pactos de silencio que vinieron luego, y entonces tienen que imaginar otro camino.

Claro está que lo que les sucede a ellos no está aislado de lo que le sucede a otras generaciones. Es así como una primera condición con respecto a la política y los jóvenes que debemos señalar es su malestar profundo con las instituciones tradicionales de la política y sus representantes en un tiempo histórico donde amplios sec-

tores sociales los ponen en duda. Cabe recordar que en la Argentina de 2001 la crisis se manifestó a través de la polisémica consigna del que se vayan todos, que encontró en los jóvenes a uno de los actores centrales de la protesta.

Pero más que señalar este malestar posible de ser rastreado en cada una de las enunciaciones que sobre el tema realizan los jóvenes, nos interesa particularmente preguntarnos de qué habla ese malestar, y abordar la hipótesis de que pudiera existir en el mismo una dimensión profundamente política a la vez. Es decir, nos interesa ver qué otros modos de concebir la política se esconden detrás de la negación de las formas tradicionales, o detrás de la crítica a sus actores. Ver si es posible pensar que la negación de la política -*«los políticos son todos corruptos; de la política no me interesa nada; nadie me representa»*- se agota en sí misma o contiene otra forma de concebirla.

Difícil relación la de los jóvenes con la política en un momento histórico donde el campo político es sospechado por la sociedad toda. Difícil relación también cuando los jóvenes son sospechados de todo. A principios de 2005 como un fenómeno que comenzó y tuvo su punto máximo en los colegios de la ciudad de Buenos Aires, los jóvenes de otras áreas urbanas, y particularmente en La Plata, comenzaron a protestar por las condiciones edilicias pésimas en las que se llevaban adelante la vida escolar. Para esto cortaron calles, tomaron las escuelas, llamaron a los medios e interrumpieron las clases: pararon. Es decir, apelaron a medidas relacionadas con las formas tradicionales de la protesta, instalando sus demandas claramente en el campo político. En esos días, uno de los discursos que circuló en los medios, desde el campo político, y desde los propios padres fue contundente: «la demanda era legítima pero estaban haciendo política» y esto era condenable.

Difícil relación la de los jóvenes con la política: se los condena por apáticos; se los condena por políticos. Nos interesa aquí preguntarnos por los otros lugares para pensarlos.

1. La subjetividad en el espacio público

Las últimas décadas se definen, entre varias cuestiones, por ser el tiempo del renacer de la subjetividad, de la emergencia de las emociones. La fuerte separación entre espacio público y privado que había prevalecido durante siglos y que relegaba el mundo de la subjetividad al plano de lo íntimo se trastoca y aparecen en escena nuevos actores y conflictos. Si la modernidad había diseñado la participación en el espacio político a partir de una fuerte marca racional, masculina y blanca este diseño se ve ahora modificado, producto de la multiplicidad de causas que confluyen para que la modernidad misma entre en crisis. Causas a las que en América Latina se sumará la derrota de los movimientos sociales de liberación con consecuencias de decepción y descreimiento nunca antes vistos.

Es así que en unas sociedades donde se replantean los pactos preexistentes y se aceleran los procesos de individuación los jóvenes no sólo niegan la política concebida tal cual lo hicieron sus padres sino que la reemplazan por una puesta en escena de aquello que antes estaba «guardado»: la propia subjetividad.

Cuando en las entrevistas o grupos de discusión preguntamos por lo que para ellos es importante, hablan de la relación con sus amigos, de la familia, del amor, de la sexualidad. Manifiestan la necesidad de decidir por ellos mismos, de tener opinión propia sobre sus ubicaciones en el mundo, resaltando la idea de inscribir la identidad personal en el espacio común. No es que no conozcan los «grandes problemas» que toda la sociedad está definiendo como tales: el desempleo, la inseguridad y la violencia, la crisis económica, etcétera. Pero cuando piensan que es posible transformar esta realidad, la vía es una vía personal: transformase uno mismo para transformar el mundo, la transformación interior: *«Yo qué voy a hacer, si tipos como Bush destruyen el planeta y nadie puede pararlos. No es que no me importe, pero se que hay un montón de cosas que no puedo hacer nada, aunque si te preocupás por hacer vos las cosas bien eso es importante. Quiero decir que si vos hacés cosas que estás bien, y estás bien con los tuyos, con los amigos, con la familia, hasta con los vecinos, no los jodés, todo puede estar*

mejor algún día. Si todos hacen lo mismo. Pero además te sentís mejor vos, porque ves que todo no es una mierda» (entrevista 4).

De ese modo, siguen creyendo en la solidaridad, en la preocupación por el otro, pero esta solidaridad hoy pareciera tener límites más cercanos, o más concretos: es la solidaridad con los amigos, con los miembros del grupo, con la propia familia. A diferencia de los modos de la solidaridad de clase o de nación, con mega comunidades, hoy la solidaridad la definen casi «cara a cara», es decir, a partir de la identificación de la identidad personal de aquellos con los cuales se es solidario: «*Yo no te digo que hay que ser bueno, sacrificarte por todo el mundo. Yo no creo en eso, nadie se cree eso de la otra mejilla, porque además hay mucha mentira por la tele, te venden que hay una gente que le pasa tal y cual cosa y no es verdad. Yo digo que todos tenemos cerca alguien que necesita ayuda, sólo hay que verlo, y ahí si no es ayuda total al menos algo podés hacer» (entrevista 2).*

Vemos entonces que en paralelo a un alejamiento de las formas tradicionales de hacer política, ligada a la militancia en partidos, las manifestaciones públicas y los mítines, emerge una necesidad de nuevos compromisos con la valoración de las identidades personales, lo que no necesariamente implica un mayor individualismo sino que también puede leerse como una nueva concepción de lo político. Incluso no es el individualismo un discurso legítimo para los jóvenes sino que por el contrario critican el sálvese quien pueda, la salida individual. La gran mayoría, sin diferencia de sector social, reclama una mayor solidaridad social y los abruma la indiferencia. Ellos rescatan la subjetividad como dimensión individual pero colectiva a la vez, aunque como decíamos en párrafos anteriores redefinen sus colectivos: los amigos, la familia, la esquina.

2. Nadie me representa

En este orden de cuestionamiento a las formas tradicionales de ejercicio de la política es que los jóvenes sin diferencia de sector social se niegan a ser representados por los partidos. Estos son mirados más bien como estructuras que responden a

sectores bien definidos, el de «los políticos» y que les son funcionales para llevar adelante sus negocios y disputas, caratulados la mayoría de las veces como corruptos o mafiosos. La crítica a la política aquí no es ideológica sino ética; no plantea una alternativa ni técnica ni partidaria a aquello que consideran tan negativamente.

Podríamos pensar que estos jóvenes están haciendo sólo una crítica a los dirigentes políticos y no a las instituciones partidarias. Sin embargo la mirada negativa sobre la dirigencia es tan contundente que no hay manera de entender que las instituciones se salven de ella. Y aunque podemos decir que los jóvenes no son partidarios ideológicamente, su visión negativa de los políticos -a los que no distinguen de las instituciones que encarnan- es tan fuerte que la figura del partido como institución no logra ser rescatada.

¿Quiénes son entonces los que representan en el espacio público a los jóvenes? De acuerdo a lo planteado, es obvio que para ellos claramente no son los partidos políticos los que se hacen cargo de sus demandas e intereses, sino que por el contrario, estos corren por carriles muy distintos o alejados de sus vidas. Básicamente podríamos decir que los jóvenes rechazan la idea de la representación, de que alguien hable por ellos: quieren hablar por sí mismos; dudan de todo aquel que se erija como portavoz del grupo. Aunque, en la mayoría de los casos, aceptan que es la música la que da voz a sus demandas en el espacio público (1). Es así como a través de diferentes bandas o grupos de acuerdo con los sectores sociales en los que se ubican -algunos más cercanos a la cumbia, a o a las varias expresiones del rock-, los jóvenes dicen sentirse representados por las letras y las músicas que hablan de una inmensidad de temas relacionados con sus vidas cotidianas. También varios de ellos han participado o participan de alguna banda de música o siguen a algún grupo de amigos músicos *«haciéndoles el aguante, porque la banda dice lo que yo quiero decir, porque me encanta»* (entrevista 16).

En ocasiones se agrupan desde compartir un mismo gusto o consumo de música primero, para dar cuenta de la necesidad de reforzar en el espacio público una identidad que no se agota en las identidades tradicionales y que demanda reconoci-

miento en estrategias de marcas propias, lenguajes, nuevos usos de objetos y del cuerpo. Les interesa decir quiénes son. Y lo que son está relacionado con el deseo, con la crítica al deber ser, con la emotividad lo cual ha sido hondamente estudiado en toda la región (Rossana Reguillo, 1995, Alonso Salazar, Valenzuela Arce, 1997; Balardini, 2000) y es así como Rossana Reguillo afirma (Reguillo 2001, p.138): «Estos mutantes contemporáneos que han desarrollado capacidades para convivir con la crisis y desde sus ámbitos diferenciados de pertinencia han puesto a funcionar los signos de la crisis en otro registro, pueden no saber bien qué quieren pero saben muy bien que es lo que no quieren. Es desde estos cambiantes sentidos desde donde hay que pensar la cultura política profundamente imbricada en los sentidos sociales de la vida».

3. El poder

Con relación a los colectivos juveniles, cabe destacar la capacidad que han desarrollado muchos de ellos de generar organizaciones autogestionadas, horizontales, donde son responsables de sí mismos sin tener por encima ningún tipo de autoridad vertical.

Tanto las bandas de música, como las murgas, que son los colectivos juveniles con mayor visibilidad en la ciudad de La Plata, asumen un tipo de organización básicamente horizontal erigiéndose al mismo tiempo como una crítica profunda a un modo de concebir la política desde premisas que consideran autoritarias.

La murga, expresión tradicional de las culturas populares rioplatenses que en las últimas décadas reverdece en la ciudad, es una muestra de ello. Protagonizada esencialmente por jóvenes, la murga habla de la soledad, de la policía, de la desocupación, pero lo hace desde la alegría, el canto y el cuerpo, en plazas y espacios públicos.

María Pozzio (Pozzio 2002), en una investigación sobre murgas, relata una asamblea de la murga Tocando Fondo, una de las más grandes de la ciudad: «Se discutía

acerca de una presentación inminente a la que habían sido invitados. En la asamblea anterior se había votado la asistencia plena de la murga a la presentación. Pero ahora parecía que eran menos de la mitad los que iban a concurrir. La discusión transcurría en dos niveles: uno acerca de la responsabilidad, y otro acerca de las prioridades de la murga. En el primer nivel estaban aquellos que decían que no iban a ir porque no habían votado la semana anterior o habían votado negativamente, de manera que no se sentían compelidos a participar. Por otro lado estaban aquellos que también habían votado negativamente pero mantenían la postura de que si la mayoría había aprobado algo ese algo debía ser bancado por todos y si no, la presentación debía ser suspendida; a su vez, había una tercera posición que planteaba que no tenía sentido que fuera aquel que no tenía ganas porque eso se notaba, y trataba de juntar voluntarios para de todas maneras asistir a la presentación ya que la murga había dado la palabra y no podía romper ese compromiso. En el segundo nivel estaba la cuestión de las prioridades. Así la postura de algunos era que había que evitar aceptar todas las invitaciones ya que esto les quitaba tiempo de ensayo para la actuación propia y además, desgastaba a los murgueros. Otros sostenían que no se podían rechazar invitaciones -esta era en un Hogar de niños- para privilegiar la actuación».

La cita habla del lugar que en un tipo de organización como esta se le da a la pluralidad y debate de ideas a la hora de la toma de decisiones, como por otro lado, también del compromiso de los integrantes de la murga con el proyecto. Se ilustra aquí una concepción del poder que en los últimos años pareciera consolidarse en la gran mayoría de las nuevas asociaciones comunitarias y que comparten muchos grupos juveniles: la de un poder que circula, que no se ejerce de arriba hacia abajo y que es redefinido a partir de su no exterioridad con respecto a los sujetos; no como algo del cual hay que apoderarse sino como una dimensión que hace al tejido social. Estos movimientos están lejos de plantearse una estrategia totalizadora que subvierta o invierta el orden social sino más bien micro disidencias en las que caben distintas respuestas, actitudes frente al poder. De alguna manera se asume que la voluntad colectiva no «se juega en un solo tablero» lo que implica la ausencia de un único adversario que casi siempre era el estado.

Podríamos pensar que ciertos colectivos juveniles, junto con otros movimientos, están comenzando a balbucear un nuevo camino de intervención y creación de lo público.

4. La temporalidad

En estos No a la política y a los sistemas de representación tradicional es posible leer la crítica a un mundo que no terminó de desaparecer y que no sabemos qué formas nuevas va a ir adquiriendo. Pero aunque el No de los jóvenes no pueda ser comprendido a través de un proyecto claro de transformación creemos que es interesante leerlo con relación a otros de sus discursos que van dotando de sentido a lo que en principio aparece como sola negación.

Los jóvenes entrevistados piensan que la sociedad donde viven es injusta, que no todos tienen lugar en ella, pero que -y esto es lo que importa rescatar- debería ser de otra manera. A ellos no les gusta la política tal cual es, no saben cómo cambiarla, pero quieren otra cosa.

Y aquí aparece nuevamente la cuestión de una temporalidad distinta a la de las generaciones pasadas: nuevamente la factibilidad de construir proyectos alternativos se choca con un tiempo del absoluto presente donde el futuro ya llegó, no deja de llegar nunca y ahora todo es ahora. Esto es claramente pronunciado en los sectores sociales bajos, donde la idea del mañana es todavía más incierta y menos compleja, es decir, tienen menos posibilidades de imaginarlo con alternativas. Entonces las acciones se reducen al momento, porque luego no se sabe qué podrá pasar. Así los jóvenes adscriben a causas que mañana pueden ser otras, y esto no genera ningún tipo de malestar o de crítica a la coherencia: los compromisos con las causas públicas son no sólo más cercanos, como decíamos, sino más efímeros. La política no es un sistema rígido de fidelidades y normas, sino por lo contrario, uno bien flexible de acuerdo a los momentos, la historia y las ganas. Si las generaciones anteriores habían llegado a plantearse el desafío de un mundo nuevo para el mañana aunque no llegaran a conocerlo y tuviera que ser un legado para los hijos, estas generaciones no lo piensan así. Evidentemente la promesa de un mundo mejor para

después no les alcanza: tan lejano de todo está el futuro, lo cual se vive de una manera liberadora y angustiante a la vez.

Cuando incorporamos la temporalidad al análisis no es posible dejar de pensar en la experiencia de la agrupación HIJOS, que en La Plata además ha tenido su punto de origen y un profundo desarrollo. HIJOS, agrupación constituida a partir de la búsqueda de la verdad y la justicia frente a los horrores de la última dictadura militar en la Argentina, aparece en la década del noventa expresando la necesidad subjetiva y política de recuperar la memoria colectiva. Con un posicionamiento anclado por un lado en el presente -ellos son los hijos, los que están ahora; los represores que están libres están libres ahora- miran hacia un pasado no resuelto para recuperar la verdad y la memoria.

La emergencia de la temática de la memoria implica la problematización de la relación entre tiempo / poder, y entonces la necesidad de la pregunta por aquellas subjetividades y proyectos acallados en el relato de la historia oficial que hizo posible ciertas voces y silenció otras. A este movimiento de jóvenes los une el carácter de un hecho que los atravesó en el pasado y les otorga sentido de pertenencia en el presente.

HIJOS se constituye como grupo involucrando en ello a los otros (2) y al pasado silenciado y olvidado. Esto se da no sólo por la necesidad de reconstruir un proyecto identificador personal sino también social, que se pone en juego en la manera en que se nombran: Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio. Ellos buscan reconstruir el pasado de sus padres y el presente propio. Necesitan re-construirse en la reconstrucción de la memoria colectiva. Podemos decir que esta agrupación de jóvenes -hoy la mayoría de ellos tiene alrededor de 30 años, o más- no se constituye en un presente absoluto pero tampoco lo hace con relación a un tiempo de la historia tradicional, sino que por lo contrario la revisa proponiendo una nueva temporalidad para dar sentido a sus prácticas, aquella donde pasado y presente se revuelven, se mezclan, dejan de ser dimensiones aislables.

Nuevamente vemos como las culturas juveniles están recreando las nociones del tiempo y cómo es que esto repercute en las formas de pensar lo político: desde el ahora, que no necesariamente implica sólo presente; desde la no-linealidad.

5. La cultura como arena de disputas

Otra de las formas de repensar la acción política en los últimos años ha tenido que ver con la inscripción clara de la cultura como territorio de la disputa. Cuando las vías tradicionales de la política se clausuran para muchos actores, la cultura aparece como espacio y estrategia privilegiada en la lucha por la definición de los sentidos legítimos del mundo. Es así como en la ciudad de La Plata, del mismo modo que en la mayoría de los centros urbanos de otros países, han ido emergiendo diferentes colectivos juveniles que se pronuncian sobre ellos y los otros desde asumir una identidad dramatizable a través de la vestimenta, los accesorios, las marcas en el cuerpo. Estos grupos dicen quiénes son, qué quieren, qué esperan, qué son los demás, por medio de la dramatización y puesta en escena de su propia identidad. Como explica Craig Calhoun (Calhoun, 1999, p.78), estas apuestas son luchas por la significación, y «constituyen intentos por convertir una identidad no estándar en algo aceptable y al mismo tiempo, intentos por hacer de esa identidad una identidad digna de ser vivida en el contexto de un colectivo».

Así el grupo de los autodenominados rollingas, uno de los colectivos juveniles más grande de La Plata, levanta las banderas del rock and roll como rebeldía «contra la careteada de todos, contra lo que dicen que debe ser», sumando a la tradición musical del rock la de la cumbia villera. Con el flequillo jaggeriano, la remera con la ya mítica lengua de los Rolling Stone, pañuelo al cuello, jeans y zapatillas topper blancas, han unido a la estética del rock el de la cumbia villera, como reivindicación de sus orígenes populares e incluso muchas veces villeros: son los del rock barrial, o los cumbiastone. Estos pibes son los que escuchan rock y bailan cumbia; enarbolan la bandera de la «birra» y defienden la legalización de la marihuana; son los que como dice uno de ellos «*no transamos con nada, menos con la yuta*» a la que ven claramente como el mayor enemigo por «corrupta y sacada» (entrevista 28).

Los rollingas asumen que el territorio para pelear por sus ideas es el de la cultura: claramente identificables como grupo sus insignias y su música son las que hablan a quien quiera escuchar.

O también el grupo de los alternativos, los chicos raros (Chavez, 2006) o freakes, aquellos que defienden la libertad sexual; que los une el gusto por la música electrónica con la que bailan solos mientras consumen sustancias estimulantes; que se consideran alternativos a todo lo tradicional presente tanto en las generaciones anteriores como en jóvenes de su propia generación. Sus estrategias de visibilización de la diferencia -usar pins, mezclar ropas no posibles de ser mezcladas en la estética tradicional, llenarse de piercing y tatuajes al extremo, la música- les permite posicionar sus intereses, sus modos de ver el mundo en el espacio público. Lo mismo sucede con los llamados grupos dark, con los punks, incluso con el llamado grupo de calle ocho, chicos de entre 14 y 18 años que todos los viernes del año se juntan en una esquina céntrica de la ciudad ocupándola por completo e impidiendo el tránsito vistiéndose bajo el estricto criterio de la moda para adolescentes que dicta el mercado y escuchando la música consagrada en el momento por los circuitos hegemónicos.

También los murgueros han elegido la dramatización del conflicto para hacer visible sus demandas e intereses. A través de la estética, del cuerpo, de los disfraces y colores, del baile y el canto, la murga pone en escena el conflicto afrontado desde la alegría, ocupando la plaza y las calles. Con un cuidado esfuerzo actoral centrado en la representación de aquello que quieren expresar -el malestar con la policía, la revisión de algún acontecimiento histórico, la condena a un modelo económico- las murgas claramente asumen su propio rol social al tiempo en que se sostienen sobre un lugar artístico y creativo. Una de las jóvenes murgueras dice en una entrevista: «Los mensajes de la murga permean a un nivel poético, integral, universal. No es que la murga diga milicos de mierda. La gente se va a ir pensando eso, pero sí entra la alegría porque se pone el cuerpo, se transforma, organiza. Eso llega porque vibra» (Pozzio, 2002, p. 28).

Finalmente, otro ejemplo pionero de esta alternativa a las vías tradicionales para la visibilización de las demandas es la que viene realizando desde sus inicios el grupo HIJOS a través de los llamados escraches. El escrache, una de las metodologías de acción que de manera más contundente se relaciona con esta agrupación consiste en el señalamiento del lugar donde viven los represores que han quedado libres. Los HIJOS marcan la vivienda del represor y cuentan su historia a través de parlantes y micrófonos, cantando consignas de condena, pintando su casa y la calle donde vive. Así convocan a la población a no olvidar y a tomar conciencia de la impunidad. Llaman a la sociedad toda a involucrarse con la búsqueda de justicia cuando las vías institucionales se han cerrado. El escrache obliga entonces a la reflexión del cuerpo social, provocando e implicando al otro para que se responsabilice de convivir con ellos (Catino, 2002).

Es cierto que los jóvenes han encontrado en el terreno de lo simbólico, en la lucha por la significación, una de las estrategias más importantes para hacerse escuchar en el espacio público. E incluso podemos plantear que en más de una ocasión esto ha significado la capacidad del ejercicio de un poder que permitió marcar una diferencia: los HIJOS han logrado poner en discusión la impunidad; los grupos de alternativos o dark incomodan a más de un sector. Pero las frustraciones o los tiempos largos hacen reflexionar sobre la capacidad de la cultura para sostener en el tiempo una demanda y transformar la realidad, y entonces la pregunta sobre el destino de estas manifestaciones. La eficacia simbólica limitada conduce a la distinción que un antropólogo como Néstor García Canclini (Canclini, 1989, p. 327), ha trabajado entre campo cultural y campo político: la diferencia entre acción y actuación. Las prácticas culturales son, dice, más que acciones, actuaciones. Representan, simulan las acciones sociales, pero sólo a veces operan como una acción. Las expresiones culturales del conflicto más que tener un carácter performativo, más que lograr transformaciones verificables e inmediatas, se construyen desde la apelación a la visibilidad como modo de resistencia. Según el antropólogo, quizás lo más interesante para el analista político y cultural de estas experiencias no resida en la eficacia puntual de ciertos bienes o mensajes, sino en los modos en que los aspectos teatrales y rituales de los social vuelven evidente lo que en la acción social no se reduce a

la razón binaria, lo que es oblicuo, diferido. Y esta evidencia puede ser un modo particular de los jóvenes de recrear el sentido de lo político. «Al valorar la dimensión afectiva de esas prácticas culturales y sociales, que a menudo muestran baja eficacia, pero donde importa la solidaridad y la cohesión grupal, se hace visible el peculiar sentido político de acciones que no persiguen la satisfacción literal de demandas ni réditos mercantiles, sino que reivindican el sentido de ciertos modos de vida. Es cierto que estos actos no eliminan la cuestión de cómo ascender hasta la reconfiguración general de la política. Pero no podemos esperar que los jóvenes se interesen por gestionar responsablemente el tiempo social si las únicas políticas que se ofrecen siguen achicando el futuro y vuelven redundante el pasado» (Canclini, 2003, p.56).

6. Nuevos territorios: el espacio público ampliado

Una característica a resaltar de los jóvenes cuando pensamos sus modos de concepción e intervención en el espacio público tiene que ver con una nueva territorialidad para la acción atravesada por la abundancia de información en la vida cotidiana. Los jóvenes hoy, fundamentalmente los de sectores medios y por supuesto altos, tienen una comprensión del territorio extendida más allá de los límites del estado nación. La idea de que el mundo se ha «achicado» es común a estos jóvenes que entonces nombran sus intereses desde un nuevo lugar que se erige transversalmente en las dimensiones locales y globales. Un local/global que no se arma por oposición o resistencia sino por complementariedad y yuxtaposición. La música que les interesa, lo justo o injusto del mundo, la violencia que condenan o apoyan no se restringe a una dimensión nacional como ocurría en tiempos anteriores. Claro está que el proceso tiene que ver, entre otras cuestiones, con una crisis de la figura del estado nacional y el desarrollo como nunca antes en la historia de las tecnologías de la información y el entretenimiento, que va más allá de la percepción de los jóvenes y que se comparte con las demás generaciones. Pero podríamos pensar que esto en los jóvenes se hace más evidente, y que son ellos los que con menos esfuerzo han captado la nueva territorialidad desde la cual comenzaron a socializarse.

Un elemento central para esta comprensión de un mundo local/global lo han constituido las industrias culturales transnacionales. No hay que olvidar que los jóvenes han encontrado en las industrias culturales una de las instituciones básicas de identificación y reconocimiento, aunque este proceso no se ha dado de igual forma para todos. Es así que como consecuencia del bajo o nulo acceso a los productos de la llamada Sociedad de la Información de los jóvenes de sectores populares aparece también la carencia de información sobre el mundo. La vida social, para ellos, se reduce al barrio, a la ciudad, o al país, y el país se reduce a lo que conocen por los canales masivos de televisión, generalmente las noticias rojas. La experiencia del mundo a través de las estructuras infocomunicacionales, de la que tanto ha hablado la literatura de las ciencias sociales en los últimos años, no es algo de lo cual puedan dar cuenta. Generalmente, ni siquiera pueden enunciar «problemas globales», ni tampoco relacionar problemáticas locales con una dimensión global.

El mundo, lejos de haberse achicado y hacerse cotidiano, para estos sectores es inmenso y desconocido, perteneciente a otros y de ninguna manera relacionado con sus propias vidas. El mundo es mucho más distante que próximo (Ortiz, 2003). En la mayoría de los casos estos sectores no han sido «alfabetizados» en el lenguaje de los nuevos modos de producción y procesamiento de la información, y entonces no sólo no tienen acceso a la misma sino que tampoco lo tienen a sus gramáticas, lo que les plantea límites en la lectura. Observa Rossana Reguillo (Reguillo, 2001, p.66): «La novedad que comportan las culturas juveniles para la vida social estriba no tanto en sus prácticas más o menos disruptivas o irruptivas o en su resistencia a la socialización, sino fundamentalmente en la velocidad y capacidad de procesamiento de la información que hoy, de manera inédita, circula por el planeta».

Si una de las claves del modo de lectura propuesto por las llamadas Tecnologías de Información y Conocimiento, es el del hipertexto, el del videoclip, que rompe con la lógica espacio/temporal modernas y condensa múltiples discursos en una combinación infinita de ligaduras que reintroducen permanentemente un cambio de sentido, el entrenamiento para hacerlo no se ha dado de igual manera para todos. Las competencias que permiten apropiarse de la información vía otros mapas que no sean

las de la decodificación lineal y binaria del mundo no son dones naturales otorgados a unos al azar, sino que se construyen social e históricamente, y esto marca también la brutal desigualdad en el acceso. Podemos decir que no todos los jóvenes son capaces de leer, de pensar y actuar en hipertexto a la vez que tampoco son capaces de pensar un espacio público ampliado al del barrio o la esquina.

Los jóvenes de sectores medios -y por supuesto de sectores más capitalizados material y simbólicamente- en cambio, han incorporado las estructuras infocomunicacionales a la vida cotidiana como así también las claves para su lectura. Estos jóvenes poseen competencias para otorgar sentido a la velocidad, a la fragmentación y a la revoltura de lo que sus adultos conocieron como pasado, presente y futuro. Conocen la existencia de un mundo complejo, de un espacio público con problemas que no suenan distantes aunque se esté a millones de kilómetros.

Las computadoras, internet, y demás forman parte de los paisajes de todos los días, en los hogares, o a través del uso de los ciber, u otros espacios públicos. Los chicos se relacionan fundamentalmente con internet en tres vías: por un lado, con relación al entretenimiento; por otro, con relación a la trama intersubjetiva de la vida afectiva; finalmente, pero en menor medida, como un apéndice de la educación escolarizada.

Acceden a información sobre la vida social fundamentalmente a través de la radio o de la televisión, y en menor medida, desde los diarios -a medida que avanza la escala social, algunos de ellos «saben» del mundo porque han viajado, o porque sus familias lo han hecho-. El mundo público es chico.

No se informan a través de Internet, o no perciben que Internet «sirva para informarse» sino que entra en sus vidas desde otros registros. Uno de ellos, y tal vez el más fuerte, desde su existencia como dispositivo de la socialidad. Internet les permite la puesta en común con sus pares, lazo social construido básicamente desde la vida afectiva. A través de la conversación, de los correos, los jóvenes intercambian

opiniones y noticias sobre ellos mismos, sobre sus sentimientos, sus deseos. «*Yo con mis amigas me digo de todo por mail, lo mismo que si estuviéramos en la casa de alguien, en casa, charlando. Pero a la vez es distinto, porque a veces te animás a decir otras cosas, te inspirás más*» (entrevista 5). La red no es una tecnología a través de la cual los jóvenes vayan a buscar información sino que es un dispositivo del juego, del encuentro, es un nuevo territorio de lo común.

En este plano los ciber, centros comerciales que prestan el servicio de varias computadoras conectadas a internet, se erigen como en un espacio necesario de ser incorporado al análisis. Los ciber se han transformado en los últimos tiempos en uno de los lugares privilegiados de encuentro de los jóvenes de sectores medios, y medios bajos. En ellos grupos de jóvenes se organizan virtualmente para jugar en red interactuando con otros grupos de jóvenes; diseñan estrategias, conversan, se enfurecen, festejan las victorias; se mueven con destrezas en el espacio virtual. El ciber mismo se transforma en un lugar material de encuentro, en un lugar antropológico, cargado de un sentido compartido culturalmente. Aquellos que se dan cita en el cyber lo hacen más allá de disponer dinero para utilizar las máquinas, más allá de que jueguen o no: participan de una comunidad, seguramente líquida, de dudosa permanencia en el tiempo, pero no por eso menos real. «*No es sólo usar internet o sea, es como un combo para mí -explica un entrevistado-. Yo cuando me siento en mi computadora, aparte de chatear con mis amigos y conocidos, escucho música, bajo música, entro a foros de mi interés, leo, opino. Pero a la vez me encuentro con mis amigos que están en el cyber, me cuentan cómo están, qué hicieron hoy, cómo les fue en el partido que jugaron el sábado, si van a ir a bailar. Y también queda el plus, de al estar en red, poder jugar un rato a algún lugar con alguno de ellos*» (entrevista 10).

Uno de los sentidos que los constituye es la certeza de que el cyber es un espacio que está fuera de las regulaciones paternas u escolares. Para estos jóvenes es un espacio de libertad: son ellos los que saben cómo moverse, qué está permitido y que no, son ellos los que deciden cómo se hace. Pueden perder el tiempo, manejarse con otras dimensiones del tiempo que no son ni las de la productividad ni la del

ocio permitido porque es otra temporalidad. Ni los padres ni por supuesto los maestros, saben o pueden comprender de qué se trata el ir al cyber: los adultos, que sí pueden normativizar otras esferas de sus vidas, en esta no tienen intromisión: *«Estoy cómoda, nadie me hincha, no me piden nada» (entrevista 5).*

Es así como las tecnologías infocomunicacionales son leídas por estos jóvenes como dispositivos que les permiten encontrarse con la propia subjetividad sin marcos de constricción, con reglas de juego puestas por ellos, horizontalmente, sin que les hablen desde fuera. Sin duda la existencia de estos nuevos espacios de socialidad que en las clases medias parecieran ir reemplazando al barrio y la esquina es necesaria de ser problematizada a la hora de pensar los modos de lo político. Para esto agregamos un elemento más: frente a la posibilidad de asumir las percepciones de los propios jóvenes como evidencias sólo de un uso creativo de la tecnología, frente a los relatos en relación a la libertad, proponemos oponer la presencia fuerte de un mercado que tiende sus propias leyes para enmarcar estos usos. Hace un tiempo Mario Margulis hacía una crítica observación a las percepciones que sobre la cultura de la noche como una cultura de la libertad construían los jóvenes. Decía Margulis (Margulis, 1997, p.17): «Es simulacro la fiesta y es relativa la liberación; los poderes están presentes de modo notorio y opresivo. Los jóvenes no offician su propia fiesta, no crean sus reglas, no regulan su espacio; son actores en un teatro ajeno, consumidores dentro de un género que les ofrece alguna posibilidad de elección, pero siempre aceptando reglas que no han creado, rígidas formas de exclusión o admisión, códigos a los que hay que someterse, adaptarse, mimetizarse, para ser elegible, tener éxito, ser miembro». Observaciones similares se podrían hacer frente a la proposición de pensar el cyber como un espacio de creación y libertad. Pero sabemos que entre la estrategia y la táctica (Certeau, 1997), entre la cuadrícula y sus usos -clandestinos, fugaces, aprovechando la coyuntura- se habita y se marca un lugar, aunque sea el del Otro.

7. Otras formas de decir

Mientras escribíamos este capítulo, cientos de estudiantes chilenos se volcaron a las calles en movilizaciones que conmovieron no sólo a la opinión pública local sino también internacional, tanto por la magnitud de la movilización -la más grande desde la recuperación de la democracia- como por la organización de la demanda. Cuestionando modelos educativos que ven como excluyentes, pusieron en jaque la autoridad para decidir quién entra y quien no en el modelo de desarrollo nacional. Los estudiantes, convocando a otras luchas, ocuparon las calles durante días y días haciendo públicos sus reclamos -derogación de ley orgánica de Enseñanza, gratuidad de ingreso a las universidades, en fin, apertura del sistema educativo- pero incorporando e incorporándose a una discusión mucho más amplia que la sectorial. Se movilaron, se sentaron a negociar, volvieron a movilizarse, fueron reprimidos, fueron escuchados, en fin, pudieron plantear en la agenda política el tema de la exclusión/inclusión y tener una palabra que marque una diferencia al respecto.

La invocación a los sucesos chilenos, que podría complementarse, por ejemplo, con el dato de que en la Argentina contemporánea son mayoritariamente jóvenes los que protagonizan los nuevos movimientos sociales, nos permite recordar que más allá de los modos innovadores de la construcción de la política que tienen los jóvenes, estos se suman muchas veces a prácticas que no han desaparecido aunque estén en crisis: la ocupación de la calle, la organización, la comprensión del territorio de lo político como un espacio de negociación, etcétera. Las nuevas representaciones de la política no se inscriben en el vacío, sino que se anclan sobre lo anterior, produciendo unas otras maneras de decirlo.

Entonces, no podemos decir que a los jóvenes no les interese la política, sino que incluso su negación es un gesto profundamente político. A veces de manera explícita, a veces balbuceantes, nos están hablando del agotamiento -no la desaparición- de ciertas prácticas y del nacimiento de otras. El malestar de los jóvenes con la política es un malestar que nombra la crisis pero también la reconfiguración de otras formas de concebir el espacio público: inscripción de la subjetividad; una nueva

mirada sobre el poder, tal vez más plural; nuevos escenarios del encuentro y la intervención; nuevos conflictos. Hay en los jóvenes compromisos distintos a los que tuvieron las generaciones que los preceden, más atentos a causas y nombres propios que a instituciones u organizaciones. Su visión de lo político está definida no desde una dimensión moral, con contundentes modos del deber ser y de lo prohibido, sino más bien desde una mirada ética y estética que promueve la experiencia antes que ninguna otra cosa.

Pero frente a las nuevas formas de comprender y constituir el espacio público aparecen también nuevas preguntas y problemas. Uno de ellos es el que señala Antonio Garretón (Garretón, 2001, p. 376): «El surgimiento de nuevas formas de expresión y representación políticas que actúan al margen de los sistemas de partidarios tradicionales y asumen modalidades de movimientos o nuevas agrupaciones juegan un papel cada vez más importante en la conformación de la ciudadanía y una sociedad civil autónoma y fuerte, pero no llegan a reemplazar la función que tienen los partidos, cuya finalidad es acceder al control del poder del estado, legislar, generar gobiernos y diseñar políticas, considerando las demandas de los distintos grupos sociales que representan». Con respecto al tema que nos interesa, la problemática se nos aparece incluso más compleja que lo que plantea Garretón, ya que en muchos casos los jóvenes ni siquiera llegan a constituirse como movimientos organizados, lo cual repercute en que sus accionares sean absolutamente intermitentes llegando a veces a significar sólo guiños o señales de lo que ocurre para luego diluirse. Guiños y señales de los tiempos de hoy y de los que vienen, que no alcanzan para participar de las decisiones sobre el rumbo de un mundo en el que millones de jóvenes quedan al margen.

No deberíamos dejar de lado, además, que una de las claves de interpretación de estos cambios tiene que ver con su ubicación en un contexto histórico de debilitamiento de pactos y lazos sociales preexistentes donde no aparecen claras las formas en que estos pueden o no volver a generarse. Un aflojamiento de la cohesión social que provoca una extrema incertidumbre y si bien es un proceso de la sociedad en su conjunto, en los jóvenes, por su particular atributo de ser una generación

que comienza a socializarse, repercute de manera profunda y en ocasiones angustiante para ellos mismos. En varios de los entrevistados ha aparecido la demanda de «mayor solidaridad», de una sociedad menos indiferente, donde como dice uno de ellos «*se pueda confiar en los otros, no se piense que en cada esquina hay un enemigo y que se está solo*» (entrevista 15). Están los amigos, están los del grupo, están los chicos de la banda o la familia, pero en algún lugar eso no alcanza y la desintegración social creciente pareciera ser que, aunque a veces intuitivamente, los está agobiando.

La mirada sobre los viejos y nuevos modos de concebir la política de los jóvenes de hoy no puede hacerse ni desde un enfoque romántico o celebratorio -que sólo vea las potencialidades creativas de un orden nuevo donde parece haber demasiados signos de desgaste- como tampoco puede verse desde un ensañamiento nostálgico -que anclándonos en lo que fue y hoy no es los condene a un discurso de la carencia-. Ninguna de las dos miradas nos permitirá analizar qué pasa y pensar lo que vendrá. Pero es verdad que estos dos puntos de vista seducen el análisis permanentemente ya que la construcción de lo político que hoy están haciendo los jóvenes se mueve entre el interés profundo y el desinterés lindando con la apatía; entre el egoísmo y la solidaridad; entre la creatividad y la angustia de ellos mismos por lo que no pueden y se supone deberían hacer. Al mismo tiempo son los que dicen que no y son los que dicen que la emoción debe ocupar un lugar en los nuevos espacios públicos, sean estos lo que sean. Sólo la necesaria vigilancia epistemológica y política del analista sobre su propia labor podrá permitir hacer un mapa que hable de las complejidades de unos modos nuevos que todavía no sabemos adónde nos han de llevar pero que ya se están gestando.

8. *Síntesis*

Las representaciones sociales de los actores no se dan en el vacío, no existen por fuera de los sujetos como un conocimiento del mundo del cual estos se tienen que apropiar, como tampoco son sólo elaboraciones puramente subjetivas, sino que más bien son construcciones de los propios sujetos colectivos, que realizan de acuer-

do a los condicionantes estructurales que los constituyen como tales. En términos de Moscovici (1984) son sistemas de creencias compartidos que varían según la posición de cada grupo en la sociedad, posición que (Bourdieu) depende del volumen y estructura de capital que poseen.

Es así que la primera cuestión a pensar cuando hablamos de las representaciones de la política que construyen los jóvenes, es su relación con un contexto más amplio de negación de la política en términos tradicionales que atraviesa sus propias miradas. Pero también, y fundamentalmente, sus otros modos creativos de entender lo político detrás de esta primera negación. Finalmente, los modos diversos de construir estas viejas/nuevas miradas.

- Los diferentes jóvenes, pertenezcan al sector social que sea, se suman a una condena ampliamente extendida en la sociedad que construye la mirada del sistema político tradicional como corrupto y ajeno a sus propias vidas. Los jóvenes critican, ponen en discusión, los modos tradicionales de hacer política.

- Los jóvenes manifiestan estar en un mundo de problemas locales y globales -estos más presentes en los sectores medios- a los cuales el sistema político no puede enfrentar.

- Luego de la condena a la política tradicional, las representaciones que los jóvenes construyen de lo político podrían leerse como unos nuevos modos de entenderlo.

- La temporalidad de la política, para los jóvenes, está absolutamente marcada por el presente. Si intervienen en el espacio público, o ven legítima una intervención, esta está construida más que en torno a un mañana lejano en un ahora. Así los jóvenes adscriben a causas que mañana pueden ser otras, y esto no genera ningún tipo de malestar o de crítica a la coherencia: los compromisos con las causas públicas más efímeros.

- La política, para ellos, no es un sistema rígido de fidelidades y normas, sino por lo contrario, uno bien flexible de acuerdo a los momentos, la historia y las ganas

- Para ellos, la subjetividad, aquello que aparecía “guardado”, relegado al espacio íntimo, es lo que cobra importancia a la hora de intervenir sobre los asuntos públicos. Ellos ven legítimos nuevos compromisos ligados a la valoración de las identidades personales.

- Los diferentes jóvenes construyen unas representaciones de la política donde es legítimo adherir a causas más que a programas; donde se apela más a la transformación del mundo próximo que a los grandes relatos.

- Los jóvenes rechazan la idea de la representación tradicional, de que alguien hable por ellos: quieren hablar por sí mismos; dudan de todo aquel que se erija como portavoz del grupo desde el campo político, a la vez que aceptan ser representados por las voces de las industrias culturales, básicamente por aquellas ligadas a la música.

- Los jóvenes de sectores medios, y medios altos, han construido una representación del espacio público ampliada con respecto a la de las generaciones anteriores: una nueva territorialidad para la acción atravesada por la abundancia de tecnologías de la información en la vida cotidiana que les permite pensar más allá de los límites del Estado nación. Para los sectores populares, en cambio, el mundo es más distante que próximo.

- En los jóvenes de clase media, fundamentalmente, la cultura aparece como espacio y estrategia privilegiada -seguramente ante las representaciones de un espacio político tradicional obturado para ellos- en la lucha por la definición de los sentidos legítimos del mundo.

(1) La ciudad de La Plata es una de las ciudades con una particular densidad de grupos que hacen música, básicamente rock, origen de algunas de las bandas míticas de la Argentina.

CÁPITULO IX

ESCUELA: ¿UNA EDUCACIÓN PARA QUÉ?



« junto a la crítica sobre la legitimidad del conocimiento enseñado, aparece también una crítica a aquellos que enseñan »»

Si hablamos de juventud e instituciones, la escuela se nos aparece como un eje insoslayable de análisis ya que ella contribuyó a configurar el estatuto de infancia y juventud con vigencia incluso en la actualidad. En la escuela, la gran mayoría de los chicos pasa parte importante del día, en tanto que la proyección de sus interpelaciones y demandas continúan en el resto de la vida cotidiana. Actualmente la institución se ha modificado y está redefiniendo su rol social a la vez que plantea nuevos interrogantes, límites y posibilidades. Durante la década del '90 y en los últimos años varios trabajos han ido dando cuenta de estas transformaciones y los modos en que afectan el estatuto actual de la juventud, de los cuales el de Cecilia Braslasky (Braslasky, 1985) «La discriminación educativa en la Argentina», es uno de los pioneros.

En este capítulo nos interesa entonces ver cuáles son esas mutaciones y cómo es que los jóvenes las están percibiendo y actuando sobre ellas: analizar cómo es que hoy los jóvenes nos están hablando de la escuela creando así nuevos marcos de acción y representación social.

La escuela ha sido en la modernidad una de las instituciones fundamentales en la creación y recreación de los valores y el imaginario de su proyecto civilizatorio sobre la base de los elementos centrales que conformaron la ideología moderna: individuo, razón y progreso, desde una mirada originariamente etnocéntrica. La razón, el argumento, la lógica escritural centrada en el libro como modo de narrar el mundo, configuraron su identidad institucional pensada para posibilitar la creación de ciudadanos.

En nuestro país el complejo proceso de modernización -que se inicia con la negación de la cuestión indígena y de toda expresión de la cultura popular-, se sostuvo también en torno a la escuela: la educación «ha de preparar a las naciones en masa para el uso de los derechos que hoy no pertenecen ya a tal o cual clase de sociedad,

sino simplemente a la condición de hombre» (Sarmiento, 1849). La escuela pública como condición para una sociedad independiente.

Desde un sistema que se concibió estatal, laico, gratuito y obligatorio, se formaron ciudadanos para la nueva nación contribuyendo a lo que esta necesitaba: homogenización de la cultura, moralización de los trabajadores, disciplinamiento de la vida cotidiana. Es así como la escuela pública argentina, a través de una larga y conflictiva historia -donde los avatares de los tiempos políticos significaron muchos veces rupturas, ambivalencias e incluso contradictorios modelos educativos- ha jugado un rol de altísima relevancia en la constitución de un proyecto de nación. La escuela ha sido en la Argentina tal vez una de las instituciones que con mayor éxito trabajó en pos de un modelo de integración y cohesión social, constituyéndose en un espacio clave de la socialización de las nuevas generaciones. Ligada a todo un imaginario del porvenir, de la construcción de futuro, la escuela fue vivida como un elemento de movilidad social ascendente inigualable. La frase *M' hijo el doctor* (Florencio Sanchez), fue la metáfora de toda una visión que fundó la educación en un modelo de desarrollo que permitía la movilidad y el progreso. Además de ser una de las instituciones de otorgamiento de acreditaciones para el mundo del trabajo, de certificación de saberes y competencias para el ingreso en el mismo, tuvo desde sus orígenes pervive la memoria de una escuela que fue proyectada en otros tiempos, tal vez para otros tiempos, y que sigue hablando a veces a manera de utopía, de deseo, de necesidad.

Es en estas representaciones de los imaginarios juveniles sobre la escuela donde queremos detenernos para justamente entender una dimensión más de la crisis y sus posibles respuestas.

1. Desacralización del conocimiento y sus credenciales

La escuela ha sido la institución legítima de reproducción de los saberes consagrados como valiosos de la sociedad. En este proceso, ha actuado también como legitimadora de esos saberes, del acervo de conociendo de una cultura: lo que se aprendía en la escuela no sólo era útil -para el trabajo, para la vida cotidiana, para

relacionarse con otros, etcétera- sino que también era valioso e importante. Nadie ponía en duda que aquello que se valoraba como conocimiento se aprendía en la escuela.

Hoy, en medio de los cambios y movimientos, esto aparece en crisis. Y los jóvenes nos lo expresan con nitidez: *«No se si lo importante que tengo que saber para la vida lo aprendo en la escuela. Me parece que no, que la escuela está al margen de las cosas importantes, como que se le pasó de largo»* (entrevista 7). O: *«Hay otras cosas que las que se enseñan en la escuela y que es importante que podamos saber. Por ejemplo, cómo es que se solucionan problemas grosos con los amigos, cuando te pasa, porque te puede pasar y en la escuela no lo aprendés»* (entrevista 1).

Esta puesta en crisis de la escuela como la institución que posee el patrimonio del conocimiento legítimo es vivida desde los distintos sectores sociales de manera diferente. Podríamos decir que en los jóvenes de sectores medios se vislumbra con mayor fuerza, siendo aún más clara todavía en los jóvenes de padres universitarios. Son ellos los que, aunque no se cuestionen la posibilidad de ir o no a la escuela, de no estudiar -más bien esta es una trayectoria naturalizada- ponen en duda el valor del estatuto de conocimiento presente en ella, su legitimidad. De alguna manera, se resisten a ser «educados». No lo hacen en forma absoluta, no es que tengan una posición de absoluto cuestionamiento, sino que simplemente dudan, descreen de que el conocimiento esté depositado en la escuela, o más bien, piensan que el conocimiento que están transmitiéndoles sus maestros podría no «ser verdadero», que podría necesitarse otro tipo de conocimiento.

Lo que se enseña en la escuela es puesto en discusión: *«pasan tantas cosas en el mundo que no se si para vivirlo tengo que ir a la escuela, por ahí con viajar, o con vivir solamente aprendo cosas que para un futuro me sirven más. Mis viejos llegaron incluso a la universidad, y no se si les sirvió tanto»* (entrevista 8). O como dice una joven que recién empieza la universidad: *«Yo le reclamaría más cultura general a la escuela, y no por ahí tan específico. Yo estudié geografía de todos los países de memoria, o rendí siempre con buenas notas geo-*

grafía pero no me acuerdo nada. Tendrían que enseñar más cosas de cultura general, fijate esos programas de la tele que preguntan de todo tipo de cosas y vos ves a las personas grandes que saben mucho más de todo que nosotros ¿Qué se yo?: cero geografía, cero arte, cero otra cosa que no sea lo que estudio ahora. No me quedó nada de secundario. Las personas más grandes tiene mucha más idea que nosotros, me asusta, yo veo a nuestra generación más débil, que no aprendió nada» (entrevista 17).

Junto a la crítica sobre la legitimidad del conocimiento enseñado, aparece también una crítica a aquellos que enseñan. El maestro/a, figura clave del sistema educativo, que como encargado de la distribución escolarizada de saberes, prácticas y representaciones había encarnado la autoridad en la escuela, hoy ve esa misma autoridad cuestionada. El maestro/a moderno había concentrado en su figura una legitimidad absoluta para ejercer la autoridad sobre lo que se enseñaba, sobre el modo correcto o incorrecto de hacerse las cosas en la escuela e incluso más allá de ella. Tenía la legitimidad para dar un orden a la vida de sus alumnos, indicando y enseñando no sólo en una dimensión académica sino también moral. Su palabra era digna de transmitir lo que transmitiera, y autorizada para imponer su recepción. Pero hoy este poder arbitrario (Bourdieu y Passeron, 1981) está cuestionado. Los jóvenes son uno de los actores que primero lo hacen visible, señalando dónde es que el maestro no sabe, no entiende, o simplemente «no existe»: *«Es una más, como uno de nosotros, entonces todo es un quilombo. Tendrían que poner a alguien que le presten más atención, o que pueda mandar. Pero igual nadie le da bola a nadie» (entrevista 8).* *«La tipa no sabe ni dónde está parada» (entrevista 6).*

Es interesante también ver cómo estas representaciones de los jóvenes sobre los maestros se encuentran con las representaciones de los maestros sobre sus alumnos. Investigaciones como las de Silvia Duchatzky y Cristina Corea (Duchatzky, Corea, 2004), nos muestran a unos maestros que no saben de qué modo pensar a los jóvenes ya que afirman que hoy no son como antes, que han cambiado, que no es posible ejercer autoridad sobre ellos. Esto lo viven además como una carencia, como un problema que no saben de qué modo encarar, resignándose a no poder

«civilizarlos, disciplinarlos o emanciparlos», sobre todo cuando los jóvenes provienen de sectores populares. Hay una devaluación de ciertas expectativas de los alumnos con respecto a los valores que enseñaba la escuela y hay también una devaluación de las expectativas de los maestros con respecto a los alumnos. Es que estamos frente a un cuestionamiento de la institución escolar en general por parte de toda la sociedad, y entonces la pérdida del lugar de los maestros es un síntoma de la crisis de los principios sobre los cuales se fundó su autoridad.

2. Educación para el trabajo

Nos parece importante también ver cómo es que la puesta en crisis de la legitimidad de los saberes y autoridades reproducidos en la escuela está entre otras cuestiones estrechamente ligada a la crisis del modelo de ascenso social a través de las credenciales escolares y su capacidad de ser una vía de acceso y resolución del trabajo.

En un contexto como el actual donde en las últimas décadas los sectores medios y populares se han ido empobreciendo y donde los mecanismos que durante años habían servido para mejorar las condiciones de vida materiales no operan, o pierden sentido, la idea de unas credenciales escolares que lo permitan empieza a desdibujarse. Los jóvenes lo expresan con un fuerte descreimiento en la capacidad de las credenciales en particular y la utilidad de los saberes reproducidos en la escuela para resolver la demanda del trabajo en general. Lo cual es fácil de entender cuando pensamos que una institución como la escuela, que resolvió exitosamente la articulación entre saber y trabajo cuando convirtió al campesino en trabajador urbano en la civilización industrial, hoy se enfrenta a una nueva realidad que tiene que ver con los grandes cambios y demandas del mundo laboral: desarrollo del área de servicios, escasez del trabajo formal, precarización y vulnerabilidad, individuación y flexibilidad. La escuela formaba para un empleo que ya existía y que hoy no existe. Como bien lo explica Tenti Fanfani (Tenti Fanfani, 2000, p.116): «Los nuevos empleos requieren nuevas competencias relativamente escasas y costosas de formar e incorporar en los individuos. El paso del trabajo estandarizado y fordista en una cadena de producción al trabajo autónomo en el área de los servicios personales es mucho más peligroso y

problemático que la transformación de un artesano o campesino tradicional en obrero de una fábrica moderna. La escuela cumplió satisfactoriamente esta función de pasaje. Hoy se le pide una tarea de una complejidad mayor, para lo cual no está preparada». Los jóvenes así lo expresan, aunque con mayor contundencia en los sectores populares. Claro que también está presente en los jóvenes de sectores medios, pero como la gran mayoría de ellos tiene otros capitales -capital social, capitales económicos, etc.- que les permitirán pensar el acceso al trabajo de otra forma, la visibilidad de la crítica a la impotencia de las credenciales no es tan fuerte.

Por otro lado, como decíamos, en los jóvenes de clase media el pasaje por la escuela hasta su nivel secundario en la mayoría de los casos se vive como trayectoria naturalizada hacia la universidad. Cuando es así, la escuela es un pasaje, una vía no tan imprescindible «para la vida», pero sí para acceder a otro nivel que es el de la universidad. Es decir que la credencial vale por su necesidad, tiene el valor de ser un escalón sin el cual es imposible acceder a un nivel superior o al menos distinto y deseable por diferentes cuestiones que ya analizaremos. Podríamos pensar que para los jóvenes de sectores medios la escuela no tiene gran valor, no «sirve» ni para aprender cosas interesantes o importantes ni para conseguir un trabajo deseable, pero sí como pasaje hacia aquello que podría valer mucho y en lo que como veremos adelante puede depositarse un gran cuota de esperanza.

En cambio, para los sectores populares las credenciales se perciben cada día de manera más contradictoria: por un lado, en gran parte de ellos sigue vigente todo un discurso sobre la importancia de la escuela para mejorar las condiciones de vida, pero por otro, tienen conciencia de los límites de estas credenciales. Los jóvenes de sectores populares se preguntan en algún momento por la continuación de sus estudios, la mayoría de las veces cuando tienen que salir a trabajar, y es allí donde la relación escuela/trabajo aparece de manera paradójica: ¿cómo seguir pensando que ir a escuela sirve para el trabajo cuando es el trabajo el que saca de la escuela? (Auyero, 1993). El trabajo que es una necesidad sin posibilidades de postergación o moratoria, se presenta como el único camino de autonomía, y es allí donde la escuela es vivida como un escollo al que tarde o temprano tendrán que abandonar:

«Nada de lo que aprendí en la escuela me sirve para el trabajo» (entrevista 23) es la sentencia de un entrevistado que ejerce como limpiavidrios en una esquina y que abandonó la escuela al terminar la primaria. Esto todavía es más pronunciado en los jóvenes varones que son los primeros en sentir la demanda de trabajar y conseguir dinero propio que les permita una autonomía básica. «Ese dinero -dice Urresti (Urresti, 2000, p.69)- que permite ser aceptado entre los mayores, que da carta de ciudadanía en el mundo adulto, que permite el tradicional pagarse los vicios, que rompe con la situación muy mal vista de tener que pedir, que hace que las mujeres se fijen en aquel que lo posee, ese dinero implica una serie de significaciones en el que la escuela está distante o directamente no está. En este contexto, la escuela de una manera o de otra afemina a los varones, los desvaloriza, tornándolos dependientes de sus padres, poniendo a los muchachos en rutinas que se visualizan como de otra clase de personas, o en términos sociológicos de otras clases». Esto que ha sido así históricamente se profundiza todavía más en nuestros días.

Pero es interesante señalar cómo en una aparente paradoja en estos jóvenes pervive también de manera residual un discurso por décadas dominante sobre la legitimidad de lo que se enseña en la escuela. Se dice que el pasar por la escuela no garantiza un mejor trabajo, y a la vez no se pone en duda que lo que allí se enseñe sea «el verdadero conocimiento». Un verdadero conocimiento que para la mayoría de estos jóvenes hoy es de otros, no de ellos ya que no pueden acceder a él. Dice una entrevistada con nivel primario completo pero que luego abandonó sus estudios: «Yo voy a retomar algún día. Porque es importante para algún día saber un poco más. Yo seguro que para cuando tenga una familia quiero que sea mejor que ahora, quiero poder ayudarlos en las cosas de la escuela y así no me acuerdo nada, sin ir a la escuela no voy a poder hacerlo» (entrevista 24).

La gran mayoría de los jóvenes de sectores populares hablan de una escuela que es útil, que es necesaria, que puede abrir caminos, pero que la dejaron, o no les sirve para conseguir un mejor trabajo o desempeñarse en el que tienen. Podríamos decir que ven en la escuela una institución con potencialidades para posibilitar el ascenso social, la mejora de las condiciones de vida, pero que no es para ellos, que hoy no

es para ellos. O que sólo una parte es para ellos. Nos contaba un entrevistado de 14 años, con padres con escolaridad incompleta, que había dejado de estudiar y que frente a la pregunta de si iba retomar decía no saber aunque lo deseaba: «¿Por qué vas a retomar?» «*Y tengo que terminar de estudiar, porque si hoy en día no terminás la secundaria no tenés posibilidad de nada, y otra porque quiero ser arquitecto, quiero seguir estudiando para tener una fuente de trabajo, pero no se si voy a poder*» (entrevista 32).

La esperanza, la conciencia de los límites, como dos caras paradójicas de una misma moneda.

3. Lo que queda: al rescate

Entonces ¿cuál es esta parte, esta dimensión de la escuela que los jóvenes de sectores populares rescatan cuando la seguridad de unas credenciales para conseguir mejores trabajos se han cerrado, o se desdibujan?

Podríamos decir que la escuela, que es cuestionada en su potencia para garantizar a través de sus credenciales un trabajo mejor, es rescatada por algunos jóvenes de los sectores populares en su capacidad para proveer de unos saberes, unas prácticas, que les permitan «defenderse mejor en la vida». La escuela como defensa ha sido estudiada por Javier Auyero (Auyero, 1993) en el libro ya citado, Otra vez en la vía, en la que señala cómo es que para jóvenes de sectores populares del conurbano la escuela se percibe como una herramienta de defensa frente al engaño, a las adversidades de una vida social que encaran bajo condiciones de subalternidad. Esta misma valoración de unas herramientas para pelear lo adverso apareció en nuestra investigación con varias connotaciones.

En primer lugar está presente en algunos jóvenes, de manera minoritaria, la idea de que con unos estudios, que tal vez con un título, a pesar de no tener nada asegurado se puede pelear mejor en el mundo del trabajo. Aunque definitivamente algunos de ellos creen que la escuela no les sirva de nada para el trabajo, otros creen sin vehemencia que no da lo mismo tener o no tener estudios para conseguir algo. Estos jóvenes, como decíamos antes, tienen clara conciencia de la devaluación de

las credenciales escolares, y también de la precariedad de los trabajos a los que pueden aspirar, pero también creen que el aprender cuestiones mínimas, como leer y escribir, operaciones matemáticas básicas, puede ayudarlos. Saben que no pueden apostar todo a eso, pero creen que así tal vez puedan defenderse mejor.

En segundo lugar, la idea de defenderse se asocia a la interacción social, a que sabiendo ciertas cosas pueden evitar el dejar pasar una buena oportunidad, o darse cuenta cuando se los está engañando, o cuando alguien quiere «pasarles por encima»: *«Si vos no sabés nada, si no aprendiste nada, enseguida piensan que sos medio lento, que te pueden cagar. Entonces yo cuando me pongo a conversar le digo cosas que sé, que por ahí no importan pero que al tipo le parece que sí, que sé de eso. Y eso me da importancia, o te miran de otra forma porque vos sabés como ellos, entonces te respetan»* (entrevista 27). Es probable que estos jóvenes estén sometidos cotidianamente a situaciones de interacción social donde la negociación -por las condiciones de empleo, al consumir ciertos bienes, en las relaciones con sus adultos- se da de manera asimétrica y que la percepción de «saber algo» que se aprende en la escuela les signifique un plus de seguridad frente a la posibilidad de no saberlo. El saber hacer operaciones matemáticas básicas, el saber leer y escribir, leer lo que ocasionalmente tengan que firmar, firmar por ellos mismos, leer ciertas noticias, perciben que puede servirles para manejarse en una sociedad donde la posibilidad del engaño está presente todos los días. Como lo llamó Auyero la «escuela para que no», para que no me engañen, es una dimensión presente también en los jóvenes de sectores populares en nuestras entrevistas. Una dimensión muy alejada a la idea de una escuela para el ascenso social, y más ligada a una escuela que permita resistir, con lo poco que se puede, a un mundo adverso. También la escuela es para los jóvenes de sectores populares un espacio donde se pueden incorporar capitales culturales que según ellos sirven para desenvolverse más fácilmente en sociedad. Así, como dice una entrevistada, en la escuela se *«aprende a ser educado, a llevarse mejor con los otros. La escuela sirve principalmente en la educación, para ser educado, o sea, para relacionarte con cualquier tipo de persona. No me considero ni maleducada ni desubicada gracias a la escuela»* (entrevista 30).

Para estos jóvenes cuyas posibilidades de incorporar capitales culturales por fuera de la escuela se ve reducida generalmente a la televisión, la escuela aparece como un espacio que puede brindarles algunas nociones, reglas, saberes a las que de lo contrario jamás accederían. A diferencia de los chicos de sectores medios, que en ocasiones o sistemáticamente, pueden no sólo tomar clases específicas -de artes, de idiomas, de deportes- por fuera de la escuela sino que también pueden estar en contacto en sus casas con bibliotecas, o consumir exposiciones artísticas, etcétera, estos chicos tienen como única posibilidad de acceso a los bienes culturales consagrados por la sociedad a la escuela. En el mejor de los casos es a través de ella que acceden a bibliotecas o a exposiciones: *«Una vez fuimos al Dardo Rocha a ver una exposición de cuadros de un pintor argentino que pintaba todas cosas tremendas de la vida. Yo nunca había ido. Pintaba por ejemplo una madre que se comió a los hijos. A mi me impresionó, pero me encantó ir, pensé qué terrible que una madre se coma a los hijos, pero puede ser que sean cosas que pasan en la vida real»* (entrevista 26), nos cuenta una chica que abandonó la escuela al comenzar el nivel secundario.

No es que los jóvenes de sectores medios no relacionen la escuela con ciertos valores y objetos de la cultura consagrada. Ellos también van a exposiciones, al teatro, tienen clases de arte desde la escuela, utilizan la biblioteca escolar. Pero la gran diferencia es que no incorporan estos capitales sólo a través de la escuela sino que sus entornos familiares son la base de la incorporación y posible recreación de los mismos. Los chicos de sectores populares leen los bienes culturales -un libro, una pintura, un concierto- de la mano de sus maestros, mientras que los chicos de sectores medios generalmente lo hacen sumando a esta lectura de los maestros la de sus familia y entorno más amplio naturalizando el proceso. Es posiblemente por esta razón que en los sectores populares los jóvenes rescatan la posibilidad de acceder a estos bienes, y no sólo de acceder sino de que sirvan para algo, como un bien que puede transformarse en capital, acortando las distancias sociales.

Finalmente, el rescate de la escuela más común y que es compartido por la gran mayoría de los jóvenes del sector social que sea es el de la escuela como espacio de reunión y solidaridad con los amigos. En la escuela se conocen con muchos de

los amigos más cercanos, con los que mejor se entienden, comparten con ellos el día pero también los problemas y esperanzas de la vida cotidiana. En los jóvenes de sectores medios que ya están en la universidad hay en sus relatos nostalgia por ese espacio de los amigos, cuando «*todo era joda y nos divertíamos juntos*» (entrevista 14). Generalmente, en estos jóvenes, el recate más fuerte de la escuela tiene que ver -además de su capacidad de ser un pasaje hacia la universidad, como ya vimos- con ser el lugar de encuentro con pares, el de permitir disfrutar de la sociabilidad dentro de ella. «*Lo mejor de la escuela son los compañeros, o algunos compañeros, los recreos, las chicas, el poder organizar cosas que después hacés juntos en otros horarios*» (entrevista 6). Todos tienen anécdotas de sus compañeros, de los que se llevan/llevaban mejor o peor, de la convivencia dentro del aula. «*En la escuela aprendés a relacionarte con otros que pueden ser distintos a vos, y que si no vas no los ibas a conocer. Eso es bueno*». Sea o no así esto es un imaginario extendido.

En los sectores populares, la escuela como espacio de socialización está especialmente señalado por las chicas que tuvieron que dejar de estudiar y a las cuales el abandono las relega al hogar y al cuidado de los hijos tempranos, lo que restringe su socialidad. Ellas anhelan los momentos compartidos con sus compañeros, cuando no tenían las preocupaciones que tienen en el momento.

Hay entonces en los relatos recogidos en nuestras entrevistas una escuela que entre otras cuestiones está asociada a una grupalidad gozosa, a las experiencias del compartir y divertirse, de encontrarse en un territorio común, lo cual no parece poco cuando se habla de sociedades llenas de aislamiento y soledad.

4. Otros conocimientos: los medios

Decíamos anteriormente que la escuela hoy no detenta el monopolio del conocimiento legítimo, es decir, que no es la que posee la hegemonía en la producción y transmisión de aquellos saberes que toda una comunidad valora como conocimiento. Actualmente la escuela compite, se encuentra y comparte con los medios de comunicación la construcción de los saberes sobre la vida social: «*Todo lo que yo*

se de política es por la tele, sino nunca sabemos nada» (entrevista 8), o: «Vos ves en la tele un montón de cosas que no ves en la escuela, que pasan, que te pueden pasar, pero en la escuela no te enseñan qué hacer con eso, a veces ni siquiera te dicen que existe, como los temas de seguridad, los secuestros, las violaciones» (entrevista 10).

Hay que tener en cuenta que la mayoría de los jóvenes en general pasan mucho tiempo frente a la televisión u otras tecnologías, y es desde ellas que generalmente se informan sobre lo que sucede por fuera de sus vidas familiares. Además, como dato relevante, la televisión se ha constituido como narrativa a partir de un lenguaje de la verosimilitud anclado en la prueba de la experiencia: si lo vi es real, es verdadero, a lo cual en los últimos años se ha sumado la sentencia ampliamente difundida de que lo que no sucede en la televisión no existe. Por lo tanto, conocer la realidad, conocer lo que pasa, tiene que ver con ver la televisión, con tener acceso al mundo a través de la televisión.

Varias investigaciones (Orozco, 1993; Barbero, 2003, 1999) han descrito cómo es que desde hace unos años los jóvenes acceden y recrean las reglas de juego de la intersubjetividad a través ya no sólo de la familia y la escuela sino fundamentalmente a través de los medios de comunicación. La presencia de los medios desde tempranísima edad, especialmente de la tele, se va dando en una interacción que compromete no sólo nuevos saberes sino también nuevos modos de conocimiento.

Esta presencia creciente cuestiona la hegemonía racional escritural y normativa de la escuela e instala nuevas lógicas comprendidas en lo que se define como «alfabetizaciones posmodernas». La categoría, explica Jorge Huergo (Huergo, 2000, p. 262), trabajada desde la perspectiva pedagógica, «denota los procesos de alfabetización múltiple producidos a partir de las nuevas tecnologías y los medios masivos. Los nuevos modos de comunicación provocan nuevos modos de aprendizaje y de conocimiento, a manera de una pedagogía perpetua no organizada ni controlada por la institución escolar, produciendo fenómenos culturales y sociales novedosos». Así lo medios transformados en instituciones sociales que modelan

prácticas más allá de la situación específica de la recepción y atravesando toda la vida social, si bien no son una escuela paralela, compiten con esta en la legitimación de los saberes sobre el mundo. Pero para investigadores como Oscar Landi (Landi, 1992) los medios se han constituido incluso en escuelas paralelas que producen sentidos en las audiencias, al punto que puede hablarse de una alfabetización en los medios bajo sus lógicas que los chicos poseen incluso antes de entrar a la escuela.

Si la escuela se sostuvo en una matriz de conocimiento básicamente ligada a la escritura con la lógica del argumento y la razón como principios organizadores de la misma, los medios se basan en la primacía de la emoción sobre la razón, de la imagen por sobre el argumento, con una lógica que rompe lo secuencial y permite el acceso a la realidad «sin escaleras». Aprender en la escuela no sólo significaba la incorporación de procesos de racionalización del mundo sino que estos procesos se daban de manera secuencial, con un orden creciente y explicable, y generalmente rígido atento a la idea de una verdad. Los medios rompen con esta lógica, interpelando a sus audiencias a partir de la emoción y el quiebre de una temporalidad secuencial donde los fragmentos dejan de adquirir su sentido a partir de la referencia a una totalidad. El tiempo eterno, histórico de la escuela es reemplazado en los medios por un tiempo efímero, del absoluto presente, que no reconoce ni pasado ni futuro. Un tiempo que podríamos pensar se corresponde con este momento social donde es muy complejo ubicar el pasado y absolutamente incierto hablar del futuro y el cual los jóvenes han conocido seguramente como único tiempo. Es decir, que han comenzado a socializarse a partir de él y por lo tanto les es propio y lo manejan mucho más cómodamente que al tiempo pensado desde la escuela.

Además, el lenguaje audiovisual, al que los jóvenes de diferentes sectores acceden de diversas maneras -la televisión por cable o sólo por aire, los jueguitos en la casa o en los en lugares públicos-, presuponen un lector móvil, que no sigue la secuencia del argumento de un párrafo, sino que puede entrar y salir de la imagen en diferentes momentos de acuerdo a su interés, sus ganas, etcétera. En las propuestas dirigidas a jóvenes esto todavía es más visible, siendo el videoclip la figura emblemática de un tipo de comunicación con lector móvil, que se desplaza sobre el texto sin un

camino prefijado. *«Yo miro mucho MTV, o algún programa que esté prendida la tele, entonces capaz que me engancha, como cuando miro los simpsons que realmente me gustan. Pero si no miro lo que en ese momento se da, y hago mucho zapping» (entrevista 9).*

Los chicos pasan muchas horas relacionados con estas tecnologías y sus narrativas, y son varios los relatos de la incompreensión o el malestar de los padres ante estas actitudes, sobre todo en los sectores medios: *«Mi vieja cree que para estudiar hay que cerrar todo, hay que hacer silencio, y apagar la tele. Yo puedo hacer las dos cosas, incluso jugar. Entonces se vuelve loca, no lo entiende» (entrevista 1).* *«No le gusta que juegue ni a los jueguitos del celu, no los entiende y piensa que estoy perdiendo el tiempo y le preocupa que no esté haciendo otras cosas» (entrevista 5).*

Más allá de la condena de los adultos sobre la relación jóvenes/tecnologías, que generalmente tiene que ver con el carácter desconocido que esta relación tiene para ellos, es interesante pensar en los nuevos modos de aprender el mundo, y por lo tanto en los nuevos mundos, que desde estas tecnologías se les están abriendo y que no se agotan en la racionalidad binaria y secuencial. Modos que rompen con la lógica espacio/temporal modernas y condensan múltiples discursos en una combinación infinita de ligaduras que abren y abren hacia nuevos sentidos sin un anclaje fijo.

Un tiempo incierto, móvil, que puede decodificarse de manera móvil también. Que puede ser leído además desde la emocionalidad, por lo tanto desde todo aquello que se vive como la propia subjetividad, más ligado a este movimiento hacia la individuación de la sociedad del que hablamos como caracterización del momento histórico actual. Los jóvenes anteponiendo lo privado a lo público, situando en primer plano la subjetividad, la emoción y allí encontrándose con el relato audiovisual, con la televisión, que a la inversa de la escuela -que da primacía a lo público por sobre lo íntimo, como valor moral incluso- los interpela desde una legitimación de la subjetividad.

Pero como ya dijimos (Ver: capítulo sobre jóvenes y política) el entrenamiento en estas nuevas gramáticas de lectura que posibilitan los lenguajes y tecnologías electrónicas no se ha dado de igual manera para todos. Las competencias que permiten apropiarse de saberes vía otros mapas que no sean las de la decodificación lineal y binaria no han sido construidas de igual manera por todos los jóvenes, al punto que tal vez podamos decir que no todos son capaces de «leer, de pensar y actuar en hipertexto». Porque si bien es verdad que todos los jóvenes hoy están interactuando con tecnologías electrónicas y sus lenguajes, no es lo mismo hacerlo sólo a través de la tv abierta y los jueguitos en lugares públicos, que estar conectados permanentemente a una computadora en internet, acceder a tecnologías del entretenimiento privadas cada día más complejas, tener múltiples posibilidades de acceso e interacción con múltiples formas de la televisión y la telefonía, etcétera. Es así como desde ocupar diferentes posiciones dentro del espacio social también se van construyendo diferentes historias y competencias para la interacción con estos lenguajes que marcan alfabetizaciones mediáticas o posmodernas profundamente desiguales, que actúan a su vez en la reproducción de otros tipos de desigualdad social.

Por otro lado, si bien es interesante pensar estas alfabetizaciones modernas más allá de la condena o viendo sus potencialidades, no podemos dejar de ver que la escuela sigue siendo el único lugar donde los chicos aprenden a incorporar ciertos saberes ligados a la ciudadanía, a una accionar autónomo y a la vida con otros. A través de la razón la escuela trabaja valores ligadas a la pluralidad, los derechos, la vida pública, las obligaciones, que jamás van a problematizar en la televisión u otros medios. Está claro que en un contexto como el actual donde son varias las vías que se cierran parcial y a veces totalmente para los jóvenes -el trabajo, la propia escuela, etcétera- es difícil pensar en la construcción de la ciudadanía (Konterllnik, 2000). Pero también sabemos que el acceso a los derechos que implica la ciudadanía reclama, aunque no se agota en esto por supuesto, una demanda conciente de los mismos. Hoy sigue siendo la escuela uno de los pocos lugares donde los chicos toman conciencia, o comienzan a tomar conciencia de sus derechos y obligaciones públicas, lo cual está claro que no significa acceso pero sí un escalón a su pelea. Y también es claro como no son los medios los que están educando en este sentido.

5. Violencia y escuela

Otra de las cuestiones que aparece en las representaciones de los jóvenes sobre la escuela es aquella que la liga a la violencia. La gran mayoría de los jóvenes tiene un relato sobre la violencia en la escuela, vivido en primera persona o a través de un caso que les contaron, que vieron en la tele, que conocen. La violencia en la escuela está tematizada como un dato más de la realidad que les toca vivir pero que no es natural, que perciben que es algo nuevo, que en generaciones anteriores no sucedía. Ellos dicen que ahora la escuela está cada vez más violenta y proyectan una escuela que día a día irá violentándose más. En general, tienen historias de la violencia: «A un chico le pegaron tanto que casi pierde el año porque tenía miedo de ir, y cuando iba sólo pensaba en eso. A los otros, lo que le pegaron, los suspendieron pero después volvieron y no se qué pasó» (entrevista 25). «A mí me da miedo en qué pueda terminar la escuela, porque nadie puede poner un límite» (entrevista 10).

Hablan también de «alumnos con problemas de conducta», reproduciendo un discurso generalmente de maestros que, como emerge en algunas investigaciones en ciencias sociales (2), asocian la violencia con la procedencia social de los jóvenes.

Las chicas son las que muestran un grado de preocupación mayor por el tema, sobre todo en los sectores populares. Los varones, en cambio, rara vez hablan en términos de «violencia escolar», aunque puedan hacer referencia a episodios que otros ubicarían como tales. Podría ser que para ellos la pelea, el insulto, los tratos agresivos entre compañeros y con los maestros, no son algo que puedan separar de sus cotidianidades para reflexionar sobre éstos. Ser varón tiene que ver entre otras cuestiones con ocupar el espacio público también desde la fuerza. Han naturalizado el ejercicio de la fuerza como una manera de relacionarse con los otros. En cambio, esto no sucede tan naturalmente entre las chicas, que además se sienten vulnerables al respecto.

No debemos dejar de lado la mención a que la violencia como problemática escolar se ha ido construyendo con fuerza en las últimas décadas desde diferentes acto-

res. Un de esos actores son los medios de comunicación, que cotidianamente presentan a la escuela a partir de la noticia del acontecimiento violento. Así aparecen chicos y maestros golpeados, armas en la escuela, episodios varios de peleas y enfrentamientos de los cuales opinan padres, directivos, y los propios chicos generalmente dando testimonio de lo que pasó sin profundizar en ningún tipo de análisis y presentando la violencia escolar como un tipo de violencia entendible en sí misma, aislada de otras formas de manifestación violenta por fuera de la escuela. Hay una ilusión de una escuela que puede recortarse del resto del espacio social y comprenderse sólo con lógicas inmanentes.

Durante el año 2004 sucedió lo que los medios llamaron la masacre de Carmen de Patagones: un adolescente fue a la escuela armado y mató a tres compañeros e hirió a unos tantos otros. La televisión mostró la sangre en los bancos, los agujeros de los disparos en las paredes. Trajo la voz de las víctimas y de los múltiples testigos, habló de los jóvenes y de la escuela -los jóvenes están en peligro, o son peligrosos, no quedó del todo claro-, se asombró: nunca jamás había sucedido esto, repitió en infinito de juego de espejos. Esto vino de afuera, nunca sucedió, se dijo. Parecía que el hecho era sólo la copia de Colombine y no tenía nada que ver con una región que cuenta entre muchísimas otras historias de la violencia con una generación de 30.000 desaparecidos, con un listado de cerca de 1000 jóvenes muertos en democracia en manos de la policía, víctimas de gatillo fácil. La televisión se asombró de la violencia, como si la matanza de jóvenes fuera de la escuela, de todos los días -en manos de la policía, en manos de otros jóvenes, los jóvenes que salen a matar o morir todos los días en las calles- no tuviera nada que ver con esa violencia.

Estas noticias caratuladas como violencia escolar son en sí mismas un fenómeno relativamente nuevo en la Argentina, y por supuesto no podemos pensar que sean los medios los únicos actores que dan origen a la temática. Pero sí podemos pensar que los medios son unos actores que junto a otros se disputan la construcción de los sentidos hegemónicos en una sociedad «los medios no reflejan la realidad sino que contribuyen a crearla (Verón)» con una gran capacidad para nombrar a través de mecanismos de simplificación fenómenos del todo complejos. Es así cómo proble-

máticas que tienen que ver con la desarticulación y exclusión social, con las nuevas y viejas formas de ejercicio de la autoridad, con la histórica relación entre género, con la creciente armamentización de la sociedad, con el lugar de vulnerabilidad social de los jóvenes, etcétera etcétera, se simplifican como problemáticas de violencia escolar. Se simplifican al punto de que pareciera haber una violencia que hoy es intrínseca a la escuela y que habla de la podredumbre de la institución en la cual los chicos antes estaban seguros y salvaguardados del mal y hoy no puede contenerlos.

Por otro lado, es probable también que la percepción de muchos maestros sobre las dificultades que tienen para comunicarse con unos jóvenes distintos a los de otras generaciones, con demandas distintas, sean construidas también como problemas de conducta y de violencia, sobre todo con los jóvenes de sectores populares y esto contribuya al imaginario de la violencia escolar. Como mencionábamos en párrafos anteriores los docentes se encuentran perdidos ante un estatuto de juventud diferente de aquel con el se manejaba la escuela: un estallido de la subjetividad infanto juvenil construida básicamente por el sistema educativo y que hoy se quiebra. Es así que los docentes afirman que la juventud ha cambiado y que está peor, más violenta, no puede ser disciplinada. Se pregunta Duschatzki (Duchatzki y Corea 2004, p.86) en qué consiste esa diferencia y afirma: «la diferencia fundamental es que los de antes se dejaban educar, instituir, moldear, por la institución escolar y no así los de ahora». Respetar la autoridad, ser obediente a ella, dice, formaban una matriz básica de educabilidad que la familia acompañaba. «Los chicos de ahora no sólo expresan la ausencia de esa matriz básica y una fuerte resistencia a dejarse moldear por ella, sino que también son la expresión de la incomunicación profunda entre la escuela y la familia en condiciones de disolución estatal». En los discursos de muchos maestros esta realidad emerge como problemas de violencia, de conducta, de malestar, aspirando a volver a unos modelos que ya no están pero en lo que ellos aprendieron el sentido de sus tareas y la función social de la escuela.

Finalmente, no hay que dejar de ver que junto con este relato de la violencia escolar como un tipo de violencia en sí misma, también existe otra mirada que se conjuga

con la anterior y que es la que asocia lisa y llanamente la juventud con violencia. Ya hemos hablado de esto en capítulos anteriores, pero aquí señalaremos cómo es que la creciente criminalización de la juventud, o de cierta juventud, halla en la escuela un escenario privilegiado para sostenerse justamente porque se parte de una supuesta pureza o asilamiento de la misma que entonces cuando suceden episodios violentos muestran como en ningún otro espacio esta «condición de la juventud»: si lo la asociación entre juventud y violencia puede hacerse en la calle, en un recital de rock, en la tele, es absolutamente confirmatorio para algunos el hecho de poder hacerla también en la escuela.

Tal vez una de las cuestiones a resaltar para poner en el debate es que los propios chicos cuando hablan reproducen este discurso construido, que a veces lo viven como un dato más de la realidad que les toca, pero otras toma un tono angustiante frente la vulnerabilidad que les produce la sensación -real o no- de estar en un territorio violento que ningún adulto puede frenar.

6. Universidad

Si en relación con la escuela las valoraciones son ambivalentes -con aquellos que le otorgan unos sentidos importantes y positivos, aquellos que no y aquellos que dudan- con respecto a la mirada sobre la universidad hemos encontrado un grado de homogeneidad grande en una ciudad como La Plata donde la presencia de la universidad es insoslayable. La mayoría de los jóvenes, hayan llegado o no a la universidad, ven la educación universitaria de manera positiva en distintas dimensiones.

Por una lado, están aquellos que sin saber o no que van a ingresar a ella, incluso con una gran lejanía en lo cotidiano, hijos de padres que en ocasiones ni siquiera tienen su escolaridad terminada, perciben la universidad positivamente. Dicen que la universidad les va ayudar a ser doctores, o tener una mejor vida, o simplemente que es un lugar bueno, importante, que puede desearse. Afirma una chica que recién comenzó el nivel secundario con padres con escolaridad incompleta: *«En la escuela no aprendo nada, me gustaría ir a la universidad porque es más grande, para*

hacer más amigos». O como dice un chico que trabaja en una mudadora de cadete: «*La Universidad? Debe estar buena, ahí es importante, dentro de un tiempo me va gustar ir*» (entrevista 14). Hay incluso una ilusión en aquello que no se conoce del todo, pero que se imagina posible. Generalmente, en los sectores populares, estas apreciaciones son de los jóvenes más chicos, que ven con mucha imprecisión la universidad: es algo que está, que es bueno, aunque esté alejado de sus vidas cotidianas: es raro que alguien de la familia, de los más cercanos, vaya a la universidad, o haya tenido un título universitario. No tiene que ver con ellos, pero a la vez la reconocen a la distancia y la reconocen positivamente. En los chicos de estos mismos sectores más grandes, que están terminando la escuela o que la han abandonado, la universidad no aparece negativamente pero sí con mayor lejanía e incluso indiferencia: en la gran mayoría no es un asunto propio sino de otros, no les interesa, con clara conciencia de que lo más probable es que jamás accedan a ella.

En cambio en los jóvenes de sectores medios la universidad es una institución propia. Los chicos de estos sectores perciben la universidad como espacio propio, como destino inevitable para muchos pero no por esta razón negativo. Hay algunos que han ingresado a la universidad reproduciendo las trayectorias escolares de sus padres, e incluso de sus abuelos, y otros como primera generación de universitarios reproduciendo unas expectativas de ascenso que aunque con demasiadas dudas persiste al menos a manera de ilusión.

Para la gran mayoría de ellos, como con la escuela, las credenciales universitarias no garantizan con certeza el acceso a un buen trabajo, o a un trabajo deseado, a la profesión a la que esta institución está formando. Pero aunque no lo garantice, aunque «todo puede pasar» y el fantasma del arquitecto o médico manejando un taxi está presente en sus imaginarios sobre la profesión, hay una confianza mayor que en la escuela de que las credenciales formen para el trabajo. «*Yendo a la facultad es como podés tener un mejor trabajo, decir quiero trabajar de eso, yo quiero ser profesor de matemáticas y si no voy a la facultad no puedo serlo*» (entrevista 6).

Poder trabajar de lo que se estudió es una promesa que se desea y se espera. Perciben que lo que se les está enseñando ahora sí les servirá para algo, aunque con la práctica vayan a tener que actualizarlo o darle sentido: *«Me gustaría trabajar de lo que estudio, y pienso que el título te puede abrir puertas, aunque los conocimientos se dan con la experiencia, eso que dicen, que uno cuando sale con una mochila llena de materias, nada más, después vas aprendiendo de verdad, con la experiencia»* (entrevista 16). *«Yo sí creo que lo que aprendés en la universidad te sirve para un trabajo, para trabajar de lo que querés, aunque no todo y luego tendrás que ver qué sirve y qué no»* (entrevista 18).

También se podría pensar que en los sectores medios, aquellos hijos de padres universitarios que van a la universidad, si bien no tienen la confianza de la certeza en el ascenso social que las generaciones anteriores depositaban en la universidad ven en ella un modo de mantenerse, de no caer en la escala social, de seguir teniendo lo que tuvieron sus abuelos, lo que pelearon sus padres. Mantenerse, no caer, que en los últimos años pareciera ser una de las aspiraciones que a ciertos sectores de la clase media es lo único que les ha quedado cuando la naturalidad de la aspiración colectiva del ascenso se quebró. En este sentido, podemos pensar también que esta aspiración colectiva se ha ido transformando, o se está transformando, en una serie de estrategias individuales para no perder todo, para resistir la caída, donde la capacidad de apropiarse de ciertos recursos -en este caso los capitales culturales objetivados e incorporados de la universidad- son un botín «a cazar». Explica Maristella Svampa (Svampa, 2005) en su complejo análisis sobre la Argentina reciente que en la década del noventa, ante el empobrecimiento de amplios sectores de la sociedad, los sujetos se vieron en la necesidad de redefinir los marcos sociales y culturales de sus experiencias, en un contexto de incertidumbre y una perspectiva cortoplacista: «En este contexto jóvenes y adultos no sólo sufrían la constante coacción de cambio sino que estaban constreñidos a la búsqueda permanente del intersticio en las instituciones desde una situación de vulnerabilidad e inestabilidad. Como señala Denis Merklen (Merklen, 2005 y 2002) los sujetos se vieron obligados a convertirse en cazadores, figura mediante la cual el autor ilustra la lógica de la acción individual y colectiva que orienta la vida cotidiana en la ciudad semejante a un

bosque que esconde un diversificado repertorio de posibilidades, pero que implica desde ya la aceptación de la vulnerabilidad y la incertidumbre». Y agregaríamos además, de precariedad.

Es en estas estrategias de cazar aquello que pueda servir para evitar la caída que la universidad emerge como bosque de frutos inciertos para los hijos de los sectores medios: la universidad tiene recursos, hay que poder capturarlos. Uno de estos recursos es la posibilidad incierta también de vivir de la profesión, pero otro no menos importante sobre todo para los jóvenes hijos de universitarios, incluso de más de una generación es la de incorporar una mirada crítica de la vida, que permita poder actuar en ella de manera creativa: *«Lo más importante que yo saco de la universidad es que me permite ver las cosas de otra manera, de que no siempre todo es de una forma, que existen las diferencias» (entrevista 14).* *«Incorporar una mirada crítica, eso se debería enseñar desde siempre, pero yo lo aprendí en la universidad» (entrevista 20).* Es decir, que la utilidad de la universidad no se restringe sólo a un criterio instrumental tradicional sobre el mundo del trabajo sino que por el contrario se valora positivamente la contribución de esta institución a la posibilidad de incorporar una mirada crítica y tal vez por lo tanto transformadora del mundo social. Podríamos pensar que si la universidad realmente está cumpliendo con esta expectativa -excede a la investigación la valoración de esta cuestión- pareciera no ser poco en un momento histórico como el actual de grandes transformaciones que demandan creatividad y capacidad de invención para vivir en él. En todo caso, lo interesante para nuestro trabajo, es ver cómo estos jóvenes perciben que una institución como la universidad puede estar haciendo aportes en este sentido.

Pero además, la universidad significa para los jóvenes una puerta abierta hacia la autonomía, la promesa de poder hacer lo que les gusta. *«La universidad es distinta a la escuela porque en la universidad vos estudiás lo que te gusta, lo que elegiste. Yo no se si podré trabajar de lo que estoy estudiando, pero se que ahora es lo que elijo, lo que quiero hacer. En la escuela tenés que aprender lo que te dicen que tenés que aprender, te guste o no. Acá elegís, incluso elegís*

cuanto estudiás, si vas a clase, si no vas. Después ves las consecuencias pero vos elegís» (entrevista 17). Hacer lo que te gusta tiene el sentido de elegir, de tomar decisiones propias, más allá de la autoridad adulta de padres o maestros, lo cual es de gran relevancia en un momento donde el pasaje a la adultez es una dimensión de sus vidas que cada vez van problematizando con mayor fuerza a medida que se van haciendo más grandes. En este sentido, la autonomía es fundamental para ser adultos, y como las dificultades para independizarse económicamente son fuertes por todo lo que venimos analizando, para estos jóvenes de sectores medios la universidad significa una puerta abierta hacia algún tipo de independencia y autonomía, donde ellos deciden sobre el posible destino de sus vidas. Entonces la universidad se vive con preocupaciones - *«no se si voy a trabajar de esto» (entrevista 15), «las exigencias son mayores que en la escuela» (entrevista 13), «estoy más solo que en la escuela» (entrevista 19)*- pero a la vez con mayor satisfacción, con mayor compromiso porque sienten que están comprometiéndose más con las decisiones sobre sus propias vidas. La mayoría de los jóvenes universitarios entrevistados recuerdan la escuela como una etapa de pasaje, muchas veces incluso con nostalgia *«por la diversión, los amigos, la joda»*, pero sienten que la universidad es una dimensión de sus vidas en la que se encuentran más a gusto, por estas razones que esbozábamos ligadas a la entrada a la adultez, pero también porque la valoración positiva de la autonomía es una marca de época de la cual los jóvenes no están exentos.

7. Una escuela para nosotros y otra para ellos

Finalmente la escuela se ha transformado también en un lugar de distinción social de unos sectores sobre otros. Alejándose de uno de sus más importante papeles históricos, aquel que tuvo que ver con la capacidad de igualación social, en las últimas décadas la escuela se ha ido transformando en un bien de consumo que los sectores medios y altos utilizan para diferenciarse de los otros, tanto de los sectores populares como de los sectores medios empobrecidos. La escuela hoy pareciera ir transformándose en un producto cultural que se consume de acuerdo al segmento social al que se pertenece, donde exagerando podemos decir que los maestros ya no son

los «apóstoles» de un saber socialmente legitimado que encarnan en su figura sino un nuevo tipo de empleado de comercio.

La tendencia a una privatización de la escuela se profundiza en la década de los noventa de la mano de la privatización de todo el espacio público y de procesos de polarización social crecientes. «Adscripta al neoliberalismo la política educativa menemista se constituyó en un espacio de fluido cumplimiento de las directivas del Banco Mundial, que propugnaban la descentralización de los sistemas escolares, su paulatina transferencia al sector privado, el desfinanciamiento de la educación pública de nivel medio y superior, la flexibilización de la contratación docente y la aplicación de programas focalizados a los sectores que estaban en situaciones límite. La educación, que había sido considerada tradicionalmente en Argentina un bien social, comenzaba a considerarse como un elemento del mercado que debía ser regulado por la ley de la oferta y la demanda» (Puigrós, 1995). Este proceso de corrimiento hacia el mercado que se va dando en la educación, puede verse en la década del noventa en diferentes esferas, con efectos de fuerte polarización social en una sociedad que en treinta años pasa de una situación de gran integración social a otra de una inmensa asimetría y exclusión (Svampa, 2005).

Actualmente podemos decir que aunque desde el estado estas no sean las políticas que se promulgan, o al menos no en forma directa, la cultura de la escuela como bien o producto de consumo está fuertemente instalada en los sectores medios y altos. Los jóvenes perciben esta dimensión de la escuela y la reproducen como una vía más de afirmación de la distancia que separa a unos de otros: «*Mis hermanos fueron a la 10, pero ahora es una escuela mala, es todo un despelote, nadie pone límites, está llena de negros*» (entrevista 1). O: «*Esa es una escuela de caretas, de pibes sin código para nada, que sólo piensan en cómo les arreglan todo*» (entrevista 25). De un lado, del otro, lo que muestran estas afirmaciones no hace otra cosa que confirmar que ya no hay una única escuela para todos. La sociedad se ha fragmentado, conviven en ella múltiples sociedades con recursos y organizaciones distintas, y tal vez llevando a un límite, podríamos pensar, con escuelas para cada una de ellas.

La mayoría de las veces los mecanismos de distinción social se dan de manera no conciente o reflexiva, como procesos en los cuales la diferencia se vive como natural, y la aceptación de unas prácticas para nosotros y otra para ellos es algo que no se problematiza o cuestiona. La distancia social se interioriza. Sin embargo, como esta dimensión de la escuela como un objeto para la distinción es un proceso relativamente nuevo en la Argentina, sobre todo para los sectores medios que hasta hace unas décadas veían en la escuela pública una manera de garantizar su ascenso social, puede estar pasando que la necesidad de justificación y reflexión sea mayor. Hay algo muy similar a la culpa, a la necesidad de disculparse por una opción que se corre de las trayectorias previsibles hace unas décadas cuando la escuela pública era para los sectores medios un camino incuestionable. O frente a un pasado tal vez incluso idealizado de una escuela que posibilitaba la solidaridad y pluralidad social. Es entonces como nos encontramos con chicos que seguramente han vivido las dudas o reflexiones de sus padres a la hora de elegir escuela y entonces tienen una explicación problematizada sobre por qué van a determinada escuela o a otra. Nos comentaba una de ellos, hija de padres universitarios: *«Como las otras están tan abandonadas, tan que a nadie le interesa más la educación en la Argentina, ni a los políticos ni a nadie, me anotaron en esta. A mis papás no les gustaba la escuela privada porque ellos hicieron todo en las del estado, pero están tan mal que ahora no se puede. Supongo que las privadas no es que sean lo mejor de lo mejor, pero no están tan mal, así que algo podés aprender, o al menos no te matan a palos, no hay violencia»* (entrevista 8).

Las justificaciones de por qué ir a una escuela privada que dan los jóvenes -que casi con certeza tienen que ver con la reproducción de las justificaciones de sus padres ya que aunque lo negocien con ellos son los que la mayoría de las veces deciden la escuela- son diversas: por motivos de seguridad, de calidad educativa, los menos, de perspectivas de ascenso. Lo que queda claro en ellas es que hay una escuela que no sirve, o es violenta, o es simplemente «mala» y que es para otros, los que naturalmente asisten y de los cuales ellos se diferencian. En esta utilización de la escuela como un modo de diferenciación social, tal vez pueda leerse una tendencia hacia modelos sociales más polarizados, aunque todavía lejanos de presentar una clara

homogenización en sus partes. Igualmente, se puede hablar de segmentación educativa, o de una tendencia a la misma, con escuelas pobres para pobres y escuelas más ricas para ricos. Una escuela que se ha alejado de la ideología de la meritocracia en igualdad de condiciones alcanzada por la vía del sistema educativo. Sin contar con que el abandono escolar prematuro se da con mayor contundencia en los sectores más empobrecidos, lo que hablaría también de una escolarización más completa e integrada por los sectores favorecidos y otra incompleta para los sectores populares.

La escuela argentina ha atravesado a lo largo de la historia diferentes modelos educativos y proyectos, pero aunque no linealmente desde su fundación, hacia fines del siglo XIX, se ha ubicado en el rol de integración social, de igualación, de capacitación para el trabajo y la ciudadanía. Ha sido además la institución básica de producción y reproducción del conocimiento que la sociedad valoró como legítimo para pensar el futuro. Incluso tal vez, problematizando su eficacia, lo que sí podemos estar seguros es que este ha sido el rol que ocupó en el imaginario colectivo. Este papel no se demuestra en la constatación empírica para ser evaluado como verdadero o no, es decir, viendo si la escuela produjo empíricamente sujetos que participaban en la misma medida en la vida pública o en que haya habido una efectiva distribución de los bienes educativos que permitieron el ascenso social: la escuela también produjo exclusiones, homogenizó y disciplinó y fue muchas veces insuficiente a la hora de preparar para el trabajo. Pero su lugar en el imaginario no se mide sólo en la correspondencia entre lo que se dice y promete y lo que efectivamente sucede, sino en su capacidad de operar socialmente. Los imaginarios, tejidos en la experiencia y no sólo en ella, son configuraciones de sentido que tienen efecto de realidad. «Así las cosas: no se trata de demostrar que el imaginario se equivoca. Dentro de las posibilidades del imaginario no está la de equivocarse: el imaginario trabaja con figuraciones no falsables lo cual no quiere decir que sean equivocadas siempre» (Sarlo, 2001, p.52).

La escuela ocupó un lugar en la sociedad y en este sentido, en el imaginario social, que la ligaba a todo un conjunto de valores e ideas de ciudadanía, ascenso social.

Pero hoy la escuela está cambiando y los jóvenes perciben estas mutaciones. Cuestionan su monopolio del «saber verdadero»; preguntan sobre la utilidad de lo que en ella se enseña sospechando que es muy poca; no creen -y muchos ni siquiera acceden- en las credenciales que otrora se vieron como herramientas para el trabajo. Algunos incluso se sienten inseguros dentro de las aulas, como también, muchos de ellos, al tener que optar entre la escuela y el trabajo tienen que abandonar sus estudios a veces con la esperanza de volver algún día pero sabiendo en el fondo que lo más probable es que eso nunca suceda. Todo el sistema educativo se les va transformando en una serie de escollos, en una vía muerta hacia el futuro. La escuela entonces es un espacio muy alejado de sus preocupaciones y expectativas, muy alejado de lo que a ellos les parece interesante o necesario para hacer frente al tiempo que les toca vivir.

Pero también en los jóvenes pervive de diversas formas un imaginario de lo que fue, de lo que significó como escalón hacia algo mejor. Gran parte de ellos, no todos, sigue esperando de la educación: no tienen claro, o no aparece de una sola forma, qué es eso que se espera, pero está relacionado con la posibilidad de algo bueno, de que la escuela pueda ser lo que les permita «entrar», desarrollarse, vivir mejor, y si no es así, al menos resistir o defenderse. Hay una expectativa sin certeza, casi una esperanza. O tal vez sólo una demanda, pero no es posible demandar sin al menos algún grado de expectativa.

Relacionado con esto, nos interesa resaltar como no hemos encontrado en ningún joven la negación, al menos la duda, de que la educación es un derecho en la Argentina. Parten de aceptar naturalmente a la educación como un derecho de todos: pueden dudar de su utilidad, de su estatuto histórico, pueden incluso no ir a la escuela, haber abandonado por imposibilidad, pero asumen que es un derecho que tienen. La asociación de la escuela a la conciencia de la ciudadanía, podríamos animarnos a problematizar, aparece más clara que con ninguna otra institución social de las que vimos, ya sea el trabajo o la política, donde sus derechos y obligaciones con respecto a una dimensión pública están al menos desdibujados.

Estamos entonces frente a una escuela que en las representaciones de los jóvenes se redefine. Una escuela en la cual, sobre todo ciertos jóvenes, sin ninguna certeza tienen depositadas parte importante de sus esperanzas. A la vez, ven como cada día es menos parecida a lo que fue para las generaciones anteriores, más inaccesible para algunos mientras reproduce las desigualdades sociales existentes, más distinta a lo que la vida social actual les demanda. Una escuela que tal vez los siga pensando incluso de una forma que ya no son, que se dirige a ellos desde un estatuto que ya no poseen y que tampoco les interesa poseer. Pero que está, y que participa activamente en la construcción de sus propias subjetividades. Que a la vez los mismos jóvenes están construyendo también cuando hablan de ella.

La escuela está revuelta y los diferentes actores, en diferentes relaciones de fuerza, están buscando su nuevo lugar y sentido. Los jóvenes, en plural, participan, la mayoría de las veces sin permiso, de esta discusión.

8. Síntesis

Las representaciones sociales son «una manera de interpretar y pensar nuestra realidad cotidiana, una forma de conocimiento social» (Jodelt, 1984). El contenido de las representaciones sociales se relaciona con un objeto: toda representación es representación de algo, de alguien situado en algún lugar dentro del espacio social y siguiendo a Bourdieu, dotado de terminado habitus. Presentamos en esta síntesis las representaciones de la escuela que construyen los jóvenes en un contexto de incertidumbre y vulnerabilidad.

- Anclando las nuevas miradas sobre la educación en las ideas preexistente sobre la misma, la gran mayoría de los jóvenes sigue percibiendo a la escuela como un derecho.

- Algunos jóvenes de sectores populares, no todos, siguen esperando de la educación: no tienen claro, o no aparece de una sola forma, qué es eso que se espera, pero está relacionado con la posibilidad de algo bueno, de que la escuela pueda ser

lo que les permita «entrar», desarrollarse, vivir mejor, crecer, progresar, y si no es así, al menos resistir o defenderse.

- Pero en la actualidad, los jóvenes de sectores medios, aún más claramente todavía los jóvenes hijos de padres universitarios ponen en duda el valor del estatuto de conocimiento presente en la escuela. De alguna manera, se resisten a ser “educados” construyendo la idea de que los conocimientos que la escuela propone tienen un valor relativo.

- Los jóvenes también ponen en discusión la autoridad de los maestros, a partir de la representación de los mismos como “uno más” de ellos, o “uno muy cercano a ellos”. Ven su poder como arbitrario.

- Los jóvenes de diferentes sectores, ven en crisis el modelo de ascenso social a través de las credenciales escolares y su capacidad de ser una vía de acceso y resolución del trabajo. El paso por la escuela de muchos los jóvenes de sectores medios es pensado como un escalón a la universidad, mientras que para algunos de los jóvenes de sectores populares es visto como una herramienta no muy poderosa que les permitirá defenderse de un mundo social adverso.

- Para los sectores populares las credenciales se perciben cada día de manera más contradictoria: por un lado, en gran parte de ellos sigue vigente todas unas representaciones sobre la importancia de la escuela para mejorar las condiciones de vida, pero por otro, tienen conciencia de los límites de estas credenciales.

- La escuela es representada también como un territorio de la violencia que nadie puede frenar.

- La gran mayoría de los jóvenes de sectores populares hablan de una escuela que es útil, que es necesaria, que puede abrir caminos, pero que la dejaron, o no les sirve para conseguir un mejor trabajo o desempeñarse en el que tienen. Podríamos decir que ven en la escuela una institución con potencialidades para el ascenso

social, la mejora de las condiciones de vida, pero que no es para ellos, que hoy no es para ellos. O que sólo una parte es para ellos.

- Los jóvenes construyen una representación de la escuela como espacio de encuentro y socialización, como espacio de reunión y solidaridad con los amigos lo que es altamente valorado, sobre todo por las chicas de sectores populares.

- Finalmente la escuela se construye también en un lugar de distinción social de unos sectores sobre otros, reflejada en la idea de una escuela para unos y otras para los otros.

(1) La relación histórica entre escuela y trabajo ha sido problemática. Más allá de esta vinculación muy presente en los imaginarios sociales, fue difícil y muy discutida la instalación de un proyecto educativo que se vinculara estrechamente con una utopía modernizadora industrialista. En este sentido, el proyecto educativo de los primeros gobiernos peronistas avanzó más que ningún otro.

(2) Por ejemplo, una de estas investigaciones es la realizada en las escuelas de La Plata por el Centro de Comunicación y Educación de la UNLP sobre las representaciones de los docentes de la escuela: «En una experiencia realizada en una escuela primaria de un barrio periférico, donde la problemática explicitada por eran las dificultades institucionales ante lo que definían como problemas de conducta, los docentes delimitaron la situación en los 185 numerosos chicos de la calle que asisten y que se dedican al cirujeo» (Huergo y Fernandez, 1999, p.168).

TERCERA PARTE



«como un rompecabezas,
nos hablan de las
conclusiones construidas»

A MODO DE CIERRE

Esta tercera parte está constituida por cinco apartados que, como un rompecabezas, nos hablan de las conclusiones construidas en la tesis.

El primero de ellos, *En La Plata*, sitúa la particularidad de ser joven en esta ciudad, que es donde se ha realizado el trabajo de campo. Se parte de la idea de que las conclusiones arribadas en toda la investigación pueden extenderse a otros jóvenes más allá de los límites geográficos de la ciudad, pero que igualmente en el trabajo de campo fueron apareciendo ciertas marcas o huellas de ser joven en La Plata que es interesante mencionar.

En el segundo, *Los lugares del decir: El futuro llegó hace rato*, desarrollamos de manera sintética los puntos de llegada y de partida de la tesis, asumiendo que: “Los jóvenes nos hablaron del cambio, nos hablaron de lo que sobrevive a las transformaciones estructurales, de lo nuevo y de lo que resiste, y al hacerlo nos hablaron de ellos: sujetos hechos desde las estructuras; estructuras hechas desde los sujetos”.

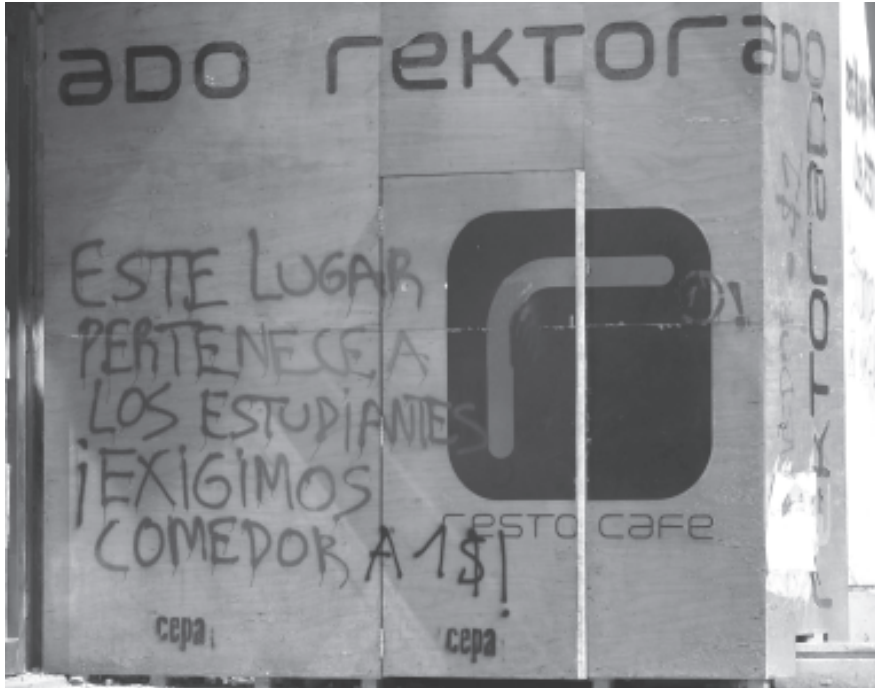
El tercer apartado, *La incertidumbre no es la misma*, consiste en el desarrollo de una tipología sobre los modos en que los diferentes jóvenes representan la incertidumbre de maneras diversas de acuerdo al espacio social que ocupan, y que fueron posibles de ser distinguidos a lo largo de toda la investigación, en la pregunta sobre las representaciones de cada una de las instituciones estudiadas.

El cuarto, *Nosotros y los otros*, implica un detenimiento final en las representaciones de las instituciones sociales de los jóvenes como segregatorias y excluyentes.

Finalmente, el epílogo, vuelve sobre los posicionamientos de esta tesis para darle un cierre.

CÁPITULO X

EN LA PLATA



« hoy la ciudad aparece siendo miles de ciudades: las ciudades en la ciudad. A pesar de conservar todavía algo de una ciudad con centro y periferia -tan fuerte había sido su trazado-, las fronteras del mapa original son, cada día y a pasos agigantados claramente violentadas y vueltas a hacer »

Antes de avanzar con las primeras conclusiones de este trabajo, nos interesa detenernos un momento en uno de los puntos que estuvo presente en nuestra investigación atravesando el objeto de estudio: la ciudad de La Plata, que es escenario y «continente» de las entrevistas, pero que además fue utilizada como metáfora de la existencia y la crisis de unas instituciones ancladas en el proyecto de la modernidad.

Como lo anticipamos desde la presentación de la tesis, hemos realizado nuestro trabajo de campo con jóvenes en la ciudad de La Plata. A esta altura del desarrollo, tal vez esté de más afirmar que las conclusiones a las que fuimos arribando pueden extenderse a otros jóvenes más allá de los límites geográficos de la ciudad. La marca epocal que hemos descrito como constituyente de una generación, o atravesando las diferentes formas de ser joven se extiende por fuera de La Plata y la comparten muchos otros jóvenes, hoy de forma más pronunciada todavía cuando el territorio global se ha intercomunicado como nunca en la historia.

Sin embargo, la ciudad de La Plata presenta ciertas particularidades que tal vez estén marcando específicamente algunas de las condiciones del ser joven, y por lo tanto de los modos de construir representaciones. Por supuesto que no decimos que esta otra forma sea absoluta, sino más bien todo lo contrario: pensamos en ciertas modelaciones, «pinceladas», rastros resideaules.

1. Desde el progreso

Si las ciudades latinoamericanas fueron desde fines del siglo XIX y durante el siglo XX pensadas como espacio y signo de la modernidad, como «una máquina para extender la modernidad y reproducirla en territorio extraño» (Gorelik, 2002) la ciudad de La Plata es paradigmática de la asociación ciudad/proyecto del futuro: fue pensada, diseñada y ocupada como la ciudad del progreso y la ilustración por excelencia.

Cerrados los grandes enfrentamientos que durante décadas habían imposibilitado hablar de la unificación nacional, La Plata se erige como capital de la provincia más rica, planificada con los conceptos más modernos del momento. Fundada en 1982 al amparo de la llamada Generación del 80, parida luego de la *Conquista del Desierto* -nada desierto (1)- La Plata adquiere su identidad como ciudad utópica por excelencia: es lo que será, y lo que será es el progreso.

El proyecto de la ciudad capital de la provincia se imagina como una formación socioespacial que realice en una forma cultural las ideas de la modernidad, mirando hacia el futuro, pero que a diferencia de otras grandes ciudades del país su potencial como motor de la modernidad no va a estar anclado en fuertes infraestructuras de industrialización sino en la ciencia. En 1910 Cesarían Lupati Guelfi (Diaz, 2000), italiana, opina en *Vida Argentina* que «La Plata es la ciudad del pensamiento: ancha, majestuosa, inmensa, posee escuelas monumentales, un observatorio astronómico y un espléndido museo, las calles inmensas, abiertas para una multitud hipotética». Así, desde el proyecto original de Dardo Rocha, la ciudad fue demarcada: un mapa perfectamente cuadrado, simétrico, cruzado por diagonales que facilitaban la circulación, donde la universidad ocupaba un lugar central junto a otras instituciones de gobierno, a medida que también se marcaban los límites. Es decir, el mapa previo a la fundación dejaba muy claramente enunciado los contornos de la ciudad, qué entraba y que no debería entrar. Dentro del cuadrado perfecto estaba el ideal de homogeneidad e integración- del cual podemos pensar que el estudiante, en su condición de puro futuro, era una figura privilegiada- quedando el caos y la diversidad por fuera, en la periferia (Vallejo, 1998; Segura 2004).

El mapa, para las décadas del sesenta, setenta, empieza a entrar en crisis para finalmente colapsar en nuestros días (2). Esta crisis no puede ser entendida por fuera de la crisis del proyecto de la modernidad misma, que socavado desde adentro deja de pensar la línea del futuro fijada en el parámetro de una razón que muestra salvajemente sus fallas. A la crisis del proyecto moderno se deben agregar en la ciudad ciertos elementos específicos que van cuestionando el mapa original: profundización de los procesos de migración de zonas rurales a la ciudad, pero fundamentalmente de los países limítrofes; proliferación

entonces de las periferias internas; ruptura del paradigma del trabajo como eje organizador de la vida común y profundización del desempleo; aumento de la pobreza; obsolescencia de infraestructuras públicas; áreas industriales abandonadas; aumento de la población, etc.

Además, para la década del setenta, La Plata será una de las ciudades que más ferozmente vive la represión de las dictaduras militares, que ven en esta ciudad al movimiento estudiantil -sujeto clave del proyecto original- uno de los enemigos internos más peligrosos. La ciudad se rediseña para la represión: sus espacios públicos se llenan de cemento; las diagonales permiten las encerronas; las facultades son clausuradas; los nombres de los edificios públicos modificados. El mapa original, planar y rastreable, aunque no desaparece, se quiebra en mil pedazos.

Hoy la ciudad aparece siendo miles de ciudades: las ciudades en la ciudad. A pesar de conservar todavía algo de una ciudad con centro y periferia -tan fuerte había sido su trazado-, las fronteras del mapa original son, cada día y a pasos agigantados claramente violentadas y vueltas a hacer. La mayoría de sus habitantes la percibe como una ciudad en decadencia, que se quedó, que se perdió: una ciudad desintegrada. Y más allá de los datos objetivables en torno a la posibilidad o no de que La Plata haya sido en algún momento una ciudad integrada homogéneamente hoy la ciudad es narrada por sus habitantes a partir de la metáfora de la caída al abismo luego de un lejano esplendor, donde el progreso a través del conocimiento pudo ser y no fue, quedó en el camino. El imaginario de la ciudad futuro se quebró en los relatos de sus habitantes (3). Sin embargo, las metáforas e instituciones que condensaban y hacían posible ese imaginario, entre las cuales la Universidad ocupa un lugar central, no han desaparecido absolutamente.

2. La universidad

La ciudad de La Plata, que concentra como capital la actividad administrativa de la provincia y a la vez tiene en su territorio una de las universidades nacionales más grandes del país, es una ciudad definida por sus propios habitantes como una ciudad de «empleados públicos y universitarios».

Para nuestra investigación esto resultó un lugar clave (4): la importante cantidad de estudiantes universitarios ocupando la cotidianidad hace que la universidad tenga una presencia insoslayable para la mayoría de los habitantes, aún cuando no se esté ligado a ella de manera directa. Es decir, todos los jóvenes entrevistados saben de la existencia de la universidad. Tienen una mirada de la universidad, aunque nunca hayan entrado a sus edificios, aunque no hayan estudiado jamás y ni piensen hacerlo. Y esta mirada, o miradas en plural, generalmente es positiva -ver capítulo sobre escuela-.

Los jóvenes de sectores populares entrevistados, en este tema, por supuesto tienen una opinión distante de la universidad, pero como decíamos, y nos interesa recalcar en este apartado, no sólo no desconocen su existencia sino que es para ellos una institución que aunque ajena no es cuestionable.

En cambio, para la gran mayoría de los jóvenes de sectores medios, la universidad está entre sus preocupaciones centrales. Dijimos en esta tesis que hubo un tiempo en el que los jóvenes de sectores medios accedían a la universidad desde un marco importante de certezas: la movilidad social ascendente, la seguridad de una profesión, la pertenencia a un colectivo más amplio que el de la propia juventud. Hoy, los hijos y nietos de esos mismos sectores ven la vida con un amplio sentido de la incertidumbre, lo que no significa necesariamente una mirada negativa o desencantada de la universidad.

En primer lugar, no ha desaparecido absolutamente la idea de que el pasaje por la universidad pueda habilitarles un buen lugar en el mundo del trabajo, pese a que éste ahora no sea sólido ni previsible. Tienen más fe en las credenciales universitarias que en las escolares. Desean, aun sin estar seguros de que eso suceda, poder trabajar de aquello que se estudió.

Esta mirada es pariente algo lejana de la asociación directa entre universidad y ascenso social de otras generaciones pero más bien podríamos pensar, como ya dijimos, que la universidad ocupa un lugar de «paracaídas» para amplios sectores

medios que en las últimas décadas han ido empobreciéndose paulatinamente. Los jóvenes ven a la universidad como un modo de mantenerse, de no caer en la escala social, de seguir teniendo lo que tuvieron sus abuelos, lo que pelearon sus padres. Aunque no es más una aspiración colectiva, sino que se piensa como una serie de estrategias individuales que tendrán que desarrollar para aprovechar las circunstancias, para aprovechar lo que se encuentre, y se ofrezca y entonces de forma también individual forjar el propio destino.

También la universidad es vista por muchos jóvenes como un espacio de entrada a la adultez, que les permite el desarrollo de la propia autonomía. A estos jóvenes a los que se les han desdibujado los ritos tradicionales de entrada al mundo adulto (las dificultades para la formación de una familia, para independizarse económicamente, para incorporarse a un proyecto político, etcétera) la universidad se les aparece como un espacio donde tomar decisiones propias, muy distinto al de la escuela por donde dicen haber transitado sin oportunidad de intervenir sobre lo que acontecía.

A riesgo de interpretar «salvajemente», es decir, de forzar una interpretación, pero avanzando hacia incorporar un elemento más que complejice las problemáticas tratadas, creemos que tal vez en esta valoración de la universidad pervivan ciertos discursos en torno a la fe en la razón y el conocimiento que han sido ejes vectores de la construcción de la identidad de esta ciudad y que no han desaparecido del todo. Lo cual por supuesto no quiere decir que los jóvenes vean a la universidad desde las certezas o la creencia sin fisuras en el progreso. Más bien, podemos leer en estas miradas positivas de la universidad unos residuos, unas apuestas que aunque en crisis, siguen diciendonos algo.

Venir de lejos: la diversidad y la autonomía

Otra de las cuestiones que seguramente está marcando la particularidad de ser joven en la La Plata, tiene que ver con la presencia de gran cantidad de jóvenes del interior de la provincia de Buenos Aires como del resto del país, que viene a estudiar en esta ciudad.

En este punto nos interesa señalar dos cuestiones que creemos pueden estar atravesando algunos de los modos de construir las representaciones de los jóvenes entrevistados: por un lado, lo que podría ser una a cierta capacidad para admitir la diversidad; por otro, una opción o posibilidad para avanzar en un desarrollo de la propia autonomía. Estas dos dimensiones, claro está, aparecen presentes con mayor visibilidad en los jóvenes de sectores medios -son ellos los que vienen a estudiar desde lejos-, lo que no quiere decir que de alguna otra manera pueda estar interrogando a los jóvenes de sectores populares.

La ciudad de La Plata está habitada por jóvenes de distintas procedencias y trayectorias, con experiencias de vida distintas: vienen de pueblos, de ciudades más y menos conservadoras, de ciudades más grandes, de comunidades con historias políticas diferentes... A la pluralidad de modos de ser joven que se encuentra en cualquier comunidad -este es un tema que tratamos desde el inicio de nuestra tesis- se suma aquí la existencia de una población compuesta en gran parte por jóvenes que abruptamente se encuentran compartiendo el espacio común desde procedencias diversas. Que no han crecido compartiendo la misma experiencia de la ciudad.

Entonces, tal vez sea posible pensar que algo de lo que hemos visto en muchas entrevistas -que no es patrimonio sólo de los jóvenes entrevistados, sino que está presente en la bibliografía citada- con respecto a una actitud sensible a la tolerancia, a la aceptación de la diversidad esté siendo potenciada por la experiencia de la vida en una ciudad como La Plata donde cotidianamente, y sobre todo abruptamente, los jóvenes se ven enfrentados a unos otros modos de ser. Que la posibilidad de encontrarse en ámbitos donde unos vienen del norte, del sur, de pueblos muy chiquitos, de ciudades más reaccionarias o más liberales, etcétera, esté aportando a la comprobación de que algunos como ellos hayan visto otras historias y otros paisa-

jes, en fin, otros modos de vivir, y que a la vez puedan encontrarse en un mismo lugar..

Esta misma característica de unos jóvenes que dejan sus hogares familiares, que comienzan a vivir y socializarse en una ciudad nueva, alejados de los padres y de toda la contención de lo conocido, haciéndose cargo de la gestión de sus propias vidas, incluso en ocasiones comenzando a trabajar, hace que la conciencia sobre la propia autonomía, sus límites y posibilidades, esté más presente tal vez que en otros jóvenes de las mismas edades que todavía viven compartiendo la vivienda con los padres.

La ruptura ante las dificultades nuevas a afrontar, pero también el valor de la autoridad sobre el propio destino, son cuestiones que hemos visto en casi todos los jóvenes entrevistados. Incluso en aquellos que son oriundos de La Plata, el convivir cotidianamente con los que llegan de otros lugares, hace que la pregunta sobre la independencia familiar sea aún más visible. Con esto no queremos decir ni que la autonomía sea una preocupación sólo en la Plata -lo cual, a la vista de toda la bibliografía citada sobre juventud en la actualidad sería un disparate- ni que tampoco sea sólo una cuestión de los jóvenes universitarios. Pero sí queremos plantear que tal vez, sólo tal vez, la condición de ser joven en esta ciudad, con estas características, implique la profundización de la pregunta por la autonomía, paradójicamente en una época histórica en que los jóvenes de sectores medios están posponiendo su salida del hogar materno.

3. La ciudad metáfora

Finalmente, cabe volver a aclarar que en nuestra investigación la ciudad de La Plata más que plantear una particularidad en sí misma, tiene su fuerza mayor en la condición de metáfora: la metáfora como desplazamiento de sentido, como figura que consiste en hacer coincidir ideas e imágenes que no son vecinas en un efecto de semejanza que produce una nueva significación; como presentación de una idea bajo el signo de otra menos ¿natural?

La Plata nos permite hablar del quiebre -que es a su vez innovación y resedimentación, continuidad- de una relación entre juventud e instituciones que se había anclado en la concepción del futuro como progreso y que hoy más bien se define en la «revoltura». La Plata, como ciudad del progreso fue pensada para un tipo de sociedad que no fue, que fue de otro modo. Para una condición de la juventud en un modelo de sociedad y temporalidad que no es el actual, y de cuyas transformaciones y resemantizaciones los diferentes jóvenes nos están hablando.

La Plata ciudad del futuro marca, seguramente, los modos en que los jóvenes entrevistados hablan de la vida. Pero básicamente estos modos los marca la disrupción, e incluso en ocasiones la decadencia, del proyecto del progreso y su nuevas/viejas formas. Y ninguno de los dos procesos son patrimonio exclusivos de la ciudad.

(1) En su magnífico trabajo *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, José Luis Romero (Romero, 1976, IVXX) explica cómo la Conquista imagina las ciudades a partir de la anulación de lo previo, de la negación de culturas preexistentes a sus designios. Escribe: “en todos los casos un inmovible preconcepto los llevó a operar -a los conquistadores- como si la tierra conquistada estuviera vacía, culturalmente vacía, y sólo poblada por individuos que podían y debían ser desarraigados de su trama cultural para incorporarlos desgajados al sistema económico que los conquistadores instauraron, mientras procuraban reducirlos a su sistema cultural por vía de la catequesis religiosa. El aniquilamiento de las viejas culturas -primitivas o desarrolladas- y la deliberada ignorancia de su significación constituía el paso imprescindible para el diseño fundamental de la conquista: instaurar sobre la naturaleza vacía una nueva Europa, a cuyos montes, ríos y provincia ordenaba una real cédula que se le pusiera nombres como si nunca los hubieran tenido”. Siglos después, en la ciudad de Dardo Rocha, fue fácil hacer como si nada hubiera existido: aparentemente nada existía, sólo un territorio vacío, una llanura, sobre la cual había que construir una ciudad desde cero y afirmar el proyecto de una razón que iluminándolo todo, arrasara con la oscuridad bárbara. Inscripta en una nación cuya identidad se erigía en la oposición radical de la civilización o la barbarie, La Plata se concibió como el experimento de la razón.

(2) La ruptura es asumida tanto en términos geográficos y geométricos como también en relación a la metáfora de la perfección y el progreso.

(3) Estas representaciones fueron rastreadas en el proyecto «Ciudad/comunicación: prácticas sociales de uso y percepción de la ciudad. « Evaluado y acreditado por la UNLP y el programa de incentivos de la Secretaría de Políticas Universitarias, Ministerio de Educación Argentino, 2001-2002 y dirigido por Florencia Saintout

(4) Cientos de estudiantes día a día transitan el centro de la ciudad y las áreas universitarias haciendo visible su presencia ,que desaparece en el verano cuando la gran mayoría vuelve a sus casas a tal punto que enero para los platenses la plata es una ciudad fantasma.

CÁPITULO XI

LOS LUGARES DEL DECIR: EL FUTURO LLEGÓ HACE RATO



« pero fundamentalmente la gran
marca que define la generación
actual de jóvenes tiene que ver
con una época de gran
incertidumbre, de crisis estructural
y de una profunda vulnerabilidad y
precariedad »

Cuando comenzamos esta investigación, pensar en los jóvenes era una especie de ¿excusa? para pensar los modos en que el mundo está cambiando. Para explorar y reflexionar sobre las maneras en que en la vida social están dándose las rupturas y también las continuidades con aquellas prácticas y saberes que durante larguísimas décadas habían constituido unidades, habían operado con carácter de gran verdad, y que hoy aparecían en crisis. Nos interesaba ver de qué modo se estaba dando el cambio; qué era aquello que sobrevivía a los desplazamientos; dónde estaban las dimensiones residuales; y fundamentalmente dónde estaba lo emergente, lo nuevo, aquello que nos habla también de lo que vendrá. Según Feixa (Feixa, 1999): «Es la novedad lo que da carta a las culturas juveniles -a diferencia de las culturas populares que pueden definirse como rebeldes en defensa de una tradición: las culturas juveniles aparecen muchas veces como rebeldes en defensa de una innovación-. Por eso es posible analizarlas como una metáfora de los procesos de transición cultural, la imagen condensada de una sociedad cambiante en términos de sus formas de vida, régimen político y valores básicos».

En este sentido, los jóvenes se nos aparecían como sujetos clave para la indagación. Como esos informantes privilegiados para hablar del «futuro que llegó hace rato», es decir, de aquello que en nuestras sociedades estaba cambiando y que ellos podían ver como ningún otro porque su socialización, su entrada a la vida pública, se estaba haciendo bajo las reglas de un mundo muy distinto al que habían vivido las generaciones anteriores que hoy se perdían entre la nostalgia de lo ya pasado y la desesperación de no tener los mapas de lo que estaba sucediendo. Pero a ellos, los jóvenes, no les había quedado otra que construir esos mapas para un mundo al cual se enfrentaban sin que las verdades de las generaciones de sus adultos pudieran servirles. No era sólo cuestión de rebeldía por la edad—si es que puede haber algo así como un cuestión de rebeldía «etaria»- la negación de los saberes de sus mayores, sino que fundamentalmente esos saberes ya no alcanzaban. No servían para

entrar a la adultez. No servían para dar respuestas a las crisis, a los movimientos que acontecían a escala global y local al mismo tiempo, a esos cambios que en la Argentina de comienzos de un nuevo siglo tenían signos de movimiento, de incertidumbre incluso ante lo que renacía, pero también de tremenda precariedad y vulnerabilidad social producto de décadas de políticas neoliberales.

Y el explorar en los saberes nuevos que iban construyendo sobre el mundo, en los modos en que estos jóvenes le estaban dando sentidos a la vida, se constituía entonces en una puerta de entrada hacia la comprensión de la realidad social existente más allá de ellos.

Podemos decir ahora que mucho hemos aprendido sobre estas cuestiones a lo largo de la investigación: no sólo de las representaciones de los jóvenes sino sobre los objetos representados (1). Pero también es necesario decir que en el transcurso de la misma, estos jóvenes que en un comienzo habían aparecido casi como «excusa», como metáfora del cambio, se constituyeron ellos mismos en fundamento del objeto de estudio. Hemos aprendido no sólo algo más sobre el mundo social que vivimos, sino que en particular hemos aprendido algo más sobre la condición de ser joven en la Argentina actual. Los jóvenes nos hablaron del cambio y también nos hablaron de lo que sobrevive a las transformaciones estructurales, de lo nuevo y de lo que resiste, y al hacerlo nos hablaron de ellos: sujetos hechos desde las estructuras; estructuras hechas desde los sujetos.

Una de las primeras cuestiones que reconfirmamos sobre la juventud fue la apreciación de que no existe un único modo de ser joven. Que no podemos hablar de juventud en singular, y que de acuerdo al lugar que se ocupe en el espacio social, de acuerdo al género, a los capitales materiales y simbólicos por los cuales se esté atravesado, se es joven de diferente manera. Estas diferentes maneras explican que nos hayamos encontrado a lo largo del trabajo con representaciones o percepciones de la realidad social muchas de ellas en conflicto, en yuxtaposición, o simplemente diferentes unas de otras. Pero a la vez, confirmamos la idea de que todos

más allá de las diferencias están atravesados por una época lo que nos permite también poder hablar de ellos en singular: la juventud.

Es así que en el caso de los jóvenes con los que trabajamos, estas marcas tienen que ver con un momento histórico donde las formas de producción, circulación y consumo culturales trastocan las fronteras de clase lo que a veces hace difícil la correspondencia mecánica entre sector social y cultura: en ocasiones, hemos visto claramente la diferencia entre ciertos posicionamientos y representaciones de los jóvenes de sectores populares con respecto a los de sectores medios, pero en muchas otras ocasiones nos encontramos con que las diferencias no están, y que los jóvenes de ambos sectores se encuentran construyendo unas mismas representaciones desde situaciones disímiles.

Por otro lado, una señal de época claramente visible desde la cual se constituye la juventud en la actualidad tiene que ver con la extensión de la categoría de juventud a otros sectores etarios distintos a los tradicionales. Es decir, estamos ante una juvenilización de la sociedad, donde la distancia con la generación inmediatamente anterior es en ocasiones muy difusa –lo que no quiere decir que no exista- y que nos ha llevado a indagar sobre las generaciones aún más viejas y sus rupturas con las actuales.

Pero fundamentalmente la gran marca que define la generación actual de jóvenes tiene que ver con una época de gran incertidumbre, de crisis estructural y de una profunda vulnerabilidad y precariedad. Una época donde la Argentina, en un contexto global de replanteo de los sentidos e imaginarios que durante años permitieron cierta cohesión social, se encuentra a su vez con una mayor fragmentación y tendencia hacia la polarización. Polarización y a la vez, fragmentación. Lo que por supuesto no significa que las consecuencias, límites y posibilidades para los diferentes jóvenes sean las mismas, que vivan de la época de la misma manera, pero sí que todos de una u otra forma están constituidos por ella, deben darle sentido. Deben nombrar este contexto de revuelta, de crisis (Ver: Incertidumbres...).

En este tiempo de incertidumbre, donde el pasado se oculta y el futuro es indeterminado para todos los sectores sociales, es que muchos jóvenes han aprendido a navegar como ningún otro actor por las aguas de desorden, del «orden roto». Por aquellos territorios donde los mapas de sus abuelos definitivamente no les alcanzan y los de sus padres están borrosos. Han aprendido a ser elásticos, a inventar respuestas: las familias pueden tener infinitas formas; la política se redefine en una murga, cantando y bailando en una plaza; la escuela puede servir para muchas otras cosas cuando ha dejado de ser un trampolín de ascenso social; el trabajo se aleja del sacrificio invertido en el mañana, marca de una identidad de hierro, para tener por sobre todo un valor instrumental. El tono en el que hablan, entonces, tiene mucho de una ironía que les permite reírse de lo que podríamos pensar como procesos de desinstitucionalización, donde los cimientos de las instituciones tradicionales se están resquebrajando. Los criterios de autoridad, y las figuras que las sostenían prescribiendo un mundo que ya no es, se desdibujan y dan lugar a la pregunta, a la doble lectura o la lectura en diagonal donde se imprimen nuevos sentidos.

Pero la creatividad, o la ironía como género de comunicación ante la incertidumbre e incluso la vulnerabilidad, no esconden otra de las grandes claves de lectura sobre la juventud que tiene que ver con la angustia de encontrarse tantas veces con caminos sin salidas, con vías muertas. Saberse en una sociedad excluyente, fragmentada, donde les costará –a unos muchísimo más que a otros- encontrar trabajo, darle sentido a lo que aprenden en la escuela, formar una familia. Que les costará incluirse y definir un destino común, lo que se vive también con una inseguridad angustiante.

El pasaje a la vida adulta que para las generaciones anteriores era de alguna manera prefijable, para ellos se vuelve caótico y para nada claro, lo que les da a la vez libertad de inventar otras opciones a las de sus mayores, pero también una vulnerabilidad que en ocasiones es vivida con desolación. Nadie les puede decir hacia donde ir -los que «fueron» antes lo hicieron para lugares que a ellos no les convence, y que además, hoy parecen estar cerrados como opción- y el mundo en el que están saben que es del todo frágil. Esta fragilidad la viven al mismo tiempo como libertad y angustia.

Las dos dimensiones las hemos visto en la mayoría de los relatos de los jóvenes entrevistados. Hay en algunos de ellos un claro saber de los límites, de las puertas cerradas, de lo que resulta mucho más complicado de resolver que para las generaciones anteriores. En los diferentes sectores sociales hay una idea de limitación, aunque por supuesto de diferentes modos. Por ejemplo, los chicos de los sectores medios piensan que están estudiando y se están formando en unos conocimientos que no saben si luego van a ser ajustados a un mercado de trabajo: sienten que trabajar de lo que estudiaron es más un privilegio que una salida lógica. Por otro lado, los de sectores populares que todavía no han dejado la escuela, saben que es muy probable que tengan que abandonarla porque ya no se conjuga con la necesidad y las condiciones del trabajo precarizado. Por supuesto que esta dimensión de las limitaciones no aparece sólo de forma tematizable, conciente, sino que incluso está en ellos incorporada como saber en procesos de naturalización, lo que se hizo visible cuando abordamos cuestiones relacionadas con las diferentes dimensiones de la ciudadanía. Aunque especialmente en los sectores populares, la mayoría de los jóvenes se sienten perdidos frente a la demanda de sus derechos ante el estado: no perciben la condición de ser sujetos de derechos. El caso en relación al mundo del trabajo es el más llamativo, ya que allí ellos han naturalizado que las condiciones de precarización e incluso de explotación son normales, que no se puede hacer nada al respecto ni reclamarle a nadie. Lo mismo sucede con la política. Han asumido que nadie los representa, que entonces es imposible a través del sistema de partidos hacer algo para transformar la situación y, ya que no hay lugar allí para ellos, retirarse es la primera respuesta.

En este orden, la descuidadización es absolutamente clara en el saber de los jóvenes sobre la inexistencia de la condición de igualdad de cada uno de ellos (Nuñez). Saben, perciben, e incluso casi se podría decir que aceptan –si a este verbo no se le otorga siempre características de reflexividad conciente o voluntaria– que no todos son iguales, que no poseen los mismos derechos, lo cual se enmarca en la gran dificultad que tiene la mayoría para reconocer que el pasado pueda haber sido de otra manera. Muchos de los chicos desconocen que para las generaciones de sus abuelos, e incluso tal vez para las de sus padres -aunque aquí sea más

problemático-, el trabajo, la política, la educación, etcétera, fueron vividos como derechos irrenunciables que debían ser garantizados por el estado. A lo sumo tienen una vaga referencia de que «antes era de otra forma», pero tan lejana e imprecisa que se desconecta por completo de la realidad que ellos atraviesan (2).

El saber de las restricciones o límites estructurales, en su aceptación natural o en su reconocimiento reflexionado, nos podría estar hablando de procesos de descuidanización crecientes de los cuales los jóvenes son protagonistas. Los chicos no conocen sus derechos y menos la posibilidad de pelear por ellos: ¿ante quién hacerlo? ¿Con quién? ¿Qué pelear?, se transforman en interrogantes que no sólo no son capaces de resolver sino que en ocasiones ni siquiera pueden formular.

Sin embargo, el conocimiento de las limitaciones no les impide tener también esperanzas en el futuro, que ya no se presenta de manera contundente, con certeza, posible de ser programado sino que por el contrario es volátil, azaroso, e impredecible. El futuro tampoco es un camino hacia el progreso sino que puede tener infinitos recorridos y discontinuidades, estando revuelto claramente con el presente. Pero el futuro está, y aunque por momentos sea vivido con temor y angustia, también tiene una dimensión esperanzadora: no todo está dicho. Justamente la incertidumbre permite pensar que tal vez haya posibilidades, que aunque se conozcan las restricciones y límites, lo que «es así» podría ser que el azaroso tiempo por venir azarosamente lo modifique. Es verdad también que en más de una ocasión el presente se les aparece eterno y no logran esperar ningún cambio. Que la vida está dada y el futuro sólo es la proyección inmutable de más presente, o de más miedos. Pero no siempre es así, y más allá de que la marca de la temporalidad juvenil actual sea el presente, el futuro, cargado de nuevos sentidos, existe.

Nos preguntamos entonces de qué habla esta conjugación de un saber sobre los límites con las aspiraciones y expectativas sobre su modificación casi a manera de fe: ¿significan éstas un puro ejercicio de la imaginación al vacío? Porque ellos saben de los límites estructurales y al mismo tiempo esperan otra cosa, pero de un modo que algunos llamarían ciego. Y si es un ejercicio de imaginación «poco realista», de qué nos habla esto. Tal vez sólo de una marca del deseo, pero tal vez también de un

modo de resistir a que la incorporación de que los límites sea una verdad que no se discute ni transforma. Nos estaría hablando entonces de una posibilidad de cambio de las constricciones estructurales. Es entonces cuando pensamos que ante la idea dominante de que a los jóvenes nada les interesa, que están ahí, como pasotas de la vida, se opone esta imaginación del futuro como táctica (Certeau, 1997, p. 43), como ingenio para participar de algún modo de lo que vendrá: «Llamo táctica a la acción que determina la ausencia de un lugar propio... Este no lugar le permite sin dudas la movilidad pero con una docilidad respecto a los azares del tiempo, para tomar al vuelo las posibilidades que ofrece el instante. Necesita utilizar, vigilante, las fallas que las coyunturas particulares abren en la vigilancia del poder propietario. Caza furtivamente. Crea sorpresas. Le resulta posible estar allí donde no se le espera. Es astuta».

1. Una síntesis

1.1. Las instituciones

Decíamos que jóvenes, al contarnos de ellos nos contaron también del mundo donde viven. De aquello que pervive de las generaciones anteriores, que es pasado con efecto de presente, y también de las dimensiones emergentes de un nuevo mundo. A partir de sus relatos, que fueron contruidos desde preguntas ligadas al cambio y la permanencia en ciertas instituciones tradicionales de la vida moderna -la familia, la política, la escuela y el trabajo- pudimos ordenar un posible mapa sobre cuáles son estas transformaciones y cómo es que las están viviendo, cómo les están dando sentido. Finalmente, cómo es que están moldeando en este renombrarlas lo que vendrá.

1.2. La familia

La familia está en desorden (Roudinesco, 2003), ha cambiado su orden tradicional y hoy se está reconstruyendo de otro modo. Nuestra exploración nos llevó en este camino, mostrándonos qué nuevas dimensiones tiene hoy una de las instituciones

que con mayor fuerza ordenó los vínculos afectivos y sociales durante más de un siglo. Pero también vimos cómo, a pesar de la crisis, mucho de aquello que fue su cimiento todavía está en pie en las representaciones elaboradas por los jóvenes.

La familia hoy ya no se restringe a un modelo monoparental heterosexual legitimado a través del matrimonio, sino que se abre a múltiples modelos de relación que trastocan la idea de UNA familia. Los jóvenes en general conciben más ampliamente que las generaciones anteriores los modelos posibles de constitución de los lazos familiares, viviendo con naturalidad no sólo los modelos de las llamadas familias ensambladas sino incluso la idea de las familias formadas por hombres o mujeres del mismo sexo. No hay un único modelo sino múltiples, como también son múltiples los discursos legitimadores de las diferentes formas de armar las parejas, donde el matrimonio legitimado en el amor romántico es sólo una de ellas.

En estas nuevas familias, además, las estructuras de poder tradicionales -patriarcales, donde este se distribuye verticalmente en una línea fija de padre, madre, hijo varón, hija mujer- están siendo rediscutidas y vemos procesos donde la autoridad circula y las posiciones van cambiando. Y aunque es muy visible en los jóvenes de sectores medios, también podemos pensarlo en los jóvenes de sectores populares que a pesar de la permanencia fuerte de un predominio masculino, en sus discursos hay un desplazamiento hacia al menos la pregunta por la vigencia de roles tradicionales de género definidos por la subordinación femenina.

La constitución de una familia, por otro lado, no es el único destino posible para los jóvenes –más marcadamente en los sectores medios- sino que las opciones se abren hacia otras posibilidades, siendo las chicas de sectores medios las que más claramente plantean sus dudas con respecto a los caminos a recorrer: no sólo piensan la postergación de la maternidad -luego de los estudios, luego de «la vida», de hacer otras cosas- sino en ocasiones hasta se permiten pensar la no maternidad, o la femineidad sin su absoluta ubicación como maternidad. Situación que se da de manera completamente distinta en las jóvenes de sectores populares ya que en ellas la

maternidad es más bien temprana y significa la ilusión de liberación de una estructura de poder familiar en la que se encuentran en desventaja.

Finalmente, en la gran mayoría de los jóvenes y fundamentalmente en los sectores medios, la familia como institución está interpelada desde una apelación a la subjetividad, a la emoción e incluso -aunque a simple vista parezca contradictorio- al desarrollo de la propia autonomía. Y también, como dijimos, la familia es vivida como refugio ante tanta intemperie provocada por la incertidumbre y la vulnerabilidad que marca la época en la que están viviendo.

Podemos decir que estas nuevas familias son para los jóvenes formaciones tal vez más democráticas de lo que fueron para sus antecesores. Que son espacios menos restrictivos y más plurales, lo cual a la vez nos está hablando de unos jóvenes también con mayor capacidad para absorber y crear la diferencia. Y aunque esto no se da de igual forma en todos los sectores sociales, pareciera que estamos ante una familia que da lugar a la autonomía de sus miembros.

Pero junto con los cambios, pervive una idea de familia como refugio, como lugar de los afectos. Incluso tal vez esto sea más intenso que en otros momentos debido al temor con que se vive el afuera, pero la idea de que el nido de los afectos es el espacio de la familia no es nuevo y se reproduce en las representaciones que sobre ella tienen los jóvenes en la actualidad. En este sentido, la familia como institución puede estar cambiando, puede estar en tránsito hacia nuevas formas y ordenes, pero ocupa un lugar muy fuerte en los imaginarios de estas nuevas generaciones, en sus expectativas y vivencias: la familia no ha desaparecido, sino que se está redefiniendo desde lo ya conocido.

1.3. La escuela

Sabemos de la crisis de un modelo de escuela. Sabemos también que esta crisis está en estrecha relación con un retiro del estado, con los efectos del deterioro económico e institucional, con una crisis que va más allá de la Argentina aunque aquí

adquiera dimensiones propias. Los jóvenes nos han hablado de ella y nos han dicho algunas cosas más. Como por ejemplo, que ya no garantiza ni esperan la movilidad social ascendente a través de la educación -a lo sumo, en los sectores medios, la posibilidad de no seguir cayendo-. O que los saberes que allí se enseñan les significa muy poco, no son los únicos, no están legitimados como los verdaderos. Si para sus padres o abuelos la escuela garantizaba la posibilidad de aprender algo valioso, para ellos esto es relativo y hoy cumple otros papeles: la escuela como pasaje a la universidad en los jóvenes de sectores medios; la escuela como defensa, como herramienta mínima para defenderse en un mundo adverso en los sectores populares.

Por otro lado, el libro y su matriz escritural ha sido desplazado del horizonte de saberes valorado por los alumnos, que van incorporando a través de las tecnologías de comunicación e información destrezas nuevas relacionadas con la capacidad de comprender la fragmentación y la superposición, con la posibilidad de una lectura no lineal, con habilidades para construir nuevas representaciones del tiempo y el espacio. Pero sin desechar de ninguna manera estos nuevos saberes y sus potencialidades, señalamos dos cuestiones que no deberíamos perder de vista. Por un lado, estas alfabetizaciones posmodernas, o estas nuevas alfabetizaciones tecnológicas, se dan de manera desigual: no todos acceden a ellas de la misma manera, sino que los grados de complejidad y desafío que se les plantean a los jóvenes de sectores populares son menores, limitándose a veces a la sola relación con la tv o los video games públicos.

Por otro lado, ante este desplazamiento de la escuela, no podemos dejar de preguntarnos qué sucede con la adquisición de competencias como la argumentación, la crítica, la escritura, el discurrir lingüístico, que históricamente estuvieron bajo su dominio y que hoy siguen siendo de un gran valor en el mundo del trabajo y de la política, pero que con la primacía de una socialización básicamente mediática se van desvaneciendo como capitales de los jóvenes. Además, las informaciones y destrezas propuestas por una cultura mediática se hacen sobre la base de un sistema hegemónico por las lógicas de mercado que tienen como objeto primero la reproducción del capital. Por lo tanto, la preocupación por la formación de ciuda-

danos críticos no forma parte de los objetivos de la interpelación a los jóvenes, sino que se los convoca y seduce en su carácter de consumidores. Con una escuela replegada, con una escuela que no convoca y conmueve a los jóvenes, estos se quedan con muy pocos espacios para desarrollar unas capacidades hasta el momento ligadas estrechamente al ejercicio de la ciudadanía.

Otro punto insoslayable que vemos desde las representaciones de los jóvenes, tiene que ver con el corrimiento de la escuela de uno de los papeles que mejor ha jugado en la historia argentina: el de garantizar el acceso a una cultura común -construida y legitimada a través de relaciones de fuerza y sentido-, a un modo de conocer y ver la vida común para los diferentes sectores sociales. Este ideal democrático luego de la implementación de modelos políticos y económicos excluyentes se ve severamente cuestionado con un sistema escolar que podría decirse tiende a la polarización -escuelas pobres para pobres; escuelas ricas y distintas para ricos- y a la fragmentación.

Al respecto hacemos nuestras las reflexiones de Beatriz Sarlo (Sarlo 2001, p.103): «Lo que el Estado no hace en la Argentina no podrá hacerlo nadie: la injusticia en la distribución de oportunidades educativas es sencillamente criminal. Confía el futuro a una batalla donde la ley es que cada uno se arregle como pueda, según sus ingresos y según la capacidad de las familias libradas a sí mismas. La configuración cultural de la sociedad futura pasa a ser competencia de las fuerzas del mercado educativo. Y, para coronar esta entrega, la cultura juvenil queda presa del mercado de los medios masivos de información en una dinámica sin contrapesos. Cuando la administración educativa pierde poder y recursos, los grandes ministerios de educación son en verdad los gerentes y programadores del mercado, cuyos valores no impulsan una sociedad de ciudadanos iguales sino redes de consumidores fieles». Los jóvenes nos hablan de la ausencia de una cultura común reemplazada por una creciente segmentación basada en procesos de desigualdad y diferenciación. Y más allá de la apología del fragmento de los últimos años, o más allá también de la nostalgia por las grandes narrativas, quedará por ver las dificultades inmensas que esto plantea para las formulaciones de proyectos comunes inclusivos. Sobre todo,

atendiendo también a que los chicos siguen esperando de la escuela. Lo cual nos anima a afirmar que una de las instituciones más demandadas, o menos indiferentes para ellos, o tal vez mayormente depositaria de expectativas -aunque estas no vayan en una misma dirección ni sean formuladas de manera clara, por lo contrario, más bien se enuncian ambiguamente- sea la escuela.

1.4. La política

Tal vez el No más rotundo ante un orden válido para otras generaciones es el que se erige contra la política entendida como sistema de partidos y representaciones. Los jóvenes, como integrantes de toda una sociedad que sospecha y descrea del sistema político vigente, se declaran apolíticos y ponen en cuestionamiento no sólo a ciertos nombres propios sino a todo un modo de concebir la política. No les alcanza con repudiar unas prácticas y unos sujetos, es decir, no condenan sólo a los políticos sino que su rechazo es tan fuerte que de alguna manera podemos pensar que se extiende hacia todo el sistema. Esto por supuesto no es difícil de entender en un contexto histórico de sucesivos fracasos e incluso a veces traiciones que protagonizaron diversos dirigentes en las últimas décadas, lo que ha ido provocando un nivel altísimo de cuestionamiento en toda la sociedad. Estos jóvenes acceden al espacio público en momentos en que las reglas de juego que lo constituyeron tradicionalmente están sospechadas por amplios sectores sociales, y es entonces cuando no pueden ni quieren diferenciar entre sistema y actores, o específicamente entre sistema político y políticos: todo entra en la misma bolsa y todos son destinatarios de la condena. Pero nos interesa señalar especialmente cómo es que tal vez en la negación estemos encontrando un «no» profundamente político: un «no» colectivo que a su vez habla de unas otras concepciones de lo político más allá de sus formas tradicionales. Que esté fundando nuevos modos y nuevas reglas de ingreso y participación en el espacio público.

Es en este marco donde ubicamos la pelea por la inscripción de la subjetividad y las emociones en los territorios que habían sido históricamente definidos desde su ahogamiento dentro de los grandes proyectos o macroestructuras. Mientras dicen que

nadie los representa, que no quieren que nadie los represente sino ellos mismos, emergen las historias mínimas y los intereses cotidianos. Si para sus abuelos, e incluso en ocasiones para sus padres, lo político se definía en proyectos donde lo colectivo subsumía a lo individual, y donde los grandes objetivos primaban por sobre las historias personales, para los jóvenes de hoy esto ha dejado de ser así. El deseo, el nombre propio, la consigna por la identidad, el género, se transforman en causas que no están dispuestos a resignar en pos de un colectivo superior o en niveles de institucionalización que los diluyan.

De la misma manera los escenarios de la política se hacen otros, siendo la cultura uno de los espacios claves de disputa. Marcar con nombre propio el espacio común pareciera ser la consigna. Y hacerlo a la vez desde una redefinición del poder, donde este se vuelve menos moral y más ético; menos vertical y más plural.

Por otro lado, a diferencia de décadas atrás, cuando la política se construía desde una mirada puesta en el futuro –más lejano, más inminente, pero futuro al fin- hoy los jóvenes nos hablan de una política anclada en el puro presente que los lleva a la adhesión o la impugnación de no proyectos sino de diferentes causas con principio y fin, lo que muchas veces para los mayores se lee como incoherencia. Pero justamente la idea de coherencia no entra porque lo que falta es un proyecto de continuidad, y entonces, las adhesiones empiezan y terminan con la causa, y luego estamos ante una nueva/otra interpelación.

Los jóvenes hoy nos están hablando de unas maneras de lo político en cuestionamiento –lo que no quiere decir en desaparición- y de nuevos registros o caminos para pensar lo emergente. Pero no queremos dejar de lado que junto con ello, en el rechazo y el asco a lo que algunos llamarían la política tradicional, podemos leer la imposibilidad de inclusión dentro del sistema de partidos que hasta el momento es el único espacio de disputa por el estado. Los jóvenes, como otros sectores, tratan de actuar al margen o «distrayéndose» de los sistemas de partidarios tradicionales pero aún cuando plantean formas de acción y reflexión sumamente interesantes y creativas, necesarias de ser contempladas para pensar los modos de constitución

de lo político en la actualidad, no han reemplazado la función que históricamente han tenido los partidos en el gobierno de los distintos intereses sociales. Por lo tanto, quedan afuera de la posibilidad de intervención más allá de los micro espacios cotidianos y esto, si leemos el tono de bronca que marca la idea de rechazo a la política, podemos leer también que no les es indiferente . Los jóvenes no son indiferentes a la política.

1.5. El trabajo

Si algo nos ha quedado claro con respecto a la institución del trabajo es que la llamado cultura del trabajo, anclada sobre la idea del sacrificio de hoy para el forjamiento del mañana, no opera de en las generaciones actuales como lo hizo décadas pasadas -lo que no quiere decir que haya desaparecido- . Nos es posible para las nuevas generaciones apostar a la renuncia del presente en pos de un futuro que se les presenta como incierto. Como tampoco las condiciones materiales del trabajo les permiten construir un tipo de identidad ligada a él, donde se resuelvan las relaciones sociales. El trabajo para los jóvenes tiene básicamente un carácter instrumental que les posibilita en el mejor de los casos resolver necesidades de la vida cotidiana, y aunque le dediquen muchas horas del día, sus vidas, o las maneras que tienen de definir las prioridades de sus vidas, no se basan en él. Es decir, no es el trabajo el centro de la definición de lo que son, de lo que quieren ser, de lo que les importa, aún cuando su resolución signifique una de las temáticas más angustiantes. Es que justamente otra de las cuestiones que de manera contundente debemos señalar es que todos los jóvenes, sin distinción de sector social, saben que ahora o en algún momento de sus vidas, tener un trabajo puede resultar del todo problemático. Algunos más profundamente, otros menos, todos conocen las condiciones de inestabilidad y precariedad del trabajo. Han crecido en un mundo que se desplazó desde la industria hacia la información –con las consecuencias de desestabilización del empleo que esto conlleva- y en una región donde la flexibilización y precarización se instaló desde sus infancias. Han crecido también viendo las consecuencias que esto generó en los adultos, distintas de acuerdo al sector social, pero presentes en todos. Entonces no pueden pensar que exista una dimensión de la certeza, de la

seguridad y del mañana en lo laboral y saben que tendrán que moverse a la deriva, lo cual les permite desarrollar nuevas capacidades pero también nuevas angustias. Los jóvenes nos hablan hoy de un mundo del trabajo anclado en el presente y en la intemperie.

Es en esta intemperie donde han desaprendido algo que sus abuelos habían naturalizado: la asociación entre trabajo y ciudadanía. En ningún lugar es tan claro como en este el proceso de descuidanización que enfrentan las nuevas generaciones. De varias maneras han asumido la ausencia de derechos que antes eran pensados como básicos, y la relación con el trabajo se restringe a una serie de obligaciones que tienen con sus empleadores, pensadas incluso en términos individuales. Las relaciones laborales se regulan desde las reglas de mercado liberal, con la ausencia cada día más notoria del estado, y los jóvenes -que nunca conocieron otra cosa- no cuestionan ni reflexionan al respecto.

Como ya señalamos este proceso que podríamos pensar como de descuidanización se da claramente en otras esferas más allá del trabajo, pero aquí es donde pudimos percibir que se hace más visible, siendo la esfera de la educación el territorio donde menos presente está: en líneas generales los jóvenes con los que trabajamos siguen pensando la educación como un derecho universal, incluso demandable al estado. Y aunque por supuesto no existe un espacio exclusivo para los jóvenes, y esta es una realidad vivida también por otras generaciones, es en los jóvenes otra vez donde de manera más obscena está presente ya que ellos están al frente, en frente de las transformaciones.

(1) Esto lo hemos planteado en más de una ocasión: no creemos que existen unas instituciones al margen de las representaciones sociales sobre ellas. Es más: las instituciones sociales están hechas de las representaciones que los sujetos construyen. Pero también estas representaciones se hacen desde ciertas dimensiones estructurales ajenas a sus voluntades y conciencias que también los preceden: sujetos que hacen estructuras; estructuras que hacen sujetos.

(2) A comienzos de la década del noventa, cuando Javier Auyero hace su investigación sobre jóvenes de sectores populares, ve que los chicos tienen un registro claro de la existencia en las generaciones anteriores de un “imaginario cultural reivindicativo” junto con un estado que garantizaba la ciudadanía. Esto, quince años después, parece ser distinto. Los jóvenes de hoy no tienen ese registro, o es borroso, lo que habla de dos cuestiones: por un lado, sus padres, a diferencia de sus abuelos, han vivido muy desde temprano la ruptura del estado de bienestar y en todo caso transmiten su decepción; por otro, habla del quiebre en el traslado generacional de abuelos a padres y de ellos a nietos.

CÁPITULO XII

LA INCERTIDUMBRE NO ES LA MISMA: ENTRE LA CELEBRACIÓN Y EL MIEDO AL DESTINO



« el azar, la suerte, esta dimensión de la vida que escapa a cualquier capacidad de control a través de la razón, juega un papel importante, pero no tanto como en los sectores más vulnerables»»

Venimos afirmando que la incertidumbre, que el riesgo, es una de las marcas de época contemporánea que comparten los diferentes jóvenes: ninguno de ellos está al margen de este momento histórico y es así como claramente han elaborado representaciones sobre ella. Uno de los núcleos centrales de las representaciones de la vida social tiene que ver justamente con la idea de la incertidumbre, con la imposibilidad en el mundo actual de definir el futuro y el presente sin profundas vacilaciones. Sin embargo, podemos pensar también que no todos ellos construyen la incertidumbre de la misma manera. De acuerdo al sector social al que pertenecen, al género, a la edad, los jóvenes le dan sentidos distintos.

Básicamente, podríamos hablar de estas diferentes representaciones a través de las siguientes tipologías: la incertidumbre como celebración; la incertidumbre como «el dejarse llevar»; y finalmente la incertidumbre como adversidad.

1. La incertidumbre como celebración

No tener reglas fijas, que los ritos no sean siempre sagrados, poder andar por verdades sospechadas, es una de los caminos a la libertad para muchos jóvenes. Es uno de los modos en que se anuncia la propia subjetividad. Que las fronteras que fueron tan tajantes para sus abuelos, o que al menos ellos las ven como tan tajantes e inamovibles puedan ahora ser trastocadas en un mundo que ya no sabe bien hacia dónde va significa para ciertos jóvenes una manera de poder decidir sobre ellos mismos: *«Antes, cuando los viejos de mi vieja eran chicos, no se podía hablar en la mesa, los chicos debían ser lo que los padres decían. Pero hoy eso es distinto, porque tus viejos saben que no saben. Por ejemplo mi vieja me dice que estudie lo que quiera, porque igual nada me garantiza tener un buen trabajo, y*

capaz que me pierdo de hacer algo que me gusta y que disfruto toda la vida. Antes eso no se podía pensar; mi vieja es abogada como era mi abuelo, y como quería que fuera el viejo de él». (entrevista 6)

En la representación de la incertidumbre como posibilidad se ubican algunos de los jóvenes de sectores medios que pertenecen a aquellas familias de «los que ganaron», o al menos de los que no perdieron, que no descendieron en la escala social en los últimos años y que al romperse algunas certezas ven en esto una gran diversidad de opciones para sus vidas que va de la mano de una presencia más fuerte de la propia individualidad.

Sin entrar a discutir afirmación precisa de que el mundo sea efectivamente hoy más incierto que en las generaciones anteriores, lo que sí es posible decir es que los jóvenes lo ven y lo nombran así, con menos caminos preestablecidos y con menos saberes acerca de lo que vendrá. Entonces, cuando todo, o casi todo es posible, los horizontes de expectativas se amplían y el encuentro con algo muy parecido a la libertad se hace presente. Una libertad que se vive como individuación, como posibilidad de encuentro con uno mismo.

El azar, la suerte, esta dimensión de la vida que escapa a cualquier capacidad de control a través de la razón, juega un papel importante, pero no tanto como en los sectores más vulnerables. Y es así, porque hay en ellos una confianza en la capacidad de intervenir ante la multiplicidad de opciones. Para ellos, que «esté echada» no es parte de sus representaciones, ya que ellos imaginan un futuro en el cual podrán incidir sobre el trazado de sus destinos, donde las opciones parecieran ser múltiples. La incertidumbre es entonces un abanico de posibilidades, complejo y nada lineal, sobre el cual ellos irán optando.

En estas representaciones sí vemos algo muy parecido a lo que describe cierta literatura europea, por ejemplo Beck (Beck, p.205), sobre los procesos de individuación de las sociedades. De qué manera es que éstos son vividos como libertad, más que como pérdida de viejas solidaridades y viejos valores. El habla de la

biografización de los jóvenes en este momento de crisis de las instituciones tradicionales: de la capacidad de los jóvenes de volverse activos, de luchar y configurar por sí mismos la propia vida, del descubrimiento y la invención de sí mismos. Dice que en la sociedad del riesgo, de la incertidumbre, «la vida propia se transforma en un problema cotidiano de acción, puesta en escena y presentación de sí misma. Se consigue porfiando tenazmente, se defiende como un lobo y se asegura contra los ataques de los adultos que siguen sin saber por donde va la cosa». Es decir que la individualización en tanto tal se convierte en el tema de los jóvenes. Se vuelve para ellos algo evidente, tal vez el núcleo de la imagen que tienen de sí mismos. Los jóvenes son vanguardistas de la vida. Saben cómo escalar túneles, apuntalar y asegurarlo todo contra controles y desmoronamientos.

Esta idea de vanguardia, de libertad, de acción, en un contexto de movimiento, es quizás una de las claves de lectura del modo en que ciertos jóvenes, aquellos que más capitales materiales y simbólicos poseen, que mejor ubicados en el espacio social están, construyen sobre la incertidumbre, tanto aquí, en la ciudad de nuestra investigación, como en otras del globo.

2. El dejarse llevar (con un ojo bien abierto)

En cambio, para otros, la incertidumbre y la ausencia de un recorrido fijo para pensar el futuro, no es vivido como libertad sino como una especie de plataforma predicha, ajena a sus voluntades y conciencias, donde sólo quedará navegar en ella de la mejor manera posible. Navegar, entregarse a la deriva, ir descifrando los signos del recorrido a medida que aparecen: esa podría ser la consigna. Como diría Martin Hopenhayn (Hopenhayn, 2005): «la juventud está hoy en una situación más de limbo que de moratoria. Los jóvenes no saben si lo que hacen hoy se traducirá en logros para el mañana, y tampoco tienen una oferta ni una producción ideológica que les permita proyectar con certezas su presente personal en un futuro colectivo distinto. Viven en un estado de atemporalidad juvenil. Sin perspectivas claras de empleo, de autonomía material ni de utopías, la juventud flota sobre un presente continuo y al mismo tiempo recibe los mensajes de otros actores, más viejos, sobre

la importancia de prepararse para competir». De estos jóvenes se sigue esperando algo, no se sabe muy bien qué, pero se sigue esperando. Están adentro.

Hijos de unas generaciones que vieron el fracaso de la idea de sacrificarse hoy para los beneficios del mañana, no ven la incertidumbre como posibilidad pero tampoco la ven de manera crítica o angustiante: más bien la nombran como un «dejarse estar» al cual deben acostumbrarse como individuos. Sus padres o abuelos, muchos de ellos profesionales, fueron los que apostaron a una reglas de juego que basadas en los méritos personales -la profesión; el estudio- les iban a garantizar una mejor posición social y económica. Un tipo de expectativa construida en términos muy generales por todo el marco del relato del Progreso moderno, pero que en la ciudad de La Plata, por su configuración social originaria, constituida ampliamente por sectores medios y con una gran valoración por la universidad, tuvo una inmensa presencia.

Pero el ascenso no fue así, y el poseer méritos propios no los llevó necesariamente a un lugar mejor. Hay algo de estafa, de caos en las representaciones del tiempo que les toca vivir: *«Yo te digo lo que escuché siempre, que estudiaron, que hicieron todo bien, y viene cualquiera y te saca el lugar. Que acomodan a cualquiera, porque es hijo de, porque viene por. Yo estoy como practicante sin cobrar un centavo, y ya se que mañana, cuando me reciba, yo me puedo haber pasado diez años así y ponen al hijo del director. Igual a mí me sirve para aprender y el día de mañana manejarme mejor, cuando tenga la oportunidad lo demuestro. Espero»* (entrevista 20).

Es sí que el dejarse estar, o dejarse llevar tiene una marca claramente individualista. Porque las reglas comunes que garantizaban ascenso se rompieron, pero además, en el caso del ascenso a través de una profesión o de la educación que eran personales, también la salida pareciera ser que se viven individualmente.

Ellos se ven a sí mismos navegando en un mar del todo caótico, donde no hay brújulas, solos. Entonces, podrán o no moverse exitosamente: si es que como indi-

viduos son despiertos, si algo se les aparece y saben tomarlo. Ahí tal vez esté una de las claves de la navegación: en que puede aparecer –no todo está perdido, no todo es oscuridad, puede haber posibilidades- pero depende de ellos el poder hacer algo con lo que el azar les trae que los lleve a un buen destino. Es cuestión de azar, pero no sólo de ello, sino también de capacidades personales, de audacia, de inteligencia para aprovechar la oportunidad. Un «*poco de las dos, pero más de azar que de capacidad*» (entrevista 12).

A diferencia de los chicos del apartado anterior, que confían con fuerza en sus capacidades de agencia, de intervención, que incluso casi tienen una confianza de clase o de sector en esta capacidad de «tomar la incertidumbre a favor», en estos otros jóvenes hay conciencia del azar que puede o no jugar a favor de acuerdo a la capacidad personal. Hay confianza en uno mismo, pero hay mucho del azar que no se maneja y que puede llevarlos a cualquier mar, incluso al de las aguas más turbias. Y ellos allí no pueden hacer nada, sino sólo dejarse estar con un ojo abierto para pescar, si es posible.

3. La incertidumbre como adversidad: ser vulnerable. El destino y el miedo

Finalmente, en los jóvenes de sectores populares empobrecidos, el modo de nombrar la incertidumbre tiene que ver con su asociación a la idea de vulnerabilidad y precariedad. A la incapacidad de tomar decisiones deseadas sobre la propia vida y sentir los límites con contundencia ante la adversidad de los tiempos vividos. La incertidumbre sigue asociada a la imposibilidad de estar seguros, pero fundamentalmente a la idea de límite y de fragilidad extrema que se vive además como destino.

Si vemos que la gran mayoría de los jóvenes dicen hoy no tener certezas sobre lo que vendrá, no para todos esto significa desamparo o límite. Si en los jóvenes hay unas representaciones de la vida social que hablan de la imposibilidad de ser ordenada por ellos, encauzada, especialmente en los jóvenes de sectores populares esto es vivido como un modo de la precariedad, que en ocasiones es del todo angustiante, y en otras deja la única opción de la táctica clandestina, del uso al límite de la coyuntura.

Hijos de padres pobres empobrecidos, con accesos restringidos o nulos al bienestar social, económico y cultural, al consumo, estos jóvenes están sin redes de contención, viviendo en barrios que si en algún momento habían contado con instituciones de inclusión social hoy han desaparecido o al menos están muy deterioradas.

Las dificultades para conseguir trabajo, para elegir entre la escuela y el trabajo, para saber «qué está bien y qué está mal», para encontrar referencias de acción en las generaciones anteriores, la ausencia de un colectivo político con el cual identificarse o de ritualidades que permitan anclar la dispersión de sentidos de la vida, se vive como dificultad y como límite. *«Si vas a la escuela está bien pero a mí ya no me interesa y no pude seguir; pero si la dejás tampoco pasa nada porque no es que encontrás un trabajo que digas acá estoy bien, no estudio más. Un día está bien, otro día no sabés, lo vas haciendo todos los días. A mí me gustaría estar bien algún día»* (entrevista 22).

La incertidumbre lejos de ser representada desde las nociones de libertad e individulización, lejos de ser celebrada, es hablada con el desaliento y la clara conciencia de la vulnerabilidad. El miedo, no es el miedo a la libertad que genera la sociedad del riesgo, sino que es el resultado tenebroso de mucho de lo que se ha roto dejando sin cobijo a una inmensa cantidad de gente.

Marca estas percepciones la presencia insoslayable de una región en la que desde hace décadas se viene desarticulando la afiliación social. Hay también la caída, o tal vez la reconversión, de los proyectos colectivos y la entrada a una sociedad que se divide entre los pocos ganadores y una gran masa de distintos perdedores: *«Yo veo que hay pibes que tienen todo resuelto, que les va ir bien en todo porque ya les resolvieron todo. Pero a mí, a mis hermanos, yo veo que se nos va complicando cada día y no se hasta donde. A eso le tengo miedo, a que no sepamos qué hacer»* (entrevista 27), dice uno de los chicos entrevistados.

Esta asociación de la incertidumbre con la profunda vulnerabilidad va también de la mano con la dificultad de estos jóvenes para identificarse como ciudadanos tanto en términos políticos como sociales. Los procesos de descuidadización crecientes

que se inician ya con sus padres, tal vez con sus abuelos, son incorporados naturalizándose de tal modo que pareciera en sus discursos que siempre fue así, que siempre será así. No hay en ellos demasiadas reflexiones sobre derechos perdidos, sobre derechos avasallados, sino una tremenda naturalización de la inexistencia de esos derechos.

A la vez está presente en estas representaciones de la incertidumbre desde la vulnerabilidad la idea de que nada o muy poco se puede hacer para transformar las condiciones existentes. Estos jóvenes no creen en la capacidad propia de intervenir sobre una realidad que les es adversa, sino que más bien hay unas ideas de revolverse en la intemperie y ver qué resulta, sin demasiadas esperanzas, o unas esperanzas puestas más en el azar o las coyunturas que en la propia agencia. La precariedad es un destino, y esto se refuerza con la experiencia de unos padres que también la han sufrido, que la están sufriendo sin saber cómo hacerle frente, con el imaginario de la inexistencia de proyectos colectivos de transformación o tal vez demasiado precarios, que nos los convocan ni conmueven. Estar y ver qué pasa, poner el cuerpo, pero al mismo tiempo desde una posible exterioridad a la historia que pareciera tener mucho de ausencia, de desaparición: cuerpos desaparecidos, cuerpos entregados.

Pero es necesario decir que esto no es así en todos los jóvenes de sectores populares. Dentro de estos sectores también están lo que aún dejando en manos del azar las transformaciones -si es que vinieran, si es que existieran, con inmensas dudas- también dicen creer en sus propias capacidades de incidencia sobre el tiempo que les toca vivir. Jóvenes que disputan dentro del campo social y político la posibilidad de incidir sobre un orden que los excluye. Son por ejemplo, los jóvenes que hoy están comprometidos con los movimientos territoriales de desocupados, de derechos humanos -fundamentalmente contra la represión policial-, o en movimientos culturales como el de las bandas de música o las murgas en La Plata, que de una manera tal vez muy distinta a la de las generaciones anteriores y en un marco de vulnerabilidad e incertidumbre se involucran con la opción de intervenir la adversidad.

Y así y todo es claro que aún cuando se definen a sí mismos como militantes de un movimiento, y creen en la idea de «hacer algo», no tienen certezas de que lo que venga será mejor, de que finalmente puedan transformar la realidad que les toca vivir y que definen negativamente. Nos decía uno de los chicos entrevistados, luego de hacer un análisis complejo sobre el momento histórico actual y las posibilidades racionales de incidencia sobre éste: «¿A qué le tengo miedo yo?.. A que nada cambie, a que todo siga así, como ahora». (entrevista 27)

CÁPITULO XIII

NOSOTROS Y LOS OTROS: MIRADAS SOBRE LA SEGREGACIÓN



« pero a esta altura podemos
asumir la hipótesis de que a los
jóvenes la discriminación y
exclusión no se les presenta sólo
en los fines de semana, sino que
forma parte de la vida cotidiana »

Finalmente queremos detenernos en estas conclusiones, más allá que lo hemos enunciado de varias formas, en una cuestión que fue apareciendo en las entrevistas con los jóvenes con más o menos contundencia, pero presente en cada una de ellas y que nos parece de relevancia: las representaciones sobre un mundo social fragmentado, desigual, donde las instituciones estudiadas reproducen la segregación. Las percepciones sobre un espacio desintegrado que se presenta de manera discriminatoria y excluyente para los jóvenes -sobre todo para ciertos jóvenes- lo que a veces es nombrado por ellos de manera naturalizada y otras bajo la vía de la impugnación.

Mientras estábamos cerrando –seguramente de manera provisoria- este trabajo sucedieron lo que llamamos los acontecimientos de Lanús: luego de cuatro días de agonizar un joven de 20 años murió como víctima de una brutal agresión por parte de los encargados de la seguridad en un boliche que lo golpearon cuando se quejó porque la fila de los que no entraban fácilmente -es decir, de la que no portaban marcas de clase, como vestimenta cara o color de piel- tardaba más de la cuenta. Las noticias de los medios tomaron este caso -Martín, era un estudiante de clase media, lo que seguramente hace que su muerte sea menos naturalizada que la de otros chicos- y también tomaron otro hecho no habitual: la furia con que un grupo numeroso de jóvenes destruían el boliche donde todo había sucedido. Y lo destruían porque era el símbolo de la impunidad de la discriminación institucionalizada. Lo que las imágenes de los medios mostraron, aún sin decirlo argumentativamente, era que la furia de la destrucción tenía que ver con la no aceptación de una violencia cotidiana, material y simbólica, que discriminaba, que distinguía entre unos jóvenes sí y otros no. Entre un mundo al que sólo accedían unos, en el que quedaban afuera otros.

El tema de la discriminación en los boliches es algo a lo cual los jóvenes están acostumbrados y que generalmente aceptan como parte de las reglas de juego, lo que no quiere decir que cuando en una entrevista o en un grupo de discusión aparece alguna pregunta al respecto no lo condenen y levanten esta condena como una bandera humanitaria. Sin embargo, en líneas generales, más allá de la condena y del relato en el que expresan un gran pesar por «tener» que someterse a tal situación - queden adentro o afuera- esos mismos jóvenes manifiestan sentirse impotentes. No poder hacer nada. No saber cómo hacer algo. Dice uno de ellos: *«Cuando estás por entrar te miran de arriba abajo, y si les gusta cómo sos o cómo venís vestido, si tenés o no, pasás. Si no, no. Ya se sabe. Son unos discriminatorios. Seguís yendo porque el boliche está bueno, o porque van conocidos, pero la verdad es que habría que dejar de ir, o ponerse de acuerdo y hacerles un escrache, algo, no se. Pero después pasa que llega el día y te olvidás, o que ya sabés que nadie se prendería, porque a nadie le interesa. Además, no te van a dar bola, porque en todos lados es así»* (entrevista 9). Es decir, que de alguna manera hay en los jóvenes entrevistados un modo de aceptación de que esta realidad que dicen molestarles llegó para siempre, está desde siempre y no puede ser modificada. A lo sumo, se podrán tener actos de furia, como el que mencionábamos al comienzo, pero luego la furia desaparece y cuando llega el fin de semana hay que adaptarse a jugar unas reglas de juego, les guste o no.

La discriminación en la noche ha sido trabajada desde la sociología de la cultura en la Argentina en el proyecto de investigación coordinado por Mario Margulis, publicado con el título *La cultura de la noche, La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires* de autoría múltiple. En él señala Marcelo Urresti, uno de los investigadores del equipo: *«Se empieza a entrar en la disco una vez que se ha aceptado la regla del juego, la selección que imponen la autosegregación, el autocercenamiento en vistas del que se practican las operaciones básicas de la adecuación. Esta regla de juego exige borrar todas las huellas visibles de un origen no legítimo, sea este geográfico o social. No se puede ser salteño, tucumano o boliviano de manera notoria en una disco; por eso quienes lo sean deberán disimularlo. Tampoco se pueden ostentar las marcas que denoten ser hijos de un obrero, o de un carnicero, por eso hay que*

aparentar no serlo, hay que esconderlo. La disco no es ajena a la economía general de la desvalorización que se ensaña con determinadas categorías sociales, que se hace carne en quienes las ocupan, desvalorizándose a sí mismos» (Urresti, 1997, p.152).

La «cultura de la noche», que se hace noticia sólo esporádicamente, nos sirve como entrada a un tema que atraviesa la constitución de lo juvenil en nuestro tiempo: la desigualdad hecha discriminación (1). Nos detiene especialmente en el señalamiento de una de las representaciones sobre el mundo vivido por los jóvenes en gran parte de las instituciones estudiadas: la de un espacio social desintegrado de manera excluyente, la idea de que gran parte de las esferas de la vida están divididas en lo que es para unos y lo que es para otros, y que esto se vive la mayoría de las veces con naturalidad. Es que estas percepciones de la discriminación no son patrimonio de las salidas de fin de semana y los boliches sino que se inscriben dentro de las percepciones de todo un espacio social fragmentado y polarizado de manera absolutamente desigual. Lo cual nos permite entender, entre otras cuestiones, las razones por las que los jóvenes aceptan la discriminación a la entrada de un boliche, que no es más que otro modo de plantear la segregación social- aunque esto no aparezca en un marco normativo o legal- permitiendo la reproducción de la desigualdad.

Vivimos en la Argentina contemporánea en una sociedad con importantes indicadores de exclusión. En la actualidad, debido a procesos del todo complejos y de distintos signos (2) la sociedad argentina aparece claramente desintegrada, separada, en donde en cada uno de los extremos es posible leer a la vez condiciones de fragmentación y segmentación. El miedo al otro, producto de estos procesos va generando modos de representación donde la desconfianza en la interacción ocupa un lugar central. Estamos ante un orden social jerarquizado que construye nuevos modos de segregación socio espacial y cultural que se van sedimentando sobre los existentes y consolidándose en la vida cotidiana. Y es así como la sedimentación de la discriminación va haciendo que esta se viva de manera natural por todos los miembros de la sociedad, especialmente por los jóvenes que ingresan a la vida pública bajo este orden.

El «caso de Lanús» es interesante porque marca un momento donde los jóvenes involucrados se preguntan, cuestionan el «orden natural» de la separación jerarquizada, y dicen que no, lo que además permite al analista un espacio de la pregunta. Aunque al otro día todo vuelva a la «normalidad», reconfirmando aún más la existencia de unas prácticas discriminatorias sedimentadas sobre otras prácticas, en otras esferas de la vida social, como hemos visto a lo largo de todo nuestro trabajo: no es sólo durante la noche que los jóvenes viven la existencia de unas barreras que dividen y excluyen.

1. En la escuela

Varias investigaciones hacia finas de la década del ochenta y durante los noventa (Baraslowsky, 1994; Filmus, 1986) fueron dando cuenta hasta la actualidad de un sistema escolar segmentado, donde la sanción de la Ley Federal de Educación durante el gobierno menemista no hizo más que profundizar esta situación.

Durante la década del noventa el sistema escolar argentino, al ritmo de las transformaciones estructurales del país, fue desarticulándose de manera nada simétrica y tal vez incluso caótica. La idea de que iba desapareciendo o al menos se iba desdibujando o rompiendo la experiencia educativa común fue denunciada y diagnosticada tanto desde ámbitos académicos como desde espacios políticos y sociales. Los trabajos ya citados de Gabriel Kesler (Kessler, 2002) *La experiencia escolar fragmentada*, como de Guilelrmina Tiramonti (2004), *La trama de la desigualdad educativa*, constituyen en la actualidad un insoslayable diagnóstico de la situación.

En capítulos anteriores señalamos cómo los jóvenes percibían claramente la existencia de unas escuelas para unos y otras para otros. Ya decía Cecilia Braslasky en 1985: «El sistema educativo está organizado en circuitos que se han cristalizado como segmentos educativos que se hacen *extraños* unos a otros”, proceso que se fue profundizando en los años siguientes. Actualmente existen más que nunca una enorme diversidad de escuelas, que se hace visible en sus idearios: más ligadas a la formación de elites intelectuales humanistas, o la formación para la empresa o el

comercio, al cambio y renovación, o hacia la conservación de una tradición, laicas y religiosas, etcétera. En fin, podemos decir que hay más de un modo de ubicar las diferentes propuestas educativas. Pero la primera diferenciación -que a la vez se hace división jerarquizada- de las escuelas en las representaciones de los jóvenes no remiten con contundencia a la posibilidad del acceso económico, o específicamente a la diferenciación con respecto al nivel socioeconómico de pertenencia de los alumnos. Los jóvenes de sectores medios, tanto mujeres como varones, han construido unas representaciones de las «otras escuelas», la de los otros -generalmente escuelas públicas provinciales- como escuelas caóticas, salvajes: escuelas para salvajes donde todo puede suceder. Es así que los relatos sobre aulas llenas de chicos con navajas, baños con golpes, droga sin límite, instituciones donde la única ley que existe es la de la fuerza son constitutivos de todo un imaginario sobre las escuelas de las que *«por suerte se salvaron»*. Dice una de las chicas entrevistadas, hija de padres profesionales: *«Mi mamá fue al normal, antes cuando ella era chica era distinta, pero ahora están todos quemados. A nadie le importa nada, nadie les dice nada y hacen lo que quieren, que puede ser peligroso. Hasta los podés ver en la calle, que ya van drogados a la escuela»* (entrevista 5). Los relatos que estos jóvenes construyen en torno a la violencia escolar tiene como escenarios privilegiados las escuelas «de los otros», que son sujetos del deterioro y el miedo, que son extraños. Es tan fuerte el temor con el que los describen y describen sus escuelas, que claramente estas aparecen como territorios a evitar, a no entrar ni pertenecer jamás.

Por otro lado, la referencia de la superioridad/inferioridad anclada en la procedencia social y/o étnica de los jóvenes que asisten a ciertas escuelas públicas (3) nos muestra la pervivencia de un discurso discriminatorio que hace de la diferencia y la desigualdad un tema de violencia simbólica: *«Los de la 10 son todos villeros, se llenó de villeros en la XXX. Cuando pasás se llena de villeros, de pibes que no entran en ningún lado y entonces entran acá. Todos bolitas»* (entrevista 1). Claro está, además, que estas representaciones sobre otros jóvenes no pueden ser pensadas sin su inscripción dentro de unas representaciones discriminatorias más allá de los jóvenes, extensibles a un espacio social ampliado (4).

A la vez, muchos de los jóvenes de los sectores populares, o sectores medios empobrecidos, definen las otras escuelas como «caretas» o como «escuelas de putos» o como aquellas donde se pagan cuotas imposibles: *«Mi vieja me iba a anotar en el Centenario, pero era carísima, lo sabe porque conoce a una que va. Además no tiene sentido, aunque tuviera la plata no iría, ¿para qué? No es que les va mejor, son todos re cerrados y no me iba a adaptar nunca, porque no les importa nada, son re caretas los que van. Ni les gusta la música, están todos arreglados»* (entrevista 28). Básicamente, estas escuelas son espacios en los cuales ellos no tiene lugar, donde claramente las fronteras aparecen marcadas y de ninguna manera pueden llegar siquiera a imaginar la posibilidad de pertenecer a ellas.

En el libro «La escuela como frontera, reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares», Silvia Duschatzky (Duschatzki, 1999, p.81) nos muestra cómo para los jóvenes de sectores populares, la escuela se presenta como frontera de manera positiva, al introducir lo lejano, una diferencia, entendida como variación simbólica en dos sentidos: como contingencia y como componente no excluyente. Dice: «No es que la escuela ofrezca a los jóvenes la certeza de integración socioeconómica, pero les permite producir aberturas, traspasar fronteras simbólicas».

Sin embargo, y atendiendo a la fuerza de esta idea, creemos que la experiencia de la incorporación de la variación simbólica, al menos convive con las representaciones de algunos jóvenes de la escuela como un espacio cerrado. Es decir, que si la escuela se presenta como un espacio donde los jóvenes de sectores populares se integran a un mundo diferente al de su propia comunidad, como dice Duchatzky, también los jóvenes perciben que hay otra dimensión de ese mundo que está en otro lado, y que no es para ellos. Porque cada vez más pareciera suceder que lo que la escuela propone es una socialización en espacios homogéneos donde la diferencia queda afuera (Chavez, 2006).

Los jóvenes de sectores populares con los cuales hemos trabajado tienen la percepción de un espacio social donde la escuela no es un lugar común, de experien-

cias comunes en la diversidad, sino un territorio más de la desigualdad jerarquizada. Un espacio cuyo diseño presenta fronteras que separan y distinguen, que discriminan entre los que pueden y los que no.

2. *En el trabajo*

Estas representaciones son posibles de rastrear también en el mundo del trabajo. El trabajo aparece en los relatos de los jóvenes como un lugar donde se extienden y reproducen las desigualdades sociales de manera discriminatoria: no todos los trabajos son para todos de manera homogénea. Los jóvenes aspiran a diferentes trabajos de acuerdo al sector social al que pertenecen, a sus trayectorias escolares (Ibáñez Shuda, 2000) a su género, al lugar que sus padres ocuparon en el mundo del trabajo.

Igualmente, de la mano del empobrecimiento de los sectores medios sufrido en las últimas décadas, sucede que jóvenes cuyos padres jamás hubieran imaginado para ellos ni para sus hijos ciertos trabajos, están incorporándolos como posibilidad a veces pasajera, en el mientras tanto, hasta que salga algo mejor. Una de las chicas entrevistadas, hija de profesores de historia y estudiante ella misma de historia, que trabaja como ayudante en una verdulería de barrio, cuenta que *«cuando hablo con mi mamá en Lincol a ella le da una lástima terrible que para estudiar tenga que ayudar en una verdulería, pero para mí está todo bien, no me parece mal, trabajo pocas horas y esto me permite después estudiar. A ella le gustaría que no trabaje, poder bancarme, pero sabe que es distinto a cuando ella estudió y para mí está bien ganarme además mi propia plata. Por supuesto que yo no voy a hacer esto toda la vida, no soy verdulera»* (entrevista 20).

Aunque podamos hablar de ciertas fronteras que se han desdibujado, o se están dibujando de otro modo, también vemos que en este movimiento todavía no ha desaparecido completamente la idea de que hay trabajos que son para ciertos sectores y otros para otros. Lo que para los sectores medios, o medios empobrecidos incluso puede ser pasajero, para otros es una aspiración o un destino. Como dijimos en capítulos anteriores, la idea de vocación que sigue perviviendo como privi-

legio de los sectores medios nos muestra claramente esta cuestión, y es muy visible en una ciudad como La Plata con una población juvenil universitaria y clasemediera importante.

Las fronteras son porosas, están desplazándose, pero igualmente el mundo del trabajo se presenta para muchos como un territorio donde se reproduce un espacio social polarizado, en el que se ha ampliado y complejizando la exclusión socioeconómica y cultural. Ciertos jóvenes perciben con contundencia que hay puertas que están cerradas para ellos, y que ni siquiera pueden aspirar a entrar: «*Cuando ves un cartelito o ves las colas larguísimas para que te den o no un laburo, y ves quienes las hacen, ya sabés qué buscan y ni te tomás el trabajo*» (entrevista 30). Lo que buscan los empleadores no es lo que son, ya que las marcas de lo excluible también se llevan, además de en las credenciales, en el cuerpo.

Aquí también aparece la referencia étnica justificando una jerarquización de bueno/malo, superior/inferior, o para unos u otros. Hay trabajos para bolivianos, para peruanos, y para nosotros: «*Los del trapito son todos medio villa, medio bolitas, porque pasarte todo el día al rayo de sol...*» (entrevista 21). No hemos escuchado con referencia al mundo del trabajo el discurso que fue muy común en la década del noventa, de que los inmigrantes de países limítrofes «les quitaban el trabajo a los argentinos». Sin embargo, este relato que seguramente muchos deben haber escuchado de sus padres, pareciera seguir operando en un discurso discriminatorio que naturaliza la idea de que algunos («los boliguayos, los bolitas, los perucas, los que se parecen a los boliguayos...») deberían ocuparse en ciertos trabajos, generalmente los peores pagos, los más desvalorizados socialmente, de forma natural.

Es en el mundo del trabajo, de la escuela, donde en nuestra investigación hemos reconstruido con mayor claridad las representaciones sobre un espacio social fragmentado y segregatorio, donde se erigen fronteras entre los que pueden entrar y los que no, entre lo que es sólo para unos y no para los otros. Pero por supuesto las representaciones de un espacio desintegrado y excluyente no aparecen sólo relacionadas con estas instituciones, sino que es posible verlas en otros campos. Por

ejemplo, como ya hemos señalado, con respecto a la política: aquí la gran mayoría de los jóvenes siente que la política no es un territorio para ellos, no es un lugar donde tengan algo que hacer, que han sido expulsados.

O en el espacio de la justicia. Aunque no ha sido un tema trabajado específicamente en esta tesis, nos interesa señalar aquí las investigaciones de dos argentinos, Gabriel Kesler y Pedro Nuñez, que han indagado en los modos de representación del delito y de la justicia de los jóvenes de sectores populares. Ambos realizaron recorridos y desarrollos particulares, pero nos detenemos en indicar cómo es que en sus trabajos arriban, entre otras cuestiones, a la idea de que producto de procesos de exclusión y fragmentación social creciente los jóvenes de sectores populares comienzan a construir unas percepciones de la justicia, de lo legal y lo ilegal, de una manera propia, no integrada, donde el sistema de valores y normas ligadas a las esferas legales estatales no es igualitario para los distintos sectores.. Dice Nuñez: «La desigualdad se palpa en el propio cuerpo. La justicia deja de ser pensada como una esfera racional basada en criterios compartidos por la comunidad pasando a depender de casos personales... Al aumentar la brecha entre sectores sociales el sentido de la justicia se redefine, pasando de un principio de aplicación general a una enunciación práctica que dependerá de la situación». Los jóvenes de sectores populares perciben que no todos tienen los mismos derechos, que la justicia no se administra de igual forma para todos: que hay una justicia para unos y otra para otros.

3. Los jóvenes que son peligrosos a los ojos de otros jóvenes

Esta existencia de un espacio social fragmentado y polarizado, en el marco de la globalización neoliberal, da lugar a unas representaciones del mundo en el cual hay ciertos sujetos que no deberían tener lugar en él, o al menos es peligroso que lo tengan. Hemos trabajado en otro capítulo los discursos que sitúan a los jóvenes de sectores excluidos como sujetos del deterioro y el malestar social, como aquellos que hay que remover del espacio común. Hemos señalado también cómo es que en las últimas décadas por diferentes vías los discursos estigmatizantes han tenido su

correlato en políticas de estado. Pero queremos detenernos en el hecho de que estas representaciones no son ajenas a los mismos jóvenes. También son asumidas y recreadas por algunos de ellos, generalmente de sectores medios, que ven a los otros como jóvenes peligrosos, potenciales o actuales delincuentes, que hay que controlar e incluso castigar más. Jóvenes que construyen representaciones estigmatizadoras de otros jóvenes, para afirmar una idea: hay un espacio, que es el nuestro, donde ellos no deben entrar.

Hemos repetido en esta tesis la idea de que si bien es necesario pensar la particularidad de la condición histórica de la juventud(s), esto no es posible aislándola, situándola por fuera del espacio social, y entonces allí se enmarca la dificultad para asumir que los diferentes jóvenes se mantengan al margen de unos discursos y una prácticas legitimados dentro de las sociedades. Es así cómo podemos entender lo que hemos visto durante el trabajo de campo: cómo algunos jóvenes hablan de otros jóvenes desde el profundo temor y desde también la legitimación y el deseo de su segregación. Amparados en las noticias sobre la violencia callejera, se suman a la demanda de mayor seguridad, a la necesidad de un sistema de penas y castigos más pesados para los jóvenes que según ellos son violentos, no tienen nada que perder y que entonces se les presentan como amenazantes. Le temen, sobre todo los varones, a la figura de la patotita, del bardo, de los grupos en la calle, en la noche. Le temen a los jóvenes de ciertos lugares, de ciertos barrios, nuevamente a ciertos jóvenes: los que proceden de sectores populares, empobrecidos, que ocupan la periferia de la ciudad.

Muchas han sido también en este caso las investigaciones que en las últimas décadas han dado cuenta de los modos en que el espacio urbano es “practicado”, usado, cargado de sentido de manera diferencial de acuerdo a los distintos sectores. Con este interés escribe Marcelo Urresti: «Los jóvenes de nuestros días inician su apertura a la vida en centros urbanos que son hostiles para todos, independientemente de los recursos materiales que dispongan en un entorno que excluye de sus beneficios a la abrumadora mayoría de ellos, por lo general pobres y desempleados, y que suscita escasas expectativas de futuro... Sin dudas, un mundo urbano marca-

do por separaciones, fronteras e islas, un mundo hostil que limita las expectativas de futuro de la mayoría» (Urresti, 1995, p.19).

Entre la bibliografía sobre los usos de la ciudad, la idea de que la ciudad se habita, se transita, se nombra desde una «cartografía del miedo», desde el temor al otro – donde aparece el temor a algunos jóvenes- ocupa un lugar central (Nuñez, Reguillo, Barbero, Svampa), mostrándonos cómo esta representación de un espacio social no sólo desintegrado sino también segregatorio va mucho más allá de unas prácticas aisladas o unas instituciones específicas y se extiende a todo un modo de vivir lo social. En este punto hago especial mención al proyecto de investigación *Mitologías Urbanas: la construcción social del miedo*, dirigido por Rossana Reguillo, que tuvo como objetivo develar por dónde están pasando las respuestas sociales a la incertidumbre y entender cómo se están (re)definiendo las categorías de exclusión-inclusión social y el papel que el miedo y la esperanza, como formas de gestión y control social, están jugando en la configuración del orden social. El proyecto *Mitologías...* desarrolló su trabajo de campo en cuatro ciudades latinoamericanas, incluyendo La Plata y una de las cuestiones que se transitó en este trabajo fue la mirada de los propios jóvenes sobre otros jóvenes como sujetos del malestar y del miedo.

Comenzamos este apartado comentando el caso de Lanús y comentando el relato de unos medios sorprendidos ante la discriminación que sufren los jóvenes en un boliche. También con el relato de la impugnación de los mismos jóvenes de estas prácticas. Pero a esta altura podemos asumir la hipótesis de que a los jóvenes la discriminación y exclusión no se les presenta sólo en los fines de semana, sino que forma parte de la vida cotidiana (4). Ellos tienen contundentes representaciones de un espacio social hecho de miles de clasificaciones y divisiones excluyentes. Donde unos son extraños a los otros, y donde los puntos de contacto, de encuentro, parecieran ser cada día menos, o al menos, menos legítimos: transitar por lugares diferentes, ir a diferentes escuelas, conseguir diferentes trabajos, relacionarse con gente distinta, en fin: no encontrarse, no interactuar, a lo sumo, mirarse de lejos.

Como bien dice Mariana Chavez (Chavez, 2006) en su tesis doctoral: «En la Argentina del siglo XXI el camino legítimo propuesto a los jóvenes y a sus familia, la norma, es un socialización en espacios homogéneos».

En las últimas décadas se ha problematizada la idea misma de frontera, ya no a partir de su operación como dispositivo que separa dos o más entidades homogéneas entre sí, como frontera claramente delimitable que señala lo que está dentro y lo que es distinto con precisión, sino más bien a partir de su lugar como Zona de contacto (Pratt, 1990), su condición de frente cultural (Gonzalez) o hibridez (Canclini, 1997). La frontera como aquello que no sólo separa sino que también permite el encuentro, como frontera porosa, como *frontera de cristal* (Carlos Fuentes). La frontera es pensada así como territorio de la comunicación: territorio asimétrico, de más de una vía, pero cuyo estatuto está dado por la posibilidad del contacto y la interrelación.

Cierta utilización de esta bibliografía tal vez nos podría permitir avanzar en una relativización de la idea que intentamos esbozar en este capítulo, y que tiene que ver con la presencia de un mundo social nombrado por los jóvenes como un mundo fragmentado, separado, donde cada día cuesta más encontrar espacios comunes.

Pero vamos por otra dirección. Si bien es verdad que incluso para ver que no se entra, es necesario el reconocimiento, que la dominación es -entre otras muchas cosas- también un acto de comunicación, nos preguntamos por la supervivencia de esta idea de fronteras porosas cuando los desgarros entre unos y otros ni si quiera permiten que los otros eleven las voces de demandas, cuando no se tiene lugar, cuando no hay zona de contacto. Cuando las fronteras se vuelven a elevar con la materialidad de las antiguas murallas, con hierros blindados, pero mucho más que con eso, con el silencio. Y aunque sabemos también que en ocasiones los hierros y lo silencios se traspasan, se resisten -inteligentes investigaciones han dado cuenta en el último tiempo de estos procesos- hoy se vuelven cada día menos permeables, se vuelven muros desde los cuales es casi imposible entrar y salir. Y aunque sepamos también que lo que separa a los grupos sociales no son trazos esenciales, sino

constructos históricos, estos se nos aparecen con la realidad y la contundencia de la fuerza con la que operan.

Finalmente, nos toca pensar qué hacer cuándo el camino legítimo, «natural», propuesto a los jóvenes es el de un mundo fragmentado y excluyente, en instituciones que parecieran reproducir la segregación. La escuela, el trabajo, la política, no son sólo esto para los jóvenes, pero también lo son.

(1) Aquí señalamos principalmente la discriminación sobre una base socioeconómica, pero no este tipo de discriminación no es la única que sufren los jóvenes.

(2) Como ya lo hemos señalado: la globalización, el declive de lo político y el consecuente protagonismo del mercado en lo social, el empobrecimiento abrupto como producto de las políticas neoliberales en toda la región, la individuación creciente, altos niveles de desafiliación social, etcétera.

(3) Dejando de lado las escuelas dependientes de la universidad, en La Plata, las escuelas que aparecen construidas como lugares de lo otro (de los violentos, de los villeros, etcétera) son básicamente las escuelas públicas provinciales.

(4) Estas percepciones de los jóvenes deben ser leídas, además, en el contexto de unas percepciones de la Argentina como discriminatoria por amplios sectores de la sociedad. El último informe del INADI, Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo, dice que cuatro de cada diez ciudadanos se sintió discriminando alguna vez, y seis de cada diez presencié en algún momento un acto de discriminación. El ochenta por ciento de la población afirma que existen prácticas discriminatorias en la Argentina, de las cuales la mayoría va dirigida a “personas pobres” y migrantes de países limítrofes (INADI, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, Presidencia de la Nación, 2006/2007)

EPÍLOGO



« los jóvenes, hablándonos de sus presentes, nos hablan del presente y de las posibilidades del futuro de la sociedad toda. Será entonces cuestión de escucharlos. Pero para hacerlo será también necesario salirse de la condena que sobre ellos enarbolan los sectores más conservadores de la sociedad »

En uno de los capítulos iniciales de este trabajo hablamos de los discursos sociales dominantes en torno a los jóvenes. Decíamos cómo es que en la actualidad circulan unos relatos sobre los jóvenes que los definen y ubican como sujetos del desorden, a los cuales es necesario disciplinar y controlar. Hablábamos de unas narrativas que operan en amplios sectores sociales con efecto de verdad, nombrando a los jóvenes como aquellos a los que nada les interesa, que nada los conmueve, que en su infinita desidia y apatía terminan volviéndose peligrosos para la sociedad. Es que en los últimos años, si bien las miradas disciplinarias sobre la juventud han estado presentes desde hace mucho tiempo atrás, se ha profundizado una postura que denuncia su supuesta decadencia y peligrosidad. Ante un mundo que se presenta de manera incierta, precaria, que agudiza en los hombres y mujeres la conciencia de la fragilidad, algunas de las reacciones que se suscitan giran en torno a la demanda de acciones autoritarias, que por su propio peso niegan el temor que la ausencia de certezas genera. Y es así cómo se ubica a los jóvenes como una de las caras del malestar y desconociendo sus ideas, sus intereses y deseos se postulan acciones sobre ellos que, se espera, erradicarán el peligro: las malas compañías, los malos hábitos, las malas historias, los malos intereses o los desintereses, que a veces pareciera ser lo mismo.

Se los presenta como jóvenes de la carencia, de la falta, que deberían ser de otra manera y que por alguna razón –que no se explica nunca- no llegaron.

En este trabajo, además de señalar los contextos discursivos que acompañan la condición de ser joven en la actualidad, hemos tratado de ir más allá de ellos. A través de sus relatos sobre lo que sí les interesa, sobre lo que sí piensan, sobre lo que sí desean, nos hemos encontrado con las faltas y las vías muertas, pero también con lo que no es sólo ausencia o pérdida. Hemos visto cómo es que el mundo en el cual se están “haciendo grandes” está muy lejos de la promesa de la abundancia de oportunidades iguales para todos y de oportunidades diferentes. Pero nos han di-

cho algo más de ellos, a la vez que hablaban de este tiempo nuestro: cómo es que en algunos declives nacían y hacían otras posibilidades; cómo en sus profundas negaciones de un orden se balbuceaba otro nuevo. Como también - esto no hay que perderlo de vista- muchos de los finales largamente enunciados por las ciencias sociales y por las prácticas políticas no son tales, no han ocurrido, o se están dando de tantas y tantas formas inimaginables.

El futuro llegó hace rato ¿Pero qué queremos decir con esto? ¿Estamos reforzando la frase largamente repetida de que hay jóvenes que no tienen futuro? ¿Estamos diciendo que a los jóvenes no les preocupa el futuro? ¿O planteamos que ya no existe la idea de futuro?

Nada de esto. Estamos planteando que en lo que los jóvenes nos dicen podemos, no tanto como predecir, pero sí imaginar las posibilidades del futuro. Porque como dijimos, ellos están hoy al frente, en el frente, de las transformaciones que están ocurriendo en un mundo que no hace tanto tiempo prometió el progreso y la felicidad, pero que parece alejarse cada día más de sus propios sueños.

Los jóvenes, hablándonos de sus presentes, nos hablan del presente y de las posibilidades del futuro de la sociedad toda. Será entonces cuestión de escucharlos. Pero para hacerlo será también necesario salirse de la condena que sobre ellos enarbolan los sectores más conservadores de la sociedad, porque los diagnósticos que desde ahí se elaboran no sólo son errados sino que fundamentalmente generan respuestas de una tremenda perversidad ética. Será necesario además salirse de las posturas tremendistas, tal vez políticamente correctas, pero que los victimizan al punto de anularlos como actores sociales, como agentes. Y finalmente, salirse también de una mirada romántica de los jóvenes que a pesar de las buenas intenciones, termina operando como afirmación de lo existente, como posibilismo enmascarado.

Escucharlos y ver entonces cuántas puertas que antes funcionaban como mecanismo de inclusión en una sociedad común hoy se están cerrando. Pero cuántas también se están abriendo. Y escucharlos desde una mirada crítica, sin dramatismos ni romanticismo, pero que pueda entender de qué modo se están dando las transfor-

maciones sociales, para poder intervenir sobre ellas y generar quizá la idea de otros destinos posibles.

El futuro llegó hace rato. Y esto no quiere decir que no haya opciones para los jóvenes o para la sociedad toda, sino que hoy a través de los jóvenes podemos pensar en las opciones de lo que viene.

BIBLIOGRAFIA

Abdala, E., Jacinto, C., Solla, A. (Coords.) (2005). La inclusión laboral de los jóvenes. Entre la desesperanza y la construcción colectiva. Montevideo. Montevideo: CINTERFOR/OIT.

Alabarces, P. (comp.)

(2000). Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina. Buenos Aires: CLACSO.

(Comp.) (2003). Futbolologías, Fútbol, identidad y violencia en América Latina. Buenos Aires: CLACSO.

(2005). Entre Gatos y Violadores. Buenos Aires: Colihue.

Alarcón, C. (2003). Cuando muera quiero que me toquen cumbia.

Buenos Aires: Norma.

Alfonso, A. y Catino, M. (2002). Una mirada sobre los procesos de constitución de los sujetos desde un abordaje comunicacional y educativo. El movimiento murguero de la ciudad de La Plata. Tram(p)as de la comunicación y la cultura. (1)

Ariés, P. (1973). El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen. Madrid: Taurus.

Auyero, J. (1993). Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares, Cuaderno 2, Fundación del Sur. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Balardini, S.

(2002). Jóvenes, tecnología, participación y consumo.

<http://www.clacso.edu.ar/libros/cyg/juventud/balardini>

(2000). La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo. Buenos Aires: CLACSO.

Bauman, Z.

(2002). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: FCE.

(2001). *En busca de la política*. Buenos Aires: FCE.

(1999). *La globalización, consecuencias humanas*. Brasil: FCE.

Becaria L. y López, N. (comps.) (1997). *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos sociales en Argentina*, UNICEF. Buenos Aires: Losada.

Beck, U.

(1999). *Hijos de la Libertad*. Buenos Aires: FCE.

(1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*.

Barcelona: Paidós Básica.

Berger, P. y Luckmann, T. (1997) *La construcción social de la realidad*.

Buenos Aires: Amorrortu.

Binstock, G. y Cerrutti, M. (2005). *Carreras truncadas. El abandono escolar en el nivel medio en la Argentina*. Buenos Aires: UNICEF.

Bosio, M. T. (2000). *Los jóvenes y el mundo del trabajo. Sus representaciones, expectativas y decisiones en relación con trayectorias sociales de su entorno familiar*. ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS DEL TRABAJO – ALAST. La Plata. III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo Buenos Aires.

Bourdieu, P.

(1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*.

Madrid: Taurus.

(1990). *La juventud no es más que una palabra*, en *Sociología y Cultura*.

México: Grijalbo.

(1991). *El Sentido Práctico*. Madrid: Taurus.

Braslavsky, C.

(1986). La juventud argentina. Informe de situación.

Buenos Aires: CEAL.

(1985). La discriminación educativa en Argentina.

Buenos Aires: FLACSO.

(org.) (2001). La educación secundaria. ¿Cambio o inmutabilidad? Análisis y debate de procesos europeos y latinoamericanos contemporáneos.

Buenos Aires: IIPE-Santillana.

Calhoun, C. El problema de la identidad en la acción colectiva. En J. Auyero, Caja de Herramientas. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.

Canclini, N.

(1989). Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México: Grijalbo.

(2003). En una época sin respuestas políticas. Culturas Juveniles. Revista TELOS.

Castel, R. (1995). Les metamorphoses de la question sociale París : Fayard.

Castells, M. (1997). La era de la información. economía, sociedad y cultura. En La sociedad red, Vol.1. Madrid: Alianza.

y Borja, J. (1997). Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información. Madrid: Taurus.

Castorina, J., Faingenbaum, G., Tabusch, C. y Clemente, F. (1998). La tesis de las nociones sociales en los niños. la apertura la las ciencias sociales. VII Anuario de Investigaciones. Buenos Aires: Facultad de Psicología - UBA.

Castorina, J. A. (Comp.) (2003). Representaciones sociales, problemas teóricos y conocimientos infantiles. España: Gedisa.

Catino, M. (2002). El caso de la agrupación hijos en La Plata. Revista Tramp(a)s de la comunicación.

Certeau, M. (1997). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de Hacer*, UIA. México: ITESO.

Chávez, M.

(2006). *Los espacios urbanos de jóvenes en la ciudad de La Plata*. Tesis doctoral no publicada, UNLP.

(2005). Yo, nosotros y ellos entre los alternativos platenses. En *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*. (3) 4.

Cirese, A. (1980). *Ensayo sobre las culturas subalternas*. México: Cuaderno de la Casa Chata.

Collington, M. M. (2002). Jóvenes y sexualidad, Notas para un acercamiento metodológico. *Revista diálogos de la comunicación FELAFACS*.

Costa, Pere-Oriol, Pérez Tornero, J.M. y Tropea, Fabio. (1996). *Tribus urbanas*. Barcelona: Paidós.

Cubides, H., Laverde, M.C y Valderrama C. (eds) (1998). «Viviendo a toda» Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Depto. Investigaciones, Universidad Central.

Delich, F. (2003). *La crisis en la crisis. Estado, nación sociedad y mercados en la Argentina Contemporánea*. Buenos Aires: Eudeba.

Diaz, C. (2000). *La Plata, paseos públicos, Socialidad y ocio en la prensa, (1882-1900)*. La Plata: Al Margen.

Duque, J. R., Muñoz, B. (1995). *La ley de la calle. Testimonios de jóvenes protagonistas de la violencia en Caracas*. Caracas: Fundarte.

Duschatzky, S. (1999). La escuela como frontera.

y Corea, C. (2002). Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones. Buenos Aires: Paidós.

Elbaum, J.

(1996). ¿Qué es ser joven? En M. Margulis. La juventud es más que una palabra. Buenos Aires: Biblos.

(1996). Las distancias lingüísticas. En M. Margulis. La juventud es más que una palabra. Buenos Aires: Biblos. (1997) Que siga el baile. Discriminación y racismos en la diversión nocturna. Buenos Aires: CBC UBA.

Feixa, C.

(1996). Antropología de las edades. En J. Prat y A. Martínez (eds). Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat. Barcelona: Ariel.

(1996). De las culturas juveniles al estilo en Nueva Antropología. Revista de Ciencia Sociales (XV), 50, 71-89.

(1998). De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud. Barcelona: Ariel.

(1998). La ciudad invisible. Territorios de las culturas juveniles. En H. Cubides, M.C. Laverde, y C. Valderrama (eds) «Viviendo a toda» Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Depto. Investigaciones Universidad Central.

Fernández Berdaguer, L. (2000). Educación superior, los jóvenes y el trabajo. ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS DEL TRABAJO – ALAST. III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo Buenos Aires – Argentina: UNLP.

Filmus, D.

(comp) (1999) Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo. Buenos Aires: EUDEBA

(2001). La educación media frente al mercado de trabajo. cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente. En Cecilia Braslavsky (Ed.), La educación secundaria. Cambio o inmutabilidad, Buenos Aires: UNESCO – Santillana.

y Miranda, A. (2000). El impacto de la crisis del mercado de trabajo entre los egresados de la escuela media. *Revista de Estudios de Juventud* Mayo. Dirección Nacional de Juventud (1).

Ford, A. (1994). *Navegaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gallart, M. A. (coord) (1998). *Formación, pobreza y exclusión. Los programas para jóvenes*. Montevideo: Cinterfor/OIT.

Garretón, M. A. (2001) *Políticas, partidos y sociedades en la época contemporánea*. En I. Cheresky e I. Pousadadela (Ed.), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Paidós.

Garrica Zucal y otros.

(2000). 'Aguante' y represión. Fútbol, violencia y política en la Argentina. En *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

y Moreira, V. (2005). Apropiações y significaciones de jóvenes en el espacio urbano. *Revista Tram(p)as de la comunicación y la cultura*. (3) 4.

Geldstein, R.

(1996). *Cáp. 5, Familias con liderazgo femenino en sectores populares de Buenos Aires*. En Wainerman, C. (comp.). Buenos Aires: UNICEF Losada.

(2005). *Familia y escolarización de los adolescentes en los principales aglomerados 1990-2000*. <http://www.siteal.iipe.oci.org>.

Giberti, E. (1998). *Hijos del rock*. En H. Cubides, M. C. Laverde, y C. Valderrama (Eds.) "Viviendo a toda" *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Depto. Investigaciones Universidad Central.

Giddens,

y A. Turner, J. y otros. (1991). La teoría social hoy. México: Alianza Editorial.

y Lasch, S. (1997) Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno. Madrid: Alianza.

(1998) La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración. Buenos Aires: Amorrortu.

Giménez, G

(1995). La identidad plural de la sociología, Estudios sociológicos, vol.XIII, número 38. Mexico.

(2000). La importancia estratégica de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales. México: Iteso.

Gonzalez, J. (1990). Más culturas. Mexico: Grijalbo.

Gorelik, A. (2002). Ciudad. En C. Altamirano. Términos Críticos de sociología de la cultura. Buenos Aires: Paidós.

Halbwachs, M. (1992). A memoria coletiva. SP, Vértice.

Hall, S. & Jefferson, T. (1993). Resistance Through Rituals. Youth Subcultures in Post-war Britain. London: Routledge.

Hobsbawm, E. (1998). Historia del siglo XX. Buenos Aires: Crítica.

Huergo, J. y Fernandez, B. (1999). Cultura escolar, cultura mediática/Intersecciones. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

Ibáñez Schuda, S. (2005). El trabajo visto por los jóvenes chilenos. Un análisis de las representaciones sociales de los jóvenes urbano populares. Montevideo: Cinterfor/OIT.

Isla, A., Lacarrieu, M. Y Selby, H (1999). Parando la olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores e los tiempos de Menem. Buenos Aires: Norma-FLACSO.

Isla, A. y Miguez, D.(2003). Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa. Buenos Aires: Editorial de las ciencias, FLACSO.

Jacinto, C.

(1998). El caso de Argentina. En C. Jacinto, M. A. Gallart (Coords.). Por una segunda oportunidad. La formación para el trabajo de jóvenes vulnerables. Montevideo: Cinterfor/OIT.

(1998). ¿Qué es la calidad en la formación para el trabajo de jóvenes de sectores de pobreza? Un análisis desde las estrategias de intervención. En C. Jacinto, M. A.

Gallart (coords.). Por una segunda oportunidad. La formación para el trabajo de jóvenes vulnerables. Montevideo: Cinterfor/OIT.

Jelin, E. (1997). Pan y afectos, La transformación de la familia. Buenos Aires: FCE.

(1996) Familia. Crisis y después... En C. Wainerman (Comp.) Vivir en familia. Buenos Aires: UNICEF, Losada.

Jiménez, G. (1992). La identidad social o el retorno del sujeto en sociología. En revista Versión, (2).

Jodelet, D. (1984). La representación social. Fenómenos, conceptos y teoría. En S. Moscovici. Psicología Social. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales. Barcelona: Paidós.

Kessler, G.

(2004). Sociología del delito amateur. Buenos Aires: Paidós.

(2002). La experiencia escolar fragmentada. Estudiantes y docentes en la escuela media de Buenos Aires: Buenos Aires: IIPE – UNESCO.

<http://www.iipe-buenosaires.org.ar>

Kokoreff, M. (2006). Francia, la política de la revuelta. Suplemento Cultural Ñ, 22 de enero.

Konterllnik, I. y Jacinto C.

(comps.) (1996) Adolescencia, pobreza, educación y trabajo. Buenos Aires: UNICEF – Losada.

(2000). La participación de los adolescentes, ¿Exorcismo o construcción de la ciudadanía? En Tenti Fanfani (comp.). Una escuela para los adolescentes, Reflexiones y valoraciones, La escuela constructora de subjetividad. Buenos Aires: Losada.

Kornblit, A. Culturas juveniles. La salud y el trabajo desde la perspectiva de los jóvenes. falta datolibro. Lo tenés vos.

(1996). Culturas Juveniles. La salud y el trabajo desde la perspectiva de los jóvenes. Buenos Aires: Gino Germani.

Krauskopf, D. (2000). Dimensiones críticas en la participación social de los jóvenes. En Balardini Sergio (comp) La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo. Buenos Aires: FLACSO.

Landi, O. (1992). Devórame otra vez. Buenos Aires: Planeta.

Levi, G. y Schmitt, J. C. (1996). Historia de los jóvenes, Tomo I. Madrid: Taurus.

Maffesoli, M. (2004). El tiempo de las tribus. México: Siglo XXI.

Margulis, M. (comp.)

(1994). La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires: Buenos Aires: Espasa Calpe.

(ed.) (1996) La juventud es más que una palabra. Buenos Aires: Biblos.

y Urresti, M.

(2005). Desigualdad, incertidumbres y carencias. Tram(p)as de la comunicación y la cultura. (3) 4.

(1998). La construcción social de la condición de juventud. En H. Cubides, M. C. Laverde y C. Valderrama (Ed.). «Viviendo a toda» Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Depto. Investigaciones Universidad Central.

(2003) Rodríguez Blanco, M y Wang, L. Cambios en la pareja. En M. Margulis (Ed.). Juventud, cultura, sexualidad Buenos Aires: Biblos.

(2003). Sexualidad y cambio cultural entre jóvenes de sectores medios. En M. Margulis (Ed.). Juventud, cultura, sexualidad Buenos Aires: Biblos.

Martín-Barbero, J.

(2003). Saberes hoy. Diseminaciones, competencias y transversalidades. En Revista Iberoamericana de Educación.

y Rey, G. (1999). Los ejercicios del ver. Barcelona: Gedisa.

(1998). Jóvenes. des-orden cultural y palimpsestos de identidad. En H. Cubides, M. C. Laverde y C. Valderrama. (Ed.) “Viviendo a toda” Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Depto. Investigaciones Universidad Central.

Mead, M.

(1979). Adolescencia, sexo y cultura en Samoa. Barcelona: LAIA.

(2002) Cultura y Compromiso, Estudio sobre la ruptura generacional.

España: Gedisa.

Merklen, D.

(2005) Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democráticas, (Argentina 1983-2003). Buenos Aires: Gorla.

(2005) Vivir en los márgenes. la lógica del cazador. Notas sobre la socialidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90. En M. Svampa (Comp.). Desde abajo. La transformación de las identidades sociales. Buenos Aires: Biblos.

Míguez, D.

(2004). Los pibes chorros. Estigma y marginación. Buenos Aires: Capital intelectual.

(2006) Estilos musicales y estamentos sociales. Cumbia villera y transgresión en la

periferia de Buenos Aires, en Semán, Pablo: Entre santos, cumbias y piquetes, Las culturas populares en la Argentina reciente, Buenos Aires: Biblos.

y Roige (2005) El sistema de minoridad en la Provincia de Buenos Aires. Una aproximación decriptiva, Documento de trabajo número 2, serie cultura y violencia, Buenos Aires: FLACSO.

Miranda, A. y Balardini, S. (2000). De la experiencia de la Escuela de Gobierno. Hablan los jóvenes. En S. Balardini (Comp.). La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo. Buenos Aires: FLACSO.

Monsivais, C. (1988). Escenas de pudor y liviandad. México: Grijalbo.

Morduchowicz, R. (2004). El capital cultural de los jóvenes. Buenos Aires: FCE.

Moscovici, S.

(1984). Psicología Social. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales, Barcelona: Paidós.

(1981). On social representations. En J.P. Forgas (ed.). Social cognition. Perspectives in everyday understanding. Londres: Academic Press.

Nun, J. (2003). Marginalidad y exclusión social. Buenos Aires: FCE.

Nuñez, P.

(2005). De inseguridades, miedos y temores. Una aproximación a la noción de justicia e injusticia en Jóvenes de Barrios Populares del Gran Buenos Aires. Polis - Revista de la Universidad Bolivariana. (4) 11.

(2005) Acerca de lo Justo, lo legal y lo legítimo, Cultura política en la Edad Media. Última década (23).

Obregón, S. (1999). Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica. México: ITESO.

Orozco, G. (1993). La influencia de la televisión en la educación de jóvenes. Opiniones, mitos, hechos. México: Universidad Iberoamericana.

Ortiz, R. (2001). Estudios culturales, fronteras y trasposos, Un perspectiva desde Brasil. Revista Punto de Vista. Diciembre.

Passerini, L. (1996). La juventud, metáfora del cambio social, Dos debates los jóvenes en la Italia fascista y en los EEUU en los años cincuenta. En L. G. Schmitt (Comp.) Historia de los Jóvenes Tomo II. Madrid: Taurus.

Pérez Islas, J. A. (1998). Memorias y olvidos. Una revisión sobre el vínculo de lo cultural y lo juvenil. En H. Cubides, M. C. Laverde y C. Valderrama (Ed.) «Viviendo a toda» Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Depto. Investigaciones Universidad Central.

Pérez Rubio, A. M.

(2001). De los discursos y las prácticas. Un ejemplo de la aplicación del modelo de representaciones sociales. Revista Comunicación y Sociedad - Universidad de Guadalajara.

(1998) Los significados sociales en torno al trabajo. En Revista Latinoamericana de Psicología. (28) 1.

(2004). Los jóvenes y el trabajo. Un estudio sobre representaciones sociales. Monografías virtuales. Ciudadanía, democracia y valores en sociedades plurales. Revista virtual. Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la ciencia y la cultura. (4).

Piaget, J. (1984) La representación del mundo en el niño. Madrid: Morato.

Pozzio, M. (2002). Murgas en La Plata. La Plata: La Comuna Ediciones.

Pratt, M. (1997). Ojos Imperiales. Literaturas de viajes y transculturación. Buenos Aires: UNQUI.

Puigrós, A.

y Bernetti, J. (1993). Historia de la educación en la Argentina. Buenos Aires: Galerna.

y Lozano, C. (1995). Historia de la educación Iberoamericana.

Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Pujol, S. (2002). La década rebelde. Los años sesenta en la Argentina.

Buenos Aires: Emecé.

Reguillo, R.

(1991). En la calle otra vez las bandas. Identidad urbana y usos de la comunicación. Guadalajara: ITESO.

(1996). La construcción simbólica de la ciudad; sociedad, desastre y comunicación, Guadalajara: ITESO.

(1998). El año dos mil, ética, política y estéticas. Imaginarios, adscripciones y prácticas juveniles. Caso Mexicano. En H. Cubiles, M. C. Laverde y C. Valderrama (Ed.) «Viviendo a toda» Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades.

Bogotá: Depto. Investigaciones Universidad Central.

(2000). Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto.

Buenos Aires: Norma.

(2001) Jóvenes. Estrategias del desencanto. Buenos Aires: Norma.

Romero, J. L. (1976). Latinoamérica. Las ciudades y las ideas.

Buenos Aires: Siglo XXI.

Roudinesco, E. (2003). La familia en desorden. Buenos Aires: FCE.

Salazar Alonso.

(1998). No nacimos p´ semilla. Las culturas de las bandas juveniles en Medellín.

Bogotá.

(1998). Violencias juveniles. Contracultura o hegemonía de la cultura emergente?. En H. Cubides, M. C. Laverde y C. Valderrama (eds). «Viviendo a toda» Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Depto. Investigaciones

Sandoval, M. (2000). La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes. En S. Balardini (Comp.). La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo. Buenos Aires: FLACSO.

Sarlo, B. (2001). Tiempo Presente. Notas sobre el cambio de una cultura. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sarmiento, D. (1849) Educación popular, Banco de la Provincia de Córdoba, Edición 1988, Córdoba.

Sautu, R. (2003). Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación. Buenos Aires: Lumiere.

Sebrelli, J. J. (2003). Buenos Aires, ciudad en crisis. Buenos Aires: Sudamericana.

Segura, R. (2004). Representaciones sociales de la ciudad de La Plata. Sentido común e ideología. La Plata: Escenarios.

Sidicaro, R.

(2002). La desintegración institucional argentina y sus consecuencias sociales. Revista Punto de Vista (73).

y Tenti Fanfani (1998). La argentina de los jóvenes, entre la indiferencia y la indignación. Buenos Aires: UNICEF – Losada.

Svampa, M.

(2000). Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal. En Desde abajo. La transformación de las identidades sociales. Buenos Aires: Biblos.

(2001). Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados. Buenos Aires: Biblos.

(2005). La sociedad excluyente, La Argentina bajo el signo del neoliberalismo. Buenos Aires: Taurus.

Szulik, D. y Kuasñosky, S. (2000). Jóvenes en la mira. En M. Margulis (Ed). La juventud es más que una palabra. Buenos Aires: Biblos.

Taylor S. y Bogdan R. (1990). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados. Buenos Aires: Paidós.

Tenti Fanfani, E.

(comp.) (2000). Una escuela para los adolescentes, Reflexiones y valoraciones, La escuela constructora de subjetividad. Buenos Aires: Losada.

(comp) (2003). Educación media para todos. Los desafíos de la democratización del acceso. Buenos Aires: Altamira.

(2000). Una escuela para los adolescentes. Buenos Aires: Losada/UNICEF.

Tiramonoti, G. (2004). La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media. Buenos Aires: Manantial.

Torrado, S. (2003). Historia de la familia en la Argentina Moderna. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

Urresti, M.

(1997). Los modernos. Una nueva bohemia posvanguardista. En M. Margulis y otros. La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires: Buenos Aires: Biblos.

(1997) La discoteca como sistema de exclusión. En Margulis, M. La cultura de la noche, La vida nocturna de los jóvenes. Buenos Aires: Biblos.

(2000). Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela. En E. Tenti Fanfani (comp). Una escuela para adolescentes.

Buenos Aires: Losada/UNICEF.

(2000). Paradigmas de participación juvenil. Un balance histórico. En Balardini, S. (comp.) La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo. Buenos Aires: CLACSO.

(2002). Culturas juveniles. En Altamirano C. Términos críticos de sociología de la cultura. Buenos Aires: Paidós.

(2002). Generaciones. En Altamirano C. Términos Críticos de sociología de la cultura, Buenos Aires: Paidós.

(2003). Modelos de matrimonio. En Margulis y otros. Juventud, cultura y sexualidad. Buenos Aires: Biblos.

(2003). La dimensión cultural del embarazo y la maternidad adolescente. En Margulis y otros. Juventud, cultura sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires: Buenos Aires: Biblos.

(2005) Separaciones, Islas y fronteras. En Revista Toda Via: Pensamiento y cultura en América Latina. Buenos Aires: Fundación Osde.

Urteaga Castro-Pozo, M. Los debates teóricos desde la perspectiva sociocultural sobre los derechos de las y los jóvenes. http://www.inicia.org/Maritza_Urteaga.pdf.

Valenzuela Arce, J. M.

(1999). Vida de barro duro (Cultura popular juvenil y grafito). Río de Janeiro: UFRJ.

(1997). Vida de barro duro, Cultura popular juvenil y graffiti. México: Universidad de Guadalajara.

Vallejo, G. (1998) La ciudad y sus denominaciones. La Plata a través de las representaciones colectivas, 1882-1930. Buenos Aires: FADU.

Vallespier, A. (2002). La policía que supimos conseguir. Buenos Aires: Planeta.

Vezzetti, H. (2003). Apuntes para un debate sobre el presente. Estado y ciudadanía, Revista Punto de Vista. 75.

Vila, P.

(1985). Rock nacional y crónica de la resistencia juvenil. En Jelin, E. Los nuevos movimientos sociales. Mujeres. rock nacional. Buenos Airse: CEAL.

y Semán P. (1999). Rock chabón e identidad juvenil en la Argentina neo liberal. En

Wacquant, L. (2001). Parias urbanos, Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Buenos Aires: Manantial.

Wainerman, C.

(comp.) (1996). Vivir en familia. Buenos Aires: Losada.

(comp.) (2002). Familia, trabajo y género, Un mundo de nuevas relaciones.

Buenos Aires: FCE.

Wortman, A.

(1991). Jóvenes desde la periferia. Buenos Aires: CEAL.

(2005). Juventud y orden social. En Tram(p)as de la comunicación y la cultura. (3)4.

ANEXOS

ANEXO I



« las sociedades en las distintas épocas históricas, han ido clasificando a las personas, ubicándolas en distintos segmentos etarios, nombrándolas de diferentes formas, dotándolas de significaciones y roles particulares, marcando el pasaje de una etapa a otra mediante determinados ritos de entrada y salida al mundo adulto »»

ESTADO ACTUAL DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE JUVENTUD.
CONDICIONES DE EMERGENCIA DE LOS ESTUDIOS
SOBRE JUVENTUD.
PERSPECTIVAS E INVESTIGACIONES

En los últimos años la producción, la investigación y los estudios sobre juventud, han tenido un importante desarrollo, siendo varios los enfoques temáticos en las investigaciones: percepciones y representaciones sobre la vida cotidiana; consumos, usos sociales y prácticas culturales; participación social y política; educación y juventud; usos del espacio urbano entre otros. Se podría decir, corriendo el riesgo de una fuerte generalización, que en el conocimiento producido en torno a los jóvenes pueden reconocerse dos abordajes fundamentales: uno descriptivo, caracterizado tanto por acercamientos de tipo émic -específico, finalista, punto de vista interior- como por acercamientos de tipo etic -genérico, predictivo y exterior-; y otro de carácter constructivista/relacional (Reguillo, 2000) que trata de ir más allá de la descripción de la anécdota o el dato empírico, tratando de problematizar no sólo el plano simbólico sino también las condiciones materiales de su existencia.

El primer acercamiento -temporalmente ubicado en la primera mitad de la década del ochenta- tiene que ver fundamentalmente en América Latina con los trabajos de los organismos no gubernamentales y en menor medida con las crónicas periodísticas. El segundo acercamiento -cuyas producciones se ubican desde fines de los años ochenta y principios de los noventa- realizado desde distintos saberes en las ciencias sociales, especialmente desde la sociología, la antropología, la sociología de la cultura y los estudios culturales, trata de pensar a los sujetos juveniles desde la problematización histórica y sociocultural, analizando e indagando en la configuración de las representaciones, en los sentidos que los actores juveniles atribuyen a sus prácticas. La investigación que aquí presentamos se sitúa en el campo de estu-

dios socioculturales en América Latina, tomando específicamente como antecedentes aquellos trabajos en que a partir de problematizar el lugar de los jóvenes se abordan los modos de estructuración y recreación de la vida social.(1) En ellos, los investigadores interrogan las prácticas y percepciones de los jóvenes sobre el mundo colectivo priorizando el trabajo de relación entre una dimensión subjetiva y otra objetiva de la acción social, entre la agencia y la estructura. Este trabajo de investigación doctoral, se ubica entonces, en el marco de estos estudios interpretativos de las culturas juveniles, desde una perspectiva sociocultural.

1. Los jóvenes desde la historia cultural

Las sociedades en las distintas épocas históricas, han ido clasificando a las personas, ubicándolas en distintos segmentos etarios, nombrándolas de diferentes formas, dotándolas de significaciones y roles particulares, marcando el pasaje de una etapa a otra mediante determinados ritos de entrada y salida al mundo adulto. Incluso no en todas las sociedades ha existido la categoría de juventud. El historiador francés Philippe Ariés (Ariés, 1987), ha señalado que la infancia-adolescencia, como una fase separada del desarrollo no existía en la Edad Media. En consecuencia, dice el autor, la juventud fue la respuesta al desarrollo productivo de la sociedad burguesa a partir del siglo XIII, donde el sistema escolar en tanto base del desarrollo de la sociedad moderna fue el contexto crucial para el sujeto juvenil. «El individuo burgués tuvo que desarrollar sus potencialidades individuales para encarar la vida productiva y política y para administrar sus propios intereses en esta vida. La juventud se desarrolló en el sistema escolar, que se volvió el principal agente del desarrollo de las potencialidades individuales».

Como se dijo, la juventud constituye una condición históricamente construida y determinada; es decir, no siempre existió tal como la conocemos y conceptualizamos hoy día. Si bien en tanto etapa de la vida, la juventud comienza a cobrar cuerpo a partir de los siglos XVIII y XI, la irrupción definitiva de este nuevo sujeto en el escenario social occidental puede ubicarse a mediados del siglo XX, en el período posterior a la Segunda Guerra mundial. De esta manera, no definimos la juventud

de una vez y para siempre, sino que como el resto de las edades de la vida, es una construcción social, histórica y cultural. Para revelar este aspecto, uno de los caminos transitados ha sido el de una historización de las formas de nominación de la juventud. Una «historia cultural de la juventud», que al develar las relaciones sociales de fuerza que crean las divisiones sociales de clase y de edad en procesos históricamente situados (...) permite ubicar la problemática juvenil en una perspectiva que no se agota en el dato biológico. (Reguillo, 2000)

Desde una perspectiva de investigación histórica, en el campo de estudios sobre la juventud ha sido profundamente revelador el trabajo realizado por el italiano Giovanni Levi y el francés Jean-Claude Schmitt (Levi, Schmitt, 1996), que en *Historia de los jóvenes* centran la atención en la liminalidad de la juventud como característica que la diferencia de las otras edades de la vida: se sitúa como objeto móvil entre la dependencia infantil y la autonomía de los adultos. Esta condición, los momentos liminales de los ritos de paso previos a la entrada del mundo adulto en las diferentes épocas históricas, es planteada por ellos como objeto privilegiado de estudio: la juventud depende de unas determinaciones culturales que difieren según las sociedades humanas y las épocas, imponiendo cada una de ellas un orden y un sentido a lo que parece transitorio, desordenado y caótico.

La investigación recorre desde la Antigüedad hasta el mundo contemporáneo, las distintas construcciones y conceptualizaciones a modo de cronología de «larga duración», resultando un referente para la comprensión histórica de las diferentes condiciones juveniles de las sociedades occidentales.

2. La emergencia de la juventud

Al revisar las producciones e investigaciones sobre juventud, podemos observar claramente, que los investigadores acuerdan en el reconocimiento de un período social e histórico concreto, la segunda posguerra, como el momento que permite otorgar visibilidad a los jóvenes tal como los conocemos en la actualidad, reivindicándolos como sujetos de derechos, pero fundamentalmente pasibles de control.

Como adelantáramos en apartados anteriores, fue el aumento de la esperanza de vida que se produjo después de la Segunda Guerra mundial lo que determinó la irrupción en el escenario occidental de un colectivo que, en tanto categoría social, resultaba inexistente hasta el momento. Este cambio dentro de la estructura social ocasionó, entre una de sus consecuencias, la necesidad de reacomodar el orden que hasta ese entonces orientaba la vida socialmente productiva. No obstante, como este nuevo segmento no podía insertarse de manera inmediata en los circuitos tradicionales de producción -y lo que se procuraba era evitar los desequilibrios que supondría su inclusión en la balanza de población económicamente activa-, la sociedad optó por postergar la incorporación de los jóvenes que, en relativamente poco tiempo, se habían convertido en un grupo social independiente (Hobsbawn, 1996).

En este sentido, la investigadora mexicana Rossana Reguillo, en su libro *Estrategias del desencanto*, que constituye uno de los trabajos de base de esta tesis, pero fundamentalmente de los estudios socioculturales sobre juventud en la actualidad, sostiene que son tres los elementos que “hacen visibles” a los jóvenes en el mundo contemporáneo: los dispositivos sociales de socialización-capacitación de la fuerza de trabajo -paso por las instituciones de socialización-; la industria cultural -acceso a bienes de consumo- y el discurso jurídico -definiendo su estatuto de ciudadano para el control o protección- (Reguillo, 2000).

A la vez, el sociólogo argentino Marcelo Urresti (2002), enuncia dos acontecimientos culturales, que ponen en un lugar protagónico a la juventud, en el contexto de los años dorados de bienestar:

1- El surgimiento del rock and roll, el surgimiento de una música cuyo mensaje excede el mero hecho musical (...) La cultura del rock, profundamente fue el vehículo que identificó a los jóvenes en términos generacionales: las mitologías, los mártires y los modelos que de allí surgieron acompañaron imaginarios –no siempre ajenos a la fetichización- que conquistaron el mundo a través de la industria cultural. Esta temática en particular ha sido muy bien trabajada por el historiador argentino Sergio Pujol (Pujol, 2002) en su libro *La década rebelde, los años sesenta en la argentina*.

2. La revolución sexual, que si bien se circunscribió al comienzo a sectores universitarios, se generalizó hasta convertirse en una bandera juvenil contra la represión. Esto no tardó en llegar a la política: el cuestionamiento generacional en todos los ámbitos llevó a la gran rebelión juvenil de la década de 1960. En estos años, caracterizados por el confort y el bienestar y el avance de los medios de comunicación, rápidamente se produce una internacionalización de los modelos juveniles de identificación. Emerge en este escenario, una cultura juvenil masiva, con un fuerte anclaje en el consumo cultural:

Los últimos años de los cincuenta y principios de los sesenta están teñidos por una acelerada modernización cultural y política y en especial la de los usos y costumbres de la sociedad. Muchas voces caracterizan este periodo como «norteamericanización» de la vida urbana y cultural, donde se hizo posible la identificación de ciertos jóvenes con el modelo de juventud estadounidense construido por las industrias culturales y difundido por los medios de comunicación: rebeldes sin causa y rockandroleros. Algunos autores relacionan directamente su origen con la proyección de películas estadounidenses como *El Salvaje* con Marlon Brando, *Semilla de Maldad* (1955) y *Rebelde sin Causa* (1957) de Nicolas Ray con James Dean, Natalie Wood y Sal Mineo o *El prisionero del rock* y *El rey criollo* con Elvis Presley. Desde entonces y cada vez con mayor autoridad, la industria cultural tomará un peso fundamental en la socialización juvenil, como lo han trabajado , entre otros, Urteaga Castro - Pozo, XXX)

Por último, el investigador mexicano José Antonio Pérez Islas (1998) sostiene que la emergencia de los jóvenes como agentes sociales, se puede sintetizar como la historia de una representación social, que se va conformando en la interrelación de dos fuerzas: la del control, ejercidas por las instituciones de poder adultas; y la de resistencia, elaborada por parte de las nuevas generaciones.

Conceptualizando a la juventud: las categorías

3. Juventud: construcción histórica, sociocultural y relacional

Conceptualizar la noción de juventud, y reflexionar acerca de qué es lo que se entiende por jóvenes, constituye sin duda uno de los principales desafíos que debe enfrentar cualquier estudio que se orienta a la descripción y problematización de esta cuestión. Engañosamente autoevidente en un primer acercamiento, este concepto suele conducir a múltiples confluencias de sentido; de allí que, según el tipo de indagación de que se trate, el investigador deberá dar cuenta en cada caso de las heterogeneidades y diversidades que asume un significante que resulta por demás complejo. Puede señalarse, incluso, que la noción de juventud no sólo no resulta «evidente» sino que cuanto más se profundiza en sus evocaciones y significados más inaprensible pareciera tornarse. Semejante constatación no supone, empero, postular un abandono en el abordaje de los temas vinculados a la juventud; por el contrario, vuelve aún más ineludible y atractiva la necesidad de su reflexión.

Desde la sociología de la cultura, podemos pensar la juventud como categoría que nos habla de una construcción sociohistórica particular sobre un rasgo etario. Así cuando Bourdieu (1990, Margulis, 1996)

La investigadora Rossana Reguillo (2000), sostiene que la conceptualización de la juventud no debe hacerse solamente desde los referentes biológicos como la edad, sin que debemos recurrir a su carácter discontinuo y dinámico. Es así que sostiene que al no compartir todo los jóvenes los modos de inserción en la estructura social, sus esquemas de representaciones configuran campos de acción diferenciales y desiguales.

Acordando con esta advertencia, el antropólogo mexicano José Manuel Valenzuela Arce (1997), señala que la juventud es un concepto vacío de contenido fuera de su contexto sociohistórico y cultural. En consecuencia, existe una amplia variedad de acotaciones y rangos temporales a partir de la cual se destaca la condición juvenil en diferentes países, dependiendo de su avance social, económico y cultural. El investigador enfatiza en el clivaje de clase para pensar la categoría juvenil. «El con-

cepto de juventud se inscribe en las características fundamentales de la clase social de pertenencia. Esta afirmación puede parecer anacrónica para quienes se adscriben a algunas de las vertientes que han enterrado las condiciones estructurales como condicionantes centrales de conductas sociales. No obstante, la realidad de nuestros países muestra grandes diferencias en los procesos de envejecimiento a partir de la adscripción de clase» (Valenzuela Arce, 1997).

Desde la sociología de la cultura, Margulis y Urresti (1996), sostienen que es necesario dotar de «materialidad» e «historicidad» al uso de la categoría juventud: «La juventud es una condición que se articula social y culturalmente en función de la edad, con la generación a la que se pertenece, con la clase social de origen, con el género y con la ubicación en la familia». Pero también hay que tener en cuenta la malla de las instituciones en las que se pone en juego la vida social.

La idea de moratoria: del condicionamiento social al condicionamiento vital

Es en el marco de los intentos por penetrar el espesor de este concepto de juventud, es que surgen los planteos ligados a la denominada moratoria social, noción que puede traducirse como una tentativa por «procesar socialmente la condición de edad» (Bourdieu, 1990), y a partir de la cual se toman en cuenta las diferencias económicas, sociales y culturales y todas aquellas heterogeneidades que hacen a las distintas maneras de ser joven.

Es Mario Margulis, en su trabajo *La juventud es más que una palabra*, que lo plantea de modo pionero dentro de la sociología de la juventud en la Argentina.

Ahora bien, resulta claro que la noción de moratoria social no es aplicable a todos los jóvenes por igual sino que es preciso establecer distinciones entre los sujetos jóvenes atendiendo, especialmente, a lo que sucede con aquellos que no cuentan con las condiciones económicas y materiales que les permitan hacer usufructo de esta mentada tolerancia social. Como señaláramos en el caso de la edad, si se pretendiera tomar a la noción de moratoria como un rasgo que permite hacer hablar a la juventud, sólo se estaría dando lugar a aquellos jóvenes de sectores medios-altos que, siguen contando con la posibilidad de postergar su pasaje a la vida adulta.

Es en este sentido, que Margulis y Urresti (2000) realizan una crítica a la noción de moratoria social y proponen en cambio, trabajar desde el concepto de moratoria vital: «La juventud como plus de energía, moratoria vital, y no sólo social, como dicen todos los estudios, ó crédito temporal es algo que depende de la edad, y esto es un hecho indiscutible. A partir de ahí comienza la diferencia de clase y de posición en el espacio social, lo que determina el modo en el que se procesará posteriormente. Cómodijimos antes, no se puede obviar ninguna de las dos rupturas –la cronológica y la cultural- si se quieren evitar los peligros del etnocentrismo de clase y del fetichismo de la fecha de nacimiento».

Es en función de lo anterior, pues, que de acuerdo al sector social de que se trate, o de acuerdo al grupo juvenil que se pretenda abordar en un estudio, la idea de juventud en tanto período en el cual se posterga la asunción plena de responsabilidades económicas y familiares, tampoco puede ser asumida como una característica cerrada u homogénea que se mantenga ajena a las diferencias sociales y a los condicionamientos mencionados.

4. La memoria generacional: procesamiento social y cultural de las edades

Ahora bien, las limitaciones que presenta el elemento etario para tratar de circunscribir la noción de juventud no intentan negar las vinculaciones que el factor biológico mantiene con esta problemática; o lo que es lo mismo, negar que la edad como dato físico, concreto y material escapa a la manipulación social y constituye, aunque no de manera determinante, un rasgo claramente diferenciador, incluso con todas aquellas variaciones que este segmento social pueda presentar. Es en este punto donde desde los estudios de juventud se hace un alto y se considerara el concepto de generación, que si bien hace posible retomar ciertos rasgos etarios no lo hace ya desde la biología sino desde la historia. Dice Margulis: «La generación, alude a la época en que cada individuo se socializa, y con ello, a los cambios culturales acelerados que caracterizan nuestro tiempo. Cada generación puede ser considerada, hasta cierto punto, como parte de una cultura diferente, en la medida en que los más jóvenes incorporan en su socialización nuevos códigos y destrezas, lenguajes y for-

mas de percibir, de apreciar, de clasificar y distinguir. Cada época tiene su episteme, y las variaciones epistémicos son percibidas y apropiadas, durante su proceso de socialización, por los nuevos miembros que va incorporando la sociedad». (Margulis, 2003)

De este modo, más que constituir una categoría estadística relacionada con la biología, la noción de generación remite a la edad pero procesada por la cultura y la historia. De este modo si se considerara toda una población, una alineación vertical la agruparía de acuerdo a las características socioeconómicas, en tanto que una alineación horizontal la clasificaría considerando el plano generacional (Margulis, Urresti: 2001). Dicho de otro modo, la generación persevera y acompaña en la vida, y considerada dentro de ella la juventud es sólo uno de sus estadios. Lo que hace la generación es remitir a la historia, y dar cuenta del momento social en que una cohorte se incorpora a la sociedad; es esto lo que define características comunes en el proceso de socialización y hace que sus miembros incorporen los códigos culturales que imperan en una época dada y junto con ellos factores y elementos políticos, sociales, tecnológicos, etc.

He aquí la importancia de considerar, en un estudio sobre jóvenes, la pertenencia generacional como vía de acceso a la memoria, la historia que la atraviesa y la forma de percibir que la caracterizan. Y por qué puede afirmarse que pertenecer a una generación, y no a otra, supone poseer códigos culturales diferentes que orientan las percepciones, los gustos, los valores y los modos de apreciar, todo lo cual desemboca en mundos simbólicos heterogéneos, con distintas estructuraciones de sentido.

Ahora bien, lo que se busca sostener con esta noción es que la idea de «delimitación generacional» -si no se quiere emplear el término de pertenencia generacional- lo que permite es deconstruir la sociedad en un momento dado reconociendo la importancia de la diversidad, el contexto y la historia en los procesos de «reproducción social empírica» (Giddens, 1991). Es decir, si bien estos hacen intersección entre sí de distintas maneras lo hacen en un cierto contexto espacio-temporal, frente a una cierta generación y distribución de poder y a una cierta reflexividad institucional.

ANTECEDENTES EN EL ESTUDIO DE LAS CULTURAS JUVENILES

En este apartado, haremos un breve recorrido por las principales corrientes teóricas que desde la antropología y la sociología, han tenido a la juventud como objeto de estudio. Desde distintas perspectivas y enfoques, ya sea situándolos como horizonte de crítica o asumiendo las categorías propuestas, estas han sido retomadas por los investigadores latinoamericanos dedicados a temas de juventud y cultura.

Los primeros estudios antropológicos acerca de la juventud, los encontramos hacia 1920, años en que simultáneamente los jóvenes -en ese entonces se usaba el término adolescencia mayoritariamente- son el foco de debate y atención de distintos investigadores: el psicólogo norteamericano Stanley Hall, la antropóloga norteamericana Margaret Mead y antropólogos pertenecientes a la Escuela de Chicago, como Frederik Trasher y William Foote White (2).

Stanley Hall, inspirado en el darwinismo e influenciado por las ideas roussonianas (3) fue el fundador de la pedagogía evolucionista y pionero de la introducción del psicoanálisis en los Estados Unidos. Publica en 1905 *Adolescencia*, siendo esta la primera elaboración conceptual y académica de este periodo de la vida, considerado por el autor como un proceso de crisis, de transición, confusión y estados anímicos cambiantes, que además alcance universal. Este primer abordaje acerca de la juventud será de gran influencia e impacto en el imaginario social y en estudios posteriores, asociando a la juventud con determinadas patologías y período de crisis. Para estos años, las proposiciones psicobiologicistas para explicar los comportamientos juveniles, se evidenciaban como hegemónicas en el campo académico e intelectual. Para el autor, la adolescencia -que se extiende de los doce a los veintidós, veinticinco años- es considerada una categoría natural, universal, previa a la vida adulta (Feixa, 1998).

Estas ideas, serán refutadas por la antropóloga Margaret Mead, quien al realizar su trabajo de campo en Samoa hacia 1925, intenta mostrar y comprobar como ese universal norteamericano de «turbulencia y tempestad» no estaba presente en todas

las culturas: «La adolescencia en Samoa no representaba un período de crisis o tensión, sino, por el contrario, el desenvolvimiento anómico de un conjunto de intereses y actividades que maduraban lentamente» (Mead, 1973).

En el clásico y best seller *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* (1973) Mead se pregunta si las perturbaciones que sufren los jóvenes en la sociedad norteamericana corresponden al ámbito de la naturaleza o muy por el contrario al ámbito de la cultura. Dejará bien en claro, que la dimensión cultural y social será determinante en la conformación de la personalidad de los adolescentes.

Franz Boas, quien había sido profesor de Margaret Mead y su acompañante en las investigaciones antropológicas con las adolescentes samoanas, sostiene en el prólogo del libro: «Los resultados de esta seria investigación confirman la sospecha largamente alimentada por los antropólogos sobre el hecho de que mucho de lo que atribuimos a la naturaleza humana no es más que una reacción frente a las restricciones que nos impone nuestra civilización». (Boas, 1973: Prólogo)

El tema de la juventud, ya no adolescencia, es retomado por la antropóloga hacia 1971, cuando en *Cultura y Compromiso*, estudia la ruptura generacional, como un fenómeno totalmente nuevo, planetario y universal: «Nuestro pensamiento nos ata todavía al pasado, al mundo tal como existía en la época de nuestra infancia y juventud, nacidos y criados antes de la revolución electrónica, la mayoría de nosotros no entiende lo que esta significa. Hoy, súbitamente, en razón de que todos los pueblos del mundo forman parte de una red de intercomunicación con basa electrónicas, los jóvenes de todos los países comparten un tipo de experiencia que ninguno de sus mayores tuvo o tendrá jamás. A la inversa, la vieja generación nunca verá repetida en la vida de los jóvenes su propia experiencia» (Mead, 1971).

En *Cultura y Compromiso*, diferencia entre tres tipos de cultura que coexisten en las sociedades contemporáneas:

a) culturas postfigurativas, -o tradicionalistas- en las que los niños aprenden de sus mayores, el cambio es lento e imperceptible. La hipótesis de fondo en este tipo de cultura, es que la forma de vida es inmutable, eternamente igual, por ende el futuro reside en el pasado.

b) culturas cofigurativas, en las que tanto los niños como los adultos aprenden de sus pares, de sus contemporáneos. Esto permite a los más jóvenes introducir cambios respecto de sus mayores.

c) culturas prefigurativas, emergen a fines de los años sesenta, en estas culturas los adultos también aprenden de los niños y los pares reemplazan a los padres: «Ahora ingresamos en un período sin precedentes en la historia, en el que los jóvenes asumen una nueva autoridad mediante su captación prefigurativa del futuro aún desconocido. Debemos aprender junto con los jóvenes la forma de dar los próximos pasos, pero para proceder así, debemos reubicar el futuro. A juicio de los occidentales el futuro está delante de nosotros. A juicio de muchos de los pueblos de Oceanía el futuro reside atrás. Para construir una cultura prefigurativa, en la que el pasado sea útil y no coactivo, debemos modificar la ubicación del futuro: el Futuro Es Ahora (Mead, 1971)».

Estas conceptualizaciones acerca de las culturas prefigurativas y de la ruptura generacional, donde los jóvenes son quienes están mejor dotados y con más capacidades para enfrentar el futuro que se torna incierto; y que además posibilita pensar en una reubicación del futuro, son retomadas por la mayoría de los investigadores latinoamericanos, cuando sostienen que las prácticas y representaciones juveniles deben ser leídas como «metáforas del cambio social» (Feixa, 1998), como anuncios y expresión de los cambios sociales y culturales (Barbero, 1998). En tal sentido, se produce el desplazamiento de una mirada lineal de las prácticas juveniles hacia otra de tipo compleja, que permita entender las nuevas concepciones de la política, de lo social, de lo cultural, de las instituciones; dimensiones que revelan las formas que puede ir adquiriendo la sociedad. En el campo de los estudios socioculturales en comunicación, es Jesús Martín Barbero quien propone como objeto de estudio privilegiado para pensar las culturas contemporáneas a la juventud desde esta óptica a principio de la década del noventa. Asumiendo la propues-

ta, Rossana Reguillo sostiene que lo distintivo que comportan las culturas juveniles en la actualidad, es la capacidad y velocidad en el procesamiento de la información que circula por el planeta, capacidad a la que llamó «metabolismo acelerado» en sus investigaciones realizadas en los años 90. Hoy sustituye esa metáfora orgánica, por una tecnológica: la del videoclip(4) (Reguillo, 2000). Jesús Martín Barbero (1998) y su desarrollo en torno a los palimpsestos de identidad y Marcelo Urresti (1998, 2002), y sus investigaciones sobre los usos sociales del espacio urbano, también recogen las conceptualizaciones sobre la ruptura generacional y la captación prefigurativa del futuro en las prácticas y sentidos juveniles.

Ahora bien, retomaremos los párrafos iniciales de esta apartado sobre los antecedentes que tuvieron a los jóvenes como objeto de reflexión. Mientras Mead estudiaba a las adolescentes en Samoa, en Estados Unidos nos encontramos con la Escuela de Chicago o de la «ecología urbana», quienes pioneramente trabajaron las culturas juveniles urbanas, en términos de subculturas, producto de su creciente visibilización en el espacio público. Este grupo de investigadores, liderados por Robert Park y Ernest Burgess, hacia los años veinte, en un contexto de explosión demográfica, creciente industrialización, de un aluvión inmigratorio que se trasladaba desde norte de Europa hacia los Estados Unidos y de expansión de barrios pobres; centrarán la atención en los síntomas de marginación, desviación y aculturación de las ciudades y en este contexto harán foco en las pandillas urbanas juveniles. El objetivo era desentrañar las estructuras de esas pequeñas microsociedades juveniles, con reglas y lazos de pertenencia propios (Urresti, 2002). La época, se tornaba propicia para los estudios de tipo criminológico y las pandillas juveniles se entendían como un síntoma de anomia.

En este marco se resaltamos dos trabajos: *The Gang*, de Frederik Thrasher, publicado en 1929, que se centraba en el estudio de las pandillas juveniles emergentes en los barrios populares de Chicago, sosteniendo que la ciudad favorecía los comportamientos desviados y posteriormente hacia 1943, *La sociedad de las esquinas* de William Foote Whyte, quien desde un trabajo etnográfico, cuestiona la idea naturalizada delincencial de la juventud, enfatizando el vínculo y el sentimiento de solidari-

dad, donde las desviaciones deben ser encausadas en beneficio de la funcionalidad del sistema (Feixa, 1998).

1. Los estudios sociológicos y culturales

Una otra línea de reflexión en la temática es la que proviene de la sociología estructural funcionalista, en los años de posguerra, con Talcot Parsons como principal exponente. Este enfoque acude a la edad y a la generación como principio clasificatorio y explicatorio de la juventud en las sociedades. De esta forma se abordaba una definición homogénea e interclasista de la juventud, que enfatizaba en el tema de la transición a la adultez y su postergación cada vez más evidente debido a algunos factores: mayor tiempo de ocio, la escolarización masiva y la moda, son factores que permiten sustentar esta definición de una «cultura generacional» .

Serán representantes de la heterogénea Escuela de Birmingham, del Center for Contemporary Cultural Studies de la Universidad de Birmingham , quienes propongan en contraposición a la edad como principio clasificatorio, la clase y fracciones de clase, como explicación del conflicto y del cambio social. Desde la sociología interaccionista, con aportes del marxismo gramsciano y la semiología francesa; en los años setenta, nombres como los de Stuart Hall, Tony Jefferson, John Clarke, Dick Hebdige, van a estudiar en Gran Bretaña a las culturas juveniles de posguerra y sus distintas agrupaciones, desde la idea de clase -aunque van a ir incorporando los factores de género, etnia y raza- como factor estructurante: teds, mods, skin, freaks, rockers, hippies. Estos autores se expresan en términos de sub-culturas juveniles, concepto que retoman de la Escuela de Chicago: «Las subculturas juveniles, pueden entenderse como tentativas ritualistas o simbólicas de resistir el poder de la hegemonía burguesa, mediante la adopción de comportamientos que parecen amenazantes para el establishment» (Hall y Jefferson, 1993, trad. de Mariana Chavez).

En 1976, en *Resistance Through Rituals*, estos investigadores, ahondarán en el carácter contrahegemónico y alternativo de las subcultura juveniles. Rescatarán las

resistencias simbólicas que operan en las diversas expresiones y manifestaciones juveniles, en tanto grupos subordinados en relación a la cultura adulta dominante. Los rituales juveniles, que refuerzan el sentimiento de identidad grupal, se expresan mediante los diferentes estilos (teds, mods, skin, punks), que los investigadores entienden como metáforas del cambio social.

Otro trabajo clave en la temática, que además se convirtió en uno de los libros de mayor circulación de los Cultural studies, es *Subculture. The Meaning of style* (1979) de Dick Hebdige. Se abordan en este trabajo etnográfico, las subculturas juveniles y la fragmentación de los estilos de vida del mundo obrero.

Los Cultural studies, se constituyen en un referente obligado por sus contribuciones acerca del universo social juvenil y las manifestaciones del conflicto generacional, abarcando un amplio espectro de subculturas, no solo de las clases obreras, sino también las colonias de inmigrantes y la pequeña burguesía. Sus aportes serán retomados por antropólogos, sociólogos, comunicadores, que desde Latinoamérica tendrán en las culturas juveniles su objeto de estudio. Algunos de ellos son José Manuel Valenzuela Arce (1997), Rossana Reguillo (2002), Jesús Martín Barbero (1987), Carles Feixa (1999), Mario Margulis (1996), Marcelo Urresti (2002), Jorge Elbaum (1996), entre otros.

CULTURAS JUVENILES Y ESTUDIOS CULTURALES EN AMÉRICA LATINA: UNA PROPUESTA RECONSTRUCTIVA Y RELACIONAL

Este apartado intentará dar cuenta de la emergencia de un campo de estudios sobre las culturas juveniles en América Latina y Argentina. Realizaremos dos recorridos: 1) presentaremos los factores, los condicionantes, los escenarios que han posibilitado el surgimiento de este campo de estudios y 2) mediante una revisión bibliográfica sistematizaremos las principales producciones sobre juventud en correspondencia con las temáticas abordadas en nuestra tesis, a saber, la familia, el trabajo, la política y la escuela.

Las investigaciones y producciones revisadas, proceden desde la sociología fundamentalmente, pero también desde la comunicación, la educación y la antropología. La mayoría son producciones argentinas y en menor medida latinoamericanas y europeas.

1. Escenarios y condiciones de surgimiento de la relación jóvenes/cultura (5)

En América Latina, los estudios sobre juventud, desde una perspectiva sociocultural, podemos ubicarlos a partir de la segunda mitad de la década de 1980. Esto no quiere decir, que previamente no existieran estudios o investigaciones dedicadas a la temática, sino que en muchos casos la juventud no era abordada en clave de análisis socio cultural, prevalecía el carácter descriptivo de las producciones; no se problematizaban los presupuestos teóricos y metodológicos implicados. Los jóvenes eran entendidos en términos de delincuentes, contestatarios o consumistas, siempre como sujetos pasivos, sin capacidad de agencia.

En las ciencias sociales, y la comunicación en particular, es a partir de la década de 1980, sacudidas por una ruptura epistemológica, pero también política, cuando van a desplazar la mirada hacia nuevos objetos de estudio. Los jóvenes, de esta manera, comienzan en estos años a ser entendidos y «construidos», en términos socioculturales desde las ciencias sociales. Se comienza a reconocer a la juventud como un sector social, con rutinas culturales particulares, con capacidad de apropiarse de objetos, tanto materiales como simbólicos, es decir, como sujetos de discurso (Reguillo 2000, Pérez Islas 1998).

Los aportes de la Escuela de Birmingham y del antropólogo catalán Carles Feixa, quien dice que una antropología de la juventud apunta a una doble dirección: en primer lugar al estudio de la construcción cultural de la juventud, es decir, de las formas mediante las cuales cada sociedad modela las maneras de ser joven; en segundo lugar, al estudio de la construcción juvenil de la cultura, es decir, de las formas mediante las cuales los jóvenes participan en los procesos de creación

y circulación culturales, son vertientes fundamentales en la constitución y emergencia del campo de estudios socioculturales latinoamericano sobre jóvenes.

En países como México ó Colombia, la aparición de las llamadas bandas juveniles (Perez Islas, 1998) y su exposición periodística, hizo que la academia y las autoridades se replantearan el abordaje de la temática.

En América Latina, las primeras producciones desde una perspectiva cultural, reconocen como pioneros al antropólogo mexicano José Manuela Valenzuela Arce (1988, 1999) y sus investigaciones sobre la cultura de la violencia, las expresiones identitarias de los jóvenes de sectores populares; la mexicana Rossana Reguillo (1997, 2000) con la línea de trabajo sobre las culturas juveniles, sus expresiones culturales, identidades y agrupaciones, en tanto formas de acción política no institucionalizada. El español-colombiano Jesús Martín Barbero (1998) ha ayudado a pensar la los «modos de estar juntos» y las cuestión identitaria en los jóvenes.

También son fundamentales como antecedentes de este campo de estudios, el aporte que proviene del periodismo y la crónica o ensayo. Así podemos mencionar a Alonso Salazar (1998) periodista colombiano, cuyos trabajos están relacionados con las grandes problemáticas sociales de la ciudad, especialmente con los temas de juventud, violencia y narcotráfico; Carlos Monsiváis (1988) periodista y ensayista mexicano, quien trabaja las culturas juveniles y las ciudades; los venezolanos José Roberto Duque y Boris Muñoz (1995) que en sus trabajos ponen en escena la vida de los jóvenes venezolanos de precaria condición social y la violencia en Caracas. Podemos agregar aquí también, aunque su trabajo es más reciente, pero se encuentra en sintonía con este perfil investigativo, al periodista chileno-argentino Cristian Alarcón (2003) quien desde la crónica periodística retrata la exclusión y la violencia a través de la vida cotidiana de «los pibes chorros» argentinos en las villas del Gran Buenos Aires.

En 1985, la Asamblea General de las Naciones Unidas declara el Año Internacional de la Juventud, en respuesta a la crítica situación que lo jóvenes atraviesan a nivel

mundial (Szulik, Kuasñosky; 1996), situación que les otorga un protagonismo, del cual no habían gozado en años anteriores, en el ámbito de las políticas estatales.

En Argentina, los jóvenes no fueron considerados desde el Estado como un sector social con problemas específicos cuando protagonizaron vanguardistamente movimientos sociales de liberación, sino que fue recién con la crisis estructural acaecida en los años ochenta lo que motivó desviar la atención hacia la juventud. Con posterioridad al advenimiento de la democracia, hacia 1986 se publica una de las primeras piezas conceptuales sobre juventud en Argentina: *La juventud argentina. Informe de situación*, de Cecilia Braslavsky (1986).⁽⁶⁾ No obstante, es recién en la década de 1990, cuando se va a empezar a producir de manera importante bibliografía sobre juventud en nuestro país. Es el trabajo del sociólogo Mario Margulis (1994, 2000, 2003), quien se revela como el fundador de la línea de investigación en culturas juveniles en Argentina, junto a Marcelo Urresti (1994, 2000, 2003), Jorge Elbaum (1994, 2000) y su equipo de investigación que trabajarán desde el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Desde la sociología de la cultura, este investigador y su equipo, le otorgan estatuto sociológico a la categoría de juventud, estudiando la dimensión subjetiva del mundo juvenil, las apropiaciones del espacio urbano, las relaciones afectivas, la sexualidad, el mundo de la noche, entre otras variables. Es a partir de este momento que comienza a nacer en el país una línea de investigación sociocultural en la temática juventud, adquiriendo este grupo de investigación, un lugar de referencia ineludible para las siguientes investigaciones que llegarán al campo académico.

Otras investigaciones que han ayudado a la conformación del campo de estudios en culturas juveniles, han sido las tempranamente realizadas por los sociólogos Ana Wortman (1991) y Javier Auyero (1993) cuyos trabajos han incursionado en la vida cotidiana y el mundo de los jóvenes «de la periferia» y los sectores populares. Por otro lado, las dimensiones del consumo y el rock nacional, han sido trabajadas pioneramente por Pablo Alabarces (1995), Pablo Vila (1985, 1999) y Pablo Semán (1999), y Eva Giberti (1998). Asimismo una línea vinculada al estudio de la juventud, vida cotidiana y trabajo/delito, ha sido la desarrollada por Gabriel Kessler

(1997, 2002) y Sandra Gayol (2002), Daniel Míguez (2002); la participación política y social ha sido producida fundamentalmente por Sergio Babardini (2000). Desde la sociología de la educación, Emilio Tenti Fanfani (1996, 2000) ha abordado la cuestión educacional y la juventud y por último queremos subrayar la temática salud, vida reproductiva y sexualidad, que ha sido la trabajada por Edith Pantelides (1995), Ana Kornblit (1994) y Ana M, Mendez Diz (1994), entre muchos otros.

LOS ENFOQUES: ESCUELA, FAMILIA, TRABAJO Y PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

Realizaremos en este apartado una breve revisión bibliográfica de las investigaciones realizadas en Argentina, aunque también incorporaremos algunas voces latinoamericanas y europeas, en el marco de la relación de los jóvenes con los cuatro enfoques trabajados en esta investigación doctoral: la familia, el trabajo, la política y la escuela.

1. Antecedentes de los estudios sobre juventud y familia

En este apartado, fundamentalmente tomaremos como referencia algunos de los trabajos que han operado a manera de «foco» en el estudio de las relaciones afectivas, la sexualidad, el cuerpo y la vida cotidiana de los jóvenes.

En primer lugar el trabajo precursor de Ana Wortman, «Jóvenes desde la periferia» (1991) que se pregunta por la condición femenina, en el marco de un trabajo que no es sobre género exclusivamente. La investigadora indaga aquí las condiciones de los jóvenes de sectores populares en el mundo del trabajo, la familia y la política. Pero nos interesa señalarlo como un trabajo pionero en la pregunta por los jóvenes, el género y la vida cotidiana. Este trabajo parte de la siguiente deducción: «Podríamos afirmar que en la mayoría de los estudios que se han sobre los sectores populares en Argentina, pocas veces se alude a la condición juvenil y aún menos a la combinación entre condición juvenil y condición femenina». Es una investigación rupturista, ya que estas indagaciones, no se habían realizado todavía en Argentina.

Un segundo trabajo clave en estas temáticas, es el llevado adelante por Mario Margulis, Marcelo Urresti y su equipo de investigación, en «Juventud, cultura y sexualidad» (2003). Un amplio equipo trabaja aquí la dimensión cultural presente en los intercambios simbólicos referidos al afecto, pareja, sexualidad, amor y eventualmente la formación de una nueva familia. En un contexto de cambio social y cultural, los sociólogos abordan las relaciones afectivas de jóvenes urbanos y suburbanos de la Ciudad de Buenos Aires, pertenecientes a sectores sociales medios y bajos. Los códigos y los mandatos culturales que operan en las prácticas afectivas de los jóvenes, el embarazo y maternidad adolescente, los vínculos afectivos en las familias, la pregunta por el género y la sexualidad, serán algunos de temas que los investigadores abordan en este libro.

Marcelo Urresti, en el capítulo «Modelos de matrimonio» (2003) presenta tres tipos de matrimonio que coexisten actualmente -que se corresponden con determinados tipos de configuraciones sociales-: el matrimonio tradicional por mandato social explícito, el matrimonio romántico por amor y el matrimonio convenido por intereses sociales de baja intensidad e implicación. Según el autor, «el avance de la multiplicación de las opciones» es lo que prima hoy. Arriba a las siguientes conclusiones: 1) hoy ya no hay mandatos exteriores a los vínculos que los condicionen o sean más importantes; 2) la mujer, si bien no está igualada con el hombre, si está equiparada en términos de intercambio. El patriarcado ya no es absoluto, por lo que; 3) la autoridad masculina está en baja. Por último señala que la pareja sigue siendo la forma privilegiada de vínculo afectivo entre los jóvenes.

En el marco de esta misma investigación Margulis, Rodríguez Blanco y Wang, en el trabajo «Cambios en la pareja» (2003) describen como el significado y el uso del vocablo «pareja», expresa los cambios operados en lo que atañe a la familia y el matrimonio. La investigación está realizada con jóvenes de sectores medios universitarios. Los investigadores sostienen que el concepto de «pareja» en relación a «matrimonio» y «familia» toma distancia de lo público y normativo y se acerca al ámbito de la vida privada, de la intersubjetividad. Por último indican que los modos de ser hombre y mujer, se articulan de modo diferente que los modelos heredados.

Así, los nuevos horizontes de sentido, «los nuevos mandatos sociales obedecen a búsqueda de género diferentes, con perfiles de masculinidad inéditos y de modo claro están halando de una nueva cultura».

Una serie de trabajos, cuyo objetivo ha sido investigar e indagar los cambios y mutaciones acaecidos en la institución familiar en los últimos años, han otorgado herramientas para pensar esas transformaciones en el área de estudios sobre juventud. En esta línea, situamos al trabajo de Catalina Wainerman (comp) en «Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones» (2003) donde se demuestra a través de los distintos capítulos, evidencias empíricas de los cambios demográficos y socioeconómicos, sobre la formación, disolución y transformación de la estructura familiar y sobre la organización doméstica. De la misma forma en este libro se pueden hallar los cambios en las concepciones de unión conyugal y vida en pareja, como así en cuestiones de maternidad y paternidad.

Asimismo un libro como el de Elizabeth Roudinesco, *La familia en desorden* (2003) da cuenta que la familia ha cambiado su orden tradicional y que hoy se está reconstruyendo de otra manera. Indaga en esas dimensiones que hoy está tomando esta institución que durante más de un siglo ordenó fuertemente los vínculos afectivos y sociales.

Y finalmente, en los estudios sobre juventud y familia, una referencia insoslayable en la Argentina lo constituyen dos trabajos fundamentales que no son específicos del campo de estudios de la juventud: por un lado, el trabajo de Susana Torrado, *Historia de Familia Argentina moderna 1879-2000* (Torrado, 2003) y el Elizabeth Jelin (Jelin, 1998), *Pan y Afecto*.

Historia de Familia Argentina moderna 1879-2000, de Torrado, es uno de los estudios sociológicos más importantes sobre las transformaciones estructurales de la familia argentina desde la sociología. Aquí se reconstruyen los efectos que sobre la dinámica familiar, fueron ejerciendo los distintos modelos económicos argentinos. La investigadora señala el proceso de desacralización del matrimonio-institución y

como la hegemonía de la familia conyugal ha ido abandonando las formas tradicionales para dar lugar a modalidades que parecen escapar por completo al control social.

Por otro lado, *Pan y Afectos*, de Elizabeth Jelin –con este sugerente título que nos sitúa en el ámbito de las relaciones históricas y culturales; de lo público y o privado– habla de la crisis de la familia como un modo de pensar la crisis del modelo patriarcal y el surgimiento y de múltiples modos de pensar esta institución que se está transformando.

2. Antecedentes sobre juventud y trabajo

Es variada y con diversos enfoques, la bibliografía que retoma la relación entre los jóvenes y las condiciones laborales. Un primer grupo de trabajos, podemos situarlos como aquellos que indagan las representaciones sociales de los jóvenes en relación al mercado laboral. Ana Lía Kornblit (1996) en *Culturas juveniles. La salud y el trabajo desde la perspectiva de los jóvenes*, se propone indagar en el imaginario cultural de los jóvenes de entre 15 y 19 años, que cursan sus estudios en escuelas públicas de distintos centros urbanos del país, y pertenecientes a las clases medias, en relación al eje temático trabajo y la salud.

Al estudiar las representaciones sociales de los jóvenes respecto de los ejes planteados, la autora plantea una serie de factores, claves a su entender, para abordar cada una de las situaciones: el nivel de estrés social percibido por los jóvenes - relacionado a las situaciones cotidianas y a niveles de nerviosismo que las mismas generan-, el apoyo social que reciben ya sea del grupo familiar, de las redes de amigos, de las instituciones educativas a las que concurren; el nivel de esperanza/desesperanza, sus ideas de futuro y sus preocupaciones actuales, transformadas en demandas de comprensión y de educación.

A lo largo de la investigación se visualiza como cada uno de los aspectos mencionados atraviesan los imaginarios juveniles respecto de la salud y el trabajo, destacan-

do la existencia de diferentes «tipos» de juventud de acuerdo a las condiciones sociales que experimenta cada sujeto en un tiempo y lugar determinados.

En esta temática otra de las investigaciones que integran el campo de estudios es la realizada por Ana María Pérez Rubio (1998, 2001) en «Los jóvenes y el trabajo. Un estudio sobre representaciones sociales», partiendo de la pregunta por los jóvenes y su inserción en el mundo laboral. La autora plantea que, si bien el papel del trabajo como eje nuclear en el que se articula la sociedad es una característica propia de la modernidad, en la llamada post modernidad parece tender a modificarse el significado del trabajo. El análisis que realiza Pérez Rubio indaga acerca de la imagen que los jóvenes poseen del trabajo, de cuáles son los factores de éxito/fracaso laboral, cuáles las condiciones de un buen trabajador y cómo perciben el mundo laboral. A la vez, aquí la autora destaca un doble proceso que atraviesa las dificultades para hallar un empleo, y que los jóvenes lo protagonizan en términos de victimización -en relación a las características del mercado de trabajo o factores situacionales, como la falta de «contactos» o de una apariencia física adecuada- y culpabilización -relacionado a carencias individuales o características personales, como la falta de experiencia o de capacitación-.

También desde la dimensión de las representaciones sociales, podemos citar el trabajo de María Teresa Bosio (2000) «Los jóvenes y el mundo del trabajo», en el que aborda el problema sobre cómo los jóvenes representan al mundo del trabajo y sus expectativas respecto del mismo, teniendo en cuenta factores que inciden en estas representaciones como la historia familiar y el entorno social del que forman parte. El estudio se llevó a cabo con estudiantes de Nivel Medio de modalidad técnica. De este modo se registra que si bien existe un discurso hegemónico generado por los medios de comunicación, los ámbitos empresariales, las ofertas de capacitación privadas y públicas, etc., que legitima la polifuncionalidad y la polivalencia; el alumno de la escuela técnica sigue optando y buscando en ésta la enseñanza del «Oficio».

Un último trabajo que agregaremos aquí, es del sociólogo chileno Sergio Ibáñez Schuda (2005) «Los jóvenes chilenos y el trabajo», quien busca hacer una aproxi-

mación sistemática, desde las representaciones sociales, al fenómeno de la subcultura laboral juvenil de estratos socioeconómicos bajos de sectores urbanos. Se trata, en definitiva, de conocer la imagen que construyen de éste y las disposiciones u orientaciones para la acción que derivan de dichas representaciones, específicamente en Chile, en un contexto de profundos cambios sociales y culturales acontecidos durante las últimas décadas.

Un segundo grupo de investigaciones, es aquel que trabaja desde los ejes políticas públicas, formación laboral y jóvenes de sectores excluidos. Así ubicamos los aportes de María Antonia Gallart (2000) quien en *Formación, pobreza y exclusión* sintetiza los resultados de una investigación llevada a cabo entre 1997 y 1999 en cinco países de América Latina: Argentina, Chile, Colombia, México y Perú en relación a las políticas públicas de formación para jóvenes en riesgo de exclusión. Los resultados de las investigaciones muestran claramente la situación desventajosa de los jóvenes pobres en el conjunto de la región. La mayoría de estos jóvenes han abandonado el sistema educativo, con niveles de estudio que no son competitivos en un mercado de trabajo exigente y que presentan déficit en sus competencias de empleabilidad. Entre las reflexiones finales se señalan que los jóvenes en situación de pobreza son una población crítica para las políticas sociales, sea por su magnitud y sus carencias relativas, sea por la continuidad que ambas características muestran a lo largo del tiempo; se trata de un problema de «flujo» y no de «stock». Las políticas, por lo tanto, no pueden ser puntuales y esporádicas sino que deben tener integralidad, continuidad y permanencia.

En esta línea Ernesto Abdala, Claudia Jacinto y Alejandra Solla (2005) en «La inclusión laboral de los jóvenes: entre la desesperanza y la construcción» plantean que, en tanto sociedad latinoamericana, hemos comenzado a habituarnos y a naturalizar el creciente deterioro de las condiciones de vida y de trabajo, la agudización de las desigualdades sociales, la inequidad en la distribución del ingreso y la implementación de políticas sociales basadas en «planes y subsidios». En este marco, los jóvenes, y más aún los jóvenes en situación de pobreza, han sido y son uno de los sectores más perjudicados por la aguda crisis de la región. Las altas tasas de

desocupación junto con la baja calidad y escasa productividad del trabajo al que pueden acceder, se han convertido en uno de los problemas públicos centrales en nuestros países.

Asimismo, otra investigación realizada por las ya nombradas Claudia Jacinto y María Antonia Gallart, *¿Qué es la calidad en la formación para el trabajo de jóvenes de sectores de pobreza?* (1998), indaga en esta relación jóvenes /empleo pero desde las estrategias de intervención hacia el sector juvenil. Los investigadores se preguntan por el impacto de estas estrategias dirigidas a los jóvenes en un contexto socio-laboral en el que a diario disminuyen los empleos. La investigación, hecha en base a experiencias concretas y sus estrategias de intervención, tiene como guía preguntas como: ¿Puede la formación resultar una experiencia que modifique la posición de estos jóvenes en relación a los mecanismos de selección del mercado laboral? ¿Puede sustituir a la educación formal en un contexto en el que se valorizan cada vez más los conocimientos generales? ¿En qué condiciones y en qué contextos? ¿De qué modo influyen las trayectorias sociales, familiares y escolares previas en el impacto de la formación?

Otro agrupamiento posible, está dado por los trabajos que han investigado la relación entre la pobreza, el desempleo y la exclusión social. Incluimos aquí dos investigaciones: «Sociología del delito amateur» de Gabriel Kessler y «Los pibes chorrros. Estigma y marginación» de Daniel Miguez.

Kessler (2004) plantea que la sociedad Argentina de los noventa se caracterizó por la relación entre pobreza, inestabilidad laboral, desempleo y desigualdad. Esta investigación recoge testimonios de jóvenes que cometieron delitos contra la propiedad. Ellos pertenecen a un segmento social ubicado en los márgenes del mundo del trabajo, y su supervivencia combina acciones legales e ilegales, dependiendo de la oportunidad y el momento. Estos jóvenes sufren la crisis de las distintas instituciones y van situándose a distancia de pautas de integración llamadas hegemónicas. Trabajo y delincuencia no se excluyen mutuamente entre ellos, ya que los jóvenes ven dificultosa su inclusión en el mundo del trabajo, es por eso que alternan entre

actividades temporales y la delincuencia, donde los bordes entre legalidad e ilegalidad se desdibujan.

El análisis muestra que el delito es la parte visible de otros procesos menos evidentes que tienen que ver con experiencias familiares, escolares, barriales y laborales que, si bien no explican las razones del delito, son el contexto en el que éstas se generan. A lo largo de la investigación el autor aborda los contextos de socialización de estos jóvenes, las distintas fases de su trayectoria, sus vínculos con el mundo del trabajo, la relación con la policía y con las víctimas, el uso de armas y el consumo de drogas.

Por otra parte, Miguez (2004) expone en su libro la trama de marginación, pobreza y abandono que vivencian grupos de jóvenes de sectores populares. Aborda la temática de la delincuencia juvenil a partir de mostrar una dimensión del problema que no cristalizan los medios de comunicación. A lo largo de su investigación da cuenta de los valores, los códigos de honor y estilos de vida de los jóvenes que van en contra de la ley. El autor plantea que si bien la relación entre desempleo, desigualdad y delito no es mecánica, es real que el desempleo produce la pérdida de estímulos que habitualmente organizan la vida de la gente. En esa situación es posible que ciertos grupos, especialmente los jóvenes, construyan un sistema de valores alternativos a los vigentes, y que estos valores se vinculen a la trasgresión y al delito. De esta forma el trabajo, la educación, la familia, e incluso la casa, dejan de ser las instituciones y los ámbitos que ordenan la vida de las nuevas generaciones. Miguez demuestra una dualidad en la criminalidad: es en parte una acción esporádica y aventurera, pero también fuente de ingresos alternativa y canal expresivo del resentimiento.

Otra investigación, que hemos tomado como referente, indagada en la relación trabajo y construcción de identidad. Es la realizada por Maristella Svampa en «Identities astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal» (2000), donde hace referencia a un conjunto de fenómenos y situaciones que caracterizan a diferentes actores sociales pertenecientes al mundo urbano y heterogéneo de las clases medias y los sectores populares. El foco está puesto en la crisis que atraviesan los

modelos de referencia, invitando a reflexionar sobre los procesos de construcción y recomposición de las identidades sociales. Al distinguir a las generaciones en relación al trabajo, Svampa habla del trabajador de los años '40 / '50 como el «viejo trabajador integrado»; de las generaciones intermedias como «joven trabajador integrado» y de las nuevas generaciones, los actuales jóvenes, como «trabajadores tribales».

3. Antecedentes sobre juventud y política

Para este trazado, en primer lugar tomaremos aquellos trabajos que han diagnosticado un nuevo sentido de la política en las culturas juveniles, junto con el renacer y la puesta en escena de la subjetividad y de las emociones. En este sentido, retomamos el trabajo de Ulrich Beck (1999) quien avizora que en tiempos de crisis y desconcierto a la juventud la conmueve aquello que la política en gran parte excluye. Los intereses, las consignas, los emblemas que hoy mueven a los jóvenes permiten pensar, según el sociólogo alemán, que éstos practican una negación de la política altamente política ..

Así mismo Rossana Reguillo (2000) se pregunta por la diversidad y heterogeneidad de las formas organizativas juveniles, sus maneras de entender y de ubicarse en el mundo, sus prácticas cotidianas, sus grupalidades. Señala que a partir de la década de los 80, los jóvenes han ido buscando formas autogestivas de organización (bandas, punks, taggers), que sin negar la vigencia de las organizaciones tradicionales (partidos políticos, clubes barriales, entre otros) sostiene que expresan como “nuevos” signos de lo político, que mediante una nueva concepción del poder se van alejando del autoritarismo. Las diferentes agregaciones juveniles, y sus manifestaciones, las formas de gestión, las interacciones con otras instituciones, los lenguajes con los que se expresan, pertenecen al «nuevo» orden de lo político.

Es en este sentido que los trabajos realizados por Sergio Balardini realizan un balance de la participación juvenil a través de las décadas del sesenta, setenta y la actualidad y da cuenta de los cambios acaecidos en las formas de participación social y política de los jóvenes. Advierte el sociólogo que a pesar de que algunos analistas han interpretado ante el desgaste de los partidos políticos tradicionales, el rechazo de los jóvenes hacia este terreno esto no quiere decir que los jóvenes estén confinados a la vida privada y que tengan desinterés por lo público. Enuncia que han emergido nuevos espacios de reunión y acción social de los jóvenes, algunos de los cuales tiene una finalidad política directa, y otros solamente expresiva. Dice el investigador: «Agotada la marea juvenil de los sesenta y parte de los setenta, y bloqueados los cauces participativos auténticos de una sociedad en vigoroso proceso de cambio, fue emergiendo una diversidad juvenil, traducción de una búsqueda identitaria basada, principalmente, en la proliferación de las particularidades culturales, estilísticas y de consumo».

En este trabajo de Balardini (Balardini, 2000), se presentan experiencias de participación juvenil en distintos países. Del alemán René Bendit (2000) ofrece un panorama de la participación social y cultural de los jóvenes en países de la Unión Europea, en un contexto social caracterizado por el cambio constante, por la modernización tecnológica y social y por el desarrollo avanzado hacia una sociedad de servicios. El investigador concluye que «tanto en jóvenes como en adultos, existe la articulación de un sentimiento de compromiso social y político ‘frenado’: estando en principio dispuestos a comprometerse social y políticamente, la mayoría de los jóvenes consideran que les faltan organizaciones y estructuras que consideren adecuadas, es decir, con las cuales puedan identificarse y generar cambios efectivos en la sociedad».

Asimismo, la costarricense Dina Kraukspof (2000) indaga en la participación social efectiva de los jóvenes, que llama «participación protagónica», es una meta que demanda abandonar el adultocentrismo, tomar en cuenta las diversas situaciones de exclusión, permitir y escuchar abiertamente la voz de las juventudes de los más diversos ámbitos. Los cambios sociales han sustituido las bases del llamado conflicto generacional que se expresaba en la lucha de los jóvenes por el poder adulto.

Mucho de lo que se ha dado en llamar la desafección política juvenil es el abandono de esa lucha. En el viejo paradigma las identidades colectivas están en función de códigos socioeconómicos, e ideológicos -políticos -estudiantes, jóvenes urbano populares, socialistas, etc.-. En el nuevo paradigma, las identidades se construyen en relación con espacios de acción y mundos de vida como: sexo, preferencia sexual, sobrevivencia de la humanidad (medio ambiente) y derechos indígenas, de las mujeres, democráticos, etc. En este artículo se reconoce como característica de la juventud actual el hecho de pensar globalmente y actuar localmente. La participación social real de las juventudes discurre en contextos informales y en metas innovadoras. La ausencia de una programación social que integre constructivamente la fase juvenil puede ser considerada parte de una crisis social que incluye la fractura de los paradigmas y supuestos que sostienen el modelo de juventud.

Un otro acercamiento hacia la participación social de los jóvenes chilenos, la ofrece Gabriela Fernández (2000) quien realiza una serie de reflexiones sobre la participación política de los jóvenes chilenos, surgidas de experiencias académicas y de un estudio al respecto realizado en 1999, llevado a cabo desde el Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Educación por encargo del Instituto Nacional de la Juventud de Chile. Fernández intenta problematizar el concepto de participación política, además de introducir una definición de juventud que sobrepasa lo estrictamente demográfico, considerando también elementos sociológicos. Se desprende de aquí la idea de que existen características de los jóvenes de algunas generaciones que los distinguen de los de otras, y ello tiene que ver con el contexto en el que les toca vivir y socializarse. De esta forma varía la relación con la participación política de acuerdo al factor generacional, y dicha relación también depende de la situación económica, del sexo, de la educación, etc. Todo este conjunto de elementos hace evidente que no se puede pensar en un prototipo de joven, sino en distintos tipos y formas de ser joven. A lo largo del trabajo se muestra el desencanto de los jóvenes respecto de la forma en que opera la política y, sobre todo, de quienes la representan como los gobernantes y los partidos políticos. También se observa la influencia de los medios de comunicación en la opinión de los jóvenes, quienes otorgan gran credibilidad al llamado «cuarto poder».

Otra aproximación a la realidad juvenil chilena y la participación social, la procura Mario Sandoval (2000) quien problematiza el concepto de juventud teniendo en cuenta su multidimensionalidad y sus variaciones contextuales, y los modos de participación que ponen en juego los jóvenes chilenos a fines del siglo XX. Al observar la realidad chilena, Sandoval plantea que los jóvenes se repliegan cada vez más hacia su vida privada, lo que resulta razonable ya que la acción política partidista no tiene legitimidad en el mundo juvenil frente a la centralidad y eficiencia que presenta el mercado y la ausencia del Estado en materia de seguridad social. Los jóvenes, dice el sociólogo, perciben a la política en términos prácticos, más asociada con las posibilidades de logros individuales que con ideales o identificaciones colectivos. Los jóvenes se encuentran desencantados con los mecanismos de representación, y le dan escasa relevancia a los partidos políticos en el mantenimiento de la vida democrática. Al parecer, hoy día la juventud no estaría adhiriendo ni al antiguo modelo cultural basado en la razón social, ni tampoco completamente al nuevo, fundado en la autorrealización autónoma, que no termina de imponerse. La preocupación por la participación política de los jóvenes se corresponde con una visión del distanciamiento «patológico» entre jóvenes y política, en un país donde la inscripción al voto es voluntaria, y donde, según a las cifras, los jóvenes constituyen el grupo más numeroso de la población chilena.

Un siguiente grupo de investigaciones, son aquellas que han puesto énfasis, han evidenciado, han dado cuentas de las nuevas agregaciones juveniles, las llamadas «tribus urbanas», bandas, pandillas, grupos juveniles. En fin, nos referiremos en este apartado a las «nuevas» y heterogéneas formas de ocupación del espacio público y la vida cotidiana de los jóvenes.

Es el sociólogo Michel Maffesoli (1988), quien primero ha nombrado cierta condición actual de las sociedades a partir de la idea de neotribalización y su influencia ha sido de considerable importancia en los estudios sobre los nuevos modos de concebir lo político de los jóvenes. Mediante la metáfora de las tribus explica que la constitución de los microgrupos juveniles que empiezan a ser cada vez más visibles, tiene que ver con un proceso de «desindividualización» y con nuevas formas de socialidades, con el «estar juntos sin más». Ante contextos de mayor globalización,

emergen procesos de interacciones fuertes, tribales, con un sentimiento de pertenencia y proximidad espacial.

Los rasgos del neotribalismo para el autor son los siguientes: 1) Comunidades emocionales: predominan aquí los elementos de tipo emocional, pasional y afectivo al interior de los grupos que la conforman. Las comunidades emocionales, se enfrentan a las comunidades racionales, instrumentales, que caracterizan a las sociedades contemporáneas. 2) Energía subterránea: describe mediante este tópico a las prácticas sociales de resistencia y alternativas, para responder a la uniformidad y pasividad que la sociedad de consumo le impone al individuo. Esa energía subterránea va buscando vías de expresión, grupalidades, desde las cuales emerger y oponer al poder tradicional. 3) Sociabilidad dispersa: con esta noción, se refiere a unas nuevas formas fluidas y desarticuladas de sociabilidad, distinguidas de lo social moderno, que se caracteriza por la individualidad y un marco rígido de actuación para los individuos. Esa sociabilidad tribal se abre paso desde los intersticios y se opone a la lógica dominante. Y finalmente 4) Fisicidad de la experiencia: aquí se hace referencia a la importancia del entorno urbano, de la ciudad, en tanto determina las pautas de nuestro comportamiento. El espacio-físico predominante, en tanto influencia y modela “las formas de ser.” A mayor globalización y cosmopolitismo de las ciudades, mayor necesidad de surgimiento de espacios de identificación localista, intimista y proximidad espacial.

Entre los investigadores que han abordado el estudio de «tribus urbanas», encontramos a Rossana Reguillo (2000) quien desde un trabajo etnográfico describe el comportamiento, las cuestiones identitarias y las expresiones de diversas agregaciones juveniles mexicanas: anarcopunks, taggers, raztecas y los raves.

También José Manuel Valenzuela Arce (1997) pone en escena los elementos centrales de una heterogénea gama de grupalidades juveniles de sectores marginales, favelas y cinturones de miseria, en el Brasil de los 90: los funks, punks y graffiteros.

Por otro lado el periodista Alonso Salazar (1998) ha penetrado en el mundo de la violencia juvenil, el narcotráfico y el sicariato en Colombia. El analista explica el

modo de retroceso de los procesos tradicionales de identificación, situación por la cual los delincuentes juveniles buscan reconocimiento social y construcción de identidad. Al decir de Salazar «los jóvenes se asoman a la sociedad que les devuelve una imagen gris, tan gris como las que ven en sus familias, la Iglesia, en la religión, la escuela y el Estado, instituciones y discursos desvalorizados; y entornos donde no funcionan las leyes ni las normas esenciales de la convivencia».

Asimismo, los españoles Oriol Costa, Pérez Tornero y Tropea (1996) estudian el fenómeno de las «tribus urbanas», haciendo una historización, pero también abarcan las sociedades actuales, atendiendo al estudio de la cultura urbana contemporánea, sus tensiones y zonas oscuras.

En el ámbito local, el trabajo de Marcelo Urresti (1997) realizado en el marco de una investigación sobre la cultura de la noche de los jóvenes, describe la presencia de un grupo llamado “modernos”, denominados también «bohemia vanguardista», que marca su propio territorio en la ciudad de Buenos Aires. Sus circuitos nocturnos, las relaciones interpersonales, sus expresiones, serán analizadas por el investigador. También Jorge Elbaum (1997) aborda la cultura bailantera, de los jóvenes que concurren a «boliches de bailanta», para analizar a este género musical como fenómeno social desde la idea de tribu.

Un último trabajo a mencionar aquí es el efectuado por la antropóloga Mariana Chaves (2005) quien describe y analiza, una grupalidad juvenil en la ciudad de La Plata, denominada «alternativos». La forma de ocupación del espacio urbano y la dimensión identitaria serán trabajadas desde aquí.

También algunos investigadores han mirado al movimiento murguero como otra de las formas de expresión y ocupación del espacio público. Un trabajo como el de Alfredo Alfonso y Magali Catino (2002) estudia el fenómeno de apropiación de espacios de representación urbana dinamizados las murgas, en tanto propuesta cultural con afluentes de protagonismo corporal y expresivo, en la ciudad de La Plata.

Por último, señalamos dos investigaciones en la ciudad de La Plata desde la antropología realizadas por María Pozzio (2002) y por Mariana Chavez (2004). Se trata de investigaciones etnográficas, que rescatan al movimiento murguero como modo de expresión de las nuevas formas de participación política.

Se ha dicho que las relaciones de sociabilidad juveniles están fuertemente marcadas por el renacer de la subjetividad y las emociones. Agrupamos aquí otra serie de trabajos donde algunos rituales como la música y el deporte, comienzan a ser entendidos desde una dimensión cultural y disputando un lugar en la construcción de identidades públicas. Algunas investigaciones argentinas, han revisado y estudiado la «cultura del rock» como un factor clave en la cuestión identitaria juvenil. Es así que Pablo Alabarces (1995) sostiene que el rock es portador de un sentido de inclusión más generacional que social, etario antes que geográfico y cronológico antes que económico. El fenómeno del rock, la cultura del rock, se asocia a las culturas juveniles, y marca una ruptura con las clasificaciones tradicionales que permitían agrupar a los sujetos -clases, etnias, naciones-, ya que es una hibridación de géneros musicales y también de públicos -estos públicos poseen diferencias pero comparten lo más importante para el caso, una misma marca epocal y generacional: son jóvenes.

Hablar de sectores juveniles suele disimular en la cuestión etaria la heterogeneidad social, justamente detrás de las disputas musicales, complejizadas con determinados usos de ropas, territorios, lecturas, consumos subsisten diferencias que insisten en reivindicarse como económico - sociales. La cultura juvenil de los noventa, dice Alabarces, prefiere formaciones que revelan una nueva visión del campo político, son los movimientos sociales: la dictadura había censurado las agrupaciones tradicionales, y desde ese entonces el rock se fortaleció como ordenador de grupos juveniles. En este sentido, el rock emerge como fenómeno organizador de las prácticas de los jóvenes.

Eva Giberti (1998) desde la teoría psicoanalítica conjuga tres paradigmas representativos de la modernidad: la adolescencia, el psicoanálisis y el rock. Parte de la idea de que el advenimiento del rock potencia algo no imaginado e inesperado

protagonizado por jóvenes y adolescentes, y que carecía de representación para los adultos. El rock, dice la investigadora, puede interpretarse como operador político, vinculado con la idea de territorialidad, ya que para fundarse precisa espacios topológicos y geográficos y espacios psíquicos subjetivos que incluyen en su génesis y desarrollo la interacción con otro -los pares- en situación de tiempo, espacio y época.

Desde la sociología del deporte, Pablo Alabarces (2000) y su equipo de investigación, en el marco de una investigación acerca de las prácticas y representaciones sociales de los sectores populares, se preguntan por las prácticas y las significaciones de los hinchas de clubes de fútbol en Capital Federal y Gran Buenos Aires. El trabajo ha enfocado a la comúnmente llamada barra brava y las apropiaciones en términos dicotómicos de territorios propios y ajenos. Es así que José Garriga Zucal (2000, 2005) y María Verónica Moreira (2000, 2005) pretenden en su investigación desentrañar el vínculo entre la identidad deportiva, la pertenencia territorial y la violencia. La hipótesis de los investigadores consiste en que los sentidos de posesión territorial se combinan con el fuerte sentimiento de rivalidad que signa la relación entre las hinchadas, lo que conduce a feroces enfrentamientos callejeros por el resguardo de la propiedad.

4. Antecedentes sobre escuela y juventud

Luego de la variada revisión bibliográfica, es pertinente aclarar que no todos los autores que serán citados en este apartado trabajan directamente las culturas juveniles, sino que para estudiar a la escuela, abordan a los jóvenes y desde allí su subjetividad, y su vida cotidiana.

Reconocemos en las investigaciones realizadas en Argentina en la temática juventud/educación, una primera línea de abordaje, que se realiza desde la relación educación y trabajo o mundo laboral. Una investigación sociológica que tempranamente se interroga por la relación entre los jóvenes y el mundo laboral, es producida por Javier Auyero a principio de los noventa (1993) quien desde un trabajo cualitativo

se propone descifrar los sentidos de la educación y el trabajo para los jóvenes de sectores populares. Indaga en el modo en que en las representaciones sociales de los jóvenes, la educación aparece como «vía muerta» que no conduce a ningún lado, en síntesis, «la ecuación más educación-mejor trabajo» ha dejado de existir en dichas representaciones. Pero también trabaja una idea de gran significación para esta tesis que es la de comprensión de la escuela por parte de los jóvenes como una «escuela para que no», es decir, para resistir y defenderse.

También podemos señalar dentro de este eje, aunque en una órbita distinta, ya que es un trabajo fundamentalmente de carácter cuantitativo con jóvenes de distintos sectores sociales, las investigaciones realizadas por Daniel Filmus (2000, 2003) y Ana Miranda (2000), que demuestran el proceso mediante el cual la educación secundaria se ha vuelto necesaria para el acceso a trabajos dignos pero, a la vez, insuficiente frente a las restricciones que se presentan en el mercado de trabajo. Los autores concluyen que la escuela media juega un papel decisivo en la definición de los destinos laborales de sus egresados, si se implementan estrategias que brinden mejor calidad educativa a quienes provienen de peores condiciones de origen; ya que el deterioro de las posibilidades laborales de los egresados de la escuela media no afecta homogéneamente a la población, sino que depende de las trayectorias educativas de los distintos jóvenes.

En la misma línea, las investigadoras Claudia Jacinto (1998) y Maria Antonia Gallart (1998, 2000) señalan que en el actual contexto argentino, los jóvenes que abandonan tempranamente o no ingresan a la educación media, suelen ser el grupo social que presenta problemáticas socio-ocupacionales más críticas, agudizadas aún más si provienen de hogares en condición de pobreza. Altos índices de desocupación y subocupación, falta de perspectivas, sumados a escasez de ámbitos de participación social, colocan a estos jóvenes en una situación de vulnerabilidad, al borde de la exclusión social. Ante esta evidencia, dicen las investigadoras, se han comenzado a desarrollar distintas acciones desde el Estado y desde la sociedad civil. Entre ellas, aparece como una estrategia con amplio consenso el desarrollar una oferta de formación para el trabajo de calidad; que mejore las probabilidades de empleabilidad

de estos jóvenes. Así enmarcadas, comienzan a evidenciarse una renovación y una diversificación en la formación para el trabajo.

También se han realizado investigaciones que han monitoreado la inserción ocupacional de los egresados de la escuela secundaria, después de algunos años de haber finalizado la misma. Es el caso, nuevamente, de Daniel Filmus (2003), Ana Miranda (2006) y Analía Otero (2005). En estas investigaciones se aborda la compleja relación entre educación y trabajo a partir del análisis de los recorridos de egresados recientemente de la escuela media. Desde esta línea investigativa, sostienen que la inserción ocupacional de los egresados de la escuela media se puede caracterizar mediante dos factores: la segmentación del sistema educativo, que genera diversas trayectorias educativas y la relación con de estas trayectorias tiene con el mercado laboral. En estos trabajos concluyen que la fuerza democratizadora de la escuela no alcanza para hacer frente a la fuerza de reproducción de la desigualdad del modelo económico.

Una segunda línea de trabajos, la ubicamos en aquellos trabajos que indagan en la dimensión subjetiva de la experiencia escolar de los jóvenes, en el marco de una creciente segmentación y fragmentación, en un marco social de desinstitucionalización. La investigación realizada por Gabriel Kessler (2002) pone en cuestionamiento la idea de sistema educativo, dado que la experiencia de educación es heterogénea y compleja y se desdibuja la “posibilidad de una experiencia común”. El investigador trabaja con un universo juvenil representativo de diversos de sectores sociales: desde jóvenes de sectores medios-altos hasta jóvenes de sectores periféricos, con la finalidad de dar cuenta de las representaciones y el sentido otorgado a la educación, a las escuelas y a la formación recibida, entre otras variables. Desde aquí el investigador señala dos factores que ayudan a comprender el problema y los desafíos de la escolarización de los adolescentes: la acentuación de la segmentación social y el debilitamiento institucional de la oferta educativa.

Otro aporte en esta línea de investigación, es el realizado por Silvia Duschatsky y Cristina Corea (2002) quienes señalan la fragilidad del dispositivo pedagógico en la actual coyuntura de fragmentación y declive de las instituciones. Se indaga en la

subjetividad y el estatuto de la escuela en jóvenes que asisten a “escuelas urbano-marginales”. Desde una metodología cualitativa, trabajan con jóvenes “expulsados” del sistema social, que han sido invisibilizados y silenciados del escenario social, cuya subjetividad se construye al margen de las instituciones tradicionales como la escuela y la familia.

Asimismo, Guillermina Tiramonti (2004) señala el contexto de fragmentación y desigualdad educativa. La investigadora aborda los modos en que los jóvenes de sectores medios y medios altos, construyen sus miradas sobre el futuro en relación a sus desiguales trayectorias escolares.

Por otro lado, un estudio realizado por Silvia Duschatsky (2005), da cuenta de la experiencia escolar, en un marco de exclusión y vaciamiento institucional. La investigadora, aborda desde una investigación etnográfica, el mundo de los jóvenes de sectores populares, para revelar la relación simbólica que se produce entre el universo de estos jóvenes y la escuela por la que transitan. Despliega la hipótesis de la “escuela como frontera” que permite pensar a la institución escolar como horizonte de posibilidades, en tanto habilita a los jóvenes a producir aberturas y traspasar violencias simbólicas, en el actual contexto de restricción de espacios institucionales en el que están inmersos.

Otra serie de trabajos han revisado las causas de la deserción y el retraso escolar, analizando como factor central el contexto familiar y el marco social. Una investigación a situar aquí, es la realizada por las sociólogas Georgina Binstock y Marcela Cerrutti (2005). Ellas parten del supuesto de heterogeneidad, en términos de origen social, de «clientelas» variadas que atiende el nivel medio. En este contexto se preguntan por la deserción en el nivel medio y concluyen que intervienen dos niveles: el institucional, en el que muchas veces la escuela puede contribuir al abandono de los jóvenes, pero también señalan el nivel individual, donde el fracaso es el resultado de características individuales y familiares, como la socialización, el nivel socioeconómico, entre otras. Trabajan, combinando metodologías cualitativas y

cuantitativas, las trayectorias educativas en jóvenes de sectores medios, de vulnerabilidad y de exclusión.

Otra socióloga que trabaja en esta línea es Rosa Geldstein (2005), señalando la relación entre las dinámicas familiares y la escolarización de los jóvenes. En su trabajo, la variable contexto familiar de residencia es desagregada en dos partes: la condición conyugal del núcleo del hogar y el clima educativo del hogar. Da cuenta en su investigación, de una enorme influencia familiar en el apego de los jóvenes a la escuela. La familia es estudiada aquí como un factor que puede estimular o restringir las aspiraciones educativas de los jóvenes.

Asimismo, un trabajo realizado por Marcelo Urresti (2000) brinda herramientas para pensar la condición juvenil actual, para desde ahí acceder al universo escolar. Señala el proceso de segmentación educativa, indicando la complejidad y ambigüedad en la relación jóvenes/institución escolar, debido a dos factores: por un lado, los distintos tipos de escuela que responden a modelos educativos diversos y por otra parte a la diversidad juvenil, de acuerdo a su pertenencia familiar y a su clase social. Destacará que la escolarización de jóvenes de distintas clases sociales dependerá del marco social de la familia de origen. Sostiene que la educabilidad es una variable discreta: «lo que en algunos sectores es un obstáculo, en otros no aparece, los intereses y las expectativas funcionan de modo diferente, generando encuentros productivos o abismos de distancia de los jóvenes con respecto a la institución».

Algunos investigadores han abordado la cuestión de la cultura escolar y su relación con las culturas juveniles, la cultura popular y la construcción de la ciudadanía. Emilio Tenti Fanfani (2000) analizando la cultura juvenil y los programas escolares, asevera que, el éxito y el fracaso en el aprendizaje dependerá de la capacidad que tengan las instituciones para adecuar contenidos y dispositivos didáctico-pedagógicos a los nuevos ingresantes, pertenecientes a clases sociales históricamente excluidas -debido al efecto de cambio en la morfología social del secundario- quienes son portadores de otra relación con el saber y la cultura escolar oficial. Remarca la no complementariedad de las culturas juveniles y la cultura escolar y por lo tanto ad-

vierte que hay que trabajar sobre las distancias entre ambos tipos de cultura para encontrar una «pedagogía racional» y, por lo tanto, eficaz.

En esta línea investigativa, Roxana Morduchowicz (2004), desde la comunicación, da cuenta de la separación del mundo escolar, con la cultura popular, entendida como aquella que construyen los medios de comunicación, la música, el cine, entre otras. La investigadora analiza como los jóvenes modelan su identidad individual y colectiva en la cultura popular y en este contexto sostiene que la escuela tiene dos retos: por un lado, integrar la pluralidad de culturas y escrituras, ampliando el horizonte de la palabra escrita y desafiando la secuencia lineal; y por otro lado, promover la difusión y circulación del saber que propone la cultura popular.

Por último, la investigadora Irene Konterlink (2000) aborda las distintas formas de socialización de los jóvenes en las diferentes instituciones, incluyendo la escuela, para preguntarse por las formas de construcción de la participación ciudadana de los mismos.

(1)Algunos representantes pioneros de esta corriente de estudio en América Latina son Rossana Reguillo, José Manuel Valenzuela Arce, en México; Mario Margulis, Marcelo Urresti, Sergio Balardini, en Argentina; Alonso Salazar y Jesús Martín Barbero en Colombia. Estos autores serán retomados a lo largo del trabajo.

(2)Para este recorrido, se retoman algunos elementos de la clasificación realizada por Carles Feixa (Feixa, 1998)

(3)En «El Emilio» de Jean- Jaques Rousseau define a la juventud como el «segundo nacimiento» y la sitúa entre los doce y los veinte años. Dice «aquí nace de verdad el hombre a la vida, y ya nada humano está fuera de él. Hasta este momento nuestros afanes no han sido otra cosa que juegos de niños, y es ahora cuando adquieren verdadera importancia». Y describe los cambios ocurridos en los niños varones: «A los signos morales de un humor que se altera se unen cambios sensibles en su exterior. Su fisonomía se desenvuelve y se imprime en ella su sello característico; el vello escaso y suave que crece bajo sus mejillas toma consistencia, su voz cambia o mejor es otra; no es niño ni hombre y no puede tomar el habla de uno ni de otro».

(4)Al respecto, Reguillo explica: «decir que los jóvenes piensan en videoclip, es una forma de aludir a los modos condensados de representación y acción de la culturas juveniles, que con sus prácticas y acciones cotidianas han rebasado las culturas post y cofigurativas» (Reguillo, 2000)

(5)Estas ideas se encuentran profundizadas en el capítulo III de esta tesis doctoral.

(6)Este trabajo se ha tornado de referencia ineludible para los estudios sobre juventud en Argentina. Braslavsky venía pensando en cuestiones de juventud desde comienzos de la década de 1980. Además tempranamente pensó la condición de la mujer en un trabajo publicado en 1984 bajo el título «Las mujeres jóvenes argentinas entre la participación y la reclusión». Hacia el año 1986 publica también «La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro».

ANEXO II



« A qué le tenés miedo? »»

PROTOCOLO DE ENTREVISTA UTILIZADO EN LA INVESTIGACIÓN

Familia

Cómo es tu familia?

Cuántos son? Cómo se llevan? Te gusta vivir en familia?

Contame un día común en la vida de tu familia

Hacen cosas juntos? Qué cosas? Qué comparten?

De qué hablás con tus padres? Y con los abuelos? Por qué cosas discutís?

En qué se diferencian unos de otros en la familia? Hay roles u obligaciones distintos?

Quién “manda” en tu familia?

Tus problemas, se hablan en familia? Con quién de la flia.? Con todos? Qué tipos de problemas?

Cuando tuviste el problema más difícil de tu vida: Con quién lo hablaste?

Cómo era la familia de tus padres? En qué se diferencia de la tuya?

Qué pensás del matrimonio? Te casarías? Por iglesia? Y el divorcio?

Estás enamorado? Te enamoraste?

(O también: estás casado?, Qué significa para vos estarlo? Por qué lo hiciste?)

Qué características tiene el hombre/mujer ideal para vos?

Qué es importante para vos a la hora de elegir una pareja, de que te guste alguien?

Es importante que hayan tenido antes de conocerte muchas relaciones? Y la virginidad es importante?

Y los hijos? Lo pensaste? Cuándo, en qué momento sería ideal tener hijos?

Qué significan para vos los hijos?

Te cuidás? Y el sida?

Y del aborto? Te hiciste un aborto alguna vez?

Qué pensás de la homosexualidad? Qué te parece que las parejas de homosexuales adopten hijos? Conocés alguna pareja homosexual? Qué pensás de ellos?

Hablás con tus padres de tu sexualidad?

Trabajo

Trabajás?

Qué hacés? Qué lugar en tu vida ocupa el trabajo?

Por qué trabajás (o no)

Cuánto te pagan? Te pagan en negro? Eso está bien? Por qué?

Cómo es el trato con los empleadores?

(Si no: Te preocupa no trabajar? Por qué?

Pensás en trabajar algún día? Cuándo?

En qué pensás trabajar? Por qué?)

Pensás que es o será de alguna utilidad lo que aprendiste en la escuela, la universidad para el trabajo?

Trabajan tus padres? Han trabajado? Si la respuesta es no: cómo vivís vos que ellos no trabajen? Te afecta? En qué?

En qué trabajan tus padres? Qué es lo bueno de sus trabajos? Y lo negativo?

Cómo influyen sus trabajos en tu vida cotidiana?

Pensás que antes trabajar era distinto a ahora? En qué? Qué dicen tus abuelos del trabajo?

Cómo pensás que va a ser hacia delante? Te imaginás un trabajo mejor al actual?

Lo ves posible?

Política

Participás de algún partido político? En cuál? Por qué?

Qué pensás de los partidos políticos? Y de los políticos? Tenés relación directa con algún político? Qué tipo de relación?

Participás de alguna organización? Cuál? Qué hacés? Por qué? Qué te llevó a participar?

Votaste alguna vez? Qué sentiste cuando votaste?

Creés que hay alguna manera de participar de las decisiones públicas que no sea a través del voto?

Alguien te representa? Y si no son los partidos políticos, quiénes o qué te representa?

Tus papás han participado de la política?

En tu familia reciben alguna ayuda de algún plan social desde el estado? Y eso qué te parece?

Qué pensás de la policía? Tuviste alguna experiencia con la policía? Cuál?

Cuáles son para vos los problemas del mundo y del país? De la ciudad?
Cómo te enterás de ellos?

Cuáles son los problemas de los jóvenes? Cuáles crees que eran los problemas de los jóvenes antes? Pensás que antes algo era distinto? Qué?

Qué es lo que cambiarías? Cómo?

La escuela

Vas a la escuela? A la universidad, etc.?

Si dejaste en algún nivel: por qué?

Tus papás fueron a la escuela? A cuál? Hasta qué nivel? Por qué?

Cómo es un día en la escuela?

Qué temas se tocan en la escuela? Son temas que te interesen? Tienen que ver con tu vida?

Qué se debería enseñar en la escuela y no se enseña?

Qué es lo mejor y lo peor de la escuela?

Qué cuestionás de la escuela?

Cuál es la relación con los profesores? Es con todos iguales? Si con alguno es diferente por qué?

Para qué vas a la escuela?

Hasta cuándo vas a ir a la escuela?

Conocés escuelas distintas a la tuya? O gente que va escuelas distintas? En qué diferencian de la tuya?

Finalmente

A qué le tenés miedo? A qué le tenés miedo en el futuro?

Qué te gusta hacer?

Y dónde depositás la esperanza?

ANEXO III

Muestra

Entrevistas Sectores Medios (SM)

- 1) 13 años
varón
primaria (perteneciente colectivo de “calle 8”)
- 2) 17 años
varón
secundario (integrante del colectivo “hijos de malvinas”)
- 3) 18 años
mujer
universitaria / hijo padres universitarios (integrante círculo literario)
- 4) 15 años
mujer
secundario / hija padres universitarios (integrante murga Tocando Fondo)
- 5) 15 años
mujer
secundario (jugadora de Jockey del Club Universitario)
- 6) 16 años
varón
secundario / hijo padres universitarios (coordinador ciclo cine centro
estudiantes)
- 7) 17 años
mujer
secundario (Militante de una organización social)
- 8) 15 años
mujer
secundario / hijo padres universitarios

- 9) 16 años
varón
secundario (cuida perros)
- 10) 14 años
mujer
secundario (fan green day)
- 11) 25 años
mujer
universitaria / hijo padres universitarios (periodista)
- 12) 24 años
varón
universitario (integrante de una banda)
- 13) 23 años
mujer
universitario (evangelista)
- 14) 29 años
varón
universitario / hijo padres universitarios (abogado)
- 15) 28 años
mujer
universitaria (lic. Letras)
- 16) 20 años
mujer
universitaria / hijo padres universitarios (bailarina)
- 17) 21 años
varón
universitario / hijo padres universitarios (electrónico)
- 18) 27 años
mujer
universitaria (dentista)

- 19) 20 años
varón
universitario (integrante de una banda)
- 20) 22 años
mujer
universitaria / hijo padres universitarios (militante estudiantil)

Entrevistas Sectores Populares (SP)

- 21) 14 años
varón
primaria / Padres primaria (peón de mudanzas)
- 22) 18 años
varón
primaria (empezó y abandonó secundario) / Padres primaria (murguero)
- 23) 28 años
varón (limpiavidrios)
- 24) 19 años
mujer
Padres secundario incompleto. (empleada casa de ropa)
- 25) 15 años
varón
secundario / Padres secundario incompleto (jugador de futbol club gimnasia)
- 16) 14 años
mujer
Padres secundario incompleto (limpiavidrios)
- 27) 16 años
varón
Padres secundario incompleto (malabarista)
- 28) 17 años
varón
Padres secundario incompleto (“rolinga”)

- 29) 22 años
mujer
Padres secundario incompleto (limpia en una casa)
- 30) 15 años
mujer
secundaria / Padres secundario incompleto (mamá adolescente)
- 31) 25 años
varón
Padres secundario incompleto (empleado en ministerio)
- 32) 13 años
varón
Padres secundario incompleto (limpiavidrios)